

JUAN SASTURAIN

PAGARÍA POR NO VERTE



se

Se ambienta a principios de los ochenta. Tres brujas urden el telón de fondo: paranoia, arbitrariedad y demencia homicida. Etchenique se reencuentra con el pasado, con El Pájaro Saldívar, una vieja y sórdida relación. El tipo es hoy un próspero empresario bien conectado con la Curia y las Fuerzas Armadas. Un cáncer lo está matando. Su yerno, un pelafustán con diploma universitario, contrata al investigador privado para confirmar que el socio de Saldívar maquina vaciar la fábrica de pinturas. Asesinatos no tardan en aparecer. Algo oscuro, excesivo y penoso corroe el sentido de los hechos, la lógica de las relaciones. Por fortuna, Etchenique tiene un amigo fiel en la Policía Federal. Por fortuna, el curso principal de la trama no se aparta del ámbito privado.



Juan Sasturain

Pagaría por no verte

Detective Etchenique - 3

ePub r1.0
Titivillus 12.10.15

Título original: *Pagaría por no verte*
Juan Sasturain, 2008
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Esta novela es para Lili

Me revienta tu presencia, pagaría por no verte.
CELEDONIO FLORES, *Margot*

LOS ESPÍAS NO TOSEN

1

Mosquitos

El verano del ochenta vino pesado y aquel viernes Buenos Aires estaba particularmente insoportable. Después de Reyes, Tony se había ido con su madre a Córdoba y el Negro Sayago detrás de una mina a Montevideo. A Etchenike le tocó quedarse de guardia en la oficina, con el teléfono y las *Memoires intimes* de Simenon, un ladrillo en *pocket* que sólo los ojitos verdes de la vendedora de la librería L'Amateur podían en parte justificar. Había entrado a comprar las aventuras completas de *Fantomas* en castellano y en oferta, y había salido con las supuestas confesiones del inventor del viejo Maigret, caras y en francés. En el fondo, más que el secreto de cómo escribir una novela en doce días al veterano le interesaban los detalles de las diez mil minas que —según Simenon— se había volteado en sus ratos libres: parece que cerraba la máquina de escribir portátil, manoteaba lo que tenía a mano y se iba bajando los pantalones. Pero todavía no había llegado a esa parte.

Oscurecía en la ventana que daba a la avenida, el calor seguía sin aflojar y el veterano penaba a la altura de la página 35 con el codo sobre el Petit Larousse y la mano atenta a los bichos que desafiaban los empujones del viejo ventilador. Pelear simultáneamente contra la humedad, su precario pero orgulloso francés y los mosquitos lo había puesto de mal humor. A las nueve apagó la luz y se fue a fumar un cigarrillo asomado a la tormenta aparatosa que amagaba desde temprano.

Fue en ese momento y por alguna razón —el hambre o el fastidio, la amistad o algo más oscuro acaso— cuando decidió hacer lo que había decidido que no haría. Tiró el pucho, se dio un baño rápido y optó por la pilcha acorde con las circunstancias: un traje liviano y clarito que no se ponía desde el casamiento de su hija. No combinaba con los únicos zapatos negros pero zafaba. Cuando ya salía, volvió por el Simenon. Tenía una hora de viaje.

El taxista que lo llevó a Retiro le contó que acababa de bajar a los empujones a una pareja de pibes con baranda a marihuana. No dijo nada. Después el taxista comentó que decían que no había guita pero que los pasajes para ir a Mar del Plata estaban agotados. Tampoco dijo nada.

Finalmente le preguntó adónde iba:

—Al Tigre.

—Vive ahí.

—No. Voy a una fiesta.

El tipo lo miró por el espejo, no podía creer que fuera tan imbécil.

—Debe estar así de mosquitos.

—Precisamente, es la Fiesta Anual del Mosquito.

—¿Eh?

—Eligen a la reina.

El otro se volvió, extrañado.

—Quieto... —dijo el veterano—. Dése vuelta, tiene uno ahí.

El otro se volvió y con un seco toque de dos dedos arriba de la oreja, Etchenike le hizo sonar la cabeza.

—Ya está —dijo.

Se sintió mucho mejor.

Leyó todo el viaje. Entendía poco pero le alcanzaba. Simenon tenía un barco con el que recorría los ríos de Francia. Escribía a bordo, una mesita con la máquina sobre el piso de tablas. Un bacán.

A la altura de San Fernando el vagón quedó semivacío y el aire dulzón del río lo distrajo de la lectura. Finalmente el tren llegó al Tigre enhebrando cambios de riel, despacito, como con miedo de pasar de largo, irse al agua.

Había anotado la dirección en un papel. No era lejos. Cruzó el río, bordeó el embarcadero de la margen izquierda y tras caminar una docena de cuadras entre casonas y restaurantes localizó la calle y enseguida la entrada de la casaquinta. Había dos tipos desagradables en la puerta.

—Señor... —dijo el peor de los dos.

—Vengo al cumpleaños del Pajarito Saldívar.

—¿Su nombre?

—Etchenike.

El otro tipo tenía una lista. Pasó una hoja, la otra, volvió a la primera.

—¿Y?

—Un momento —dijo el peor.

Era grandote y tenía una de esas miradas neutras pero amenazantes que después, al recordarlo, el veterano no sabría decir si tenía o no anteojos negros y que sería lo mismo. Detrás de los tipos se veían retazos escogidos de un parque inmenso, las mesas tendidas bajo los toldos, la falsa casa colonial iluminada, el río al fondo, la pileta más acá. Había gente y bichitos por todos lados, y una música que el viento contribuía sabiamente a dispersar. Por suerte y por un balazo en el radiador el veterano no había traído el Plymouth. Hubiera desentonado entre tantos coches importados.

—¿Y?

—Espere, le dije.

Mientras el tipo volvía por tercera vez sobre la lista, Etchenike sorprendió a un mosquito en el momento de hurtarle la poca sangre que su cansado corazón intentaba bombear al cerebro.

—No está —le confirmaron.

—Sí estoy. Acá estoy. No me voy a venir al pedo desde la oficina para no estar.

—¿Es amigo o cliente?

—Cliente seguro que no. Lo conozco desde hace más de cuarenta años pero nunca le compré ni un pincel.

—Un momento.

El tipo lo corrió a un costado como si lo pusiese en vía muerta e hizo pasar sin mirar la lista siquiera a los tres que seguían. A uno con bigotes y mujer le dijo coronel y al siguiente, sin bigotes ni mujer pero sin duda con un disfraz más convincente que el traje de *fil-a-fil* crema de Etchenike, le dijo monseñor.

—¿Lo invitó el señor Saldívar?

—Me llamó Diana, la hija.

—Ah, usted es una sorpresa.

Etchenike nunca pensó que podía pertenecer a esa extraña categoría.

—Hubiera empezado por ahí —dijo el tipo.

—Empiezo: buenas, soy un invitado sorpresa. Si quiere lo sorprende, me bajo los...

Al amagar hacia el cinturón, Etchenike abrió el saco y el otro pudo ver algo que abultaba en el bolsillo:

—Perdón...

No era el revólver. Era Simenon.

—Leo —explicó el veterano.

—A ver...

Pero la voz y la mano que le avanzaron las intimidades no eran las del tipo; vinieron de atrás. Se volvió.

Diana Saldívar sonreía, lo miraba con ojos brillantes.

—Julio, qué suerte que viniste.

—Petisa —y él también sonrió.

Etchenike se inclinó para besarla y comprendió oscuramente —y con cierto pudor— cuál era la única razón por la que había venido esa noche hasta el Tigre a trabajar de sorpresa.

—Pero por qué no entrás...

—En eso estábamos, departiendo con el señor —explicó.

—Peloso, es un amigo de papá.

El nominado de la puerta gruñó una disculpa y se apartó con los brazos separados como ante la orden de *break*.

—Ese hombre ha sido boxeador —dijo Etchenike por lo bajo.

—Entre otras cosas.

La muchacha se le colgó del brazo y se lo llevó para adentro con la misma naturalidad con que un cuarto de siglo antes él solía levantarla para ponérsela sobre los hombros.

—¿Cómo estás?

—Bien, feliz, casada. ¿Y vos?

—No.

Ella se rió. Se reía muy lindo. La madre se reía igual cuando era la novia de su amigo y a él le gustaba hacerla reír.

- Gracias por invitarme. Me sorprendiste.
—A papá le va a encantar verte. No se lo espera.

Parados blandamente sobre el césped parejito de esa casona del Tigre, Etchenike y la hija de su amigo hablaron un rato de las módicas novedades del clima, de la alegría de verse, de lo bien que recíprocamente se encontraban.

El veterano dijo que la casona era muy linda y ella dijo que era alquilada.

—¿Todo el verano?

—No, para la fiesta nomás...

Y se rieron de nuevo.

Hacía por lo menos cinco densos años que no se veían, y era evidente que los dos lo disfrutaban. Diana le preguntó por su nueva vida en general y él dijo que bien, que en general mejor que en la vieja, y entretenido.

—Sos un ídolo.

Etchenike sonrió y de pronto la abrazó. Se miraron. Pareció que iban a decir algo pero no lo dijeron. Tal vez no era el momento y el lugar.

Además, ahí estaba el padre, siempre —y más esa noche— un tema:

—¿Y cómo está el Pájaro?

—Papá está bien: feliz, solo —una ceja apenas levantada.

—Como siempre, bah.

—No precisamente —una sombra apenas controlada—. Los sesenta vinieron con ciertas... novedades.

—¿Novedades?

Diana lo besó en la mejilla y se apartó:

—Después te cuento, hay mucho que charlar. Ahora tengo que recibir a la gente.

—Hasta luego —dijo Etchenike.

—Buscalo a papá, que anda por ahí. Y hay viejos amigos tuyos, también.

El veterano asintió y la miró partir de nuevo hacia la puerta.

No llegó lejos. Primero se quedó en un grupo, después vio cómo un tipo con toda la pinta de un maduro y sonriente Tony Bennett la interceptaba tomándola del brazo, la hacía volverse con sabia galantería. En cambio, el mozo que lo interceptó a él con variada bandeja se parecía a Boris Karloff.

—Algo para beber, señor.

Eligió un *whisky* con hielo y echó a andar.

Se notaba que la composición del grupo de invitados no era homogénea. Raro en Manuel Saldívar, que si algo sabía era mezclar para alcanzar un tono parejo. Llevaba años en el negocio de la pintura y antes de ser el dueño de Eternel S. A. había sido vendedor en la ferretería del barrio, encargado de la pinturería de Riglos y Rivadavia y después durante años corredor de Pinturas Pajarito. De ahí le venía el apodo.

El veterano divisó a un costado de la pileta un par de supuestas añejas sorpresas como él: lo

que quedaba de Bengolea y del pollo Rosatto, dos de los lados de la mesa del café Ipanema que Pajarito y él completaron un tiempo largo cuando eran jóvenes y Enrique Campos y el cabezón Castillo la rompían con Tanturi. Giró una buena cantidad de grados y apuntó para otro lado. Bajo el toldo amarillo encontró lechón frío con salsa agridulce y conversaciones finas de clientes y proveedores. Al lado de la parrilla de humo popular, chistes de oficina y jóvenes ruidosos. Personal de Eternel.

Etchenike apuró el resto del *whisky* y lo trocó por un tinto mientras se anotaba con un vacío al plato. Se sentó en una silla de plástico lateral con el Simenon en la falda y el plato sobre el Simenon.

En eso se desprendió del grupo de los empleados el mejor culo de la noche. Una morocha alta de pantalones amarillos y pelo suelto pasó frente a él como abriendo un surco en el aire.

—Buena carne.

Tony Bennett se había parado frente a él y miraba en la misma dirección.

—Muy buena —asintió masticando vacío.

—Soy Mauro Peratta.

—Ah —dijo Etchenike como si le sonara.

—El socio de Saldívar.

—Ah.

El veterano no estaba en condiciones presentables, sentado y con las dos manos ocupadas. Hizo un gesto con el tenedor.

—Etchenike.

—No se moleste. Sé quién es. Diana me contó que es un amigo viejo de Manuel.

—Hay diferencia entre amigo viejo y viejo amigo. Digamos que soy más viejo amigo, en el sentido que lo usa Floreal Ruiz.

—No entiendo.

Etchenike le indicó con un gesto que se sentara. El otro se arrimó otra de plástico. Volvió a pasar la morocha y Mauro Peratta la saludó con un guiño.

—Hola Delia.

Ella sonrió. Los dos se quedaron mirando el culo.

—Es la misma que hay entre viejo pajero y pajero viejo —prosiguió Etchenike—. En un caso se refiere a la edad del tipo y en el otro a la antigüedad de la costumbre.

—Ahora sí —dijo el otro—. ¿Y en su caso?

—Pongamos amigo viejo y viejo pajero.

Tony Bennett se alisó las largas patillas plateadas peinadas hacia atrás que le cubrían las orejas y se definió sonriente:

—En el mío, amigo nuevo y pajero viejo —y soltó la carcajada.

Etchenike le envidió los dientes blancos y parejos. El resto era demasiado barato.

—Tuvo problemas en la puerta...

—Ni siquiera. Un forcejeo.

—Ese Peloso es un tarado, un tipo violento.

—¿Lo conoce bien?

—Es el chofer de su amigo.

—Y el suyo.

—No. Cuando manejo sólo yo sé adónde voy.

—Ah.

—Con un chofer es al revés. Él sabe todo de uno y uno no sabe casi nada de él.

—Un peligro.

Etchenike se levantó para dejar el plato vacío y el otro lo acompañó, volvió con dos vinos nuevos. Caminaron entre gente cada vez más ruidosa y bajo nubes cada vez más oscuras.

—¿Cómo anda Eternel?

—Bien. La gente siempre tiene algo que pintar.

Etchenike señaló al obispo que bebía coca de un vaso grande en un grupo chico sin señoras.

—¿Y ése qué pinta?

—Monseñor Ruffinelli es el jefe de compras de la Curia. Con él ya gané tres licitaciones para pintar todas las iglesias y conventos de Capital. Pinturas especiales, importadas, que dejan un margen espectacular. Y éstos, los curas, digo, aparte de la trampa general, no te cagan.

—Hace buenos negocios.

—Me gusta hacer negocios —y Tony Bennett podía transmitir su convicción—. Pero lo que más me gusta son las mujeres. Las mujeres de buen culo.

—¿Y las milanesas?

—Tiene razón —dijo el otro mirándolo con admiración—: las milanesas están ahí, ahí.

Etchenike se explayó:

—La guita y las mujeres o el culo tienen más contraindicaciones que las milanesas. Haga una encuesta acá —y señaló el conjunto—. Hay todo tipo de gente: empresarios, empleados, viejos, pendejos y pendejas, garcas, milicos, algún ratón, los mozos, gatos finos... Si la gente es sincera, borra generalidades como la familia y esas boludeces, las milanesas no bajan del tercer puesto en la general.

—Espere, verificaré.

Mauro Peratta apuró el paso y se introdujo en el grupo en que el coronel de bigotes daba cátedra de estrategia o lo que fuera ante un auditorio mínimo pero dócil a los movimientos de su escarbadientes. Entró y dijo algo y todos lo miraron.

Cuando se volvió para dar cuenta del resultado de su compulsión, el veterano ya no estaba.

Etchenike picoteaba otra vez cerca de la parrilla cuando una ventolera que hizo flamear los toldos y cierto griterío gozoso lo distrajeron. La tormenta se largaba. Las primeras grandes gotas cachetearon peinados viejos y embocaron algún vaso de *whisky* mientras sonaban las lonas amarillas como tensos parches de tambor. Los mozos trataban de sujetar manteles repentinamente embravecidos y una bandada de servilletas de papel migró hacia el río fuera de programa y temporada.

Con grititos, con cortos piques, las mujeres se fueron replegando hacia la casa corridas por los truenos. Después se sumaron los hombres en apariencia sosegados, y los grupos dispersos terminaron por un momento amontonados en las escalinatas y bajo los aleros sin entrar a la casa, dedicados a ver llover, un espectáculo, estreno demorado que nadie quiso perderse.

Etchenike había resistido la compulsión al éxodo y aguantado el chaparrón firme junto a la parrilla, en el corazón del toldo y sin salpicarse. Ahora estaba en una de las tres islas frente a la

tierra firme, cortina de agua de por medio, el humo y el calor íntimo a sus espaldas.

—Esa molleja, la de atrás.

No estaba solo. El hombre calvo y de anteojos que acababa de señalar con dedo corto y torso inclinado de miope una pieza preciosa en el extremo sur de la parrilla le recordó que la vida continuaba:

—Y a mí, la de al lado —se sumó.

Etchenike y el pelado compartieron gestos de complicidad y las mitades de un mismo pan.

—Felices los jóvenes —dijo un tipo muy cerca.

Fue la voz. Sólo la inflexión irónica de voz le permitió reconocer tras un par de segundos al Pajarito Saldívar.

—Estás igual, Julio —dijo el otro primero.

—Vos no.

Etchenike abrazó espontáneamente a su amigo y le extrañó el cuerpo flaco, sintió las inesperadas costillas.

—Estás muy bien. Parecés otro —dijo al tomar distancia.

—Soy otro.

Y lo era.

Tenía veinte o treinta kilos menos, se había afeitado totalmente la cabeza bronceada y una barba corta y gris le cerraba la boca bajo los bigotes negros. Los anteojos de patilla fina y cristales redondos le daban un aire oriental. Cuando se los sacó para secarse los ojos, quejándose vagamente del humo, reveló por un momento la mirada apagada.

Etchenike se acordó de Diana, de lo que había dicho o insinuado Diana.

—Tu hija me invitó.

—Fue idea de ella. Todo.

Etchenike señaló mudo el cielo. Llovía como si se cobrara una deuda, con intereses.

—Tal vez eso también —dijo el Pájaro y se volvió a desempañar los anteojos.

Hablaron del lugar, de la comida, de los invitados.

—Hay mucha gente —aportó el veterano.

—Son como trescientos.

—De a cinco amigos por año.

Saldívar hizo un gesto de leve escepticismo.

—No cualquiera los junta —dijo el pelado de la molleja que hasta entonces había estado muy ocupado en lo suyo.

—Él es el doctor Picabea —dijo Saldívar—. Mi médico de cabecera, aunque él dice que prefiere los pies de la cama, porque desde ahí tiene más panorama.

Se saludaron chocando sendos tintos.

La presentación del veterano fue más larga y anecdótica. Pajarito dijo de su amigo que aunque era evidentemente mucho más viejo que él, la obstinación de Etchenike de permanecer en tercer año les había permitido compartir el secundario en Flores, que dos amigas habían sido sus novias y después sus mujeres respectivas, que habían veraneado y criado sus hijas juntos. Con eso fue como si bastara.

—Y hace años que nos vemos salteado, tal vez desde que perdimos a nuestras chicas... —insinuó—. Pero nos queremos como siempre.

—Eso es —asintió y se sintió sincero el veterano.

Por un rato la lluvia tuvo más que decir que ellos y la dejaron hablar. Hasta que de pronto, como había arrancado paró.

En ese momento alguien se desprendió del grupo concentrado bajo el alero de la casa y corrió a través del césped mojado hacia la salida:

—¡Ricardo! —gritó Saldívar y Etchenike se sobresaltó.

El muchacho se detuvo en seco sobre lo húmedo.

—Vení que quiero presentarte a un amigo.

El otro esbozó una disculpa pero el gesto perentorio de Pajarito lo convenció fácil. Se acercó.

—Mi amigo Julio... —repartió el dueño de casa—. Él es Ricardo Müller, mi yerno.

Etchenike recibió una mano fría y un saludo parecido a la mano. El joven y prolijo Müller debía tener algo más de treinta años y al menos la mitad parecía haberla pasado en un frasco. El veterano pensó que era de esos tipos que venían con fecha de vencimiento en la nuca.

—¿Adónde ibas, tan apurado?

—Diana dejó el coche abierto. Iba a cerrarlo.

—Lo que se mojó, ya está.

Eso era chino básico: Lao Tsé, Confucio, alguno de éstos.

—Pero hay que secar —dijeron casi a coro Etchenike y el doctor Picabea.

—Claro.

El joven Müller agradeció la solidaridad pero no pudo escapar tan rápido como deseaba.

—Aquí donde lo ves, Julio —dijo el Pájaro con un ligero tono condescendiente mientras lo sujetaba por el codo—, aquí donde lo ves, este imberbe es un capo en lo suyo: ingeniero químico a los veintidós años, máster en Harvard, máster en Alemania...

El pibe, a cada referencia, inclinaba levemente la cabeza como para que le colocaran una medalla en el podio.

—Un lujo para Eternel —concluyó—. Aunque a veces protesta porque tiene ideas, inventa, investiga, y no le damos suficiente bola al desarrollo de las cosas nuevas.

—Es más fácil importar —intercaló Etchenike.

El Pájaro Saldívar echó humo, levantó las cejas.

—¿Usted importa? —dijo, incisivo, el precoz ingeniero.

—Eso deberían decirlo los demás —dijo el veterano.

—No es del sector, Ricardo —le aclaró el Pájaro con cierto fastidio—. Además, no es el momento de hablar de negocios.

Por toda respuesta Ricardo Müller desvió la mirada hacia donde, detrás de la lluvia que volvía, Mauro Peratta se prodigaba en palmadas y abrazos en el grupo del coronel.

—Si me permiten... —dijo el imberbe.

—Vaya, yerno.

El joven Müller agradeció el gesto y partió como había venido. Lo miraron chapalear liviano por su mujer o su auto.

—Es mi gerente de producción.

—Y el marido de Diana. ¿En qué orden fue?

—Primero, marido.

—Ah. ¿Y el otro?

—¿Qué otro?

—El otro, el novio anterior.

—¿El marcador de punta?

Etchenike no pudo evitar la sonrisa:

—Sí.

—A ése lo ahuyenté. Un atorrante —decía ahora Saldívar; a su lado, el doctor Picabea corroboraba el diagnóstico—. Éste, por lo menos, estudió.

—¿Y Diana?

—Feliz. Eso dice.

—Eso me dijo, también.

Pajarito lo miró con una leve sonrisa:

—Ahora que es investigador —le comentó a Picabea—, se dedica a preguntarle lo mismo a distintas personas... Ya no conversa, interroga.

—¿Investigador?

—Privado —Pajarito le abrió el saco de *fil-a-fil* y le mostró a su médico el 38 corto que calzaba su veterano amigo—. Un clásico. No sé cómo Peloso te dejó entrar con esto.

—Le dije que iba a matar a alguien.

—A mí no.

—A tu Tony Bennett.

Pajarito tardó sólo segundos en reconocer la alusión.

—Tony Bennett... ¡Peratta! —y lanzó la carcajada—. ¿Hablaste con él también?

—Lo sé todo.

—Peratta es un hijo de puta, convengamos en que es un hijo de puta... —propuso Pajarito con extraño buen humor—. Pero tiene algo. Sabe lo que tiene que hacer y lo hace con su gracia. Hace unos cuantos años que está conmigo. Un día, cuando todavía no era mi socio, me dice: Saldívar, tenemos que especializarnos en pinturas antioxidantes; acá no hay y son caras. Dale, le digo. ¿Pero y si nos clavamos, a quién se las vamos a vender? Y entonces me dice: ¿quiénes están todo el tiempo entre los fierros y metales y cuidando que no se les oxiden por la falta de uso...? Los milicos. Nadie tiene más metales para proteger que los milicos. Entre barcos, tanques, cañones... Ahora somos proveedores de las Fuerzas Armadas. Facturamos bien. Traemos la pintura de Alemania, porque el Ejército no le puede comprar al extranjero... Cero riesgo. Listo. Gracias a este hijo de puta que tiene todos los contactos.

—Sin contar los que se guarda para él... —y ahí fue Picabea.

—Son las reglas, estamos hablando de negocios. Además... —Pajarito se detuvo.

El locuaz narrador suspiró y Etchenike sintió la pausa un poco teatral, de mal actor: aviso de que ahora venía algo importante.

—Hay momentos en la vida en que uno empieza a mirar otras cosas, se aprende a separar lo fundamental de lo accesorio —y Pajarito le confirmó el cambio de tono, de léxico, el regreso del chino básico—. Y yo estoy pasando por un momento de éstos.

El veterano optó por no preguntar nada aunque se la dejaban picando. Tal vez precisamente por eso. Metió la nariz en el vaso y dijo:

—Te vienen a buscar.

Justo en ese momento empezaban a subir las voces reclamando al del cumpleaños. Había

dejado de llover al parecer del todo, y los coordinadores de fiesta con Diana a la cabeza salieron a la pesca del homenajado para someterlo a los rituales de rigor. Etchenike y Picabea lo entregaron y por un momento el alboroto se generalizó hasta que todo el mundo se encaminó para adentro.

El veterano aprovechó para escabullirse.

Encontró una botella de *champagne* al borde de la piletta y durante un rato largo recorrió la periferia de la quinta en buena compañía. Sólo había parejas rezagadas en los bancos bajo los árboles, los choferes del obispo y del coronel que se aburrían y algunos chicos embarrándose en los juegos mientras el ruido, la música y las luces se concentraban en la casa. Entró recién cuando el apagón y el coro destemplado del cumpleaños feliz.

Se puso a la cola de los saludos pero no en la de la torta. Abrazó a su amigo que le dio las gracias por venir en el oído, le guiñó un ojo y besó a Diana en la mejilla demasiado emocionada y le dio la mano al ingenierito rígido a su lado. Al rato los vio bailar.

Pajarito le llevaba dos cabezas a su hija; las mismas que a la madre. Diana con el marido eran un poco más parejos aunque él saltaba algo al bailar, lo que probablemente impedía que ella se apoyara en el hombro, como con el padre. El rudo Peloso quedaba un poco ridículo con la yegua de los pantalones amarillos pero se lo veía muy concentrado y en lo suyo —el control—, y no tanto a ella. Vio pasar a Peratta al menos con tres compañeras diferentes y ninguna a disgusto.

El doctor Picabea y monseñor Ruffinelli no bailaban; ni con otros ni entre sí. Lo suyo era el análisis de situación. El prelado había pasado al *champagne* y el facultativo seguía fiel al tinto. Pero Etchenike pagó cara su distante disponibilidad al borde de la pista porque se vio repentinamente arrebatado por una señora de peso que lo obligó a incorporarse a una improvisada ronda de la que tardó una eternidad en zafar. Uno nunca puede explicar después cómo se termina bailando la raspa.

Cuando salió al fresco a secarse la estúpida transpiración el cumpleaños languidecía, ya la gente comenzaba a irse, los coches se movían bajo los árboles y la tormenta parecía querer volver. Era la hora para no tener problemas con el último tren. Fue entonces que el veterano comprobó que en algún momento entre la parrilla, la piletta y el salón de baile había perdido contacto con Simenon.

Volvió adentro a las puteadas y preguntó al voleo. Le indicaron el guardarropa como alternativa y allá fue. Estaba, milagrosamente; un poco mojado, pero estaba ahí.

Al volver a salir vio a Diana hablando con el doctor Picabea al fondo de la galería. Ella estaba de frente y cuando también lo vio, le hizo un gesto leve, que la esperara. Etchenike asintió y se apoyó en una gruesa columna, se quedó mirándola con inevitable alevosía.

Parecía hablar el médico; y hacía rato que hablaba. Ella escuchaba un poco y bajaba la cabeza. En algún momento él terminó o no de decir lo que decía, pero le puso la mano en el hombro y la dejó ahí. Ella se volcó hacia la mano, dijo algo sin levantar el mentón y se despidió. Etchenike dejó de mirar, se concentró en el parque.

—Hola —dijo ella cuando estuvo a su lado—. Gracias por esperarme.

—Hola, petisa.

Los ojos de Diana brillaban como siempre, pero de otra manera. Había llorado o iba a llorar o no, pero se trataba de ese brillo.

—¿Perdiste algo? —dijo ella ganándole de mano.

—Ya lo encontré —y mostró el libro—. ¿Y vos? ¿Qué perdiste?

Ella agitó la cabeza, eludió el tema:

—A quién se le ocurre, traer un libro a una fiesta...

—¿Tenía que traer el vino, el helado...?

—Nada de eso, pero sos raro —y sonreía: él la hacía reír—. ¿Cómo lo pasaste?

—Muy bien, bailé y todo. Pero ya estoy un poco cansado.

Ella también, así que se sentaron en un sillón doble, bajo la galería. Pasó un mozo en retirada y les dejó las últimas copas de *champagne*.

Diana se quedó callada y Etchenike no quiso o no pudo preguntarle qué le pasaba. Sintió que debía contarle algo que la distrajera y casi sin preámbulos le habló de uno de sus casos, la hizo reír con la historia del Mojarrita Gómez, le pintó una vida movida y aventurera.

—¿Y tu hija qué opina de todo eso?

El veterano se encogió de hombros:

—Susana me quiere. Y soy su papá.

Diana pareció acordar con esas raras razones.

—¿Pero ella cómo está? Hace mucho que no sé nada —dijo.

Etchenike le dijo que Susana estaba bien pero se había separado de Horacio hacía poco. Sí, seguía de maestra, vivía por Congreso como siempre y Marcelo iba a cumplir nueve.

—¿Y vos?

Ella no tenía o no pensaba tener hijos por ahora.

Él le dijo entonces que la veía muy reposada y ella lo aceptó casi con melancolía. En realidad, tenía muy poco interesante que contar: se la había pasado estudiando mucho, casi todo el tiempo y en todas partes.

—Mientras uno estudia no piensa —concluyó.

—Pero te casaste.

—Fue casi parte del programa de estudios.

Era un chiste, claro. Y se rieron otra vez.

—Es un lindo chico —dijo él.

—Lo de Famularo, vos sabes, terminó mal... —necesitó aclarar Diana.

Etchenike asintió.

Sabía, claro. Pero era raro oírle a ella nombrarlo así, por el apellido. No hacía mucho y durante un tiempo —acaso el que Diana Saldívar había tardado en pasar de pendeja malcriada a esta mujer acaso malcrecida— Roberto Famularo, el joven *marcador de punta* mentado por el Pájaro, había sido El Flaco o Tito en sus aparatosos afectos. El veterano se acordaba perfectamente de aquel romance adolescente que duró lo que dura el secundario que El Flaco abandonó. Convertido en promisorio futbolista, había hecho todas las inferiores en Ferro y llegó a primera mientras Diana se iba del barrio, picaba alto a otras voces y otros ámbitos, estudiaba Administración de Empresas en la UCA, hacía tácitos deberes. Hasta que se reencontraron un cálido verano en la costa.

Y fue algo kitsch, como un velero de caracoles o una foto con los lobos de testigo. Una historieta de verano que la hija única del industrial de la pintura se trajo como recuerdo grasa de Mar del Plata donde él hacía pretemporada y ella huevo de posgrado universitario. Nada tan grave como para que al padre se le despeñaran los pinceles. Hasta que para el otoño, cuando todo debería haberse encarrilado con un cada cual a su casa y a su clase —él a la cancha y ella a La Sorbona—, la sorpresa borroneó los planes y planos de una familia que pintaba tan bien: el comienzo del campeonato para el desaprensivo Famularo coincidió —decían— con la interrupción del período menstrual para la alocada graduada. Y se pudrió todo. Él se fue a México y nunca más se supo; ella ahí estaba, mirando la noche húmeda del Tigre, dando su versión:

—Famularo estaba muerto conmigo, Julio. Lo sé. Nos íbamos a ir juntos afuera y de un día para otro desapareció, se fue solo y no me dio más bola. Yo no entendía nada. Pasé lo que pasé, lloré meses, me banqué las peroratas, las facturas de mi viejo hasta que me convencieron y me convencí de que el tipo se había borrado, acabado todo. Al final me fui a Europa, conocí a Ricardo, y fue lo mejor que me pudo pasar.

—Claro —pareció admitir el veterano.

—Hasta que supe cómo había sido: mi viejo le dijo a Tito que si no se borraba le hacía romper las piernas, lo quebraba. Chau fútbol para él. Yo me enojé mucho después, cuando me enteré, pero en el fondo hizo bien. Yo era una tarada y me salvó. Pero ése es mi viejo.

—Qué lo parió. ¿Cómo te enteraste de eso?

—No viene al caso. Pero ahí me desayuné de las dos cosas: de que Famularo era un cagón, un tipo que no era capaz de pelear por lo que quería, y de que mi viejo sí, era capaz de cualquier cosa. Claro que uno de esas cosas se entera siempre tarde.

Se quedaron un momento en silencio. Ella se sonó la nariz.

—No es fácil —dijo uno de los dos, acaso el veterano, como si leyera en el aire.

—No —confirmaron.

Hubo otro silencio hasta que Etchenike no se animó a preguntar lo que debía y dijo como quien toma un desvío:

—¿Y cómo fue lo de tu mamá?

—Mamá se apagó.

Era una fórmula, claro. Pero también una convicción, acaso ratificada por el uso reiterado.

—¿Cuántos años estuvo internada?

—Como diez. Al final estaba desconectada de todo, no reconocía. Fue lo mejor. ¿Cuándo la viste por última vez?

—¿A Hilda? Ni me acuerdo, hace mucho —pero sí que se acordaba: el velorio de Teresa, su mujer—. Pero estaba bien...

—Mamá se acordaba siempre de vos.

—¿Sí?

Diana asintió con la cabeza pero quedó mirando al suelo y Etchenike no podía ver su expresión y le daba mucha pena:

—¿Pasa algo grave? —murmuró como si la tocara apenas, con la punta de la voz.

—Papá está enfermo —dijo ella claramente.

—Ah.

El veterano le puso la mano en la cabeza y ella por unos momentos se dejó estar ahí,

respirando hondo, sin ruido.

—¿Ésa era la novedad de los sesenta? ¿De eso hablabas con Picabea?

Diana Saldívar bajó apenas el mentón.

—Tiene cáncer.

Lo que seguía era preguntar por los detalles pero Etchenike no lo hizo; sólo siguió acariciándole la cabeza.

—Viene gente —dijo ella de pronto y se levantó, se puso a un metro—. Gracias.

—Llamame, si querés —dijo el veterano sin convicción.

Ella asintió, dio media vuelta y se fue.

Cuando Etchenike salió al parque ya llovía y se iban los últimos autos. Corrió y estuvo dos veces a punto de caerse. Le hicieron señas desde un sobrio coche negro con chofer:

—¿Quiere que lo arrime a algún lado?

Le tocó ser la buena acción del día de monseñor Ruffinelli.

2

El ingeniero

Eso fue a principios de enero. En las semanas siguientes volvió el gallego de Córdoba y terminó de desaparecer Sayago en los misterios de Montevideo. Etchenike no volvió a tener noticias de los Saldívar, no volvió a dialogar con obispos ni se puso el traje de *fil-a-fil* y la vida continuó, acalorada, lenta y trabajosa. Apenas si se ocuparon de la búsqueda de una menor que había salido para ir al Ital Park y Tony encontró en apariencia feliz de la vida con un primo cafiolo en un prostíbulo de Campana; después hubo un robo en el edificio y muy poco más. Faltaba trabajo, sobraba tiempo y el veterano seguía leyendo a Simenon, cada vez con menor dificultad y más gusto. Pasaba las mañanas al pedo, abstraído en la lectura y bastante alejado del estentóreo *alerta* y *vigilante* que el gallego profería como consigna de presentación al atender el teléfono. A Etchenike siempre le habían parecido cosas de perro.

Por eso, cuando un mediodía de fines de febrero estaba tirado en la cama del cuartito contiguo a la oficina y Tony García le avisó que tabique por medio lo esperaba el ingeniero Ricardo Müller, no supo quién era.

—¿Viene a cobrar algo?

—No creo. Parece un cliente.

Salió y ahí estaba:

—Etchenike, soy el yerno de Saldívar, no sé si me recuerda —y el tipo estiró la mano, inolvidable pescado frío.

—Claro que sí...

—En el cumpleaños de él, en el Tigre.

Etchenike asintió:

—Cómo llovía...

—Qué noche.

El gallego guiñó un ojo a espaldas del joven visitante que giró la cabeza como si hubiese oído el parpadeo.

—Disculpe que vine sin anunciarme —dijo al volverse y sin disculpa alguna—. Quiero

mantener esto en la mayor privacidad.

—Acá puede hablar tranquilo. Siéntese.

El ingeniero señaló a Tony con la mirada. Era su estilo.

—Igual yo tenía que salir —dijo el gallego.

Etchenike supo que se quedaría en el pasillo. Era su costumbre.

Müller esperó que se cerrara la puerta para sentarse.

—Nadie sabe que vine a verlo.

—Yo sí.

—Ya veremos: tal vez decidamos que no vine...

El gerente de producción de Eternel S. A. había crecido mucho en mes y pico, o al menos parecía. Había aprovechado las vacaciones para abandonar la tonalidad descolorida y dejarse el bigote. Hay gente así, no quiere que se lo vean crecer.

—Dígame qué necesita, ingeniero.

El visitante sacó un cigarrillo largo y raro, tardó como diez segundos en encenderlo, aspirar y echar humo:

—Quiero que investigue a Mauro Peratta.

Pagaba dos pesos.

—¿Quién lo quiere investigar?

—Yo. Mi suegro no sabe nada, mi esposa tampoco.

Etchenike le buscó los ojos: claros y firmes.

—¿Por qué vino?

—Porque sé que se dedica a estas cosas. Porque es bueno en lo suyo; y honesto. Y conoce el caso.

—Gracias por la confianza. Pero no sé tanto del asunto; una fiesta y un par de conversaciones de borrachos.

—Suficiente. Además, es amigo de Saldívar.

Etchenike estuvo a punto de objetar algo que se guardó para decir lo que el ingenierito esperaba:

—¿Y qué pasa con Peratta?

—Se quiere quedar con todo —y la mano derecha barrió, de canto y vertical, como un limpiaparabrisas—. Usted sabe cómo está mi suegro...

—No sé.

—Tiene cáncer. Le queda menos de un año.

Etchenike pestañeó.

—¿Seguro?

—Pregúntele a Diana. Ella habla con el médico.

—¿Pajarito lo sabe?

—Empezó tratamientos nuevos, vio cómo está. Pero hace como que no.

—¿Y Peratta?

—Se supone que no sabe... Pero labura como que sí.

No era ningún boludo el joven yerno.

—Necesito pruebas para demostrarle a Saldívar que ese hijo de puta lo está caminando —concluyó en otro tono—. Quiere vaciar la empresa.

Ahora sí el veterano dijo lo que pensaba:

—No sería cagarlo a Saldívar sino cagarlos a ustedes, usted y Diana, supongo, cuando el Pájaro... vuele.

—Es lo mismo.

—No exactamente. ¿Por qué no lo dejan morir tranquilo a Saldívar, que parece que es lo que quiere, y después se destrozan entre ustedes?

—No entiende, Etchenike: se juega la continuidad de Eternel. Es una fábrica, trabajan trescientas personas y Peratta la quiere convertir en una oficina de importación con cuatro tipos.

—Un hombre moderno, si uno lee los diarios.

Ricardo Müller se quedó mirándolo. Estaba a punto de levantarse.

—Y Diana... —Etchenike se echó hacia atrás—. ¿Qué dice Diana?

—No sabe nada de esto.

—De qué *esto*.

—Ni de lo de Peratta ni de que vine. Bastante tiene con lo de su padre.

El veterano se tomó un instante más y de pronto señaló el portafolios:

—¿Qué trajo ahí?

Müller lo abrió, sacó una carpeta y le puso una mano encima, como si hubiera viento o fuera un hueso que cuidar.

—Acá está todo.

Etchenike levantó las cejas.

—A ver.

El ingeniero abrió la carpeta y sacó un papel con una lista de nombres, empresas y direcciones. Había varias fotos.

—Se reúne con esta gente —giró la lista sin soltarla, paseó el índice para que Etchenike leyera—. Negocios por izquierda, usando a la empresa pero desviando para él. Está armando una importadora para constituirse él solo en proveedor del Estado, puenteando a Eternel.

—Déme.

El otro no soltó.

—¿Acepta el trabajo?

Etchenike asintió y Müller levantó la mano.

—Hecho.

El veterano se quedó con el papel de la lista y las fotos. Un par eran recortes de diario, tipos conocidos.

—Quiero que verifique estos contactos, día y hora —Müller se echó para atrás—. Con quién se reúne y en lo posible algún tipo de pruebas.

Etchenike dobló todo con cierta desprolijidad y se lo metió en el bolsillo.

—Yo fotos no saco. Es de alcahuete. Y no hago escuchas telefónicas porque no tengo infraestructura, habría que incluir a otras personas, sería otro precio...

—Está bien.

—Y trabajo solo —mintió.

—Mejor —el ingeniero sacó cinco billetes y los puso sobre el escritorio—. ¿Está bien, para empezar?

—Sí. Déjeme los datos de Peratta y llámeme en una semana.

—Ahí los tiene. Vive solo en un departamento sobre Marcelo T. de Alvear, cerca de plaza San Martín. Tiene un Fairlane gris con vidrios oscuros.

—Y la oficina...

Ricardo Müller se puso de pie, miró su reloj:

—En Eternel, en la fábrica. Todos estamos ahí.

—¿Todos?

—Es una gran familia.

—Se nota.

Volvieron a darse la mano. Etchenike sintió que la del yerno de Saldívar se había entibiado.

Se fue el ingeniero y entró el gallego, que opinó sin que le preguntaran:

—Hiciste mal.

—Sí.

—¿Por qué agarraste?

Etchenike le señaló los cinco billetes. Tomó uno con dedos finos, guardó el resto y se paró:

—Vamos a comer.

—¿Seguro que te querés meter en eso?

—Vos también estás: te necesito.

—Ni loco.

El veterano se apoyó en el picaporte, se volvió:

—No comés.

Comieron pescado en El Globo por primera vez en el año y como si fuera la última vez. Se bajaron dos botellas de vino, postre y café. Durante el desarrollo, Etchenike puso al gallego en vastos pero selectos antecedentes que le permitieran entender lo que había oído desde el pasillo. Contó la noche del Tigre en términos humorísticos, como presentación y muestreo de personajes que se cruzan en un ámbito cerrado propio de una novela de Agatha Christie. Sólo había faltado el grito en un cuarto lejano, el cadáver en el jardín bajo la lluvia.

—Y nada indica que no pase algo así —concluyó.

—¿Esperabas que te vinieran a buscar?

—No el nabo éste —se empinó el resto del vino—. Pensé que la piba...

Y Etchenike explicó que simplemente había *afectos en juego*, una manera de nombrar sin decir nada.

—¿Te jode lo de Saldívar?

—No demasiado. Me había hecho a la idea —y corrió las miguitas del mantel con el dorso de la mano—. Tampoco es muy amigo, gallego. Pero vivimos cosas, antes: Hilda, la madre de Diana —que es igual a ella—, era muy amiga de Teresa. De novios, salíamos los cuatro; y también de casados. Nuestras chicas, de chiquitas, pasaban mucho tiempo juntas. Después el laburo nos separó, ellos se fueron del barrio, y cuando murió Teresa tuve una época en que no tuve ganas de ver a nadie. Al tiempo me enteré de que a Hilda la habían internado. Se brotó, me dio una pena...

—¿Se volvió loca?

—Brote psicótico, le dicen: empezó a ver cosas raras, se fue al carajo... Pobrecita.

—¿Se murió?

—Hará tres o cuatro años.

—¿Saldívar no se volvió a casar?

—No, que yo sepa.

—Es de los tuyos.

Etchenike levantó la mirada:

—No. No es de los míos. Pero fijate esto, ahora: hay algo ahí.

Recién a las tres de la tarde terminaron la etapa reconstructiva del caso y el veterano pasó a elaborar un plan de acción.

—Peratta me conoce, así que cuando haya riesgo de contacto visual, vas a seguirlo vos. Pero ahora todavía no: quiero que me lo investigues un par de días al pendejo, a Ricardo Müller. Qué hace, además de preocuparse tanto por el destino de la industria nacional.

—¿La vida privada?

—De eso me ocupó yo. Todo lo demás: contactos de laburo, movimientos, costumbres...

—¿La vas a llamar?

—¿A quién?

—A la hija de Saldívar.

—Va a llamar ella.

Tony no dijo nada.

Volvieron a la oficina y Etchenike lo puso toda la tarde con la guía, el plano de Buenos Aires y el teléfono a verificar datos y direcciones, armar un itinerario coherente. Él se echó a descansar con Simenon, pero al rato roncaba.

El teléfono no sonó nunca.

Eso fue un martes. El miércoles a la mañana, mientras el gallego rastreaba la periferia del ingeniero, Etchenike recuperó el Plymouth y se mandó a Flores a verificar que ya nada era como antes pero que algo era todavía.

El barrio en apariencia estaba igual, pero ahora la ventana a la calle de su viejo dormitorio era un kiosco atendido por una gorda y le costó reconocer al café de la esquina, apenas perdonado por la autopista. Las vagas referencias que consiguió sobre los Saldívar, entorpecidas de leyenda y resentimiento, le sirvieron de poco. Un par de conocidos confiables por los que preguntó al diariero se habían muerto. Y no preguntó por él mismo porque sospechó que, al menos para el diariero, también. Se volvió con la certeza de que si acaso había sido inútil irse, peor era intentar volver.

Volvió a subirse al Plymouth y descubrió que no le quedaban excusas, que ya era el tiempo y la hora de encarar el reconocimiento de la planta industrial de Eternel S. A.

Veinte minutos después ubicaba el mediocre objeto de deseo, la fábrica, un bloque feo y chato de

tres pisos que ocupaba casi toda la cuadra de una transversal a la avenida San Martín, poco más allá del Cid Campeador. Etchenike pasó lento por delante, regulando apenas con el motor de antes de la guerra, y estacionó lejos, en la otra esquina. Después volvió caminando y se sentó lo más cerca posible, en la mesa de la ventana de un barcito justo enfrente de la entrada.

Eternal, de casa familiar, no tenía nada. Demasiados parientes para un reloj con tablero de personal y tarjetas de todos los colores. Los empleados salían a las seis pero los camiones cortos, largos y articulados, en cualquier momento. Los coches de la jerarquía tenían su propio corralito cercado a un costado de la planta. Creyó distinguir el Fairlane pero no se quedó para verlo salir.

Estuvo una hora observando las febriles actividades fabriles y volvió para el centro. Bajó por Corrientes hasta Carlos Pellegrini, giró a la izquierda hasta Santa Fe y bajó hacia plaza San Martín. Dobló en Maipú y pasó frente a la dirección de Peratta en Marcelo T. de Alvear. Siguió una cuadra más, dejó el auto en una playa de estacionamiento de la vuelta por Esmeralda y se vino caminando.

Desde la vereda de enfrente podía contemplar entero un edificio moderno con diez plantas de oficinas y cinco más de departamentos particulares, de a dos por piso. El portero eléctrico tenía varias filas de botones. Tras los cristales, plantas de hojas grandes, el mostrador, mucho movimiento y un encargado saludador. El portón automático de la cochera lateral no dejaba de subir y bajar. Entraban y salían.

Etchenike cruzó a verificar que el catorce B existía y en un momento en que el encargado conversaba con dos chicas se sumó a un par de tipos que entraban. Se mandó a la zona de ascensores y subió hasta el último piso. Había un pequeño palier y dos puertas; bajó por la escalera al catorce. Igual. La puerta de Peratta no tenía ninguna señal particular. No se oía un ruido. Bajo la puerta del departamento A se asomaba el ángulo de una carta y había un ejemplar de *La Ley* esperando, sujeto en el picaporte. Siguió bajando hasta el décimo y recién ahí cambiaba la disposición. Había cuatro puertas. Llamó el ascensor y apretó el botón de planta baja; en el octavo subieron tres personas más. Les preguntó si sabían si estaba el abogado del catorce A. Le dijeron que no, que no lo conocían. Les tiró el nombre del tipo al que estaba dirigida *La Ley*. Tampoco.

Salió conversando con ellos; de atrás hubiera parecido que iban juntos.

Se quedó en la esquina. Primero compró el diario y después, enfrente, un ramito de violetas a la florista más fea del centro, que le dio el vuelto y charla. Media hora después y tras haber cambiado tres veces de esquina, vio llegar el Fairlane. El coche de cristales oscuros se detuvo un instante en la entrada, esperó que se abriera la puerta automática del garaje y entró. No pudo saber si era Peratta, si estaba solo o acompañado.

No iba a ser fácil.

—Y, ¿no vino?

La florista le había visto la cara de decepción.

—Son tuyas —dijo Etchenike.

Y le devolvió las violetas.

Tony ya estaba de vuelta en la oficina. Su informe preliminar respecto del joven ingeniero no aportó nada sorprendente. Ricardo Müller era un modelo de perfil bajo. Vida sana y pocas salidas. Ni joda ni juego ni mujeres. Nada de política, cero contactos empresarios. Un bicho raro

en el medio, investigador universitario, rata de laboratorio, más técnico que comerciante. Único hijo de padres muy mayores que vivían en Villa Ballester, era miembro de la Sociedad Alemana de Deportes Racionales, hacía gimnasia, nadaba dos veces por semana y se juntaba dos veces por mes con otros marcianos en un Círculo de Becarios de la UBA. Tenía un velero con un par de amigos y solían hacer salidas largas, incluso de varios días. Precisamente, este verano habían estado navegando en el Río de la Plata. Una semana embarcados, lo que explicaba el bronceado y el bigote: ida y vuelta hasta más allá de Punta del Este.

—¿Con Diana?

—No. Ella vomita.

Etchenike no pudo menos que suponer que el detalle era inventado, pero jamás repreguntaba sobre los informes del gallego ni requería las fuentes. Hubiera tenido que desechar la mayoría de los datos y prefería sumar, siempre.

—¿Algo más?

—Lo más curioso me pasó en la puerta de Eternel. Estaba por ahí y veo que sale el auto del ingeniero y alguien se baja. Bah, creí que era el de Müller, porque se lo vi el otro día acá, cuando vino. Pero después me di cuenta de que era el de Saldívar. Tienen coches muy parecidos, dos Volvo importados, nuevitos: uno gris y otro verde agua. Cuando me acerqué, el chofer me apuró.

—¿Qué chofer?

—El de Saldívar, supongo.

—Peloso.

—No sé. Un tipo pesado: me sacó cagando.

—Una experiencia ejemplar: evitalo, gallego.

—Espero no verlo más.

—Dedicate a Peratta.

Mientras se repartían el laburo, Etchenike le pasó las características del departamento de plaza San Martín y le advirtió las dificultades que planteaban los vidrios polarizados del Fairlane.

—Pero suben y bajan: y ahí los ves —simplificó Tony.

—A veces.

El repertorio de Tony Bennett

Durante la semana siguiente, el movedizo Mauro Peratta fue exhaustiva y cautelosamente observado por los agentes de Etchenike Investigaciones Privadas con resultados más que positivos. Casi redundantes: hizo prácticamente todo lo que se sospechaba que haría. El veterano y Tony trabajaban juntos, y eso les permitía manejar mayor cantidad de opciones. No era posible prever o discriminar, en principio, lo que serían encuentros significativos para la investigación de los simples cruces con amigos o los estratégicos cafés preliminares de encamada, cuya casi monótona reiteración pronto confirmó llamativamente los dichos del sujeto en observación: Peratta se cogía todo. Algo que tras el tercer día de verlo salir del Tabac de Libertador con mina diferente y rumbo seguro a la Panamericana pareció perturbar al gallego:

—Hombre, es que no descansa nunca...

Pero no era tan así. El hombre era metódico. Vivía solo y raramente llevaba las minas a su casa. Etchenike creyó reconocer un par de veces a Delia, la morocha de los pantalones amarillos —con otros colores y otros pantalones pero era el culo de ella—, entre las privilegiadas que accedían al piso de plaza San Martín. Independientemente de la hora en que terminara —digamos— la faena nocturna, Peratta estaba a las nueve en Eternel. Salía al mediodía por la puerta principal de la fábrica, se detenía un momento a charlar y cambiar bromas con la gente de seguridad, y partía. No volvía hasta las cuatro de la tarde. Era el tiempo que utilizaba para realizar los contactos que desvelaban a Müller.

Un día almorzó en La Biela con un asesor del subsecretario de Comercio Exterior; otro mediodía Etchenike lo siguió mientras se reunía con los abogados de un buffet de la calle Suipacha con los que se suponía estaba armando la nueva sociedad importadora. La tarde que tomó un café con el secretario del nuncio apostólico y un mayor retirado que trabajaba en el Ministerio del Interior estaba Tony García en la vereda de enfrente de la Richmond de Florida.

A las cuatro volvía a Eternel, se reunía con Saldívar o con algún otro y trabajaba hasta las siete pasadas. A las ocho empezaba otra vida: casi tenía alquilada una mesa en Tabac, y ahí recalaba a la espera de la mina de turno. No se lo veía hablar por teléfono, con lo que Tony tenía

la arbitraria hipótesis de que arreglaba la mayoría de las citas en el laburo. Y probablemente fuera cierto, porque su coto de caza predilecto era la misma empresa —el personal femenino de Administración y del área de Esmaltes—, costumbre tan cómoda como peligrosa.

—Arregla al mediodía, cuando sale —sostenía el gallego, al que el tema intrigaba—. Y creo que sé cómo lo hace. Yo lo vi guiñarle el ojo al tipo de la mesa de entradas y dejar un papelito en el tablero del personal que ficha entrada y salida. Una cosa discreta: la mina encuentra la cita cuando pide la tarjeta para salir. Él sólo tiene que esperar.

—Como quien pone un mensaje en el Muro de los Lamentos.

—¿Qué?

—Nada.

—Claro que puede que lo lamente alguna vez —dijo el gallego, que algo había oído—. Esa guacha que se mueve dos veces por semana es la mina de Peloso, el chofer de Saldívar...

—Qué buena está.

Y así derivaban.

Era el octavo día de pesquisa y los alertas vigilantes ya no esperaban demasiadas sorpresas ni cuidaban demasiado las formas. Ese jueves al mediodía Mauro Peratta había cambiado levemente el escenario, parecía jugar de visitante. Sentado en una mesa del fondo de la confitería Bellas Artes, sobre Figueroa Alcorta y Pueyrredón, junto al Museo, el gerente comercial de Eternel iba por el tercer café y miraba la hora. Raro, pero lo habían clavado.

En un momento dado Tony se aburría de mirarle la espalda y dejó al veterano solo con la excusa de ver la exposición retrospectiva de Cándido López que se desplegaba ahí nomás, a cincuenta metros, según vio en el cartel.

—¿Qué es? —dijo ya de pie y sin pudor alguno.

—La Guerra del Paraguay pintada por un manco.

—No jodas.

—Ya vas a ver.

Y se fue a ver. Etchenike quedó solo o acompañado por Simenon, que a esa altura —último tercio del libro— era como uno más de la familia. Lo llevaba a todas partes como a un amigo que viene del exterior y cabe mostrarle la ciudad, mejorarla para él.

Mientras leía era consciente de que con el paso de los minutos aumentaban las posibilidades de ser descubierto. Y más si el otro estaba al pedo y sólo dedicado a esperar, atento a quién entraba. Etchenike se había colocado como siempre y según lo que mandaban los libros: a espaldas y con algún objeto de por medio —una columna en este caso—, y fuera del camino de la puerta, del baño y del teléfono público, que por suerte coincidían. Ansioso o indiferente, dos veces se ensartó levantando la vista ante las mujeres que entraban, hacían parte del trayecto pero se desviaban en otra escala, en otra mesa; y le pasó también con un pelado y después con una pareja de extranjeros. Pero tenía que ser una mina para esperar tanto.

Había vuelto al libro, a la época en que Simenon se había instalado en Estados Unidos con su tercera o cuarta mujer y, de camisa a cuadros y en un rancho bajo el sol de Arizona, escribía sobre pequeños delincuentes culposos de los arrabales de París, cuando el ruido de una silla corrida bruscamente le hizo levantar la mirada.

Mauro Peratta se había puesto de pie y ofrecía un lugar a su lado a la mujer de anteojos negros y pelo recogido que finalmente acababa de llegar, tarde pero sonriente, le ofrecía la mejilla, se sentaba.

Era Diana Saldívar.

Etchenike se encogió. Bajó la cabeza y por un momento permaneció con la vista fija en el libro abierto en la página 345, como lo recordaría luego. Lo cerró. Después fue mirando de a poco, como si levantara un telón. Diana había quedado exactamente enfrente —podía verla con claridad por encima del hombro del expansivo Peratta—, pero no miraba hacia donde estaba él: a esa altura, su compañero le copaba toda la atención.

Ella pidió un té y él otro café, que fue motivo de bromas. Conversaban sin fluidez ni tirantez, pero con pausas grandes. Él parecía preguntar, ella volvía la cabeza al parque, vacilaba. En uno de esos regresos, él le tomó las manos e inclinándose sobre la mesa la besó.

Etchenike tosió. Una tos seca, sonora, única.

Ella abrió los ojos sin apartarse de Peratta y lo vio.

Se miraron.

Fue un segundo. Ella volvió a cerrar los ojos y se apartó lentamente de su compañero, fue desasiendo las manos. Etchenike había abierto otra vez su Simenon.

En Arizona hacía mucho calor y las jornadas de trabajo se hacían necesariamente más cortas, no podía cumplir con los compromisos de entrega que se había impuesto y su tercera o cuarta esposa le propuso un nuevo cambio de domicilio. Irían a Nueva York.

De pronto Diana Saldívar estaba a su lado:

—Los espías no tosen —dijo con una voz rarísima.

Se había colocado sutilmente entre la columna y Etchenike. Aunque se volviese, Peratta no podía verla.

—Los amigos sí —dijo el veterano sin levantar la vista.

—Pero no es lo que pensás.

—No pienso nada. Y tampoco es lo que pensás vos.

Se oyeron respirar.

Cuando él fue a decir algo, ella ya no estaba. Cuando ella salió del baño Etchenike se había ido. Cuando el gallego volvió de contar los soldaditos de Cándido López ya no quedaba nadie en la confitería Bellas Artes.

Etchenike escribió esa misma noche un informe tan detallado como selectivo acerca de los movimientos de Mauro Peratta, gerente de comercialización de Eternel, durante los últimos diez días. Acompañado de un teléfono mudo y una decreciente botella de Bols, tecléo profesionalmente en la Remington durante un par de horas, en hojas de papel finito sin fecha ni membrete alguno pero con detalles de lugares y nombres cuando ameritaba. El original de cinco páginas —con su prolija copia al carbónico— estaba dirigido a *quien corresponda* y aclaraba que se circunscribía a *los contactos que pudiesen ser considerados relevantes a los efectos de la investigación requerida*, con lo que dejaba afuera lo que genéricamente habían dado en llamar, con el gallego, *el puterío*.

Para cuando llegó Tony, tarde y evasivo, lo había terminado.

—¿Llamó Müller? —dijo asomado a su hombro.

—No todavía, pero ya está —Etchenike se apartó del escritorio, separó las copias—. Por esa guita no nos movemos más...

El veterano se había tomado cuatro ginebras y las sintió al pararse. Fue al baño a lavarse la cara mientras Tony recogía el informe y se lo llevaba a la ventana.

—Está bien —dictaminó después de un rato, asomado desde el quinto piso a la noche todavía calurosa—. ¿Cómo terminó lo de ayer?

—Un gato más —dijo Etchenike después de un par de segundos y mirándose al espejo.

—Era clavado.

El gallego seguía en la ventana. Etchenike lo vio por la puerta entornada mientras enfrentaba, mareado, el inodoro.

—¿Qué pasa?

—Había unos tipos abajo.

—¿Te siguieron?

—No... no sé. Me pareció. Voy a ver.

—No, pará.

Pero Tony volvió a salir antes de que Etchenike, con los pantalones a media asta, pudiera detenerlo:

—Gallego...

El ascensor ya bajaba.

El veterano se abrochó, apagó la luz general y se asomó a la ventana. No vio nada raro pero tuvo una arcada que lo dobló. Cuando se enderezó, un Falcon lento y verde que venía por la avenida se paró justo enfrente. No se bajó nadie.

—¡Gallego! —gritó.

Nada. Sólo el silencio y el estómago revuelto.

De pronto oyó una corrida, un grito y un insulto que venían de la calle, de la entrada al edificio que no alcanzaba a ver. Se habían bajado antes, los hijos de puta.

—¡Gallego!

Salió de la oficina ya con el revólver en la mano. Llamó el ascensor pero sintió que tardaba una eternidad en subir y se mandó por la escalera en penumbras. Bajó a los saltos, se cayó una vez, se cruzó en el tercero con el ascensor que pasaba lento y ruidoso a contramano iluminando los pasillos vacíos. Volvió a caerse a la altura del primero y desembocó en la planta baja desguarnecido y tenso como sale el toro al ruedo.

Mientras corría hacia la entrada oyó un motor que aceleraba:

—¡Gallego!

Sonaron las puertas del auto y salió a la vereda sólo para ver cómo el Falcon terminaba de dar vuelta a la esquina.

Miró a su alrededor. Había un bulto que se movía junto al árbol. Tony García estaba tirado en el suelo, encogido.

—Gallego...

Etchenike guardó el arma y lo dio vuelta. Sangraba por todos lados.

El veterano se apoyó en el árbol y vomitó.

A las once de la mañana sonó el teléfono:

—Hola, habla Ricardo Müller y ya es viernes, ¿qué novedades tiene para mi?

Etchenike estuvo a punto de mandarlo a la reputísima madre que lo había parido.

—Varias —dijo.

Tony García, apoyado en el codo, en la cama, trataba de tomar mate pese a las vendas y la boca partida.

—¿Buena información?

De pronto, aquel gil hablaba con la soltura de un rey del mambo.

—Lo que quería ya lo tiene.

—Perfecto. Véngase esta tarde.

—¿Adónde?

—A Eternel.

El veterano cerró los ojos, agitó la cabeza para el gallego:

—Preferiría no hacerlo.

El ingeniero bajó la voz, recurrió a un tono cómplice:

—No va a haber nadie. Los capos se van ahora, en un rato nomás, a una reunión de la Cámara Sudamericana, en San Pablo.

—¿Los capos?

—Mi suegro y ese hijo de puta —usaba los insultos como un pibe que aprende malas palabras en un idioma nuevo—. Anúnciese como...

—El señor Famularo —propuso el veterano.

—Eso. Lo espero a las catorce acá; hay cosas que tiene que saber.

—¿Yo? —Etchenike suspiró—. Tenga la guita.

—Seguro.

Cortó.

El veterano retiró el mate de la mano de su socio y mientras cebaba uno nuevo le informó de lo que había hablado con el joven ingeniero, del próximo ingreso de dinero. Pero Tony le daba muy poca bola.

—¿Cómo estás?

—Los voy a ir a buscar —dijo una vez más el gallego.

—No hables.

Aunque tenía una ceja cortada y un ojo cerrado y tumefacto, lo peor era la herida en la boca. Le habían partido la postiza de una trompada y eso había hecho un desastre en las encías y los labios. Etchenike había bajado a buscar los pedazos de la prótesis a la mañana pero sólo había encontrado uno.

—Vi un perro que se llevaba el otro —dijo—. Dobló en la esquina, como el Falcon.

Y el gallego, pese a todo lo roto, se reía o trataba.

—Te voy a comprar una nueva, de bakelita —prometía el veterano.

—Los voy a ir a buscar —insistía el desdentado.

Tony había podido identificar a dos de los tipos. Estaba seguro de que eran de la custodia del mayor del Ejército que se había reunido con Peratta en la Richmond la semana anterior.

—Uno es así —y el gesto apenas superaba la altura de la cama— y tiene la cabeza bien

atornillada; el otro es rubio y de bigotes, más alto.

“Para que no te metas en lo que no te importa, sorete”, le habían explicado, didácticos, mientras lo fajaban: “La próxima sos boleta, enano de mierda”.

Aunque Etchenike entendía que lo de *enano de mierda* lo jodía y le dolía más que los prolijos treinta puntos que le habían dado en el Argerich, era claro que la paliza había sido sólo una advertencia, un trabajito menor, un apriete extra fuera de programa para esos monos que salían a borrar tipos a diario sin mediar palabra ni explicación retórica.

—Algo tocamos, gallego. Fue como meter el dedo en una conexión en corto y sin guantes. Te ligaste una patada.

—Varias. Muchas. Los voy a ir a buscar.

Y volvía con lo mismo.

—No vas a ir a ningún lado. Al menos por ahora.

El gallego gruñó.

Al mediodía Etchenike le hizo tragar el antiinflamatorio, le revisó los puntos y tras darle un beso en la frente salió.

Llevaba el informe para el ingeniero en el bolsillo interior izquierdo del saco, el revólver en la sobaquera del mismo lado y media dentadura postiza, envuelta en su pañuelo, en el bolsillo trasero derecho del pantalón.

El señor Famularo llegó a Eternel tarde, transpirado y con anteojos negros. El tipo de la recepción era el mismo que estaba en la entrada de la fiesta. Es decir, no el peor de los dos sino el otro. No lo reconoció.

Mientras lo anunciaban, el veterano curioseó en un prospecto las virtudes del nuevo Patinol aislante de color, miró el tablero del personal a espaldas del tipo, las tarjetas increíblemente rosas y celestes, el reloj que marcaba las dos y veintisiete. No había ningún papelito a la vista en los casilleros. Se acordó del gallego y sintió un profundo fastidio.

Le avisaron que el ingeniero lo esperaba y le preguntaron si sabía ir. Era en el segundo piso, a la derecha.

Cuando esperaba el ascensor reconoció una voz que llegó de la calle y dijo al pasar que el Aeroparque era un infierno, que el vuelo estaba demorado.

Por un momento el señor Famularo temió que compartieran el ascensor pero no. El ominoso Peloso siguió de largo a sus espaldas.

La oficina del ingeniero Müller estaba al fondo del pasillo que atravesaba un piso entero dividido en cubículos. El veterano fue mirando por encima de divisiones que le llegaban al hombro y comprobó que había más máquinas de escribir y calcular que empleados.

Soslayó a una veterana que custodiaba la puerta desde un escritorio con teléfono, golpeó el vidrio esmerilado y entró.

—El vuelo se demoró —dijo.

Ricardo Müller estaba sentado detrás del escritorio. A sus espaldas, el sol a rayas apoyaba todo su peso contra la cortina americana. Pero zumbaba el aire acondicionado y estaba fresco ahí.

—¿De dónde viene?

—Yo, de la calle. Pero el vuelo a San Pablo, digo —el veterano hizo un gesto vago—. Por ahí vuelven y nos encuentran acá...

El ingeniero vaciló, soltó algo que tenía en la mano:

—¿En serio?

—Volvió Peloso hablando de eso. Tal vez los trajo de vuelta. Hay que apurarse.

—Voy a llamar a ver qué pasó.

Müller tomó el teléfono pero no llamó. La mano quedó ahí.

—Mejor déjeme el informe y váyase ya. Después hablamos.

Etchenike se sentó con un suspiro y sacó el sobre.

—No se lo voy a dejar. Se lo leo, si quiere. Tome nota.

—¿Cuánto es?

—Lo que habíamos arreglado, ¿tiene la guita?

—Claro. Cuánto es de largo, digo.

—Cinco páginas.

—Démelo.

La mano quedó extendida sobre el escritorio.

—Con condiciones —y el veterano le estrechó la mano con fuerza—. Lo lee, apunta lo que le sirve y lo destruimos.

—De acuerdo.

No lo soltó aún:

—Y me da la guita.

—De acuerdo —y el otro liberó la mano como si la sacara de debajo de una piedra.

Etchenike le extendió las hojas y el ingeniero las recibió como la última entrega de un folletín.

—Buen trabajo —dijo a primera vista.

Durante unos minutos el veterano observó cómo leía apurado, afirmaba con las cejas, fruncía la boca, se interrumpía para confirmar, copiaba. Apenas preguntó por un par de nombres, confirmó una dirección, una fecha con una maldición entre dientes. Sólo levantó la mirada a la altura de la tercera página y dijo cuatro palabras:

—¿El Círculo de Becarios?

Etchenike levantó las cejas: lo escrito, escrito estaba.

—¿Con quién habló ahí, qué fue a hacer?

—No pude entrar —improvisó—. Peratta estuvo una hora, lo que dice ahí.

Ricardo Müller anotó día y hora, siguió leyendo y antes de volver la última hoja hizo un gesto de aprobación. Dejó el informe, sacó el dinero del cajón y lo puso con lentitud sobre el escritorio.

Cuando terminó agregó un billete más, de su bolsillo:

—Gracias —dijo.

Etchenike agarró la plata sin contarla:

—Está bien. Pero fue un trabajo de mierda.

El ingeniero había vuelto a la lectura y sólo levantó la mirada cuando llegó al final.

—¿Por qué?

El veterano no llegó a contestar. Hubo un ruido leve a sus espaldas y la cara del joven Müller se transformó, la mano se crispó sobre los papeles, hizo un bollo. Una sombra hizo girar el

picaporte.

Entró Diana Saldívar.

Etchenike se levantó.

—¿El señor Famularo ya se fue? —dijo ella ignorando al veterano, poniéndose rápidamente del otro lado del escritorio.

Ricardo Müller agitó la cabeza, suspiró con alivio y confusión:

—Sí... no.

—¿A qué se debe...? —insistió ella, y aludía a la escena.

Su marido le dio un beso:

—Etchenike pasaba por acá y quería saber cómo andaba tu padre.

—Papá se va a morir —dijo ella casi desafiante.

—Lo siento —dijo Etchenike y no se sentó.

Ricardo Müller tiró el bollito al papelerero ubicado a dos metros y le erró.

—Y hay un montón de hijos de puta que van a seguir vivos. No es justo —dijo Diana.

Etchenike se agachó como si esquivara algo, pero fue para recoger el bollito. Volvió a su lugar, lo estrujó un poco más y ahora tiró él. Parábola perfecta y adentro.

Lo miraron.

—Son años —dijo.

Diana Saldívar lo observaba con la indudable certeza de haberlo incluido en el montón de los que sobrevivirían a su padre.

—Diana —dijo Etchenike, y el ingeniero repentinamente no contaba, no existía—, tal vez no sea el momento ni estés con ánimo, pero llamame cuando quieras. Yo no creo mucho en eso, pero a veces sirve hablar.

Ella no contestó.

Etchenike murmuró un saludo, hizo una leve inclinación de cabeza y salió dejando la puerta abierta.

Antes de que llegara al ascensor empezaron los gritos; después, el portazo los asordino. No se dio vuelta. Pero de los cubículos se asomaron cabezas, una bandada de avestruces que después de unos segundos se volvió a esconder.

Una auténtica familia.

Ponía en marcha el Plymouth cuando sintió que le golpeaban la chapa. Era Diana, trémula y acalorada tras la corrida:

—¿Por qué usaste el nombre Famularo? —le enrostró asomada a su ventanilla.

—Se me cruzó. Subí.

Pero ella no había terminado:

—¿Para ver si Ricardo sabía algo?

—Tal vez. Pero en realidad sólo para despistar a Peloso y los de abajo. Subí.

Ahora sí que subió. El calor y la corrida la habían desordenado, estaba agitada, hermosa. El veterano arrancó y dobló en la primera esquina sin preguntar.

—Te llevo adonde quieras.

—Porque Ricardo no sabe nada. Nunca supo nada de eso —siguió Diana en lo suyo.

—Claro, ya entendí.

—Lo de Famularo es asunto concluido.

—Está bien.

—¿Qué pensás? —dijo ella.

—En tu marido —mintió apenas él—. ¿De lo de Peratta tampoco sabe nada?

Diana agitó la cabeza:

—Si vos no le dijiste...

—Sabés que no.

—¿Qué hacías ahí entonces?

—Me ocupaba de tu padre.

—Justo ahora.

—Precisamente.

—¿Ricardo te contrató para seguirme?

—No.

—¿No qué?

—No voy a contestar a nada de eso. Pero quedate tranquila.

Ella inclinó la cabeza y de pronto sollozó, aspiró con repentinos mocos, como una nena:

—Dejame acá.

Estaban en un semáforo.

—No te voy a dejar bajar así.

Etchenike condujo unas cuadras en silencio hasta el parque Centenario. Ella había dejado de sollozar cuando estacionó. Había una fila de kioscos de venta de libros usados a lo largo de la vereda del parque.

—¿Querés bajar?

Ella agitó la cabeza.

—¿Querés hablar?

Tampoco.

—¿Lo de tu viejo te tiene muy mal?

—Más o menos —se hizo una pausa larga—. A veces pienso que mi padre es un monstruo...

—¿Por qué?

Nuevo silencio. Etchenike no insistió. En un momento dado ella abrió la puerta y bajó del coche:

—Demos una vuelta.

Caminaron mirando libros. Diana iba más rápido, espiaba casi sin detenerse. El veterano se paraba a cada rato, hurgaba un poco más. Se compró *Gambito de caballo* de Faulkner en la edición de Grandes Novelistas de Emecé para él y le regaló *Pacto de sangre*, de Cain, en El Séptimo Círculo, a ella:

—Es un policial. Tal vez viste la película.

—Gracias —dijo ella sin mirarlo.

Se sentaron en un banco. Diana estaba más serena, la respiración regular y los ojos menos irritados.

—¿Te puedo preguntar una cosa un poco... complicada? —dijo de pronto.

—¿Complicada?

—Personal.

—¿Personal? —el veterano levantó teatralmente las cejas—. Esperá que me preparo.

Etchenike encendió un Particulares, echó humo un par de veces.

—Es algo que sólo lo hablé una vez con Susana, hace años. Le comenté a ella algo que me dijo mi mamá.

—¿Qué te dijo?

—Que vos estabas enamorado de ella.

—¿De quién?

—De mi mamá.

El veterano quedó inmóvil, sin un gesto.

—Mirá vos —atinó a decir—. ¿Y de dónde sacó Susana...?

—No entendiste: le conté yo a Susana lo que me había dicho mi mamá: que vos estabas enamorado de ella.

—Ah.

Etchenike asintió, desvió la mirada.

—O tal vez me dijo que ella estaba enamorada de vos —agregó Diana tranquila, curiosa apenas, casi divertida—. Algo así, como que algo había.

Etchenike se quedó mirando largamente el cigarrillo.

—¿Cuándo te dijo eso Hilda?

—Una vez que había tomado un poco, después de una pelea terrible con papá. Pero estaba bien, fue antes del brote y de todo.

—Ah.

—¿Entonces?

—No, entre tu mamá y yo no hubo nada —dijo como para sí, sin levantar ni la voz ni la mirada—. En concreto, nada, petisa.

Dio una pitada y prosiguió:

—Yo quise mucho a Teresa, sabés. Lo de Hilda no fue nada, algunas palabras, no más que eso. Pero quedó ahí. Tal vez como una asignatura pendiente, como se dice ahora.

—Pero nunca...

Etchenike agitó la cabeza. Era absurdo que estuviera hablando con Diana de eso.

—Nunca pasó nada.

—¿Cuándo fue?

—Te digo que no hubo nada.

—Pero cuándo fue que no pasó nada... ¿Yo había nacido?

—No —admitió Etchenike de apuro—. Diana, dejémoslo ahí. Ya está.

—Parece que para ella fue más importante que para vos.

—Por qué.

—Porque Susana también lo sabía.

—¿Quién se lo dijo?

—Teresa.

—No.

—El Club de las Chicas tiene reglas que los hombres no entienden —dijo ella.

Ahí el veterano estuvo a punto de pegarle. En cambio, se puso de pie:

—Vamos —dijo—. Te dejo donde quieras.

Diana se levantó y el libro quedó sobre el banco. Etchenike lo recogió y se lo alcanzó. Ella caminó hacia el coche mirando la tapa.

—¿De qué trata?

Él arrancó y mientras retomaba Díaz Vélez hacia el centro le contó el argumento por arriba, pensando más en Barbara Stanwick con anteojos negros y en el boludo de Fred MacMurray que en el texto de Cain.

—¿Por qué no me prestás las *Memoires* de Simenon? Leo francés mejor que vos —dijo ella.

—Seguro, pero te van a hacer mal.

Etchenike lo dijo y se sintió estúpido y se dio cuenta de que Diana se había dado cuenta de cómo se sentía y se sintió peor.

Bajaron en silencio por las sucesivas calles paralelas a las vías hasta llegar a Once. El veterano se detuvo y ella abrió la puerta.

—Estás en un momento complicado —dijo Etchenike a modo de despedida—. No hagas cagadas.

Diana lo besó en la mejilla y bajó. Por el modo de caminar, el veterano dedujo que ella estaba absolutamente decidida a hacerlas.

—Necesito que me haga una igual.

Etchenike abrió el pañuelo y puso la mitad derecha suplente de los dientes de Antonio Benigno García, jubilado gastronómico, sobre el mostrador sindical.

—No es posible. Es muy vieja y hay que hacer un molde nuevo —dijo el joven especialista en prótesis de la obra social—. ¿No tiene el otro pedazo?

—No.

—¿Usted es el titular?

—No, es él —y Etchenike sacó el carnet en que Tony tenía cuarenta años menos y todos los dientes—. Pero tiene la boca así, no puede venir. Necesita urgente otra dentadura.

—Es muy vieja, y sin el otro pedazo...

—Qué tiene que ver, con mucho menos que esto en el Museo de La Plata te arman un dinosaurio.

El especialista lo miró y de pronto sonrió con él. El sindicato era una mierda pero este joven no.

—Vamos a ver qué se puede hacer —dijo y abrió un cajón lleno de dentaduras.

Estas cosas a Simenon no le pasaban, pensó Etchenike apartando la mirada.

ENTRE DOS MUERTOS

4

Felices Pascuas

Semana Santa cayó la última semana de marzo con adecuado sol de otoño. Para entonces Tony García tenía dientes flamantes pero aún masticaba poco y las invencibles *Memoires intimes* de Simenon ya eran un libro usado que Etchenike usaba menos. Ni noticias de la gente de Eternel y sus cuestiones internas. Había poco trabajo, y lo que salía eran cosas menores, casi de risa: una consulta sobre la posibilidad de demanda por picadura de aguavivas en Punta del Este que trajo la impresentable amiga del Negro Sayago y la desaparición de un televisor y un gato persa durante el divorcio de un matrimonio de Congreso. Poco y nada.

Por eso cuando el mediodía del domingo sonó el teléfono, aunque el personal en pleno de Etchenike Investigaciones Privadas ya estaba en el pasillo y se disponía a rumbear para la mesa pascual tendida por la piadosa madre del gallego, el veterano dejó la puerta del ascensor abierta y volvió para atender:

—Julio, habla el Colorado —dijo del otro lado de la línea el inspector Antonio Macías, de la Policía Federal.

—Sí...

—Vení ya y no hables con nadie. Ni siquiera con tu ayudante —aclaró porque lo conocía bien—. ¿Querés que te mande a buscar?

—¿Qué pasa?

—Tengo un muerto que te conoce.

—Voy.

Etchenike despachó sucinta y misteriosamente a Tony y Sayago al cercano Oeste y diez minutos después estaba en la Central de Policía de la avenida Belgrano. El Colorado Macías ni siquiera lo hizo pasar a la oficina del segundo piso. Bajó él y se lo llevó de nuevo. Subieron al patrullero:

—¿Estuviste espiando últimamente?

Etchenike puso cara de póker.

—No te pregunto quién te contrató...

—¿Quién lo quiere saber?

—Yo.

—¿Por qué?

—Porque te hice un favor que nos puede costar caro —Macías sacó del bolsillo un papel doblado en cuatro—. Hace un par de semanas hubo una denuncia contra vos, por eso: por espiar. Y como un pelotudo la archivé.

—Sos un amigo. A ver...

El papel era un formulario común, estándar, de la policía.

—El tipo fue a la comisaría y te denunció, con nombre y apellido.

Etchenike leyó, verificó firma y dirección:

—Es cierto —dijo.

Macías suspiró:

—Estás jodido.

El cadáver de Mauro Peratta había quedado atravesado boca abajo en medio del largo living de su departamento del piso catorce. Parecía cómodo, tirado detrás de la mesita ratona y en bata granate manchada oscuramente de sangre, pero se notaba que no había tenido una buena Semana Santa.

—Tu amigo —lo presentó Macías.

—Ah, la puta...

Estaban solos. Por la ventana de cortinas corridas se veía mucho cielo, entraba mucha luz impiadosa. El policía se movía como dueño de casa, Etchenike curioseaba desde lejos, se asomaba sin tocar ni pisar nada.

—Lo mataron el jueves, entre las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche. Nadie oyó nada, al menos por ahora —dijo el Colorado con un bostezo—. Lo descubrió la mujer de la limpieza que tenía que venir el mismo jueves y el viernes pero vino excepcionalmente recién hoy a las siete. Se suponía que Peratta estaba en Mar del Plata.

—Pero se quedó.

Macías soslayó el humor negro, tenía sueño:

—¿Sabés si hay parientes?

—Nadie cercano, que yo sepa. Pero sí mucha vida social, contactos. No tenía custodia pero se juntaba con tipos que tenían.

—¿Qué querés decir?

Etchenike señaló el cadáver por encima de la mesita como si pudiera responder todavía:

—Más o menos para cuando él me denunció a mí porque lo seguía, a Tony lo cagaron a trompadas, mal...

—¿Quién fue?

—La custodia de un mayor. Pero yo no hago denuncias.

—No. Hacés cagadas nomás.

Macías se había dejado caer en una silla al lado de la entrada, junto a los diarios del fin de semana pasados por debajo de la puerta. Había un policía de civil en el pasillo.

—Cuando vi el nombre y la dirección me acordé de vos, fui a buscar este papel... —el

Colorado suspiró—. Me vas a tener que ayudar, porque si no lo resolvemos rápido esto va a saltar: no le di bola a la denuncia de un tipo que a los pocos días aparece asesinado.

—Entiendo —redundó Etchenike.

—Por eso nadie lo sabe todavía: la mujer de la limpieza, el encargado... Nadie más. Para bien o para mal el edificio está casi vacío —Macías se levantó cansadamente—: Te explico lo que hay. Es mucho y poco.

Primero le mostró, sin revolver demasiado el duro cadáver, cómo Mauro Peratta había sido ultimado por tres tiros desprolijos —hombro, muslo, pecho— de un arma que habría que buscar.

—Un veintidós, algo chico; y un tirador inexperto —concluyó—. Además, la puerta estaba cerrada sin llave, intacta. Fue alguien conocido de Peratta, que lo hizo entrar o vino con él. No falta nada; encontramos guita en los cajones. Hay restos de *whisky* en dos vasos, un disco franelero de Fausto Papetti que quedó sonando y sonando, fijos en el cenicero, papелitos manuscritos... Todo recogido para analizar.

—¿Una mina?

—Seguro. Si vas a la pieza vas a ver que hubo encamada, incluso ya encontramos pelos... —y agitó un sobre plástico transparente que sacó del bolsillo—. O lo mató o estaba acá cuando lo mataron, o estuvo antes. Hay muchas desprolijidades, indicios a patadas.

—Ya veo.

Habían llegado hasta el baño y también había pelos en el jabón; alguna toalla elocuente todavía estaba tirada en el piso.

—Pero contame vos.

Etchenike se sentó en el inodoro de tapa negra y aclaró sin mentir que hacía dos semanas o más que no lo seguía, que había trabajado con el gallego, que había terminado ese laburo y hecho el informe a quien correspondía. Sobre el final insinuó que eventualmente podía compartir esos datos.

—¿Qué tenías que buscar?

—Con quién andaba, qué hacía fuera de la oficina.

—¿Cuernos?

—No estaba previsto.

Macías alzó las cejas.

—Y hay algo más —puntualizó el veterano—. Tengo ese informe escrito de cinco hojas...

Las cejas subieron más aún.

—Para mí.

—Para vos, si querés. Supe recuperarlo sin dejar rastros...

—Qué bien.

Etchenike soslayó ironías. Las circunstancias no daban para que se jactara de sus habilidades de manipulador de papeles y de basquetbolista retirado. Además, había sido un laburo de mierda y lo reiteró como conclusión:

—Fue un laburo de mierda.

Después sí, volvieron al living y mirando al cadáver dijo bastante de lo que sabía, habló de Eternel, de la gran familia, de Saldívar y su salud, de su yerno y su hija, de Peloso, de los contactos políticos y económicos, de Peratta. Y de las minas, de las indiscriminadas minas de Peratta.

—¿Quién es Delia? —se cruzó Macías.

—Puede ser una empleada de Eternel que se cogía.

—Hay varias llamadas de ella en el contestador automático a partir del viernes. Lo debe estar esperando todavía en Mar del Plata, ya estamos en eso...

El Colorado oprimió con cuidado la botonera. Había tres comunicaciones. En la primera ella le pedía —si es que estaba todavía ahí— *una pulsera que dejé en el baño*. Después la voz de la chica se volvía más ansiosa o resignada. *Tengo miedo de que te haya pasado algo*, decía antes de colgar, con un beso, la última vez.

—La pulsera está... —dijo Macías—. ¿Es ella?

Etchenike reconoció que no se acordaba de la voz; pero que el culo era inolvidable.

—Servirá para reconocerla —dijo Macías con su primera sonrisa pascual—. En los papелitos que encontramos aparece dos veces la inicial “D”.

—¿Qué tipo de papелitos?

—Mensajes privados, notitas que parecen de mina... Estaban sobre la mesa, hechas un bollo.

—¿Las tenés?

—Se las llevaron para analizar. Con los vasos, los puchos, las huellas que puedan aparecer en los picaportes tenemos mucho material. Hay de todo.

—Demasiado, ¿no?

—Puede ser.

Macías lo tomó del brazo.

—Vamos.

Dieron un último vistazo al living.

—Quien entró por la puerta principal pudo haber salido también por ahí —dijo el inspector—. Había bastante movimiento el jueves y no es una hipótesis a desechar. Mañana veremos si alguien vio u oyó algo raro. El departamento de al lado es de un abogado y no hay nadie. Lo estamos buscando.

—Ah.

—Pero te quiero mostrar otra cosa. Hay otra salida. Este edificio es un colador.

—Conozco.

Salieron del departamento por la puerta trasera y bajaron por el ascensor de servicio directamente hasta la holgada cochera. El único auto que había quedado esperando toda la Santa Semana era un Fairlane de vidrios oscuros; ahora dos tiras de papel le sellaban las puertas.

Macías y Etchenike siguieron de largo hasta la hermética salida.

Junto al portón automático de la cochera había una puertita también de metal, que estaba cerrada como siempre debía estarlo. El policía sacó una llave.

—Todos los propietarios tienen esta llave, que a mí me dio el encargado —explicó el Colorado—. Pero no es ninguna de las del llavero de Peratta.

—Claro, él la tenía con las llaves del auto —acotó el veterano con soltura—. Que seguro...

—Que no están —se apresuró Macías a confirmarle, no fuera a creer que era deducción suya—. No aparecen por ningún lado.

—El asesino pudo haberse ido por acá, caminando.

—Pudo.

Ellos también pudieron. Salieron a la calle, se detuvieron junto al tupido ligustro que cercaba plantas de grandes hojas verdes sin flores ni fe en la lejana primavera; siguieron tirando hipótesis y desmenuzando detalles un par de minutos más.

El policía uniformado que hacía guardia en la vereda soleada saludó a su jefe y al hombre viejo y grandote que lo acompañaba. No era la primera vez que lo veía con él. Hacían una extraña pareja: el inspector era algo más joven y apenas le llegaba al hombro pero le hablaba y lo llevaba del brazo, del codo más precisamente, como si lo condujera por la calle o por la vida.

Se subieron al patrullero.

—Ahora me vas a dar ese informe; y quedarte a mano por si te necesito —dijo Macías a manera de resumen mientras doblaban por la 9 de Julio—. No te muevas ni te cruces. No hables con nadie. Y tené en cuenta que si me apuran te voy a tener que entregar...

—¿Eh?

Etchenike parecía lejos de ahí.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Estaba pensando...

—¿Qué pensabas?

El veterano se volvió hacia la desolada avenida.

—Te doy la copia en carbónico —especificó como si nada.

Una vez que quedó solo en la oficina, Etchenike llamó a la casa del ingeniero Müller. El teléfono sonó largamente y cuando atendieron no era ninguna de las dos voces que esperaba. La mujer dijo con cierto fastidio que los señores no estaban, que se habían ido el jueves al Uruguay. El veterano recordó que Diana le había hablado de una casa en La Pedrera. Sí, estaban en La Pedrera, volvían esa noche, tarde. No, no tenía el teléfono de Uruguay. Etchenike dejó el suyo, dijo que era importante y que lo llamaran a cualquier hora. No pudo ir más allá.

Eran las cuatro de la tarde. Tony y Sayago estarían aún de sobremesa bajo la parra maternal. El veterano fue a la ventana y comprobó que su amigo Macías le había dejado una discreta vigilancia nunca suficientemente discreta.

Volvió al escritorio, revolvió un poco los papeles del gallego hasta que encontró la carpeta de Peratta y, entre tantos datos, la dirección de Delia Gutiérrez.

Era por el Abasto.

Calentó café, se lo tomó mientras cargaba y revisaba el revólver, y bajó comiendo un par de galletitas. Se subió al Plymouth y al enfilarse por Avenida de Mayo hacia Congreso comprobó que el Falcon con los dos policías a bordo se movía tras él. Dobló por Paraná al norte, tomó Córdoba, viró a la izquierda y siguió derecho hasta el Hospital de Clínicas. Estacionó enfrente y subió la escalinata lentamente mientras uno de los del Falcon se bajaba veinte metros más atrás.

Una vez adentro el veterano pasó raudo ante los ascensores y embocó el primer pasillo a la derecha. Aceleró sin volverse por Hemoterapia, esquivó Ginecología, incluso corrió un poco eligiendo los departamentos de nombre más largo y poco transitado, y dobló un par de veces más hasta que llegó exhausto a la puerta de Paraguay. Tuvo suerte: estaba abierta. Salió, paró un taxi y al subir comprobó que no lo seguían.

—Valentín Gómez al 3100 —dijo.

Se dio el lujo de volver a pasar por la puerta del Hospital y ver a los canas en la calle. Se miraban como defensores a los que les acaban de hacer un gol de cabeza en un corner.

Era un primer piso por escalera. Tocó timbre. La chica que entreabrió con cuatro dedos la puerta del departamento A no era Delia.

—Pensé que era el médico —dijo al ver a Etchenike con un solo ojo—. No es.

—Pensé que era Delia. No es.

—Soy la prima —dijo detrás de la cadenita.

—Soy un amigo. Tengo un mensaje de Mauro para ella, sé que lo anduvo buscando.

—Ah.

—¿A qué hora viene?

—No sé. Váyase.

La chica quiso cerrar, Etchenike metió estratégicamente el pie y ella gritó.

—Tranquila —dijo el veterano mirando a su alrededor. Había otras dos puertas: B y C—. Abrime, no tengas miedo.

Ella dio un par de pasos atrás, dijo confusamente que si no se iba llamaría a la policía. Era flaquita, estaba muy asustada. Etchenike vio recién ahora el manchón rojo del pómulo, el corte y la hinchazón en el otro ojo.

—¿Quién te hizo eso?

—No le importa. Váyase —repitió ella desde lejos.

—Está bien.

El veterano se volvió y dio un paso pero cuando ella se acercó a la puerta para cerrarla metió la mano por el hueco y la agarró de la muñeca. Pegó un tirón:

—Abrí y no grites.

Ella agitó la cabeza, negó con ojos desesperados. Etchenike le apretó el brazo con la puerta. Ella gritó otra vez.

—Abrí, gil —y metió el revólver por el hueco, se lo apoyó en las costillitas—, o el médico no va a saber por dónde empezar.

La prima aflojó.

Diez minutos después Etchenike que bajaba se cruzó en la escalera con una mujer de delantal blanco abierto y valijita, que subía.

—Está mejor, un poco asustada —le dijo al pasar—. Ya le hice una primera cura. Déle un par de días, porque tiene el ojo así y una piba tan joven no puede ir a trabajar en ese estado, qué van a decir.

La médica asintió sin decir nada, lo miró bajar apurado los escalones de dos en dos.

Había mucho movimiento en la terminal de Retiro. Etchenike miró el reloj. Tenía tiempo. Se acodó en el mostrador de un bar frente a los andenes y pidió un café. Estaban todos los lugares

ocupados por gente ruidosa y llena de bolsos que se reía de cualquier cosa; eran de los que se iban. En una mesa del fondo había alguien solo y sin bolso que iba por la tercera botella de cerveza y no se había reído al parecer en mucho tiempo. El ominoso Peloso era de los que esperaban, como él.

Etchenike se encogió, retrocedió a la punta del mostrador para quedar fuera de su radio y desde el teléfono público que había junto a la puerta llamó a la oficina.

Atendió el gallego. Le pidió sin mayores explicaciones que se viniera ya para Retiro.

—No puedo —dijo Tony después de un momento—. Sayago se rompió un brazo, creo. Voy a llevarlo al hospital.

—¿Se rompió? ¿Qué hicieron? —y el veterano sospechaba lo peor.

—Me acompañó a dársela a esos hijos de puta...

Después de unos segundos Etchenike se oyó decir algo que jamás hubiera sospechado:

—Están despedidos: los dos.

Y cortó.

Pensaba hacer otra llamada pero no pudo. En ese momento se anunció por altoparlantes *el coche de la empresa Micromar proveniente de Mar del Plata hace su entrada por plataforma número 16* y debió partir detrás de Peloso, que dejó las botellas tambaleando y tropezó con un par de bolsos al salir tan resuelto como inseguro.

Delia fue de los últimos en bajar, delante de un par de tipos neutros. Y Peloso de los primeros en despegar del pelotón que esperaba para recibir a los viajeros. Desde un segundo plano expectante Etchenike vio la sorpresa de ella, el brazo extendido de él, el gesto de la mano que la aferró del codo y se la llevó como un bulto más, sin mediar casi palabras, hacia la salida.

Los siguió de lejos, entre la gente. El hombre miraba sólo para adelante, la arrastraba casi, y ella daba tirones salteados, sin convicción. Para Delia tampoco la Semana Santa había resultado lo que esperaba. Para nadie, en realidad.

Salieron y Peloso la llevó para el estacionamiento, que estaba lleno pero no había casi gente. Ahí tuvo que soltarla un momento para caminar entre los coches y la chica se adelantó unos pasos, corrió un poco incluso, Etchenike pensó que se escapaba.

Pero Delia no fue muy lejos. La caminata y la furia habían despertado a Peloso, que la acorraló contra la pared del fondo y la sujetó del cuello. Le dio una cachetada de ida y volvió con un revés mientras ella trataba de revolearle el bolso, lo puteaba de arriba abajo.

El veterano se apuró para intervenir. Pero algo lo retuvo.

—Quedate ahí —dijeron a sus espaldas.

Sintió la mano en el hombro y los dos tipos neutros que habían bajado del micro detrás de la chica se le pusieron a los costados.

—Policía —abundó el de la derecha y le clavó la pistola en la cintura.

El otro murmuró algo en el walkie-talkie que llevaba pegado a la boca mientras Etchenike quedaba fuera del juego, lo desarmaban, lo hacían agacharse detrás de un Renault, rodillas en tierra.

Desde ahí alcanzó a ver cómo Peloso conseguía meter a la chica en un auto grande, maniobrar hacia la salida.

—Ahí va —dijo el del walkie-talkie—. Es un coche gris, un importado.

Cuando Peloso asomó la trompa tuvo que clavar los frenos.

Etchenike reconoció el Falcon que se le cruzó. Adelante iban los mismos tipos que había dejado pagando frente al Hospital de Clínicas. Del asiento de atrás se bajaba el Colorado Macías.

Lo retuvieron en la Central sin motivo aparente ni pregunta pertinente alguna hasta las diez de la noche. A esa hora le avisaron que se podía ir pero Etchenike dijo que no sin su arma y que viniera Macías.

Al rato vino Macías, pero no se la trajo. Quedaron solos:

—A ver si ahora te quedás quieto, Julio —y el inspector se esforzó en que sonara como amenaza—. Casi me arruinás todo el laburo. Por el encargado del edificio conseguí el teléfono del departamento de Peratta en Mar del Plata; los muchachos de allá sacaron la dirección y localizaron a la mina, la siguieron hasta acá sin levantar la perdiz y tenían orden de no intervenir, dejarla moverse, marcarla para nosotros... Pero apareciste vos y hubo que interrumpir.

—¿Por qué?

—Qué sabían ellos, animal. Podías querer matar a alguien... —sonrió ante sus propias palabras—. Tuve que inventarle a los de la regional Mar del Plata que sos un colaborador mío...

Etchenike meneó la cabeza:

—Peloso sí que la podía matar.

—No creo, no estaba armado.

—¿Qué pasa con él? ¿Tenés algo?

Macías sacó cigarrillos y le convidó:

—No te voy a habilitar información.

—Está bien. Dame el revólver que me voy.

El Colorado seguía con el paquete extendido:

—Nada te voy a dar.

—Entiendo —Etchenike fue hasta la puerta y se volvió—: Pero no lo dejes ir a ese hijo de puta.

—Tranquilo —Macías insistió con el cigarrillo, el brazo extendido—. Me alcanza con lo de hoy para retenerlo: privación ilegítima de libertad, incluso intento de secuestro, lesiones leves. Pero no va a andar porque ella no va a declarar en contra.

Ahora sí el veterano aceptó uno, lo encendió, volvió:

—¿Por qué?

—Dice que es el novio, el macho, bah. Una cuestión privada, dice.

—Pero también le pegó, la cortó a la prima... Tengo los datos.

—¿No habrás sido vos?

Etchenike desestimó la chicana, se jactó de su capacidad persuasiva y de la limpieza de sus medios —*ni un peso ni un pelo ni una teta*— y contó brevemente su experiencia en el departamento de la calle Valentín Gómez:

—Pobre piba —concluyó—. Esta bestia la cagó a trompadas hasta que le sacó lo que quería: dónde estaba Delia y cuándo volvía. Se supone que sabía con quién había ido porque eso no se lo preguntó.

Macías anotó sonriendo los datos de la prima, se quedó pensando:

—Hay algo: los separamos y los dos cuentan la misma historia, no se pisan —dijo.

—¿Y Peratta?

—Todavía no les dije que está muerto.

Etchenike lo miró raro:

—¿Ellos lo nombraron?

—Ella sí, Peloso no.

—¿Qué dice Peloso?

—Que fue a la terminal a buscarla porque Delia le mintió, dijo que se iba a Entre Ríos a visitar a unos tíos pero se fue a Mar del Plata. Fue a ver con quién.

—¿Lo averiguó?

—Dice que no.

—¿Y ella?

—Se da cuenta de que buscamos algo más, pero le tiene miedo a Peloso. Le mintió, le dijo que se fue sola a un hotel, se bancó las cachetadas... A mí me dijo lo que sabemos: que estuvo esperándolo dos días en el departamento y que Peratta no apareció; entonces se volvió. Pero me pidió que no se lo contara a Peloso. “Si se entera lo mata”, dijo, exactamente.

—Qué tal.

—A ella la voy a largar, a ver qué hace.

Golpearon a la puerta. Macías hizo pasar a un oficial con cara de niño:

—Ya está listo, señor.

—Gracias.

El oficial se fue. El Colorado se volvió a Etchenike:

—Se lo dejé un rato a los muchachos. Es importante, antes de tirarle lo de Peratta, que este hijo de puta sepa lo que son un par de cachetadas... ¿No te parece?

Etchenike no contestó a eso. Dijo, en cambio:

—Me das el revólver...

—Ni el revólver ni el auto. Portarte bien —y Macías sonrió paternalmente—. Mirá que si no te mando un rato a los muchachos.

Saludó y se fue.

Tony García y el Negro Sayago estaban esperándolo. Charlaban y de pronto se callaron. Uno en cada sillón, uno sano y otro vendado; uno con el mate, el otro con café. Había una rosca de Pascua empezada y un cuchillo y muchas migas sobre su escritorio. Etchenike comprendió una vez más que había cosas que hacía mal:

—¿Qué hacen acá? Están despedidos.

—No nos despediste —puntualizó el gallego—. Nos echaste, que es diferente.

—Nos quedamos para poder despedirnos —dijo el otro moviendo el yeso.

No estaba para sofismas:

—Chau, tómenselas. Asunto concluido.

Se sacó el saco, lo colgó en el perchero.

—¿Y la máquina? —dijo Sayago al descubrir el hueco en la sobaquera.

Etchenike los miró de a uno, como para que se convencieran:

—La empañé. Cerramos. Se acabó —dijo a tres toques.

—Pará... —dijo el gallego.

El veterano siguió derecho al baño y cerró la puerta de un golpe.

—Pará... —insistió el otro.

Pero no paró. Tony y Sayago se quedaron atentos. Ni hablaron, sólo el ruido de la bombilla del mate que tapó el tronar del inodoro. Después, la ducha.

Cuando salió con el pelo mojado y una toalla azul a la cintura los encontró tales cuales:

—¿Todavía están acá?

—¡Felices Pascuas! —corearon sin inmutarse mientras levantaban sendos vasos de ginebra.

Y los mantuvieron en alto hasta que él los puteó otra vez, se echó a reír, tiró metafóricamente la toalla.

5

Lunes negro

El lunes a la mañana Tony llegó temprano con los diarios:

—No está.

Para la prensa, Mauro Peratta no había muerto todavía. Macías lo tenía bien escondido.

—El problema va a ser el olor —dijo Etchenike.

Se asomó al cielo gris, a la amenaza de lluvia. Acababa de levantarse y el dolor de cabeza ginebrino lo ponía de mal humor. El teléfono le sonó entre ceja y ceja.

Atendió como quien apaga el despertador.

—¿Quién es?

—Julio, soy Saldívar.

—Ah.

Se lo oía alterado pero no mucho. La policía lo había sacado de la cama a las seis de la mañana para que se enterara de lo que no iba a leer en el diario:

—Mataron a Mauro Peratta y tienen preso a mi chofer —dijo después de un prólogo en que se disculpaba quién sabe de qué.

—Sé todo —dijo el veterano para abreviarle el trámite—. El inspector Macías, que está a cargo del caso...

—Hablé con él...

—Es amigo mío: estoy al tanto.

Se hizo un pequeño silencio del otro lado.

—Mejor, supongo. Porque quiero que me ayudes.

Ahora la pausa se hizo de este lado. Tony preguntaba con los dedos juntos hacia arriba, el veterano miraba al vacío:

—De acuerdo —dijo finalmente—. ¿Qué pensás?

—Peloso no tiene nada que ver.

—¿Hablaste con él?

—No me dejaron. Está incomunicado.

—¿Y vos cómo estás?

—Estaba feliz. Ahora, de pronto, estoy destruido —dijo Saldívar.

Etchenike no pudo evitar sentir el ruido retórico, la construcción verbal del dolor.

—¿Qué querés que haga?

—Venite. ¿A las once está bien?

—A las once.

El Pájaro Saldívar vivía en Plaza Italia. Todo un cuarto piso sobre la calle República de la India, frente al Zoológico. Etchenike fue en subte y llegó tarde.

La lluvia se largó justo una cuadra antes de que entrara al edificio.

—El señor lo espera —dijo una uniformada de celeste.

Pasó a una sala con ventanal al fondo, tan grande que Saldívar lo saludó con la mano, como si estuviera en la vereda de enfrente. Y algo de eso había.

El empresario de la pintura hablaba por teléfono de pie detrás de un escritorio, mencionaba reiteradamente *el cuerpo*, después usó la palabra *autopsia*, y se refirió incluso a *los deudos*.

—No lo entregan hasta mañana —le resumió al colgar.

—¿No tiene parientes?

—Cercanos, no. Una hermana en Estados Unidos, creo. ¿Te mojaste?

Etchenike agitó la cabeza. Recién entonces se abrazaron, en silencio.

La lluvia hacía mucho ruido contra los cristales, el viento movía las cortinas del ventanal entreabierto y llenaba la habitación de olores fuertes, a tierra mojada.

—Sentí la baranda de los bichos... —dijo el Pájaro apartándose—. ¿Querés que cierre? A mí me gusta.

—Dejá así. Hace calor.

—¿Un café?

—Si vos tomás.

—No puedo —dijo rápido Saldívar, pero después hizo un gesto con los labios, se rectificó—. Bah, sí, ¿por qué no?

Etchenike volvió a sentir que no había nada espontáneo en él y lo siguió adonde quería ir, le tiró la pregunta que esperaba:

—¿No tenías que cuidarte?

—Sí, te voy a contar —y suspiró; le encantaban los prólogos, las módicas expectativas—. Es increíble lo que son las cosas. Ayer era el hombre más feliz del mundo y ahora esto...

Nuevo intervalo. Saldívar lo condujo y se sentaron juntos en un sillón grande de cuero negro.

—Vos sabías que tengo un problema de salud digamos... grave —prosiguió.

—Algo sé.

—Bueno: este fin de semana me interné para hacerme el chequeo de control, y es extraordinario, Julio... —y ahí el Pájaro hizo una pausa larguísima; al veterano le pareció ver que incluso se le nublaban los ojos—. Cuando me daban por liquidado, vos sabés: de golpe el cáncer remitió, los análisis están bien, la medicación funcionó... Parece que zafé.

—Qué bueno.

Y el veterano comprendió que no era una cuestión de veracidad. Tal vez el Pájaro no mentía:

sólo actuaba la verdad:

—Y ahora justo me cae esto —repetía.

—¿Cuándo lo viste por última vez a Peratta?

—El miércoles. Después hablé por teléfono el jueves a la mañana. Yo no fui a la fábrica, pero me llamó para desearme suerte. Me dijo que iba a pasar el fin de semana a Mar del Plata y que el lunes quería hablar conmigo. Era algo importante. ¿Algo personal?, le digo. Más o menos: es personal pero tiene que ver con el laburo.

—¿Algo más?

—No.

—¿Tenés idea de qué podía ser?

—No.

La uniformada apareció con una bandejita con los dos cafés y una jarrita de leche.

—Está el doctor —agregó al final como si fuera el azúcar o el vasito de agua opcional.

—Que pase —Saldívar se volvió a Etchenike—. Picabea, lo conociste. Es un capo, le debo la vida.

Pero el médico no tenía ni pinta ni actitud de acreedor. Llegó mojado y abrazó a Saldívar disculpándose por la demora. Después saludó a Etchenike y el veterano lo saludó con la misma naturalidad con que habían comentado los problemas de la carne junto a la parrilla, la noche del Tigre.

—Esa vez también llovía —comentó ahora.

El facultativo se sumó con otro café y quedaron sentados en reunión informal que evocaba a la vez las reglas no escritas del velorio y las alevosas del Consejo de Seguridad:

—Podemos hablar en confianza, Julio —dijo Saldívar.

—Lo suponía. ¿Cuál es el problema?

—Es una joda que Mauro Peratta esté muerto, pero es una desgracia que lo acusen a Peloso de que lo mató. Porque de algún modo la cosa cae sobre mí: es mi chofer, estaba con mi auto, con mi permiso, y todos saben que hace lo que yo le pido que haga. Cualquier cosa.

—¿Y en este caso?

—Nada que ver. Por eso está Picabea acá, Julio: es testigo de que la cosa debe venir por otro lado.

—Es así —dijo Picabea—. Parece que a Mauro le metieron los tres balazos el jueves a la tarde o a la noche, no saben bien. Y Peloso estuvo con nosotros. Prácticamente todo el tiempo.

—A ver.

—El jueves almorzamos acá —dijo Saldívar—. Livianito, porque yo me tenía que internar para el chequeo de rutina en la Sagrado Corazón, una clínica de Palermo. Después de almorzar vino Diana con Ricardo a saludarme porque se iban el fin de semana afuera y salimos todos juntos. A las cuatro Peloso nos llevó primero a mí y a él a Palermo, la dejó a Diana y volvió a la clínica a las cuatro y media cuanto mucho. Y se quedó ahí, de guardia. A las diez de la noche yo mismo le dije que se fuera, que cualquier cosa lo llamábamos.

—¿Se llevó el coche?

—Sí. Solía. Yo se lo prestaba, si no hacía desastres. Esta vez me dijo que tenía que llevarlo al taller a hacerle la dirección; yo sabía que era un pretexto, pero era parte de nuestro arreglo.

—¿Tenés el coche?

—No, lo retuvo la policía. Pero lo vi, me dejaron espíarlo.

—¿Lo usó?

—Demasiado.

—¿Cuánto?

Saldívar hizo un gesto rarísimo, que sí y que no:

—Setecientos kilómetros... —dijo juntando las sílabas—. Siempre le pego una mirada antes de dárselo.

—Mar del Plata ida y vuelta —propuso el veterano.

—Lo pensé: pero no, es bastante menos.

—Igual es una barbaridad —acotó Picabea.

—Por eso no quería que yo supiera que estaba detenido —el patrón, el dueño del vehículo era el que hablaba ahora—. Sabía que si yo descubría que había hecho ese kilometraje lo mataba.

—Para qué lo usaba habitualmente.

—Para salir con la mina, con Delia.

—Era la novia.

—Novia... Se la cogía, le hacía regalos. Pero no era el único.

Algo quedó en el aire, que Etchenike disipó:

—Peratta, claro.

—Pero para Mauro era una mina más, supongo —dijo Saldívar—. Peloso estaba encajetadísimo con ella.

—¿Te contaba?

—Un par de veces hablamos. En viajes largos. Así que los fines de semana que yo no estaba y él podía armar algo, se lo prestaba. Este fue un caso: yo iba a estar guardado en la clínica hasta el domingo a la noche. Él podía hacer su programa pero tenía orden de venir a buscarme el domingo a las nueve de la noche. Y no vino.

—¿Te habló de Peratta?

—Nunca. Es mi chofer. Tiene que saber mantener su lugar.

—¿Cómo te enteraste de que estaba en cana?

Ahí se cruzó Picabea:

—Empezamos a sospechar cuando no apareció anoche por la clínica a buscarlo. Yo pensé en un accidente o algo pero estábamos tan contentos con los resultados de los análisis que no quise que él se preocupara —Saldívar asintió—. A las diez dejamos dicho que le avisaran que nos habíamos ido y nos fuimos a tomar unas copas, cosa que nunca...

—No me enteré de nada hasta hoy a las seis que me llama este Macías, que me sacó de la cama —completó el Pájaro—. ¿Es amigo tuyo ese animal?

—Con ese animal fuimos compañeros.

—Nosotros también. Vos y yo, digo.

Etchenike sintió que si Saldívar planteaba las cosas en términos de fidelidad habría problemas.

—¿Qué querés de mí, Pájaro?

—Que me ayudes, que le demuestres a Macías que Peloso no tiene nada que ver. Porque lo veo embalado y los canas, con tal de encontrar a alguien, son capaces de cualquier cosa. Pero fijate que cuando lo retuvieron ayer estaba preocupado porque tenía que devolver el coche... No

tenía ni idea de lo de Peratta.

—Parece cierto.

En ese momento el doctor Picabea percibió que tal vez sería mejor dejarlos solos porque se levantó y avisó brevemente que necesitaba ir al baño.

—Hay una cosa, Pájaro —dijo Etchenike inevitablemente contaminado por el estilo de prólogo y dos puntos—. Acepto hacer ese trabajo, pero hasta ahí: sólo para hacerlo zafar a Peloso.

Saldívar lo miró raro:

—Está bien, sólo quiero eso. ¿Cómo hacemos? ¿Qué necesitás?

—Nada.

—Para gastos, tendrás tu tarifa... —y se metió la mano en el bolsillo.

—Ya te avisaré. Tengo algún problema operativo: estoy sin coche y sin arma.

—¿Te afanaron?

—En cierto modo.

Saldívar se rió y fue hasta su escritorio:

—El coche no te lo voy a prestar. Nunca más se lo prestaré a nadie, pero si querés... —abrió el cajón derecho—. Pero...

—¿Qué pasa?

Saldívar habló sin levantar la mirada.

—Me falta el revólver. Estaba acá.

Abrió sucesiva y ruidosamente el resto de los cajones.

—No está.

—¿Cuándo lo dejaste?

—Siempre estuvo acá: es un veintidós corto. Nunca lo saco.

—¿Un veintidós? Mejor buscalo bien.

En ese momento volvió Picabea y Saldívar miró a Etchenike, tenía el rostro pálido. Cerró el último cajón y le hizo un gesto levísimo.

—Entonces, ¿quedamos así? —dijo con voz insegura.

—Quedamos así —dijo el veterano—. Te llamo esta noche.

Se despidió del médico. Ahora era él quien los dejaba solos.

La mucama uniformada lo acompañó hasta la salida. Apretó el botón del ascensor. Cuando llegó e iba a abrir la puerta, se le adelantaron desde adentro.

Diana Saldívar dio un grito.

—Me asustaste —dijo.

—Perdón.

La chica parecía no haber dormido, tenía el pelo revuelto, la cara lavada y diez años más.

—¿Sabés lo que pasó? —dijo Etchenike.

Diana agitó la cabeza de arriba abajo:

—Estaba en Uruguay. Me avisaron y me vine en avión. Acabo de llegar.

—Tu papá me llamó.

—Yo le dije que te llamara a vos.

—Gracias. Quiere que lo ayude a zafar a Peloso.

Ella levantó la mirada, desafiante:

—Fue él.

—Quién.

—¿Quién va a ser? Él.

—¿Peloso?

Ella cambió de actitud, entrecerró los ojos:

—Claro.

Estaba tristísima. Y furiosa.

—Tenemos que hablar —dijo Etchenike, y de pronto se escuchó decir algo que no supo de dónde salía—: yo no te hice nada.

Ella estaba a punto de llorar pero se contenía:

—Yo tampoco, Julio.

Y bruscamente se apoyó en su pecho y sollozó. El veterano no supo qué hacer con las manos.

—Seguro —dijo tarde y mal.

Ella se apartó, se secó las lágrimas:

—Está bien.

—Pero tenemos que hablar.

La situación toda ya era un clásico entre ellos.

—Paso por la oficina —dijo ella finalmente.

—Hoy —le impuso Etchenike.

—A las seis.

—Te espero.

El veterano regresó húmedo y en colectivo a la Avenida de Mayo. Estaba Tony solo. Sayago no había vuelto aún de husmear en los alrededores del lugar del crimen pero el gallego ya había hecho sus deberes matinales en Eternel:

—Poco movimiento, Julio. A las nueve sacaron a toda la gente que estaba laburando y pusieron un cartelito de cerrado por duelo. Nadie entendía nada.

—¿Viste a alguien?

—No —el gallego vaciló—. Bah, sí... Ya no quedaba nadie cuando a las diez y pico una mujer llegó en taxi, entró y salió al rato.

—¿Una mujer?

—Una chica. Entró saludando a los de vigilancia y pasó. No era ni clienta ni empleada, me parece. Alguien de ahí.

—¿Cómo era?

—Estaba buena.

Los criterios de Tony al respecto eran bastante laxos e indefinibles.

—Buena cómo.

—El pelo rubio así, medio petisa, buenas gambas...

—¿Pantalones o pollera?

—Un vestido verde, creo.

—Ah.

El veterano encendió un cigarrillo y fue a la ventana. Llovía y llovía.

Sin que le preguntaran, el gallego siguió con el informe a sus espaldas. El jueves Peratta había ido a la fábrica pero después debía haberse rajado temprano porque no había pasado por ninguno de los bares de trampa que usaba habitualmente.

—Tenía todo arreglado para irse a Mar del Plata con Delia —le completó Etchenike sin volverse—. Pero en algún momento cambió de plan. Algo lo retuvo y la mandó sola primero.

—El miércoles a la noche sí estuvo con ella. Lo vieron en Tabac y se fueron juntos.

El veterano recordó la cama revuelta:

—Habría que hablar con la mujer de la limpieza —dijo volviéndose.

—¿Dónde está?

—La tiene Macías.

—Ah... —y ahí se acordó el gallego—. Te llamó hace un rato. Dos veces.

—Que espere.

En ese preciso momento sonó el teléfono.

—Alerta y vigilante —dijo Tony. Escuchó un momento y tapó el auricular—. Es él de nuevo.

—Dame.

—Vas a tener que soltar el nombre de tu cliente —lo apuró Macías sin saludar siquiera.

—Vos sabés que no lo voy a hacer.

—Era Saldívar.

—No —se apresuró.

—Gracias.

Se sintió forreado, una vez más:

—Pará: cómo está lo de Peloso.

—Cocinado. Vieron el coche, el jueves. Anduvo por el barrio de Peratta a eso de las siete.

—¿Por el barrio?

—Lo admitió. Pero dice que no iba solo.

—Claro, es chofer. ¿Y qué más?

—Sólo eso: es evidente que oculta algo o a alguien. Como vos.

—Devolveme el auto y el arma.

—Decime quién te encargó el laburo.

—No.

Y le cortó.

—La puta madre que te parió —dijo Etchenike bajito, apretando el tubo contra la horquilla.

Tony se guardó las preguntas y fue a preparar el mate. Sólo un rato después, entre sorbos sonoros y con la mirada perdida en la lluvia el veterano le informó sucinta, pobremente, de su entrevista con Saldívar. De Macías, ni hablar.

—Pero eso no cambia nada —concluyó—. Vos seguí con lo que te dije.

—Me concentro en Eternel.

—Todo ahí.

En eso se abrió la puerta y apareció el Negro Sayago con la nariz morada, flores frescas al tono y pies mojados:

—Estuve conversando con la gente de la cuadra de Marcelo T. —anunció con tono triunfalista

—. Una mina que trabaja en la esquina me dijo que el jueves el Fairlane llegó más temprano que de costumbre y que ella no lo vio volver a salir.

—¿Estaba solo Peratta?

—No sabe. No se ve, con esos vidrios. Pero lo más importante es que me dio datos de un merodeador que...

—¿Usó esa palabra?

—No, claro: un tipo que ella vio varias veces, hace un par de semanas, que le resultó terriblemente sospechoso.

—Cómo era.

—¿La mina?

—Ya sé de la mina, es la florista más fea de Buenos Aires —dijo Etchenike—. El *merodeador*, cómo era.

—Un tipo grande, alto, bastante viejo —contó Sayago—. Y estaba interesado por el movimiento de la casa.

—Ese era yo, boludo.

El gallego se rió y Sayago después de un momento también.

—Buen informe —calificó Etchenike. Y lo convidó con un mate ya lavado.

Después de almorzar el veterano redistribuyó a sus hombres y se dedicó a hablar por teléfono. En la Clínica del Sagrado Corazón le fue bien, preguntó por el señor Saldívar y le confirmaron que había estado internado para un chequeo pero que se había retirado el domingo a la noche; en la casa del ingeniero Müller no le fue tan bien, la misma mujer de la vez anterior le confirmó que la señora no estaba, que sí había regresado de viaje pero que el señor no, se había quedado en Uruguay.

—¿Cuándo vuelve?

—No sé, señor. Tuvo un inconveniente.

—¿Un inconveniente?

Etchenike oyó la voz de Diana detrás de la empleada y cuando ella tomó el teléfono el veterano no estaba allí; había cortado cobarde, estratégicamente.

A las cuatro bajó a comprar los diarios de la tarde ya despejada y se encontró con el Plymouth sequito en la puerta. Recién se lo habían dejado tras tenerlo un día en custodia y observación bajo techo.

Se subió al auto y lo revisó sólo para comprobar cómo y cuánto lo habían revisado. Habían levantado los asientos, dado vuelta las alfombrillas de goma, forzado levemente la guantera. Ahí encontró el revólver, envuelto en una franela pero descargado. Siempre se cobran algo.

Estuvo un rato leyendo en la quinta el crimen de Mauro Peratta. Era el principal titular de *Crónica*, pero adentro no había casi nada. Como la policía no hablaba todavía y los testigos tenían miedo, había que inventar. Pero poco; no sabían con quién se metían. No había habido robo ni se había violentado la puerta, por eso la hipótesis era “crimen pasional”. Había una foto del edificio pero nada del cadáver, ni siquiera una de Peratta, descrito como “poderoso industrial” y

“hombre de la noche”. Algo excesivo.

Etchenike puso en marcha el auto; por lo menos le habían dejado nafta. Condujo por Avenida de Mayo hasta 9 de Julio, dobló hacia el norte y siguió hasta Paraguay; volvió a doblar media cuadra y se metió en el estacionamiento donde había estado la vez anterior, semanas atrás, en su etapa de merodeador.

Recordaba perfectamente al encargado de la playa, un hombre gordo, grande y taciturno más sensible que lo habitual en un gremio para el que la vida es sólo algo divisible en fragmentos de cuarto de hora. El tipo también lo recordaba: un Plymouth de la época de la guerra no es algo que pase inadvertido:

—¿Cómo está el fierro? —dijo mientras lo anotaba: con la marca alcanzaba.

—Camina, camina... pero lo voy a cambiar.

—No haga eso.

—Por otro fierro más nuevo.

—Son una baba. Los coches de ahora están hechos para romperse: plástico, chapas que se pican.

—No todos. En Europa todavía se hacen coches sólidos.

—¿Dónde? Incluso el Opel, el Ford alemán... Son papelitos —exageró el gordo.

Etchenike retiró el ticket con la hora:

—Un amigo, que es chofer en la embajada sueca, maneja un Volvo impresionante.

—Ah, bueno... —concedió el otro—. Esas son palabras mayores: un fierro carísimo.

—Busco, pero no se ven.

—Son raros. Pero el otro día vi uno, color muy clarito.

—¿Acá? —el veterano abrió un poco más los ojos—. Me interesa.

El otro sonrió, se burló levemente:

—El viernes... No, el jueves a la tarde, cuando terminaba el turno. No sé si volverá porque no es cliente. El tipo lo dejó un ratito nomás: era uno de esos que tienen miedo que se lo afanen, se lo rayen... No lo dejan en la calle aunque se bajen para comprar fijos...

—Claro, un auto así. Si iba solo, por ahí era mi amigo... ¿Tenía chapa diplomática?

—Iba solo pero no parecía chofer. No me acuerdo de la patente diplomática —el gordo orejeó la planilla, espió—. Ni siquiera la puse. Autos así no hay tantos.

Ya había otro coche en la cola para entrar. El veterano golpeó con los nudillos la chapa del Plymouth antes de seguir hacia adentro:

—Si sabe de alguien... ¿Sabe que puedo sacar buena plata por éste? Es de colección... El tapizado original —mintió.

—¿Y el dueño?

Era rápido el gordo.

—También. Un poco chocado pero original.

El policía seguía ahí, en la puerta. No habían clausurado el edificio pero sí limitado el acceso, se pedía identificación, destino preciso. Etchenike supuso una negociación ardua y optó por la

irrupción veloz, el beneficio de un tiempo que suele dar la sorpresa, y se mandó. Sin embargo algo en apariencia salió mal porque en camino hacia la entrada tropezó y mientras trastabillaba volaron sus anteojos, terminó caído y a las puteadas de cara contra el cerco de ligustro, a dos metros de la entrada principal. Soslayó ofertas de ayuda, se recompuso y aunque no fue fácil ni rápido localizó finalmente, a tientas, lo extraviado entre la tierra. Y no sólo: junto con los anteojos recogió de un manotazo un juego de llaves entreverado entre las ramas bajas.

Retomó rumbo y objetivo, pasó junto al policía y ya estaba adentro.

—¿Adónde cree que va? —lo humillaron de espaldas.

—Voy al catorce —dijo Etchenike sin detenerse.

El encargado, botón vocacional no uniformado, meneó la cabeza.

—No se puede subir: ahí hubo un...

El veterano vio recién entonces al otro policía, el que custodiaba los ascensores.

—Ya lo sé. Pero es la puerta de al lado: yo voy al catorce A, el abogado.

—Lo mismo.

—Escúcheme...

—No se gaste —el tipo mostraba, de pronto, una llamativa seguridad—. Sé quién es usted. El inspector Macías me acaba de indicar especialmente que no lo dejara pasar.

—Precisamente: necesito ver a un abogado —improvisó Etchenike—. No es justo que se me impida...

—Ahí viene el doctor. Digalé.

El que acababa de salir del ascensor a toda velocidad parecía cualquier otra cosa menos un abogado. Era Frank Zappa de traje y corbata. Etchenike lo reconoció al momento.

—Doctor Gómez Guiñazú...

—Sí...

El tipo no se detuvo, miró el reloj y siguió andando hacia la puerta como un cantante acosado por la prensa.

—Iba a su estudio.

—No tengo estudio —recién se detuvo en la salida, la custodia lo oía—. Al menos hasta que la Policía Federal decida que puedo volver a usarlo.

—¿Algún problema?

—Mataron a un tipo, un vecino. Y quieren que “colabore”. No sé cómo, si como primera medida me cierran el estudio, no puedo trabajar.

Entonces sí salió y Etchenike lo siguió por la vereda. Cruzaron la calle.

—¿Dónde lo puedo ver, doctor?

El abogado no contestó, llegó a la esquina, cruzó nuevamente la calle y se paró en la puerta del café El Notario. Se volvió como diciendo hasta aquí nomás.

—Hasta nuevo aviso atiendo acá: tengo un cliente que me espera adentro —dijo sin ironía—. ¿Qué es lo suyo?

—Lesiones. A mi socio lo golpeó la custodia de un mayor del Ejército.

—¿Fue a la policía?

Etchenike negó con la cabeza.

—No hay mucho que hacer. ¿Quién lo manda?

—Nadie. Vine porque lo vi por televisión.

Gómez Guiñazú había aparecido, aunque fugazmente, varias veces en los noticieros hablando en la puerta de Tribunales tras presentar algún escrito o declaración como miembro de cierta asociación defensora de derechos humanos.

—Tome mi tarjeta —se la dio—. Pero está complicado, ya sabe.

Etchenike asintió:

—¿Lo puedo esperar, ahora?

—Como quiera. No tengo mucho tiempo.

—Yo sí.

Y entró junto con él al café.

Mientras el abogado atendía en una de las mesas del fondo a una atribulada pareja de ciudadanos ostensiblemente maltratados por quién sabe qué circunstancias, Etchenike se instaló en la mesa de la ventana. Desde ahí alcanzaba a ver la entrada del edificio de Peratta, podía controlar el movimiento de la cochera y tenía el tránsito de frente. Seguro que Macías estaba adentro.

Se dedicó a tomar café y apuntes. Primero hizo una lista de nombres: Saldívar, Peratta, Diana, Müller, Peloso, Delia. Agregó Picabea junto a Saldívar. Después enfiló hombres de un lado y mujeres del otro. Cruzó flechitas. Escribió miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo e hizo casilleros partidos en mañana y tarde. Trató de reconstruir los movimientos; dónde estaba cada uno en esos días y horas.

A la altura del segundo café no había llegado muy lejos en sus deducciones. Tampoco había habido novedades en la calle. Sacó del bolsillo el llavero que había encontrado entre las tupidas ramas del ligustro. Un aro con la F y uno más chico. Tres llaves: la del coche, la del baúl y una yale. Lo volvió a guardar. Miró el reloj y al volverse vio que el doctor Gómez Guiñazú había sustituido a la pareja atribulada por una rubia de pelo largo a la que atendía con especial deferencia. Incluso su imagen corporal y el grado de inclinación respecto de la mesa se habían modificado. El abogado no hablaba con una clienta sino con una mina.

Etchenike le hizo un gesto que el letrado obviamente ignoró pero que el mozo cazó al vuelo; y se vino.

—Señor...

—Cóbrese —dijo resignado.

En ese momento, mientras dejaba las monedas, el veterano alcanzó a ver que una vez más se abría el portón de la cochera de enfrente. Reconoció el coche policial y salió corriendo del café.

No fue un golpe muy fuerte, acaso apenas un contacto a la altura de las rodillas, pero le dio argumento suficiente a Etchenike para desparramarse frente al patrullero que clavó los frenos entre puteadas uniformadas.

Macías se asomó:

—No puede ser...

—¿Me vas a dejar acá? —dijo el veterano, el culo en el pavimento.

El policía de guardia sonreía desde la vereda. Etchenike le hizo un gesto con el dedo medio de su mano derecha hacia arriba.

—Subí —concedió Macías.

Etchenike se sentó adelante porque el inspector no estaba solo; reconoció al funcionario que lo flanqueaba. Mientras el veterano trataba de acomodar sus largas y maltratadas piernas, el que supuso médico hizo una pausa cautelosa, suspendió la relación de los detalles de su faena, algo que sin duda venía haciendo hasta el momento de la frenada:

—Pero hay muchos elementos más a considerar, inspector —concluyó con voz finita.

—A ver... Siga nomás, Baldonado —habilitó Macías.

A partir de ahí, el profesional se explayó con lujo de detalles. Mientras el inspector se limitaba a intercalar preguntas de una o dos sílabas, el tipo trazó en el aire trayectorias de bala y sus consecuencias, después adujo acerca del pelo encontrado, y finalmente se refirió al semen y la sangre con tecnicismos que no opacaban el siniestro brillo del escenario que el veterano había visto y recordaba. El prolijo especialista reveló, en los cinco minutos que tardaron en llegar a la Central, su condición de sujeto sin entrañas. Algo paradójicamente frecuente en los médicos forenses y sujetos afines.

—Perfecto, Baldonado —lo despidió Macías en la vereda—. Déjeme el informe completo en la oficina. Nosotros seguimos.

—¿Al hospital, señor? —dijo el cana al volante.

Las miradas de los tres ocupantes del vehículo policial convergieron en la pierna del veterano, que participó de la inspección ocular con cara de póquer.

—No tiene nada —diagnosticó Macías—. Pasá atrás, Julio. Nos vamos a avenida San Martín, pasando el Cid Campeador, creo...

Etchenike confirmó la dirección. Dio la vuelta y se instaló en el asiento trasero.

—¿Sabe Saldívar que vas? —dijo.

—No.

El chofer arrancó y en la esquina puso la sirena.

—Apagá esa mierda. No hay apuro —dijo el inspector.

Anduvieron unas cuadras en silencio. Etchenike se revisaba el nuevo golpe, un moretón creciente bajo la rótula; Macías lo miraba hacer, admiraba la desnudez de esa canilla blanca y flaca de jubilado.

—¿Qué hacías ahí? —dijo finalmente.

—Te conseguía información.

—Seguro.

Etchenike, absorto en su rodilla y alrededores, meneó la cabeza, insinuó la consabida incompreensión policial.

—Peloso reconoce que anduvo por la zona —prosiguió el inspector como si nada—. Pero dice que en ningún momento se bajó del coche. Lo tuvo que llevar al médico de Saldívar...

—Picabea.

—Eso, Picabea... Son demasiadas pés, ¿no?: Peratta, Peloso y Picabea.

Etchenike asintió sin entusiasmo: todavía le dolía.

—Peloso dice —siguió Macías— que alrededor de las seis del jueves lo llevó a Picabea desde la clínica de Palermo a su consultorio, en Carlos Pellegrini al mil. Estacionó sobre Pellegrini entre Santa Fe y Arenales. El médico lo hizo esperar no más de diez o quince minutos abajo: subió, recogió unos papeles y volvieron a la clínica. Y ahí Peloso no se movió más. Eso declara.

—¿Y el médico qué dice?

—Lo cité hoy a la mañana. Y confirmó todo.

Etchenike estuvo a punto de decirle que él estaba en casa de Saldívar cuando Picabea había pasado por ahí, probablemente a recoger instrucciones antes de declarar. Macías se dio cuenta.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada.

—Entonces digo yo: es probable que Picabea mienta para cubrir al chofer.

—Sí.

—Y es probable que vos mientas para cubrir a alguien —dijo Macías sin mirarlo.

—No es necesario —devolvió el veterano vuelto al otro lado—. Al menos en este caso.

—Pero sí me vas a decir quién te encargó que siguieras a Peratta.

—Sabés que no.

Se callaron. El Falcon iba rápido por Rivadavia, enhebraba los semáforos sin pausas bruscas, el tránsito se le abría como las bíblicas aguas del Mar Rojo. Cuando llegaron a Primera Junta, Macías se volvió y dijo con cierto desaliento:

—Decime algo para que no te baje.

Etchenike suspiró:

—Tengo la playa de estacionamiento donde estuvo el Volvo el jueves a la tarde. ¿Te gustó ésa?

Macías asintió a su pesar:

—¿Dónde es?

—A la vuelta, por Esmeralda. Estuvo un rato, poco tiempo. Un tipo solo, parece.

—¿Era Peloso?

Etchenike arqueó las cejas. Después agregó precisiones. Contó brevemente lo que había hablado con el gordo. Al hacerlo recordó que su auto estaba todavía ahí.

Macías tomó nota y en seguida, por la radio, dio instrucciones para que alguien moviera el culo, fuera a verificar los dichos del veterano.

—Si es así, está cocinado —y golpeó efusivamente la pierna de Etchenike.

—Ay.

—¿Alguien vio a Peloso entrar o salir del edificio?

—No por la principal. Por ahora nadie lo reconoció.

—¿Nadie?

—Ni el encargado ni el abogado payaso, ése de al lado...

—Gómez Guiñazú. ¿Estaba el jueves?

—Estaba. Y no vio ni oyó nada. Ni la puerta ni los tiros.

—Seguro —ratificó el veterano.

Macías lo miró raro pero no repreguntó, siguió en lo suyo:

—Aunque si usás la otra puerta del departamento, la de servicio, como hicimos nosotros ayer, se puede salir a pie por el garaje. Entrar, si no es con el coche, es más difícil, aunque también te

podés escabullir. Es un colador, te dije.

—Pero yo hoy no me pude colar —intercaló Etchenike mientras jugueteaba con las llaves en el bolsillo.

Macías no acusó recibo:

—A esa hora Peloso pudo entrar y salir sin que alguien lo viera. Ésa no es la cuestión y no necesito eso para retenerlo. Tengo el móvil y evidencias suficientes. Me alcanzan para apretarlo.

—Si lo mató el jueves, ¿qué hizo después, hasta ayer?

—Primero negó que hubiera ido a algún lado.

—Miedo a Saldívar.

—Sí. Pero cuando le dijimos lo que marcaba el cuentakilómetros admitió que se había ido el sábado a Entre Ríos, a Gualaguaychú... Ida y vuelta en el día. Los kilómetros dan.

—A buscar a Delia.

—Es lo que ella le había dicho y nos confirmó a nosotros: que se iba a Entre Ríos, a casa de una tía. Peloso dice que, como sospechaba, se mandó para allá. Al no encontrarla se fue a apretar a la compañera de departamento y le sacó lo de Mar del Plata. Ahí se fue a buscarla a Retiro, y el resto ya sabés...

—¿Qué pensás?

—No le creo nada. Es una puesta en escena... Él se enteró de que Delia se iba con Peratta a Mar del Plata pero no lo dijo. Fue a buscarlo a él, lo liquidó, y siguió después con la rutina del amante preocupado.

Etchenike no pareció demasiado convencido.

—¿Y el arma?

—No apareció todavía. Es un veintidós.

—¿Peloso estaba armado?

—No.

—Ah... —Etchenike se quedó suspenso—. Ahí tenés un problema, es decir, otro problema.

Macías se encogió de hombros.

—Te propongo un canje —dijo el veterano pausadamente—. Tengo algo más, a cambio de que no me sigas rompiendo las pelotas con el nombre de mi cliente.

—A ver.

—Un rastro firme sobre el arma, sobre el veintidós, ¿te sirve?

—Sí.

Estaban llegando por Ángel Gallardo al cruce de las cinco avenidas que convergían en el excesivo monumento a Ruy Díaz de Vívar.

—Dejame acá —dijo Etchenike—. Ésta es una relación de hampa, así que mejor que no nos vean juntos.

A un gesto de Macías, el Falcon se detuvo.

—¿Cómo es lo del arma?

Etchenike puso la mano en el picaporte y abrió apenas.

—Sé discreto —dijo sin convicción—. Fijate cómo lo manejas, pero a Saldívar, el mismo jueves, dice que le desapareció un veintidós.

Sin esperar respuesta se bajó y cerró de un golpe. Se asomó a la ventanilla.

—¿Hecho?

—Hecho.

El coche policial se fue y, solo en la plazoleta, el veterano comprobó inmediatamente dos cosas: primero, que eran casi las cinco y media y estaba muy lejos de la oficina y sin auto; segundo, que no era gratis bajarse en público de un Falcon de la cana. Cuando sintió que lo miraban con el evasivo, ominoso desprecio que se merecen los hijos de puta paró un taxi y partió como quien se desangra. O se desgracia, mejor.

6

El frente interno

Etchenike llegó a la oficina rengueando, pasadas las seis y sintiéndose estúpido. Diana no estaba, Tony tampoco, Sayago sí:

—¿Qué te pasó?

—Nada.

—¿Qué te pasó?

Ante la insistencia explicó sus tropiezos, dijo que había sido, literalmente, víctima del atropello policial:

—Y lo peor, dejé el coche en la playa —concluyó.

Sayago no se animó a reírse pero se ofreció para ir a rescatarlo. El veterano agradeció y se dejó caer en el sillón.

—¿Llamó alguien?

—Recién, la hija de Saldívar. Dijo que no se puede mover de la casa porque espera una llamada, si podés ir vos. Dejó la dirección.

Era sobre Las Heras, calculó que no demasiado lejos de lo de su padre.

—¿Y el gallego?

—Fue a comprar facturas.

Sonó el teléfono.

—Alerta y vigilante —Sayago escuchó un momento y tapó el auricular—. Es ella de nuevo.

Etchenike asintió.

—Ya la atiende —dijo Sayago.

El veterano acercó la mano al teléfono con la cautela de quien se dispone a trasladar brasas bajo la parrilla, sin embargo levantó el tubo con repentina decisión:

—Diana, iba para allá —dijo jovial y sin preámbulos.

—Suerte que te encontré —la voz de ella sonaba apenas, una casi secreta variación sobre el tema dominante de la lluvia—. No fui porque estaba esperando una llamada, pero ya está. Ya hablé.

Etchenike la oyó aspirar, acaso sonarse la nariz.

—¿Qué pasó ahora?

—Juntémonos.

—¿Venís hasta acá?

Diana vaciló:

—No tengo el coche.

—Yo tampoco.

Regateaban, pero era menos o más que una pulseada.

—Decime un lugar a mitad de camino y listo —propuso ella, que parecía repuesta.

—La confitería Bellas Artes —dijo él tal vez sin querer.

Hubo una pausa.

—Ahí no: mejor Las Heras y Pueyrredón.

—En una hora.

Cuando bajaba, Simenon bajo el brazo, Etchenike se cruzó en la escalera con Tony que volvía con las medialunas y la sexta.

—¿Salió algo?

—Nada nuevo. Pero hay una noticia sobre el Círculo de Becarios de la UBA.

—¿Y eso qué es?

—¿No te acordás? Es donde iba Müller, en la calle Uruguay.

El veterano recordaba vagamente aquel informe previo, cuando el gallego siguió un par de semanas al joven ingeniero antes de que empezaran a espiar para él.

—Fijate —y Tony le señaló al pie de la página de policiales.

La noticia era un recuadro de título corto y expresivo: *Clausuran club privado*.

—No tengo los anteojos —dijo Etchenike—. ¿Qué dice?

—Los vecinos dicen: parece que es un club de trollos, lugar de encuentro. Y los denunciaron —el gallego le convidó una medialuna—. Cayó la cana y a un par los agarraron con los lienzos a media asta.

—La gente es mala.

Coincidieron en eso. También en la necesidad de que el gallego profundizara el tema.

—¿No había pasado también Peratta por ahí? —creyó recordar Etchenike—. ¿Cómo se dice “detective” en guaraní?

—Averiguaré.

—Eso es.

Y le robó otra medialuna.

Etchenike apuró el paso para cruzar la avenida y se metió en la confitería La Moneda. Suponía que iba a tener un rato para su trajinado Simenon, pero Diana ya estaba. Acodada en una mesa junto a la ventana más lejana, sobre Las Heras, no parecía esperar a nadie. Hacía sus cosas, leía absorta el diario abierto frente a ella y fumaba. Había pedido un té y se lo terminaba cuando Etchenike corrió la silla para sentarse. Recién ahí levantó la cabeza:

—Me asustaste.

—No —el veterano la besó en la mejilla—. Apenas te sorprendí.

Ella sonrió; estaba terriblemente triste:

—Siempre tan preciso —dijo.

—Y observador: te cambiaste.

Ella se miró la remera a rayas.

—Tenías un vestido muy bonito hoy a la mañana —dijo él.

—¿Sí?

—Sí. Cuando te vi en lo de tu viejo, ¿venías de la fábrica?

—¿Cómo sabés?

—Sé: me dijeron que entraste y saliste.

—Un encargo de Ricardo —dijo evasiva. Se miró la ropa, siguió sin transición—. No tengo el auto, me mojé un montón.

Llegó el mozo y Etchenike pidió un cortado y otro té para ella.

—¿Qué llamada esperabas que no viniste?

—De Uruguay.

—Contame.

Ella encendió otro cigarrillo y no empezó precisamente por ahí:

—Disculpame lo de la otra vez.

—Cuándo.

—El día de la charla en el parque. Estaba muy perturbada. Lo de papá, después verte ahí, en la oficina de Ricardo... No sé por qué te traje el tema de vos y mi vieja...

—Está bien, ésa es una historia linda, te aseguro. No tiene nada de trágica. Y, mirá lo que son las cosas, lo de tu papá ya pasó, no va a ser nada. En cambio esto de ahora es muy complicado, Diana, no sé si te das cuenta...

—Sí.

Y ahí ella desvió la mirada, se echó a llorar muy despacito. Como se llora después de haber llorado fuerte antes y por lo mismo.

—¿Te duele lo de Peratta?

Sacó el labio inferior, como una nena:

—No tanto. Podía pasarle algo así.

—Pero lo querías, o te importaba...

—Fue un capricho.

—¿De quién?

El llanto volvió sin permiso esta vez y se quedó un rato más.

—Lo mató Peloso, Julio.

—¿Qué pruebas hay?

—Lo odiaba.

—No era el único.

—Tal vez no lo hizo solo.

Etchenike se empinó el resto del cortado:

—¿Con quién lo iba a hacer?

—¿Con quién? —Ella quedó ahí y él levantó las cejas, como si la empujara a decirlo—. Con

Picabea, por ejemplo. Puede ser con Picabea...

El veterano le explicó que, precisamente, para la policía había una pista ahí, por una cuestión de horarios y coincidencias que le detalló.

—¿Vieron el auto en la zona a esa hora?

—¿Qué hora?

—La hora del... crimen, digo.

—No se sabe la hora, Diana.

—Ah.

—Pero parece que Peratta y Picabea anduvieron en algún momento de la tarde por ahí. Justo ahora la policía está hablando de eso con tu padre.

—¿Con mi papá? —la expresión de Diana se ensombreció, amagó una sonrisa torcida—. Justo él, que bien pudo haber sido... Porque Picabea *es* mi viejo, como Peloso, hacen lo que les dice.

Etchenike bajó las cejas:

—No creo que tu viejo...

—Ya te lo dije: mi viejo es capaz de cualquier cosa.

Etchenike recordó una escena de *Chinatown*, una réplica del viejo Huston, el estupor del detective que hacía Nicholson, pero la desechó.

—¿Cualquier cosa como qué? —quiso saber.

—Lo que le hizo a Tito, por ejemplo.

—Me contaste.

Diana levantó la cabeza:

—No fue exactamente así. Parece que fue peor.

—¿Qué pasó?

—No importa.

Diana suspiró, agitó la cabeza, sacó conclusiones:

—Fijate lo que pasa: hace pocas semanas mi viejo se moría y Mauro estaba casi demasiado vivo. Ahora, mi viejo sigue vivo y él está muerto. Y bien muerto está.

—¿Y por qué lo querría muerto tu viejo?

—Todos sabíamos que Peratta lo quería puentear —subrayó amargamente.

—¿Todos?

—Incluso mi viejo. Lo conversamos muchas veces —de pronto Diana se detuvo, cambió el tono, como si recapacitara—. Pero no me hagas caso. Debe haber sido el bestia de Peloso solo, y todo por un culo celulítico. Perdón...

Y ahora sonreía.

Ella era una vendedora persuasiva y poco confiable que tenía bajo la mesa un cajón desordenado del que sacaba cosas, mostraba, ofrecía apenas para volver a esconder. Etchenike se sintió repentinamente hastiado. No sabía qué creer, no sabía qué preguntar, quería irse de ahí. Se dio una última oportunidad:

—Pero vos me querías contar algo, Diana. De una llamada...

—Sí, pobre Ricardo —dijo ella imprevistamente—. Tengo miedo.

—Yo tendría que hablar con él.

—Difícil, está en Punta. Internado en observación, acabo de hablar. Es lo que primero te quería contar, Julio: lo golpearon y le robaron el auto.

—¿Quién?

—No sé. Cuando papá llamó a la una de la mañana y nos enteramos de lo de Peratta decidimos volvernos ya.

—¿A qué hora te llamó tu viejo?

—Anoche a la una.

—La policía lo informó oficialmente hoy a las seis.

—Puede ser, pero él me llamó a la una.

—Está bien.

—Como no podíamos demorarnos tanto —prosiguió Diana—, Ricardo me llevó al aeropuerto; me vine sola en el primer avión, y él se quedó para venir más tarde en el vapor con el coche. Ahora, a la tarde, me llamó la policía de Punta del Este para avisarme que lo habían asaltado, lo habían golpeado feo en la cara y lo habían dejado desmayado a un costado de la ruta. Se llevaron el auto.

—¿Lo quisieron matar?

—No parece. Asustarlo, tal vez. O acaso sea un robo común, pobrecito.

—¿Reconoció a los tipos?

—No. Unos muchachos, me dijo. Tres o cuatro.

—¿Los levantó en la ruta?

—Sí.

—Es raro.

—No sé por qué.

—Seamos desagradables —y el veterano lo fue—: en un mismo fin de semana matan a Peratta y ahora casi matan a tu marido. Uno parece un crimen pasional y el otro un robo. Sin embargo, y me pongo en el lugar de la policía, las dos víctimas tienen cosas en común. Sus intereses en Eternel. Los dos están en línea sucesoria directa, digamos, de un dueño que parecía hasta ayer mismo con los días literalmente contados...

Ella se iluminó, como si se acordara:

—¿Te contó en detalle lo de los nuevos análisis? Porque ayer llamó dos veces: primero, para lo de los análisis...

—Sí. Y me alegro, sobre todo por vos; y por él, claro. Pero volviendo: los otros puntos en común entre Peratta y Ricardo son... vos, Diana.

—Eso nadie lo sabe.

—Lo sé yo.

—¿Y el otro?

Etchenike lo mandó como si nada, una moneda, tiro al aire:

—Un lugar al que los dos concurrían: el Círculo de Becarios de la UBA.

Diana no movió un pelo, ni siquiera parpadeó, pero el humo del cigarrillo que subía vertical desde los dedos de su mano derecha se agitó levemente.

—¿Peratta también iba? ¿Mauro, becario de la UBA?

—Alguna vez pasó, en las últimas semanas.

—Mirá vos. Y vos suponés que...

—Nada. Estoy buscando o desechando conexiones entre los dos. Me cuesta pensar que matan a uno y casi matan al otro en pocos días y nada tienen que ver.

Ella aspiró del cigarrillo y tras echar el humo volvió con una convicción llamativa:

—No es tan raro, Julio. Estas cosas pasan. A Peratta lo mata un tipo pesado por soplarle la mina. Y a Ricardo lo asaltan unos muchachos drogados, lo golpean y le roban el auto. No tiene por qué una cosa tener que ver con la otra.

—Vos misma me dijiste que temías que sí. Pero cuando te muestro dónde están los puntos de contacto entre los dos casos, y te jode, te retraés.

—Qué palabra...

Etchenike sonrió.

—¿Estás protegiendo a tu marido o te estás protegiendo vos?

—Él es bueno. No lo ensucies.

—Si es bueno, mejor así —concedió el veterano—. ¿Dónde estuvo el jueves a la tarde?

—En Eternel y después conmigo. ¿Esto es en serio?

—Se lo va a preguntar la policía, y también te lo van a preguntar a vos, nena. —Le puso la mano sobre la cabeza, la zamarreó apenas—. Mejor que practiques conmigo, que es gratis y te quiero.

—Es increíble...

Pero no lo era.

El veterano le explicó en pocas palabras cuál era la situación: Macías estaba —por ahora y como ella— con la pista y la hipótesis de Peloso y con eso se entretenía, tenía con qué alimentar a la prensa y calmar a sus superiores con un crimen pasional de regla de tres. Pero no iba a durar, se caería irremediamente ni bien se supiera por qué razón se había quedado Peratta en Buenos Aires, qué lo hizo suspender el viaje a ultimo momento. Para esa alternativa, que le reformularía el caso, tenía que tener algo de recambio. Y ahí los iba a hacer desfilar a todos.

—Y a mí también —concluyó Etchenike como para complacerla.

—Está bien —dijo ella después de un momento—. ¿Qué querés saber?

—Todo.

—Suena como un bolero: todo de mí.

—No es bolero, es un tema de Armstrong.

—¿De quién?

—No importa. ¿Qué hicieron el jueves?

—Fuimos al cine y después tomamos el vapor de la carrera a Punta.

—No: todo, desde el mediodía.

Diana sonrió, se puso en actitud recitativa:

—Almorzamos con mi viejo. Después Ricardo se volvió a la fábrica y yo lo acompañé a papá a la clínica. Nos llevó Peloso, los dejó a Picabea y a él primero y después me dejó a mí en la masajista. Volví a casa a preparar todo para el viaje, las valijas y todo eso, y a las siete nos encontramos en una confitería, en El Cisne, la de Montevideo y Marcelo T. de Alvear, antes de ir al cine.

—¿Qué fueron a ver?

—*Manhattan*, la de Woody Allen, al Atlas de Callao.

Sin que Etchenike dijera nada ella abrió la cartera y rebuscó hasta encontrar el programa. Lo puso sobre la mesa.

—La función de las ocho menos cuarto. ¿Viste *Manhattan*?

—No.
—Es muy buena. Sobre todo por Diane Keaton.
—¿Tu marido estuvo toda la tarde en Eternel?
—Supongo.
—¿No te dijo nada, de haber salido, ido a alguna parte?
—No. Bah, no sé... Preguntale a él, cuando venga.
Etchenike asintió, miraba la mesa.
—¿Qué pensás? —dijo ella.
—Nada. ¿Y después?
—¿Después de qué?
—Del cine.
—Fuimos a casa, recogimos el equipaje y nos fuimos.
—Y tan contentos.
—Y tan contentos, claro.
—Mejor así.

Habían terminado.

Entonces Diana reparó en el libro gordo que él había apoyado junto a la ventana durante la charla:

—Permiso —y lo agarró—. A ver qué lees...
—Son las memorias.
—Ah, Simenon... Todavía lo andás paseando. ¿Qué tal tu francés?
—Peor que el tuyo, seguro. Pero me alcanza.
—¿Cómo es? —y lo hojeaba.
—Empieza divertido, pero es un libro triste.
—¿Me lo prestás?
—Otro día. Me falta poquito. En el final, él...
—No me lo cuentes.

Cuando Etchenike abrió la puerta de la oficina en penumbras supuso, por un momento, que se había equivocado. Sonaba bajito algo parecido a *Take five* en la radio, y el saxo patinador de Paul Desmond apenas asomaba sobre el rumor de la brisa que llegaba de la ventana abierta al atardecer coloreado a baldazos. La luz agazapada de la lámpara de tulipa verde hacía brillar los hielos de un par de vasos largos de *whisky* apoyados en el borde del escritorio, a mano de la pareja cómoda, oscuramente recostada en el sofá de los clientes. Prendió la luz y la pareja se desenredó lenta y perpleja.

—Hola, Julio. Pensé que ya no volvías —dijo Sayago sacando los brazos de donde los tenía—. Te presento a Armonía.

Etchenike sintió que algo andaba mal o flojo en su frente interno.

—Hola.

—Hola.

La uruguaya, melena negra y ojos verdes subrayados al tono, veterano gato oriental a dos orillas, estiró sin levantarse una mano con demasiados anillos.

—El Negro me habló mucho de usted —dijo.

—Suele hablar mucho. ¿Viene a quedarse?

—Tengo sillones más cómodos —y se estiró el vestido floreado, bajó la mano hasta las sandalias blancas.

—Te traje el auto —dijo Sayago ya de pie, reintegrado en funciones.

Pero Etchenike lo ignoró. Tomó posesión del escritorio y de uno de los *whiskies* y le alcanzó el otro a ella:

—¿Viene de Montevideo?

—De Punta del Este. Me trajo un amigo.

—Y qué tal la temporada.

—Demasiados argentinos para mi gusto —se empinó el *whisky*—. Pero hay que comer.

—Me dijeron que hay problemas de seguridad.

Sayago, parado a un costado, era el juez de un partido de ping pong.

—Los Tupas están muertos —concedió ella sin dudar—. Tenemos milicos para rato, como ustedes.

—La seguridad del Estado y toda esa mierda no me importa. Me refiero a delitos comunes.

Ella mostró su primera sonrisa, sacó a relucir un par de dientes de oro:

—Me extraña, araña. Si no hay a quién robarle, en Uruguay.

El veterano devolvió sonrisa, parecía armonizar con Armonía:

—Pero siempre quedan los argentinos, supongo. Una amiga me contó que al marido hoy le robaron el coche en la ruta, en Punta. Lo golpearon y lo mandaron casi muerto al hospital.

—Algo oí.

—¿El ingeniero? —intercaló Sayago.

Etchenike asintió apenas, sin volverse hacia él.

—Armonía conoce a mucha gente —dijo el Negro.

—Seguro —concedió el veterano—. ¿Cuándo se vuelve para allá?

—¿Ya me está echando?

—Por favor...

El gato oriental se desperezó como las mejores de su raza, apuró la bebida y se puso en pie. No ganó con el cambio:

—Un gusto, don Etchenike —y estiró otra vez la mano—. ¿Me acompañás a tomar un taxi, Negro?

Sayago casi pidió permiso de soslayo antes de apoyarle la palma en la cintura.

—Ya vuelvo —dijo con un guiño.

Pero no volvió. Cuando una hora y media después sonó el teléfono, Etchenike volaba de bronca y no se sorprendió al escucharlo:

—Dónde estás, la puta que te parió...

—En un telo de la Panamericana —se reportó Sayago como si nada—. Todo bien con Armonía. Va a ayudar. Conoce mucha gente, te dije. Dame los datos.

Etchenike dudó un instante pero se los pasó: el ingeniero, los jóvenes, el auto robado, el hospital.

—No parecen chorros comunes, sino profesionales —resumió—. En el ambiente de las locas, tal vez. Pero no le des más información que ésa: lo mínimo, lo que saldrá en el diario.

—De acuerdo. Y te cuento lo del estacionamiento, aprovecho que Armonía está en el baño — el veterano no pudo evitar cierto fastidio—. Fui a buscar el Plymouth y el gordo, medio embroncado, me preguntó por vos. Parece que al rato que pasaste fue la policía preguntando también por el Volvo y lo del jueves. Se llevaron las planillas de la playa, aunque no había nada ahí.

—Mirá vos.

—Me preguntó si eras cana.

Etchenike oyó el ruido de la puerta y se demoró en contestar.

—Julio, ¿me oís? —insistió Sayago.

—Tengo que cortar —dijo el veterano con calma—. Me están apuntando con una pistola en la cabeza. Y cortó.

El dueño o simple usuario del arma aprobó el gesto. El que había entrado detrás de él y portaba un instrumento similar fue del mismo criterio, aunque llegó un poco más lejos. Con un vigoroso tirón arrancó la línea de teléfono. El cable quedó suelto junto al zócalo de madera y un par de pedacitos de yeso desprendidos de la pared.

—¿Qué quieren? Hoy tengo un día de mierda.

—Ésta es la segunda vez... —dijo el más petiso sin dejar de apuntarle mientras el otro lo hacía ponerse de pie, lo registraba—. La segunda vez en pocas semanas, Etchenike. Y un boludo no es el que hace una boludez sino el que la repite.

Ahí, mientras uno hablaba con libreto y el otro le vaciaba los bolsillos, saqueaba su billetera, los reconoció o al menos los hizo coincidir con la descripción del gallego.

—Es cierto. Vos debés ser Mendoza y él debe ser Garay. Tenés razón: no les bastó con una, lo hicieron dos veces...

—¿Eh?

Los custodios y parapoliciales, solía teorizar el veterano, parecían elegidos en monótonas sesiones de casting en que se privilegiaba el contraste, el equilibrio compensatorio de tallas y volúmenes para la ulterior distribución de los módicos roles a la hora de actuar: hablaban los petisos; operaban, golpeaban los altos.

El rechazo que dobló a Etchenike se lo dio Mendoza.

A veces las reglas tienen excepciones.

Lo que no suele tener modificaciones es la secuencia de las palizas. A un golpe en el estómago sigue la piña arriba; a la caída al suelo de costado se la completa con patadas —de dos a cuatro— en las costillas o lo que se ofrezca desguarnecido. Ahí viene un leve respiro para el golpeado y para el golpeador que corresponde al cambio de aire, y es el fin de la primera sesión.

Garay y Mendoza se tomaron cinco minutos para revolver todo mientras lo puteaban, preguntaban al tuntún y lo pateaban al paso.

Después de dar vuelta todos los cajones comenzó una nueva y silenciosa sesión de biaba: derecha abajo, zurda arriba, caída, pateadura y tregua.

Durante esa brevísima segunda pausa, Mendoza o Garay, uno de los dos, oyó algo y dijo:

—Guarda.

Y no era respecto del maltratado Etchenike que se ponían en guardia, claro.

Desde su posición de tercero excluido, el cuerpo descalabrado, la cara contra el zócalo y la mirada oblicua a ras del piso, el veterano vio cómo de pronto la oficina se poblaba de zapatos acordonados, botamangas grises y azules. Varios pares.

—¿Qué hacen? —dijo Macías.

—¿Qué hacen ustedes? —dijo Mendoza.

—Este hombre trabaja conmigo —aclaró el inspector señalando vagamente el bulto en el piso, el rincón de los desechos—. Y no se toca. ¿Oyeron?

—Tarde, Macías. *Sorry* —dijo Mendoza.

Uno que estaba detrás del inspector se tiró sobre el multilingüe y lo inmovilizó. Otro adjunto se ocupó de Garay, sin resistencia. Y sobraban dos más.

—Llévenselos —dijo Macías.

Mientras los arreaban fuera de la oficina a persuasivos rodillazos el Colorado se inclinó para recoger lo que quedaba de Etchenike:

—Tu socio gallego al llegar vio el Falcon en la puerta, lo reconoció y quiso avisarte. Como el teléfono estaba cortado me llamó a mí. Buenos reflejos.

—Mejores que los míos —al veterano le dolía todo, sangraba del puente de la nariz—. ¿Dónde está ese irresponsable?

Tony se asomó por encima del hombro de Macías, le alcanzó un pañuelo:

—Justito a tiempo.

—Es culpa tuya —dijo Etchenike con rencor.

—Está todo bien, no lo verduguees... —Macías lo enderezó, lo ayudó a sentarse, apoyar la espalda en la pared, le acomodó la ropa.

—Eso. No te la tomes conmigo —Tony solía ponerse castizo cuando se agrandaba y había testigos—. Pues soy yo el que habitualmente la liga.

—Por mí, si sufrís tanto, te podés volver al Ramos y a la bandeja.

—Para lo que me pagas.

—Andate a la mierda. Pero dejá la postiza, miserable. Te la pagué yo.

—Pará... —dijo Macías.

El gallego se apartó y Etchenike oyó el golpe seco de algo sobre el escritorio antes del portazo airado.

—¿Dejó la postiza?

—No, el arma.

—Qué cabrón.

Macías meneó la cabeza, sonrió.

—¿Y vos por qué estás tan contento?

—El caso está resuelto, Julio.

Elocuencias

El inspector Macías repuso al castigado Etchenike en su lugar tras el escritorio y la lámpara de pantalla verde en un ángulo sobre su dispersa papelería como quien acomoda una vidriera. Una vez que quedó satisfecho de la apariencia general —si no del sujeto al menos de la puesta— se sentó enfrente, un falso cliente que no traía ni problemas ni enigmas ni perspectivas de dinero sino buenas noticias, cierto tipo de solución.

—Estás equivocado —dijo el veterano antes de que arrancara.

Tomó del suelo con esfuerzo sin duda doloroso la botella de Old Smuggler, sobreviviente milagrosa de las últimas conmociones, y se la empujó del pico, la ofreció después con gesto pródigo.

—No tomo cuando estoy de servicio y por suerte, también para vos, amargado, sigo laburando a esta hora.

—La Federal nunca duerme.

—Exacto.

Macías señaló el gallito que brillaba en la chapa del uniformado parado a su lado, edecán de cabotaje, saldo de la delegación completa que había irrumpido a deshoras en el santuario de la Avenida de Mayo.

—Estás equivocado: no fue Peloso —especificó Etchenike.

—No sabés cuánto te conviene que haya sido él.

—¿A mí?

—Tuviste un anticipo con esos muchachos: no es conveniente coincidir ni en las ideas ni en el mismo lugar y hora con ellos.

Etchenike pareció admitir esa posibilidad; al menos no objetó la reflexión y sí se tocó, sintomáticamente, la nariz lastimada:

—¿Qué tenés?

—Casi todo: Saldívar fue más permeable de lo que pensaba. Admitió que le prestaba el coche a Peloso para salir con la mina, admitió que le desapareció el arma y que puede haber sido el

chofer. Es de los pocos que sabía dónde estaba, e incluso se la había prestado un par de veces.

—Sé todo eso. No te alcanza.

—Me da la impresión de que Saldívar está dispuesto a colaborar en tanto no lo salpiquen.

—Qué vivo.

—La variante que nos conviene, y te incluyo, es que Peloso lo haya hecho solo, aunque a Saldívar acaso le era útil que se lo hicieran desaparecer. En privado admite que sabía que Peratta lo estaba cagando. Puede no haber hecho nada para evitar que lo matase, pero de ahí a acusarlo de complicidad... Es difícil de probar.

—¿Y qué más tenés?

—Lo más fuerte, el motivo: lo de Delia cierra.

—A ver.

—Todos los indicios. El pelo en la cama es de ella, hay huellas de ella en el baño, en todos lados. Y los papelitos que aparecieron sobre la mesa ratona son de los que Peratta le dejaba en el tablero, y los que ella le dejaba a él.

—El muro de los lamentos de los cornudos.

—¿Eh?

—Seguí. ¿De dónde salieron los papelitos ésos?

—Cuando Peratta lo hace subir o le abre la puerta...

—¿Tenían cita esos dos?

—Sí. Cuando Peratta lo hace subir o le abre la puerta, te digo, Peloso lo apura, le muestra los papelitos que ha ido encontrando en el casillero, discuten... Dispara y se va por donde vino.

—¿Peratta deja subir a ese pesado pese a que en la casa están todas las pruebas de que estuvo con su mina la noche anterior?

—¿Por qué no? Cuando arregló por teléfono él no sabía que la casa estaba así. Tendría que haber ido la mujer de la limpieza, que no fue.

—¿Ella qué dice?

—¿La de la limpieza?

—No, Delia.

—Admite que se encamó con Peratta el miércoles a la noche, que se olvidó esas boludeces que le reclamaba en el contestador, que quedaron en ir juntos a Mar del Plata, que él le cambió el libreto y a última hora se quedó...

—¿Por qué?

Macías sonrió:

—Hubo una llamada —dijo satisfecho—. La secretaria de Peratta dice...

—¿Quién?

—Irma, una vieja que debe estar en el inventario de Eternel, la secretaria de Peratta. Dice que le pasó una llamada el jueves hacia el mediodía y que él quedó en algo, una cita para la tarde. Porque inmediatamente colgó y habló con Delia para cancelar. Coinciden el testimonio de la secretaria y el de Delia.

—¿Quién lo llamó? ¿Desde un interno o de afuera?

Macías hizo un leve gesto de contrariedad:

—Irma no sabe si fue desde un interno o no. Voz de hombre, dice.

—No dice todo.

—Seguramente. Pero fue Peloso o alguien por él.

Etchenike trató de hacer su composición de lugar:

—Entonces, ¿cuál es la secuencia?

—Simple —Macías se acomodó en la silla, separó las manos, parecía un fraile satisfecho y consciente de ser persuasivo—. Peloso tiene pruebas acumuladas contra Peratta, como en este caso los papelititos, y sospechas fundadas puntuales como el viaje a Mar del Plata, y decide ir a apretarlo. Lo llama con un pretexto para acordar una cita. No importa demasiado desde dónde. De cualquier lado pudo ser: de la recepción de Eternel, incluso de lo de Saldívar. Estuvo en Eternel a la mañana y pasó a buscar a su jefe después de almorzar para llevarlo a la clínica a la tarde. Se quedó un rato largo en su casa, esperando arriba que terminaran de comer. Y sabía que iba a tener tiempo libre una vez que lo dejase en la clínica.

—Pero no tuvo. En lugar de quedar libre, lo hicieron esperar abajo. Y Picabea...

—Pensemos en Picabea —siguió Macías, imperturbable—. Hizo que lo llevara a su consultorio. Puede que no mienta al decir que él lo dejó abajo, pero pensemos que tardó media hora en bajar, no menos. En ese rato Peloso se fue, dejó el coche en la playa que queda a dos cuadras, hizo lo que tenía que hacer y volvió. Y Picabea lo encontró donde lo había dejado.

Etchenike meneó la cabeza:

—Es un poco absurdo: había arreglado una cita y aprovechó ese ratito porque tenía miedo de que se le pasara la hora... —meneó un poco más la cabeza—. Y fue a un estacionamiento, hizo todos esos movimientos. No sé: también pudo haber ido a pie, está muy cerca... Si no, es algo que se le ocurrió sobre la marcha, que improvisó. Y no me cierra.

—Es cierto, es un poco forzado, pero...

—¿Creés que lo fue a matar?

—A asustarlo, seguro. Tal vez fue una decisión del momento, algo que lo sacó...

—¿Y por qué Peratta aceptó recibirlo?

—Habría usado un pretexto, eso no lo sé... Hasta que Peloso no hable, no lo vamos a saber.

—¿Por ahora qué dice?

—Nada. Niega todo.

—Necesitás testigos.

—Tengo el tuyo, Julio. El gordo del estacionamiento resultó asaz elocuente.

El policía detrás de Macías sonrió.

—Qué le pasa a éste —se cruzó Etchenike.

Macías se volvió:

—¿Qué le pasa, Barilari?

—El léxico, señor. Disculpe.

—Barilari no es un agente común, Etchenike —explicó Macías complacido—. El muchacho estudia, es universitario.

—Por lo de “asaz elocuente”, señor.

—Es un eufemismo, Barilari.

—Comprendo, señor —y volvió a sonreír.

Etchenike sintió leves náuseas. El más o menos cínico diálogo entre su viejo amigo y esa gioconda uniformada le recordó de pronto entre quiénes estaba.

—¿Qué declaró el gordo?

—Reitero: su testimonio fue *asaz elocuente*. Reconoció el selecto Volvo y firmó una declaración en que habla de un hombre de talla mediana, que dejó el coche sin anteojos y lo retiró antes de la media hora, de anteojos negros.

—No es nada, eso. ¿Reconoció a Peloso?

—Lo reconocerá.

—Sos un hijo de puta.

El joven agente Barilari frunció el entrecejo y Etchenike lo advirtió:

—¿Qué carajo le pasa ahora a tu alcahuete letrado?

Macías se volvió:

—¿Barilari?

—El tratamiento, señor...

—Rectifico —se animó el veterano—: *son* unos hijos de puta.

Esta vez Barilari se abstuvo de gesto alguno.

—No tenés nada —se ensañó Etchenike—. ¿Qué otro testigo?

—También me lo marcaste vos: el boga de al lado.

—Gómez Guiñazú... Si no vio nada, me dijiste.

—Sí que vio: vio y oyó. No quería declarar pero ahora aceptó —Macías sacó un block, punteó con la birome—. Mañana a las once está citado a declarar. Somos prolijos, al menos en este caso, que piden garantías, formalidades... No quiero problemas.

—¿Y si no va?

—Va a ir. Sabe que le conviene.

—No entiendo.

—El tipo, vos lo viste, es un tarado que anda poniendo la cara en los medios, presentando *hábeas corpus*... Le tiene alergia a la policía, se hace el loco, pero no es boludo: sabe que con nosotros puede hablar y hay ciertas garantías. Pero si lo suelto y se los marco a los que te dije, es boleta.

—¿Se lo dijiste así?

—Sí. Y entendió. Como vos tendrías que entender.

—¿Como yo?

El inspector se puso de repente didáctico:

—¿Qué pasó esta noche, Julio?

—Me cagaron a trompadas.

—¿Y por qué?

—No me vas a convencer de que me hice pegar... Soy grande.

—Ellos llegan hasta ustedes por el episodio anterior, cuando espiaban a Peratta.

—Por el gallego y el otro idiota...

—Eso es lo de menos. A estos tipos les pagan para pensar mal, Julio.

—No entiendo.

—Sí que entendés. Para ellos, todo el que espía es un presunto subversivo. Pero no son idiotas, aunque se dediquen a disimularlo. Por eso les pagan, para pensar mal. Por los resultados que consigan pensando mal. Y saben que ustedes pueden ser cualquier cosa y estar en cualquiera, pero no en la pesada... No les sirven. Pegan un par de ladridos, se cruzan un par de piñas; en el fondo, entrenan con ustedes.

—Suenan feo.

—Pero es así: juegan, van y vienen a las trompadas con los dos boludos que te secundan. Se cascan, se citan, se mojan la oreja. Hasta que lo matan a Peratta.

—La segunda boludez.

—¿Qué?

—Lo que esgrimieron como excusa Mendoza y Garay.

—Claro. Mendoza y Garay, como vos les decís, ven que ahí puede haber algo, que esos boludos (por ustedes) por ahí tienen algo que ver y sólo es cuestión, como siempre, de pensar mal, de buscar cómo dejarlos pegados. Y entonces es cuando descubren la denuncia de Peratta dormida.

—Ellos.

—No, más arriba.

—Y te aprietan.

Macías se demoró un par de segundos:

—A mí nadie me aprieta. Pero me piden explicaciones, con razón. Peratta tenía muchos contactos con ellos. ¿Para quién lo espiaba este amigo tuyo que protegiste?, me dicen. No será un idiota útil de los subversivos, ¿no? Idiota, sí; útil, no estoy seguro, les digo.

El agente Barilari no pudo evitar su tercera sonrisa de la noche.

Etchenike lo miró con fastidio y Macías siguió la mirada del veterano, se volvió:

—¿Qué pasa, Barilari?

—El retruécano, señor...

—Sacalo —dijo Etchenike.

—Ya nos vamos, igual... —el inspector se volvió al ayudante—. Barilari, arregle el teléfono en lugar de hacer comentarios al pedo.

—Sí, señor.

Macías echó el cuerpo hacia adelante, encaró a Etchenike como el vendedor dispuesto a desplegar los argumentos finales:

—Creo que entendiste de qué se trata. Yo puedo sostenerte diciendo como hasta ahora que no espiabas para la pesada y que has sido un útil colaborador en la solución de este caso.

—Es cierto todo, menos lo de la solución. No creo que la tengas.

—Eso es cosa mía —y por primera vez el inspector Macías pareció perder la calma, vacilar en la composición del personaje que había armado para esa noche—. Vos, si querés zafar, admití o al menos no niegues que espiabas para Peloso, que él te contrató para ver si la novia lo cagaba.

—No. No lo admito, y además es estúpido, insostenible.

—Para Saldívar entonces, que lo quería vigilar. Te vieron entrar a Eternel hace unas semanas.

—Fui a ver cómo estaba mi amigo Pajarito. Me preocupaba su salud.

—Ahora te convendría ocuparte de la tuya. No siempre voy a llegar a tiempo, como hoy.

—Tanto como a tiempo... —y el veterano se frotó las costillas.

Se miraron en silencio y nadie aflojó.

Después, sin dejar de mirarlo, Macías se puso lentamente de pie. El agente Barilari dio un paso al costado y le hizo espacio para el giro:

—Después no me digas que no te avisé.

—Está bien.

—Mañana a mediodía voy a tener las pruebas de que lo mató Peloso. Si admitís que espiabas para él, me ayudás; y yo a cambio te libero de cualquier conexión con el asesinato —ahí el inspector enarcó las cejas, subrayó la propuesta—. Si no hablás, te dejo sin protección, digo que el cajoneo de la denuncia fue un problema administrativo, te desconozco, y ahí pueden pasar dos cosas: todo sigue y quedás como cómplice de Peloso o (lo peor, y ahí ya no depende de mí) mi hipótesis se cae, y se cruzan Mendoza y Garay, que ya sabés cómo piensan: ellos no buscan, sólo encuentran lo que quieren.

—Como Picasso —dijo Etchenike haciéndose el vivo.

—Como lo que son. Si tienen un pretexto mínimo para limpiar a alguien, lo hacen a su manera. Mientras esto sea un crimen privado, hay ciertas reglas.

—Te voy a decir quién me contrató cuando el caso esté realmente resuelto o alguien confiese o me liberen del compromiso —dijo Etchenike con tono cansado.

Macías ya estaba en la puerta, Barilari tenía la mano en el picaporte:

—Julio: yo ya sé para quién espiaste a Peratta. Me lo dijeron.

—¿Entonces?

—Sólo quiero que vos me lo digas.

—No entiendo.

—Sí que entendés.

Y se fueron.

Por segundo día consecutivo lo despertó el teléfono y por segundo día consecutivo era Saldívar:

—¿Estás solo?

Etchenike verificó asomándose desde su cubículo dormitorio a la oficina:

—Sí, por suerte. Porque tendría que echarlos a los dos. ¿Qué hora es?

—Las ocho. ¿Seguro que no te pusieron vigilancia?

—Ah, vos decís la policía...

—Claro.

El veterano se enderezó con dificultad —dos manchones púrpura le asomaban bajo la camiseta replegada cuesta arriba del ombligo—, fue en calzoncillos hasta la puerta y miró en el pasillo. Después caminó hasta la ventana, echó una mirada no demasiado exhaustiva a la avenida y volvió:

—Nada —recogió el teléfono de al lado de la cama y lo llevó al escritorio—. Estuvieron anoche un rato, pero se fueron temprano.

—¿Y?

—Tu chofer está cocinado, Pájaro.

—Me cagaste.

Etchenike miró ahora su propio reloj. No eran aún las ocho; apenas las 7.54. Demasiado temprano para escuchar boludeces. Eso dijo:

—Es demasiado temprano para escuchar boludeces.

—Ninguna boludez. Vos quedaste conmigo en que lo protegías a Peloso y lo primero que hacés es decirle a ese hijo de puta de Macías, que no sabés cómo me peloteó ayer, que me desapareció el arma.

—¿Qué? ¿Apareció?

—¿Vos me estás cargando?

Etchenike sintió que del otro lado de la línea, al lector tardío de Lao Tsé se le acababan rápidamente las reservas de taoísmo:

—Tranquilo. Es mejor que la policía sepa que te robaron el arma a que no la denuncies, aparezca en cualquier parte, sea la que le disparó a Peratta, y vayan a buscarte a vos.

Se hizo un silencio breve. Saldívar digería el razonamiento.

—Ni te cago ni te cargo —volvió el veterano—. Te digo la verdad: Peloso está cocinado porque hay voluntad de culparlo, ya decidieron que fue él y a la policía, al menos hasta anoche, le convenía que fuera él.

—Me di cuenta.

—Y en cuanto a lo del arma, si te animás a pensarlo, no lo complica a él sino que salpica al resto de tu... entorno, digamos.

—¿Cómo?

—¿Fue Picabea?

—¿Cómo?

—Me oíste. ¿Fuiste vos?

—No.

Ahora el silencio se hizo del lado de Etchenike:

—Porque Peloso *no fue* —dijo, y después, tras otra pausa considerable—: Y no vaya a ser que dentro de unos días o unas horas, por especular con el mal menor, termines dándole la razón a la policía.

—No soy ese tipo de gente, Julio.

—Te creo. Pero ellos pueden pensar que sí.

—¿Te parece?

—Vos sabrás. Debés tener contacto muy arriba para enterarte de la muerte de Peratta antes de que te llamara Macías. Me mentiste...

Se hizo un breve silencio.

—¿Cómo sabés?

—Diana me dijo que la habías llamado el domingo a la noche para contárselo.

—Es cierto, tengo mis contactos —admitió rápidamente el Pájaro—, no te lo dije porque no quería que Macías sintiera...

—No importa. Ya se enterará.

Hubo un nuevo vacío en la línea que de golpe interrumpió Etchenike con otro tono:

—Atención a quien corresponda: sabemos que están grabando esta conversación, que los teléfonos están intervenidos. Nada de lo que se haya dicho acá tiene alguna validez legal. Lo que sigue sí, y que conste: se van a la puta madre que los parió.

Y colgó.

Apenas un minuto después, estaba meando —en realidad ése era el verdadero motivo que había determinado su exabrupto— cuando volvió a sonar el teléfono. Acabó como pudo con su menester y se apresuró a atender.

Alguien se reía, se reía. Seguía riendo cuando cortó.

Etchenike compró el diario y se fue a tomar un café al Paulista de la esquina. El caso Peratta seguía en las páginas del fondo y sin novedades: más de lo mismo, es decir, nada. Seguía firme la pista del crimen pasional; se esperaba una conferencia de prensa para media tarde en la Central de Policía. En un recuadrito, titulado con un simple signo de interrogación, se insinuaba la hipótesis alternativa del “accionar subversivo”. Se insinuaba. El veterano usó el teléfono público para un par de llamadas, pagó y se llevó una medialuna para el camino. Había quedado en ir a almorzar con su hija.

Al subir al Plymouth y ponerlo en marcha algo se movió en el asiento trasero.

—¿Qué hacés ahí?

Tony García se enderezó, estiró los brazos, no mostró ni apuro ni sorpresa:

—Te esperaba. No te puedo dejar solo.

Etchenike se llenó la boca con el último tramo de la medialuna, lo agarró del cuello y lo apretó contra el respaldo del asiento:

—¿Vos le hablaste a Macías de Ricardo Müller?

El gallego negó con la cabeza.

—¿Le diste a entender que habíamos investigado para él?

Tony repitió el gesto.

—¿Seguro?

Una vez más, que no.

—¿El tarado de tu compañero tampoco? —y aflojó apenas lo suficiente.

—No, no creo.

Lo soltó.

El gallego se recompuso, bajó del coche y mientras las ruedas giraban alejándose del cordón volvió a subir adelante, se sentó a su lado y cerró de un golpe.

—Cuánta más amplitud tenían los asientos de los autos de antes —dijo con un suspiro—. No sabés lo bien que dormí. ¿Ya leíste el diario? ¿Adónde vamos? ¿Te cuento lo que averigüé del Círculo de Becarios?

Etchenike, con la mirada al frente, puso segunda como quien hunde un cuchillo.

Dejó al gallego con instrucciones renovadas en la esquina del Congreso y encaró por Callao a casa de su hija. Confiaba en el criterio y el equilibrio de Susana. Más allá de la rudeza con que ella lo había calificado cuando vendió la vieja casa familiar y se mandó a alquilar una oficina rasposa en el centro —*eso que vas a hacer es una payasada, papá*—, ahora disfrutaba si Etchenike le proponía compartir algún pormenor de los casos en que andaba. Y el veterano sentía que la reaparición de los Saldívar después de tanto tiempo era una ocasión especial para que su hija lo ayudara a pensar algunas cosas, a mejorar o desbrozar los recuerdos.

La puso al tanto de añejas secuelas y de algunas de sus truculentas novedades mientras comían ravioles con estofado:

—Aparte de todo este sórdido puterío —concluyó con jovialidad—, Diana te mandó saludos hace un par de meses, el día del cumpleaños del viejo.

—También me mandó por la hermana de Tito Famularo —dijo Susana, y sonó escéptica.

—¿La ves?

—¿A la hermana? La vi ahora, de casualidad. Volvió hace un par de meses de México, y me dijo que se encontró con Diana el mes pasado, en la fiesta de ex alumnas del Normal de Flores.

—Deben ser bastante más chicas que vos.

—Sí. Yo le llevo cinco a Diana —y la hija de Etchenike dejó el tenedor en el borde del plato—. ¿Cómo está?

Se tomó el tiempo que tardó el pan en dar doble vuelta al plato recogiendo salsa:

—Linda, más madura. Un poco triste.

—También, con tanto drama: la madre primero, ahora el padre que se muere o no se muere, el marido asaltado... —Susana hizo una pausa, pinchó un raviol y dijo lentamente—: pero es brava. Diana.

—En qué sentido.

—Se peleó con la hermana de Tito.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser, papá? Por el tema del hermano —y subió un grado el volumen.

—El tema del hermano es simple —y Etchenike fue consciente de que elegía las palabras, se hacía literalmente el boludo—: se fue a México y se quedó allá. No dio más señales...

Acaso su padre lo había olvidado, pero Susana solía perder la paciencia:

—¿Pero qué decís, papá? —arrancó con el mismo tono enfático que usaba con sus alumnos de cuarto grado para recordarles la fecha de la declaración de la Independencia o la muerte de Moreno en altamar—. Tito Famularo desapareció hace cuatro años.

Etchenike se turbó:

—¿Cómo que desapareció?

—Me extraña, papá. Lo vinieron a buscar... —y Susana fue casi ofensivamente didáctica—. El Ejército, una noche. Y la hermana dice que no andaba en nada raro. Tiene un abogado de derechos humanos que le lleva la causa pero hasta ahora no consiguió nada.

—Yo creí que se había ido a jugar al fútbol a México, al Toluca, uno de esos... —Etchenike se hizo, pero sobre todo se sintió estúpido—. Eso se dijo...

—La familia sí, se fue a México, después de que él desapareció.

—¿Y por qué pelearon con Diana?

—Por Saldívar.

—¿Por el Pájaro?

—Porque fueron a pedirle que hiciera algo, aprovechando que anda tan bien con los milicos. Dijo que sí, que claro y no hizo nada...

—Pero él ya no era novio de Diana cuando pasó eso —dijo Etchenike como si debiera atenuar algo.

—No. Fue inmediatamente después. A ella la mandaron a Europa.

—Como en las novelas de antes.

—Como a las conchetas de ahora.

Etchenike miró a su hija. La mirada de Susana tenía una dureza no habitual en ella.

—Vos tenés cierta debilidad por Diana, ¿no, papá?

Vaciló, hizo un gesto antes de empinarse el resto del vino:

—No, no creo. ¿Por qué?

Ella pareció por un momento que iba a argumentar, a agregar algo. No lo hizo. Tampoco él volvió a preguntar.

Susana suspiró y se puso de pie:

—¿Querés café? —dijo.

Etchenike miró el reloj:

—Dale.

Tras la larga sobremesa y con ganas mal reprimidas de alevosa siesta, Etchenike volvió a la calle. Hizo un par de llamados infructuosos desde el público de la esquina y aprovechó que estaba cerca para ir hasta las oficinas de la AFA. No estuvo mucho y consiguió menos. En concreto, no pudo averiguar nada sobre las últimas corridas de un promisorio lateral verde del que nadie quería acordarse demasiado. Al parecer, Famularo en algún momento había picado al vacío y nadie le había dado más pelota. Al salir del edificio de la calle Viamonte eran casi las tres. Llegaría justo.

La voz que atendió por el portero eléctrico estaba apenas un poco menos dormida que la que había atendido el teléfono antes del mediodía:

—Sí, soy Delia.

—Soy Etchenike, el que llamó hoy.

—Pase.

Subió la escalera del feo edificio de la calle Valentín Gómez con menos soltura y muchos más dolores que apenas dos días atrás. Como si hubiera ocupado ese tiempo en competir en un decatón para veteranos. Y salir último, claro.

Delia lo esperaba en *shorts* y remera, con la puerta abierta y sin cadenita. La prima golpeada ya no estaba ni estaría por un tiempo:

—Se asustó y se fue.

Las dos valijas y los bolsos a medio hacer apoyados sobre los sillones y la mesita del living indicaban que tal vez no era la única.

—¿Vos también te vas?

—Por unos días. Hasta que pase todo.

Aparecieron el mate y un termo. La chica lo invitó a sentarse y Etchenike acomodó un tercio del culo en un cuarto escaso de la silla ocupada por una exhaustiva bolsa de cosméticos.

—Los entrerrianos lo tomamos dulce.

El veterano chupó y aprobó con una sonrisa el peor mate que hubiera tomado en el decenio.

—¿De Gualguaychú?

—Sí. Me voy para allá. Me quedaban unos días de vacaciones en Eternel.

—¿No te hicieron problema?

—Entienden.

—¿Y la policía? ¿No tenés que declarar?

Delia Gutiérrez, 26 años, soltera, 1.72 descalza, 87-65-96 y 56 kilos en ayunas, segunda princesa en la Fiesta Provincial del Surubí 77, de profesión empleada administrativa, dijo que sí.

—¿Y entonces?

—Es que ya declaré. Un escrito así, como seis páginas, una pila de papel. Si me necesitan, vuelvo.

Su conversación, su alma acaso, era como una de esas casas de veraneo decoradas sin amor ni criterio, sólo aparentemente funcionales.

Etchenike no dijo nada y esperó el demorado segundo mate.

—¿Para qué vino? —dijo ella en cambio.

—Primero, para saber tu opinión. ¿Vos creés que fue Peloso?

El termo, ahora sí, se apoyó en ángulo de cebado:

—Qué sé yo, es lo que le dije a la policía —el mate quedó a medio camino—: no sé qué pensar.

—¿Te sucede habitualmente?

Fue excesivo. La subestimó y se dio cuenta al momento. Ella le apartó el mate como quien retira los embajadores:

—Oiga, de qué se la da.

—Fue un chiste malo —retrocedió Etchenike.

—Quiero decir: no sé si fue —ella parecía fastidiada—. Él dice que no; pero Peloso era capaz de eso y más también.

—¿Sí?

—Ya lo había amenazado una vez. Y eso se lo dije a la policía.

—¿Lloraste mucho?

—¿Por quién?

—Vos sabrás.

Pero eso tampoco lo sabía.

—¿De dónde sacó Peloso los papelitos?

Delia frunció clásicamente el entrecejo:

—¿Qué papelitos?

Etchenike describió el *modus operandi* del finado, su mecanismo de contacto con los mensajes en el tablero, hasta sentirse absolutamente ridículo.

—Qué cómodo —se admiró ella—. Pero no sabía que alguien los juntaba.

—Peloso.

—Mirá... Se ve que no tenía nada que hacer.

Etchenike sí tenía:

—Paso al baño —dijo apurado, ya de pie.

Dio un par de pasos y tanteó el picaporte de la primera puerta a la derecha.

—No...

Tarde. La advertencia de ella llegó un segundo tarde. Etchenike abrió, el policía que escuchaba tras la puerta intentó ocultar el grabador, se hizo un nudo y quedó sentado en el inodoro.

—Perdón. No sabía que estaba ocupado —dijo el veterano.

Cerró la puerta y se volvió hacia Delia.

—Ya que no puedo mear, me gustaría hablar por teléfono.

Ella señaló el aparato a un costado, sobre una cómoda, sin decir nada y se quedó mirando la puerta del baño.

Tras tres intentos, el veterano consiguió embocar la Central de Policía y recién ahí se sentó,

estiró las piernas como en la oficina:

—Con Macías, por favor... —la chica seguía inmóvil, el picaporte del baño también.

Atendieron del otro lado:

—Sí.

—Colorado... Lamento comunicarte que tu servicio de alcahuetes es un desastre.

—Decime algo nuevo.

—Estoy en la casa de la piba, de Delia...

El inspector resopló:

—Venite para acá.

Etchenike miró su reloj.

—¿Fue Gómez Guiñazú a declarar?

—Sí. No fue muy elocuente.

—¿Reconoció a Peloso?

—Ahora se lo voy a mostrar. Pero está muy feo.

—¿Qué?

—Peloso se colgó esta madrugada.

CULO DE MUÑECO

El olvidonario

Sobre el escritorio de Macías había un café empezado, una máquina de escribir enfundada, un tintero inútil de bronce, un mástil enano con una banderita argentina y un florero ridículo con gladiolos amarillos. Y un sobre.

—Son éstas —dijo el inspector.

Abrió el sobre y las sacó. Las fotos no eran buenas pero cumplían con su objetivo. Peratta y Delia en la cama hacían de todo en blanco y negro.

En silencio, acaso perturbado, Macías las fue pasando de a una, poniéndolas frente a Etchenike.

—¿Quién fue el hijo de puta que se las mostró? —dijo el veterano sin tocarlas.

—Un idiota, no importa. Fue un error.

—¿Y para qué?

—Para que Peloso se sacara y confesase.

—Pero no habló.

—No.

—Ni va a hablar.

—No.

—Raro que alguien como Peloso se amasije.

Macías, lo que quedaba de Macías, lo que iba del de la noche anterior a esta versión desinflada, se dejó ir en un suspiro:

—Pero se amasijó. Y es una cagada.

Etchenike no pareció preocuparse por eso.

—¿Dónde estaban estas fotos?

—En una carpeta, en el departamento de Peratta —el inspector retomó un par, las levantó y volvió dejarlas sobre el escritorio—. Qué buena está la guacha...

—¿Quién las sacaba?

—El mismo Peratta, parece. Con cámara programada.

—¿Ella sabía?

—Supongo que sí. Mira ésta...

La foto estaba tomada desde los pies de la cama. Él, acostado de espaldas, casi no se veía; sólo las piernas extendidas en primer plano mientras todo el cuadro lo ocupaba el cuerpo, el culo de ella en realidad, inclinada hacia adelante, volcada sobre el sexo de él, chupando mientras le agarraba las pelotas, mirando de reojo al objetivo. Muy edificante.

—Es para matarse.

—Justamente. Usó el cinturón.

—Se lo dejaron...

—Segundo error. Ya hay tres sumariados.

Etchenike se paró, tomó distancia:

—Tenés buen ojo para elegir gente. El pelotudito de anoche; los de las escuchas telefónicas; el nabo que le pusieron en el baño a Delia, ahora esto. Todo un estilo.

Golpearon a la puerta.

—Sí —dijo Macías.

Abrieron. Etchenike ni se volvió.

—Lo llaman de Jefatura, señor.

Esa voz.

—Dígale que ya voy.

—Señor, es que...

—Ya voy. Y retírese, Barilari.

Cerraron la puerta.

Hubo un breve silencio. Etchenike se adelantó hacia el escritorio e iba a decir algo pero lo que dijo estaba claro que no era lo que iba a decir:

—Cuando yo era pibe... —y apoyó el dedo viejo—. Cuando yo era pibe les decíamos fotos de poses. Los tipos no se sacaban las medias y las minas eran gordas, eso era siempre así.

—Estas son todas yeguas.

—¿Hay más?

—Dos carpetas, con distintas minas. Pero la mayoría son con Delia.

—¿Se pueden ver?

Macías abrió el cajón de su derecha, levantó las dos carpetas y de pronto, como si se arrepintiera, las volvió a guardar.

—Suficiente, viejo pajero —y cerró el cajón con un golpe, hizo vacilar los gladiolos.

El veterano no pudo evitar sonreír.

—¿Alguna cara o culo conocido?

Macías negó con la cabeza.

—Pero faltan fotos. O parece que faltaran algunas, porque hay un par de huecos.

—¿Las usaba? ¿Se sabe que le haya mandado algo a alguien?

—¿Extorsión? Él tenía más que perder que ellas. Eran todas ratonas, fabriquetas o gatos. ¿O no?

—No sé.

Ahora Macías se quedó mirándolo, pero Etchenike ni se mosqueó.

—¿Qué pasó con Gómez Guiñazú?

—Arrugó. Dijo que no podía decir nada, entró en crisis... —el resoplido de bronca y desaliento hizo flamear apenas las fotos—. Un maricón. Lo mandé a la casa. El gordo del estacionamiento tampoco aportó.

Hubo otro suspiro.

Entonces Etchenike dijo lo que faltaba como si lo leyera, un subtítulo:

—Así que no tenés nada.

—Sí, un quilombo. Tenía un muerto y un probable asesino. Ahora tengo dos muertos.

—Y ningún asesino. El suicidio no prueba que haya sido él.

Macías enarcó las cejas.

—Tampoco lo niega.

Golpearon de nuevo, tímidamente, a la puerta.

—¡Qué carajo pasa!

La sombra del otro lado del vidrio esmerilado tardó en contestar:

—De Jefatura, que...

—Barilari... ¡No me rompa las pelotas! ¡Fuera!

La sombra se esfumó y el inspector tardó unos segundos en recomponerse.

—¿Sabes qué pasa? —dijo, y no preguntaba nada—. Es Saldívar, Julio.

Etchenike esperó lo que venía, lo que explicaría acaso su convocatoria de urgencia a ese lugar y en ese momento.

—Lo llamé hace un rato, le conté lo de Peloso y se puso como loco: me insultó, me trató de inútil, el hijo de puta. Qué mierda se cree, porque tiene banca arriba. Y ahora seguro que tocó al jefe...

Etchenike asintió:

—Te aviso algo: se enteró de lo de Peratta el mismo domingo de Pascua a la noche. Se hizo el sorprendido con vos, a la mañana, pero ya lo sabía.

—Claro, seguro... —y Macías pareció ratificar lo que sospechaba—. Tengo cómo defenderme de él. Pero necesito que vos me ayudes, que me ratifiques lo que sé.

—¿Qué cosa?

—Hasta ahora yo te pedí que me dijeras que era Peloso. Ahora no te pido que mientas: sé que fue Saldívar el que te encargó investigar a Peratta.

—No.

—Me lo dijo ella.

—¿Ella?

—La hija, Diana. Me llamó ayer. Sólo para eso.

—¿Y por qué me lo decís? Te pidió discreción, supongo.

—No particularmente.

—¿Cómo se enteró ella?

Macías enarcó las cejas, como si fuera obvio.

—Yo no fui —dijo el veterano.

El inspector meneó la cabeza y suspiró por sexta vez en un cuarto de hora mientras recogía las fotos. Sacó las carpetas del cajón, metió todo ahí, fue hacia la puerta y habló con la mano en el picaporte:

—Esperame acá. Pensalo, mientras.

—Voy con vos.

—Te quedás acá.

Etchenike lo vio salir, lo oyó dar una orden y vio cómo se estacionaba una alevosa sombra tras el esmerilado.

El veterano ni se asomó. Encendió un Particulares y dio un par de vueltas por la oficina toqueteando los papeles. Levantó el teléfono mudo, probó con los cajones trabados, se asomó a la ventana que daba al patio interior, después a la enrejada de la calle. Se quedó allí mirando ir y venir a la gente. Tiró el pucho a la avenida Belgrano y miró el reloj. Dio otro par de vueltas. Bajó de un estante un tomo de la Biblioteca del Oficial, se sentó en el sillón más chico y estuvo leyendo historias de estafadores y fugitivos más o menos célebres. Miró una vez más el reloj. Prendió otro cigarrillo. El cenicero había quedado lejos, sobre el escritorio, y casi se quema el dedo antes de soltar el fósforo, que cayó sobre el sillón y se apagó. Encendió otro y esta vez lo arrojó al mismo lugar. El fósforo también se apagó pero tras dejar una marquita marrón oscuro. Entonces arrancó la última hoja del tomo que leía, la retorció, le dio fuego y arrió la antorcha al hueco entre el respaldo y el almohadón del sillón, la dejó ahí. Cuando vio que la llama vacilaba sopló un poquito; no mucho, lo suficiente. El humo era color blanco.

No fue necesario que gritara, bastó con empujar el sillón, hacer ruido y esperar que la sombra se moviera. Entonces se colocó al costado de la puerta con la izquierda en el picaporte y el volumen de la Biblioteca del Oficial en la derecha. Cuando Barilari abrió, cauteloso, Etchenike dio el tirón y se lo trajo a la rastra, desequilibrado.

—¿Qué? —llegó a decir el uniformado.

Como respuesta Etchenike le dio con el tomo en la nuca, y lo mandó al suelo. El joven universitario abrió la boca pero no llegó a gritar: la patada en la panza lo dejó sin aire ni argumentos, la piña en la cara lo sacó de la cuestión.

Etchenike cerró la puerta, vació el agua del florero sobre el sillón chamuscado, y tras un momento de vacilación dejó las flores cuidadosamente dispuestas sobre el ausente Barilari. Después pasó con un gran tranco por encima del cuerpo caído y salió.

Conocía bien el edificio y eligió la segunda escalera. Pasó como si nada. Recién en la calle se dio cuenta de que se había traído el volumen encuadernado. Estuvo a punto de volver y dejárselo al oficial de guardia pero después lo pensó mejor y aceleró el paso. Dobló la esquina y casi corrió hasta el Plymouth.

Al poner el culo sobre el cuero caliente se dijo que la próxima vez debería dejarlo a la sombra. Pero sabía que ya no habría próxima vez.

No podía volver a casa, así que desde un bar llamó al estudio de Gómez Guiñazú. Una voz femenina le dijo que el doctor no se encontraba pero tomó nota de su mensaje y le aseguró que se comunicarían a la brevedad. Después llamó a su oficina y ahí estaba, milagrosamente para el día, la hora y las circunstancias, alerta y vigilante, Sayago. Le informó que Tony no había vuelto aún pero había llamado y que su amiga Armonía sabía hacer los deberes:

—Acabo de colgar con ella. Tiene datos sobre lo del asalto al ingeniero. Es como vos decías pero no me adelantó nada. Me dejó un teléfono para que la llames a Montevideo esta noche.

Etchenike tomó nota.

—¿Cuánto nos va a cobrar?

—Favor por favor: tiene problemas para laburar acá. Le dije que vos podías ayudarla. Digo por Macías, ese amigo tuyo de la Federal...

—Seguro. ¿Qué dijo el gallego?

—Localizó a la señora Irma, la secretaria de Peratta.

Etchenike tomó nota. Era por Flores.

—Hoy es el día de las chicas —dijo—. ¿Ninguna rubia preguntó por mí?

—No.

El veterano colgó, disco y él sí preguntó por una rubia:

—¿La señora Diana?

Le preguntaron de parte de quién. Lo dijo. Le dijeron que no estaba.

—Aunque no esté, dígale que Peloso está muerto.

—¿Qué?

Ahora sí era ella.

—Lo que oíste: se colgó anoche, en la Central, con el cinturón. ¿No te contó tu padre?

—No me hablo más con él.

—Eso es nuevo.

—Puede ser. Pero las razones son viejas.

—¿Fue antes o después de mentirle a Macías?

—¿Qué?

—¿De dónde sacaste que yo espié para tu viejo?

Hubo un silencio de diez segundos. Algo más. Una cuenta tan larga como la de Firpo-Dempsey. Cada uno de los dos pensaba que el otro era el Toro Salvaje de las Pampas.

—Me lo dijo Ricardo. Que él te lo encargó, pero que fue una idea de mi padre...

—Es mentira.

—¿Qué?

—Todo.

—Él no miente.

—Vos sí.

Este silencio fue más largo que el anterior. Etchenike creyó oír algo así como un sollozo pero no podía estar seguro, había ruido en el bar y rumores de fritanga en las baqueteadas líneas de Entel.

—Igual ahora no importa —dijo finalmente ella—: ya está. Le dije que había sido Peloso.

—No fue Peloso, Diana.

—¿Quién fue?

—Tengo que hablar con tu marido.

—¿Qué querés decir?

—Sólo eso. Acordate de lo que te conté en La Moneda. Lo que va a pasar.

—No va a pasar nada: fue Peloso y listo. Además, Ricardo no puede hablar ahora. Está internado.

—Comunicame con él.

—No lo acoses, Julio. No lo ensucies: él es bueno.

—Ya oí eso.

—Yo también te oí a vos. Demasiado —hizo una pausa—. Voy a cortar, Julio: gracias por la noticia. Un hijo de puta menos.

—Una pregunta más: ¿Peratta te sacó fotos?

Nada.

—¿Se sacaron fotos? En la cama, digo...

Nada. Sólo el clic del auricular.

La calle José Bonifacio estaba en reparaciones. La señora Irma Domizzi de Montenegro, al parecer, también:

—Fue al pedicuro —dijo el señor Montenegro asomado, sin terminar de abrir la puerta.

—¿Tendrá para mucho?

—Un par de juanetes... —el consorte sonrió, levantó el mentón, se rascó la barba crecida—. ¿Para qué la busca?

—Vengo de la obra social de Mercantiles —Etchenike tenía un carnet genérico de inspector con un número más una sigla que, de muestra rápida, en un parpadeo, incluso podía pasar por eso—. Es por una encuesta sobre la calidad de las prestaciones. Pura rutina.

—Este pedicuro es particular —dijo Montenegro adelantando un dedo amarillo de tabaco—. La última vez que fue por la obra social se le infectó una uña y le quedó el dedo gordo así. No fue más: son unos ladrones.

Etchenike asintió.

—¿No va a anotar?

—Necesito el testimonio del titular.

—Como quiera. Pero es como le digo.

Pasó un auto y levantó tierra de la calle, Etchenike tosió, Montenegro cerró un poco más la puerta y dijo:

—Hace seis meses que hicieron el pozo para cambiar los caños del gas. Son unos ladrones.

Etchenike asintió otra vez.

—El pedicuro, ¿es lejos?

—Acá nomás, un par de cuadras por Mariano Acosta. Vaya a tomar un café, y dése una vuelta en una hora.

—Gracias.

No eran un par de cuadras sino cinco y media. Resultó ser una casa de familia. El cartel pintado a mano colgaba del balcón de hierro: Narciso Patiño. Pedicuro Diplomado.

El veterano estacionó a unos metros, sobre la vereda de enfrente. Hacía mucho calor incluso bajo los árboles y la inminencia de la tormenta no era alivio de momento ni consuelo a futuro.

Primero salió una mujer joven sin edad ni cara de Irma, después un pibe con un par de sifones. Finalmente salió una mujer flaca de vestido claro y pelo recogido que caminaba normal pero con cierta arritmia. Como si sus pies se le hubieran independizado, dieran cada paso con criterio propio, eligieran las baldosas: parecía estar cruzando un arroyo serrano por las piedras, no una vereda soleada de Flores Sur. Y no sola: de la mano.

—Señora Irma —dijo Etchenike sin bajarse.

La mujer se sobresaltó y la brevísima distracción le costó un leve, carísimo tropiezo:

—Ay... La reputísima madre... —dijo la señora.

El veterano se bajó y la tomó del codo:

—Disculpe. ¿Quiere que la alcance a su casa?

Ella se apoyó en el árbol más cercano, lo miró, algo enceguecida.

—Gracias. ¿Quién es?

—Su marido, el señor Montenegro, me avisó que estaba acá. Tranquila, soy policía. ¿La llevo?

—¿Policía?

—¿No se acuerda de mí? Estaba cuando declaró por lo de su jefe.

—Ah... ¿Y qué pasa ahora?

—Pura rutina, cuestión de un momento. Fuimos a buscarla a Eternel y me enteré de que no iba hoy. Por eso vine, en lugar de citarla, que es un lío para usted. Le explico mientras la llevo a su casa. Permítame.

—Gracias. No sabe cuánto...

La llevó, la subió al auto como si fuera la reina madre; o una réplica de cristal de la reina madre, mejor. Le cerró la puerta de su lado y después dio toda la vuelta para sentarse frente al volante. Pero no puso en marcha el Plymouth.

—Es una sola cosa que falta, Irma —dijo mirándola muy de cerca.

—Sí...

—¿Quién llamó el jueves después del mediodía a la oficina de Peratta? Usted atendió.

—Ya lo dije; era una voz de hombre.

—¿Quién era?

—No sé.

La mujer parpadeó, desvió la mirada.

—No tenga miedo, sólo tiene que decir la verdad —el veterano le buscó los ojos sin presionarla—. Nadie le pide que mienta, Irma.

—No sé quién era.

—Vamos... Sí que sabe.

La mirada de Etchenike se dulcificó aún más pero su pesado pie derecho se corrió del acelerador y se deslizó, en un movimiento leve pero definitivo, sobre el empeine y los dedos huidizos del pie izquierdo de la mujer. Se quedó ahí.

—Vamos...

—No...

Etchenike apretó apenas.

—Ay... Saque el pie.

—Vamos... Sólo la verdad. ¿Quién llamó?

—No sé quién era, no sé.

Etchenike apretó más.

—Aaay... —la señora Irma estaba a punto de lagrimear—. ¿Qué me van a hacer?

—Nada: diga la verdad.

Ella intentó separar el pie mientras agarraba el picaporte.

Etchenike la retuvo con el brazo y le dio un nuevo y definitivo pisotón:

—Hable de una vez, vieja de mierda. Hable...

El grito ahogado de la mujer sólo se interrumpió para decir entre sollozos:

—¡Basta, por favor! —Etchenike aflojó apenas la presión—. Fue Müller, el ingeniero Müller. Él fue el que llamó...

Etchenike levantó el pie, la soltó y se quedó mirando al frente.

—Vio que sabía...

La señora Irma Domizzi de Montenegro sollozaba bajito mirándose el pie.

—Es un animal, un bestia, un hijo de puta...

El veterano le alcanzó un pañuelo y puso la llave en el arranque.

—La llevo... —dijo sin mirarla mientras el Plymouth se movía—. Y disculpe lo de vieja de mierda. Estuvo de más.

Cuando paró en el semáforo de Primera Junta para comprar el diario ya llovía, y la *Crónica* que se apuró en alcanzarle el kiosquero por la ventanilla del auto estaba picoteada de gotas, húmeda. Etchenike repasó los titulares. Extrañamente, al pie y a cinco columnas, ya estaba la noticia de Peloso: *Se suicida sospechoso en la Central de Policía*. Adentro figuraba con nombre y apellido. Alguien cercano a Macías había filtrado la información. Era un preso suyo, se le había matado a él. Los días, las horas y acaso los minutos del Colorado estaban contados. No se decía nada de un principio de incendio en el segundo piso. Menos mal.

Le costó un rato largo llegar a Congreso bajo una lluvia tupida, dobló hacia el norte y demoró otra eternidad por Callao. Santa Fe estaba algo más liviana pero igual debió dar dos vueltas a la manzana hasta que encontró un hueco y pudo estacionar sobre Paraná, lejos. Se bajó, se cubrió a las puteadas con la *Crónica* y caminó chapoteando cinco cuadras. Tiró el diario empapado en un papelerero y entró al edificio de Uruguay al 1200.

Según el tablero negro con letritas blancas de plástico el Círculo de Becarios de la UBA estaba en el cuarto piso. Había también una oficina de Marcas y Patentes y un dentista.

Lo pararon camino de los tres enfilados ascensores.

—¿Adónde va?

—Al cuarto —dijo como si nada, parado en un charquito.

Un portero, encargado de seguridad o lo que fuera salió de detrás del mostrador de recepción, el trapo amarillo al hombro.

—Hay un problema en el cuarto. ¿Adónde va?

—A Marcas y Patentes.

—Ah, porque el Círculo está clausurado. Séquese, pise ahí —y le tiró el trapo a los pies.

El tipo era gordo, bajo y estaba seco. Etchenike no. Tal vez por eso puso su mejor cara de pelotudo:

—¿Qué pasó? —y pisaba, marcaba el paso en el lugar.

—Vino la policía y puso una faja —el tipo recogió el trapo, le hizo un gesto de que lo siguiera—. Dejaron una custodia: parece que eran unos perversivos.

—¿Unos qué?

—Trata de blancos, pedestristas... —especificó el gordo—. Unos degenerados. Todo entre

hombres, nada de mujeres, me entiende.

Etchenike se interesó:

—Se los llevaron.

—Cinco o seis eran. Se los llevaron de la ceja.

—De la pestaña.

—Eso. Así, con lo puesto se los llevaron. Disfrazados algunos, maquillados...

—Gente rara.

—Muy excéntricos. Quedó un custodia.

—¿Puedo subir igual? Voy al lado.

—Se tiene que registrar, dejar el documento.

—¿Son nuevas disposiciones?

—No. Siempre ha sido así.

El portero tenía un libro grueso de contabilidad donde anotaba el movimiento a doble columna con todos los datos: día, nombre, destino, hora de entrada y de salida.

Etchenike entregó su vieja libreta —el tipo la enfiló junto a otros documentos en una cajita de madera— y firmó donde correspondía.

—¿Qué va a hacer a Marcas y Patentes?

—Voy a patentar un invento —dijo.

—Y qué inventó.

—Un diccionario.

—Eso ya está inventado.

—Sí. Pero el mío es al revés. Tiene las definiciones adelante, no después de la palabra: porque uno las palabras las conoce, sabe lo que quieren decir, pero no las usa porque no se acuerda. Creo que le voy a poner *Olvidonario*.

—Olvidanorio.

—Olvido... nario... —Etchenike se acodó, didáctico—. Porque el diccionario es para los chicos, y sirve para leer. Cuando no entienden una palabra, lo que quiere decir, la buscan. El Olvidonario no, es para hablar, para cuando se te hace una laguna...

—Está bueno.

—¿Vio?

Y lo dejó pensando. O algo así.

Etchenike tomó el primer ascensor y marcó cuarto piso; pero no se bajó. Esperó unos segundos ahí y siguió viaje hasta el último, el noveno. Ahí sí abrió la puerta, salió y la dejó así. Llamó al segundo ascensor e hizo lo mismo: lo dejó abierto. Después bajó por la escalera hasta el cuarto.

—No sé qué pasa con los ascensores —le dijo al cana de guardia en el palier—. Hay dos arriba.

Dio un par de gritos hacia el hueco, llamando, y cuando vio que el único que quedaba en movimiento empezaba a subir se mandó por la escalera hacia abajo.

En el *hall* había gente esperando.

—¿Y el portero?

—Acaba de subir.

—Tengo que recuperar mi documento —les dijo a todos y a nadie.

Pasó tras el escritorio, sacó su vieja libreta de la cajita, y salió a la calle y a la lluvia tapándose la cabeza con el libro de registro de visitantes.

Resultó tan ineficaz como el diario.

Entró a un bar de Paraná y Córdoba y se sentó junto a la ventana. Pidió un cortado y una servilleta para secarse las manos y la cara. Puso el saco húmedo en la silla de enfrente, encendió un cigarrillo y se dedicó a revisar el libro. Abarcaba varios meses. Ricardo Müller aparecía seguido, más de una vez por semana, y había un par de nombres que se repetían junto al suyo. A Mauro Peratta le costó más localizarlo, hasta que lo encontró. Dejó señaladas las páginas con servilletas de papel mientras anotaba las fechas, los horarios y toda la información en la libreta. Al rato descubrió que se sentía mejor, que no había almorzado y tenía hambre. Pidió un especial de milanesa completo con una cerveza y se levantó para llamar a la oficina desde el público que había al fondo, entre las puertas de los dos baños.

Le tragó tres monedas. Al fin pudo:

—Alerta y vigilante.

—Soy yo, gallego. ¿Novedades?

—Llueve mucho.

—Ya sé. ¿Algo más? ¿Cómo te fue?

—La seguí a sol y a sombra.

—Hoy, difícil.

—Quiero decir: estuve siempre ahí. Diana no salió prácticamente de la casa. Sólo para ir a la masajista.

—¿Dónde es eso?

—En Recoleta, sobre Schiaffino. Habrá estado una hora. Después se fue caminando a tomar un café, sola, y volvió derecho a la casa. No volvió a salir.

—¿Adónde fue?

—Te digo que no volvió a salir.

—El café... ¿Dónde tomó el café?

—En la confitería que está en el parque, frente al Museo.

—La Bellas Artes.

—Esa, donde la otra vez lo seguimos a Peratta. Estábamos juntos, yo me embolé y me fui y vos te quedaste... Era una cita con un gato. ¿Te acordás?

Etchenike se acordaba.

—¿Qué más?

—Hace un rato te llamó Saldívar.

—¿Cómo estaba?

—Tranquilo, me pareció. Y dijo que te espera en la casa, a cualquier hora.

—¿Y Macías?

—En la tele.

—¿Ahora?

—Ahora. Lo estoy viendo.

Etchenike se volvió a ambos lados y vio él también, del salón en el ángulo oscuro, en la pantalla cagada por las moscas, al Colorado hablando ante un racimo de micrófonos.

—¿Qué dice?

—Según él está todo bien. Dice que Peloso se quebró.

—El cuello.

—No. O sí, eso también pero después... —el gallego traducía en diferido—. Dice que confesó, que se quebró en medio del hábil interrogatorio y que, ante el peso de las evidencias y presa de una profunda crisis emocional, decidió quitarse la vida...

—¿Así dice?

—Esperá: te arrimo el aparato y te subo la tele...

Etchenike lo veía a Macías mal y de lejos en el bar, lo escuchaba mal y lejos por teléfono:

—... es evidente que sufrió una profunda crisis emocional.

—Se habla de apremios ilegales, comisario.

—Desmiento terminantemente esa especie.

—¿El cinturón no era el suyo?

—¿Mío?

—No, de Peloso.

—No, había sido despojado del mismo.

—¿Cómo se produjo, digamos, el desenlace?

—El acusado solicitó permiso para ir al baño y allí, tras apoderarse del cinturón de un pantalón que había en el lugar, se ahorcó...

—Hubo negligencia entonces...

—Yo no la consideraría tal... Bueno, señores, por ahora es todo.

Se armó una pelota de ruidos que Etchenike vio en imagen: todos se abalanzaban sobre Macías, que se daba vuelta. Quedó el cronista solo frente a la cámara y dijo algo. En ese momento se cortó la comunicación.

Etchenike colgó y volvió a la mesa junto a la ventana. La cerveza se había entibiado en espera. La milanesa también. Comió con ganas pero masticando como si trabajara: un sándwich de milanesa completo con pan no demasiado fresco resultaba casi un desafío. Requería atención, cuidado y cierta disposición para el esfuerzo físico.

De pronto entró al bar una mujer joven sin paraguas, con el pelo mojado. No llevaba medias. El vestido verde de tela liviana se le había pegado a la piel, le marcaba el cuerpo, la raya del culo. Etchenike la miró al pasar. El mozo también le miró el culo a la mujer que siguió hasta el baño. Nadie dijo nada ni era algo demasiado importante. Era sólo eso: un culo. Y ahí el veterano se acordó de la charla sobre las milanesas. El culo y las milanesas, valores universales.

Peratta y Peloso se habían ido detrás de un culo, o poco más. Pero seguía pensando que las milanesas tenían menos contraindicaciones.

Pobres hijos de puta, pensó o se dijo mientras masticaba.

Rivero con guitarras

Le abrió la mucama, Etchenike dijo quién era y ella no entendió, tuvo que repetírselo. La uniformada dijo *un momento* y cerró la puerta. Volvió enseguida y lo hizo pasar. El señor estaba ocupado y le pedía que lo esperara unos minutos.

—¿Desea tomar algo?

Etchenike deseaba tomar un *whisky*.

—Un café, cortado —dijo.

La mujer lo dejó solo.

El veterano entró a caminar. La vuelta olímpica al living le insumió un par de minutos. Recordó que la vez anterior también llovía —siempre llovía— pero era de mañana, el ventanal estaba abierto y subían los ruidos de la calle, los olores del zoológico. Ahora no. Había oscurecido ya y no había referencias exteriores. Una lámpara de pie con pantalla de pergamino en un rincón y un par de apliques de yeso en la pared lateral iluminaban pudorosamente los sillones claros, los cuadros anónimos. No había papeles bajo la tulipa verde, sobre el escritorio del fondo. En algún lugar de la casa sonaba algo clásico y amable. Mozart, casi seguro.

Etchenike se sentó a esperar en el mismo sillón que la vez anterior, anteayer, un siglo atrás. Al rato la mucama trajo el café tibio y aguado en una bandeja. El veterano lo cortó con leche caliente y le puso dos cucharadas de azúcar. No mejoró. El tiempo pasaba muy rápido o muy lento o ni siquiera pasaba. En algún momento casi olvidó dónde estaba, sintió que esa sala inmensa y solitaria podía estar en cualquier parte del mundo. La sala de espera del mejor dentista de Praga, de un abogado ginebrino experto en cuentas secretas.

De pronto Mozart pareció sonar un poco más fuerte y hubo voces en el pasillo del fondo. Apareció Saldívar:

—Julio...

No estaba solo.

Etchenike conocía al hombre que lo acompañaba pero tuvo que oírlo hablar para recordar quién era:

—Cómo está, señor Etchenike.

La mano que avanzó hacia él, con el dorso hacia arriba, no estaba acostumbrada a estrechar la recíproca sino a ofrecerse para ser besada.

—Monseñor Ruffinelli, un gusto.

—El gusto es mío.

—No sabía que se conocían —se sorprendió el dueño de casa.

—Compartimos algunas cosas durante su cumpleaños —dijo el prelado.

—Los mosquitos —precisó Etchenike—. Desde entonces somos hermanos de sangre.

—También —afirmó Ruffinelli—. Tengo muy presente de qué conversamos esa noche, de regreso, en el coche. ¿Usted se acuerda?

—No.

—De pintura.

—Ah.

—Hablamos de arte y artistas. Y usted me comentó sobre los frescos de la capilla de Glew —concluyó el obispo.

—Es cierto. No me acordaba.

El obispo se volvió hacia el dueño de casa:

—También nosotros, amigo Saldívar, no hemos hecho otra cosa que hablar de pintura —dijo con una breve risita—. Claro que de un tipo acaso más vulgar de pintura...

—Tiene razón, monseñor. Je.

Ambos sonrieron y con una leve inclinación de cabeza el obispo saludó y salió. Saldívar lo siguió hasta la puerta y el veterano escuchó más risas. El humor eclesiástico explicado tenía sutilezas que tal vez Etchenike no apreciaba debidamente.

—No sabía que también entendías de pintura —dijo Saldívar de regreso con un suspiro y con otra cara. Como si se hubiera relajado, como si hubiera estado disimulando cansancio.

—No entiendo, opino nomás —le confirmó Etchenike—. Ese Soldi me parece un serenísimo piantado.

—Ahí hay uno —Saldívar señaló un cuadrado en el pasillo—. Veinte mil dólares.

Caminó hasta el fondo, abrió una puertita del mueble amurado, sacó una botella de *whisky* con dos vasos anchos y culones y pidió el hielo. Los cubitos aparecieron como si la mucama los hubiese tenido en el bolsillo del delantal. Pajarito Saldívar metió el pico de la botella entre el hielo y llenó los vasos con golpes vigorosos de muñeca.

—¿Qué celebramos?

—Un negocio.

—¿Te lo trajo el fraile? Pensé que había venido a darte el pésame.

—Eso también.

Chocaron los vasos levemente.

—Por los vivos —dijo uno.

—Por los muertos —dijo el otro.

Bebieron en silencio. El Pájaro aprovechó para tomar una pastilla.

—¿El negocio es que te hace dos servicios fúnebres a precio de uno? —dijo Etchenike.

—Uno era un problema; los dos, una solución.

—No entiendo.

El Pájaro Saldívar adoptó un registro apenas confidencial:

—Él arreglaba con Mauro, Julio... Y Mauro murió en circunstancias, digamos, poco claras. Ruffinelli, o sea la Curia, puede hacer negocios pero tiene que cuidarse de no quedar pegada con asuntos de dos tipos: subversión y corrupción —ahora el tono era didáctico—. Son cosas que salpican a las instituciones, sean oficiales o empresas. Lo demás queda en el ámbito privado, de las relaciones personales. Puede ser un caso “sucio”, escandaloso o sórdido si querés, pero privado, no institucional.

—Pero podía serlo...

—Ya no.

—Qué suerte. Pensé que el quilombo recién empezaba...

—Terminó, Julio —Saldívar lo cortó serio y mirándolo fijo, hizo una pausa larga y agregó—: Asunto concluido.

Etchenike le sostuvo la mirada y no dijo nada. Después fue hasta la mesa, se sirvió otro *whisky* y fue a beberlo mirando por la ventana:

—¿Vos creés que Peloso se mató? —dijo sin énfasis.

—Sé que está muerto.

—¿Y eso?

Saldívar también volvió a llenar el vaso:

—Mientras estaba vivo, vos sabés y para eso te llamé, creía que era y quería que fuese inocente. Ahora que está muerto, me conviene... —y ahí se corrigió apenas, sin pudor—, es decir: mejor que sea culpable.

—¿Lo es?

—Me convencieron.

—Te convencieron rápido.

—Son los hechos. Te llamé para contarte ni bien volví de la Central.

—Fuiste a hablar arriba.

—Sí. A armar quilombo; pero lo del arma es definitivo.

—¿Apareció?

—No sólo: apareció, es el veintidós mío y es el arma que disparó.

—Cuándo apareció.

—Ayer, creo.

Etchenike estuvo a punto de quejarse de que Macías no se lo hubiera dicho pero decidió no llorar. Tal vez ni lo sabía.

—¿Dónde?

—Hubo un intento de robo en Munro. Un kiosco. El chico amenaza con un veintidós pero no llega a usarlo, se asusta y se escapa. Lo agarran.

—Mirá vos.

—Le secuestran el arma y la identifican. El número estaba raspado, pero mal.

—Vos no habías denunciado la pérdida...

—Sí, tarde pero la denuncié. Gracias a vos que me avisaste. En Capital y en Provincia.

—¿Y entonces?

—Lo aprietan al pibe y dice que el arma la encontró.

—¿La encontró? ¿Dónde?

—Entre los yuyos, en la Panamericana a la altura de Vicente López, el domingo de Pascua. Estaba jugando al fútbol, un picado. La pelota se va...

Etchenike se echó a reír:

—Pensé que se la habían dejado de sorpresa en un huevo de chocolate gigante...

Saldívar se salteó las ironías:

—Van a la casa del chorrito, le preguntan a la madre. Confirma que anduvo por ahí, por la Panamericana jugando al fútbol, el domingo.

—Pero cómo llegó el arma hasta ahí, a los yuyos, digo.

—Alguien la tiró.

—De noche, de un auto.

—Mano derecha, saliendo de Capital hacia el norte...

Saldívar levantó las cejas, como para que Etchenike sacara las obvias conclusiones. El veterano suspiró, hizo girar los cubitos en seco a toda velocidad.

—¿Dónde está ahora?

—El pibe, en cana, en la comisaría de Vicente López.

—El arma, digo.

—Acá, en su casa.

Saldívar se levantó, caminó hasta la mesa del fondo, abrió el cajón y levantó el arma envuelta en una franela.

Etchenike no ocultó la sorpresa:

—¿Te la dieron?

El Pájaro asintió como si nada, se la alcanzó:

—Me dijeron esta tarde: ya está. Es suya, puede llevársela.

El veterano se detuvo unos momentos en manipularla.

—No podés creer toda esa historia, Pájaro; aunque te convenga, es peligroso —y le devolvió el 22 como si estuviera caliente—. Se supone que Peloso comete el crimen y después... oíme bien: *después*, se va a Entre Ríos para fraguar una coartada de que no sabía dónde estaba Delia. En el camino, en lugar de tirar el fierro comprometedor al río o esconderlo o enterrarlo o metérselo en el culo lo deja entre los yuyos, perfectamente identificable... Nadie puede comprar esa versión.

—La policía me la vendió.

—¿Macías?

—La policía, digo. Y además, incluso yo mismo hablé con el pibe...

—¿Y Macías? ¿Qué dice?

—¿Qué carajo me importa lo que piense Macías!

El Pájaro Saldívar hizo un ademán de fastidio y casi simultáneamente se puso la mano en la boca del estómago, lo convirtió en gesto de dolor.

—¿Estás bien? —dijo Etchenike.

—Sí. Ese tipo me saca. ¿No te diste cuenta de que me quiere cagar?

El veterano no contestó.

—Es tu amigo —dijo el industrial.

—La nuestra es una amistad probablemente... chamuscada.

—Es que los policías no tienen amigos.

—Tampoco los empresarios.

—Y menos los detectives.

—Seguro —concedió Etchenike—. Pero yo nunca dije que Macías fuera un policía amigo sino un amigo que es policía.

—No entiendo.

—Peratta sí, y perdonando la mención del finado... —Etchenike se dejó caer en el sillón—. Peratta sabía la diferencia, por ejemplo, entre los pajeros viejos y los viejos pajeros.

El veterano disipó con un gesto la objeción del Pájaro.

—No es difícil de explicar. Una cuestión de prioridades. Para mí, vos sos un amigo que es empresario, y para el cura Ruffinelli, supongo, sólo un empresario amigo.

—Ah... Es cierto eso —dijo Saldívar casi admirado—. Picabea siempre me dice algo parecido.

Fue como si lo convocara, un conjuro o una contraseña:

—Manuel, tenés el llamado —el médico de cabecera apareció en el living con el teléfono inalámbrico, se lo entregó en mano a su paciente amigo o amigo paciente y recién entonces pareció reparar en Etchenike—. Buenas noches, cómo le va.

El veterano apenas levantó el culo del sillón para darle la mano.

—Acá, secándome un poco.

—Ya veo. No sabía que estaba.

Etchenike no pudo dejar de imaginarlo toda la escena anterior esperando detrás de la puerta el momento de entrar, mal actor, mejor amigo. Picabea se acercó a la ventana:

—La tormenta es feroz. Las líneas están imposibles. Hace dos horas que Manuel quería hablar a Uruguay.

—Se está desquitando, parece.

Se lo oía hablar a los gritos en la habitación del fondo. Podía ser enojo, podía ser simple dificultad: sólo el sonido y la furia.

—¿Cómo está Müller? —dijo Etchenike.

—Parece que mejor, vamos a ver. Diana nos avisó.

El veterano percibió que el médico hablaba en un plural acaso abusivo y lo siguió:

—¿Saben exactamente qué le pasó?

—Ahí está hablando Manuel.

Y se lo oía, un ruido de tormenta más.

—Qué semana —dijo Etchenike como si hablara del tiempo—. Suerte que lo del Pájaro remitió.

—Sí. Una suerte pero hay que cuidarse: es muy traicionero.

—¿Quién?

Picabea la devolvió de aire, sin acusar recibo alguno:

—El cáncer, claro.

—Eso da miedo. Dicen que es peor cuando no te avisa, cuando no te duele nada.

—Seguro.

La botella de *whisky* había quedado sobre la mesa y Etchenike amagó el gesto de levantarse, vaso en mano. El médico se le adelantó para servirle y el veterano se dejó caer de nuevo en el sillón con un suspiro:

—Gracias —y levantó el vaso—. Supongo que yo debo estar tranquilo, porque me duele todo.

—Dónde le duele.

Etchenike hizo una indicación general y después pormenorizó tocándose: pinchazos detrás de la frente, opresión en el pecho, problemas de sensibilidad con el brazo izquierdo, el hombro derecho casi salido...

—Sí, mejor santígüese —dijo Picabea divertido ante el itinerario de la mano—. No le queda nada por doler.

—Voy a tener que ir a verlo.

—Véngase.

En ese momento el rumor desparejo de la conversación telefónica que llegaba del fondo subió algo más de tono y en seguida se interrumpió con una puteada. Saldívar reapareció en el living buscando una pared dura o una ventana abierta para arrojar el inalámbrico. Finalmente lo dejó sobre la mesa junto a la botella.

—Es este aparato de mierda —le dijo a Picabea mientras se servía.

—¿Hablaste con él?

—Sí. Es tan cagón... —bebió de un trago—. Lo tranquilicé un poco.

—No parecía...

El Pájaro sonrió, se dirigió a Etchenike:

—Julio, ¿tu hija se casó?

El veterano asintió, dijo que tenía un nieto.

—Hiciste negocio, entregaste la nena pero el tipo hizo su trabajo al menos. Yo, en cambio, sigo criando a este pibe.

—¿Y por qué está tan asustado?

—Lo cagaron a palos, Julio. Y se llevaron el auto.

—Lo sabía. Pero pensé que tal vez... ¿Cómo le cayó lo de Peratta y ahora lo de Peloso?

—No lo puede creer. Pero miente mal. Yo sé que en el fondo debe estar contento el hijo de puta. No lo quería nada a Mauro.

—¿Por qué no lo quería?

—Te habrás dado cuenta: celos —levantó las cejas—. Celos profesionales.

—Seguro. Qué otra cosa podían ser...

Se hizo un breve silencio.

—Yo me voy —dijo Picabea.

Etchenike se enderezó para pararse:

—Yo también... Es tarde.

—Al final no hablamos —dijo Saldívar supuestamente contrariado—. Ni bien volví de la Central te llamé para agradecerte la ayuda, Julio. Tenemos que arreglar: te debo algo.

—De guita, nada —el veterano le extendió la mano—. Acaso una explicación, pero no ahora. Te llamo.

Saldívar se quedó rígido:

—No me sobrés.

El tono, de pronto, era absolutamente cortante.

—No te sobro. Es la verdad —dijo Etchenike sin pelear ni disculparse.

—Y yo no te llamé para que des clase ni lecciones. Contraté un laburo, no tengo que dar

explicaciones.

—Lo sé. Dejémoslo ahí.

—Vos te creés mejor que los demás.

—No precisamente —dijo Etchenike con cierto cansancio—. Y dejémoslo ahí, mejor. La seguimos otro día.

Volvió a extender la mano, que Saldívar dejó ahí. El veterano dio media vuelta y se volvió a Picabea:

—¿Anda en coche?

—No.

—Vamos, lo llevo.

El médico vivía relativamente de camino, en Paraná y Arenales, así que Etchenike enfiló con el Plymouth por Santa Fe hacia el centro. El pavimento brillaba bajo la lluvia y Picabea se admiró de que el limpiaparabrisas del armatoste todavía funcionara.

—¿De qué año es?

—Del 38, casi todo original.

—¿Cuánto hace que lo tiene?

Etchenike vaciló:

—Es largo. La primera vez lo tuve casi nuevo, en la época de la guerra, me lo compré con plata que gané en las carreras. Fue mi primer auto. Después me casé y lo tuve que hacer guita pero nunca lo perdí de vista. Lo volví a encontrar, de pedo, hace diez años, una vez que fui a Mar del Plata. Estaba hecho bolsa, lo conseguí regalado, y lo dejé en el garaje de mi casa de Flores. Cuando murió mi mujer, entre otras cosas, lo reacondicioné y empecé a usarlo otra vez...

—¿Anda la radio?

—Anda.

La encendió Picabea. Entre las descargas de la tormenta sonaban guitarras tangueras. La voz se impuso y empezó a formular sentencias graves y desmesuradas, risibles, maravillosas:

Me han contao —y perdoname que te increpe de este modo— / que las das de partenaire en no sé qué bataclán, / que has rodao como potranca que la pechan en el codo, / engrupida bien debute por la pinta de un bacán...

—Le gusta Rivero —dijo el médico.

No era una pregunta, ni siquiera una opinión. Era una verdad que apenas necesitaba ser ratificada.

Etchenike concedió con un gesto leve:

—¿Y a usted? —convidó.

—Es el mejor: esas milongas... —dijo Picabea casi con fervor—. La de la toalla mojada, y esa otra de los sopapos que parecían *aplausos de una noche de gala en el Colón*... Qué bárbaro.

Ahora Rivero argumentaba como para darle la razón al facultativo en la parte más efectiva y brillante del apóstrofe de *Audacia*:

Vos que no tenés oído ni para el arroz con leche / te mandabas “La Morocho” como número atracción...

—Fíjese lo que es eso —dijo el veterano sobre el murmullo sonriente de Picabea que

acompañaba la letra—. Lo mejor de Rivero es lo que hizo de grande... Y son cosas viejas, repertorio lunfardo, las letras de Celedonio Flores...

—¿Es muy tanguero?

—Fui. De muchacho era de ir a los bailes. A éste lo vi debutar con Salgán, al principio de todo. Y es lo que le decía: a fines del cuarenta hacía cosas más nuevas, estrenaba tangos con una orquesta moderna como ésa de Salgán o después la de Pichuco. Recién de veterano, con cincuenta largos, se le dio por volver al viejo estilo gardeliano, a las guitarras... Se dio el gusto.

—Como usted.

—¿Cómo?

—Claro. Me imagino que hasta hace poco tenía otro coche, un modelo más nuevo, y lo vendió para arreglar éste. También la pilcha...

Etchenike se volvió como para putearlo.

—Quiero decir que eligió un estilo —completó Picabea.

El veterano lo miró un instante más y volvió a atender al frente.

—Puede ser —concedió.

—Manuel me contó que incluso lo de poner una agencia y hacerse investigador privado es cosa de estos últimos años pero viene de antes, como si hubiera elegido...

Ahora sí Etchenike no pudo ni quiso ocultar su fastidio:

—Su paciente habla demasiado.

—Está bien.

—No, no está bien. Algo le pasa al Pájaro...

—Lo de la enfermedad, aunque haya zafado, no es fácil —dijo Picabea—. Está hipersensible.

—Yo no diría precisamente eso —zanjó Etchenike.

Picabea no insistió.

Permanecieron en silencio mientras llovía afuera y adentro seguía Rivero en lo suyo, conjeturaba sobre qué le pasaría a la vieja, la finada, *si levantara la cabeza desde el fondo del cajón*.

—Siguiendo con lo que usted me plantea —dijo Etchenike sin volverse, como recreando un clima anterior—, digamos que sí, que no busco novedades. Yo hago repertorio, como Rivero.

—Eso es muy bueno —aprobó el otro con una breve sonrisa.

—Es lo que me sale. A veces bien, a veces más o menos.

De pronto Picabea fue médico en funciones:

—¿Cuándo me viene a ver?

—Esta semana. ¿Hay descuento para jubilados?

—Hay.

—¿Tengo que pedir turno?

—No. Mándese nomás.

—¿Al consultorio de Pellegrini?

—No. A la clínica, en Colegiales —el médico sacó una tarjeta y se la extendió—. El consultorio lo tengo en reformas, hace quince días.

—Debe ser un trastorno.

—Sí.

—Se desordena todo el papelerío. Después no encuentra nada.

—Sí...

—Los informes, las historias clínicas, digo...

Picabea lo miró raro, no sabía adónde iba el veterano.

—¿Cuánto se puede tardar en encontrar un informe, digo yo? Una historia clínica... —insistió Etchenike mientras se detenían en el semáforo de Santa Fe y Callao—. Me imagino que en condiciones normales uno entra y sale...

Ahora Picabea le siguió el tren:

—Pero si es una emergencia o estoy fuera de horario y no está la empleada que se encarga de eso, me puede llevar un buen rato.

Etchenike puso primera y dobló hacia el sur.

—Por lo menos media hora —dijo.

—Puedo demorar media hora o más en encontrar una historia clínica.

—Tiempo más que suficiente para que alguien que lo está esperando pueda hacer cualquier cosa.

—Supongo que sí. Sobre todo si le digo a ese alguien, a Peloso en este caso, que vaya y vuelva en un rato, que no se quede estacionado sobre Pellegrini porque no se puede...

El Plymouth se detuvo en la esquina de Paraná y Arenales. El veterano se volvió hacia su acompañante:

—¿Y eso le dijo a la policía, Picabea...?

—Es la verdad, Etchenike.

—Está bien. Pero es lo que ellos querían que les dijese, lo que necesitaban oír.

—¿Qué diferencia hay?

—Mucha. Es qué decir y cuándo. Hacerse cargo de cómo lo va a tomar el otro, qué puede hacer con esa información.

El médico iba a contestar pero pareció distraerse con la radio. Ahora Rivero se ocupaba de dejar bien en claro que, pese a todo, habían quedado mano a mano. Y que si a ella le hiciera falta un amigo o precisase un consejo siempre podía contar con él *pa ayudarla en lo que pueda cuando llegue la ocasión*.

Con el acorde final de las guitarras Picabea abrió la puerta, se bajó y cerró.

—Hila muy fino, mi amigo —dijo apoyándose en la ventanilla, asomado y bajo la lluvia—. Sólo dije la verdad cuando y donde debía.

—Claro. Usted debe saber mucho de eso —y Etchenike enumeró con los dedos—: Cuándo dar un diagnóstico y a quién, cómo administrar la información, cuánta verdad es capaz del soportar el que lo escucha...

—¿Lo espero esta semana? —dijo el otro alejándose a los saltitos.

—Voy a estar al pedo, así que seguro que voy... —ahora fue el veterano el que se inclinó—. ¿Me va a decir la verdad, si tengo algo?

—No sé.

—¿Cómo que no sabe?

Picabea buscaba la llave frente a la puerta:

—Tranquilo, haré lo mejor para usted. Y gracias por traerme.

Le sonrió ampliamente y entró a la casa sin volverse.

Lágrimas

Etchenike encontró a Tony y a Sayago jugando al ajedrez. No se hubiera podido decir que lo esperaban. Al oírlo llegar apenas levantaron la cabeza del tablero en el que deambulaban — seguramente desconcertadas— sus últimas piezas.

—No se alarmen —dijo el veterano—. El pronóstico anuncia sudestada y vientos de ciento cincuenta kilómetros pero ustedes tranquilos, el ajedrez no se suspende por lluvia.

—Es lo bueno que tiene —dijo el gallego.

Etchenike se sacudió como un perro y regó trebejos y jugadores con la lluvia fina de su impermeable empapado.

Los grandes maestros se echaron hacia atrás:

—¿Qué hacés?

Etchenike se sacó el piloto y lo extendió cuidadosamente sobre la mesita, tapando la partida.

—Es clave que el tablero no se inunde —precisó.

—Ya terminábamos...

—Tablas —decretó.

Los contendores ni se mosquearon. Sin queja ni escándalo levantaron la cobertura mojada y discutieron brevemente la reposición correcta de las piezas en la cuadrícula.

El veterano fue al baño y volvió. Seguían ahí.

—Si me disculpan, tengo que hacer una llamada antes de irme a dormir.

—No te olvides de Armonía —dijo Sayago alcanzándole el teléfono y volviendo a lo suyo.

—Precisamente.

Etchenike tuvo más suerte que Saldívar y no debió esperar tanto para comunicarse con Uruguay. Más complicado fue encontrar a la dama en cuestión. No había llegado todavía o se había marchado ya.

—Son sus horas pico —explicó Sayago con naturalidad.

Dieron las dos de la mañana en el cercano reloj del Concejo Deliberante, seguía lloviendo y la partida se había saldado en tablas mal digeridas por ambos jugadores cuando finalmente la

ubicaron.

Fue precisamente el Negro el que la localizó en un intervalo, una pausa entre tareas que según dijo la requerían de urgencia.

Había música de fondo. Hablaron durante un par de minutos antes de que ella aceptase que le pasara a Etchenike.

—Dice que conoce a los tipos que lo hicieron —informó Sayago con el auricular tapado—. Y que el ingeniero también los conocía. Que por eso no va a pasar nada, va a quedar ahí.

—¿Y el coche?

—De eso no sabe nada.

—Decile que quiero hablar con ellos.

Sayago se lo transmitió y después se volvió a Etchenike:

—Ahora quiere hablar con vos. Me parece que está borracha o algo tiene.

El veterano agarró el teléfono:

—Armonía, buenas noches. Necesito hablar con los que asaltaron al ingeniero.

—¿Hablar?

La voz no era la mejor, el sonido ambiente no ayudaba.

—Hablar. Sólo hablar.

—¿Y cuánto hay?

—Le arreglo las cosas acá, con la policía. Es lo que usted quiere, ¿no?

Hubo una pausa llena de ruidos.

—¿Pero cuánto hay? —volvió ella.

—Depende de lo que me dé: déme un nombre o un lugar para hablar con ellos. Nadie más lo sabrá. Puede confiar en mí.

Sayago le arrebató el teléfono:

—Oíme, mi jefe no es ningún cagador. Te lo digo yo. Pasale el dato y venite que te aguantamos acá.

Etchenike arrimó su oreja a la de Sayago para escuchar con él.

—Vos los conocés —dijo ella después de un momento—. Fueron Los Paisanitos.

Sayago asintió y le hizo un gesto de inteligencia a Etchenike.

—¿Los Paisanitos? ¿Dónde están?

—Fueron para allá, creo —la voz de Armonía medio se quebró—. Negro, no me vayan a cagar...

—Tranquila. ¿Cuándo venís?

—Vení vos, tengo mucho laburo —hubo otra pausa larga—. Pero traé algo. Decile a tu jefe que no sea miserable.

—Voy. Vos tranquila.

Armonía se demoró un poco más esta vez:

—¿Cuánto hay? —dijo fuerte, como si de pronto se acordara.

Sayago iba a contestarle pero Etchenike puso el dedo y cortó la comunicación. Quedaron en silencio.

—Pobre mina —dijo el gallego desde un costado.

Etchenike asintió, con la mirada baja. Permaneció unos segundos así.

—Esos tipos que nombró... —dijo volviéndose a Sayago.

—¿Los Paisanitos? Sé quiénes son esos pendejos, unos buscas que bailan malambo con boleadoras, pero no sé...

Sayago se cortó ahí.

—¿No sabés qué?

—¿Por qué no lo dejamos todo así, Julio? —dijo de pronto—. ¿Hay necesidad de revolver? Si a ellos no les importa.

—¿El ingeniero te llamó? —se sumó el gallego.

—No.

—¿Diana te llamó?

—No. Nadie me llamó.

—Entonces...

Etchenike se echó para atrás en el sillón, suspiró:

—Hacé un mate nuevo, Tony. Les voy a explicar.

Los otros se miraron. Estaban acostumbrados a ese tipo de introitos que resultaban, siempre, más amenazantes que prometedores. Sabían lo que se venía.

Así, la noche se prolongó con el informe íntimo de Etchenike sobre las cerradas conclusiones policiales —que todos habían visto por tévé y oído por boca de Macías—, y sobre el acuerdo de la comunidad de Eternel con respecto a la explicación de la muerte de dos de los suyos en tan pocos días. Ahí el veterano contó casi sin mentir la charla con Saldívar y se explayó no sin ironía acerca del papel determinante que, en la versión oficial, había tenido la aparición del arma homicida. A esa altura de la exposición, el selecto auditorio mostró estar cabalmente interesado en el desarrollo de los hechos al preguntar casi a coro:

—¿Ya cobraste?

Etchenike se sacó la cuestión de encima como quien aparta una mosca.

—Hay otra cosa —dijo sin disimular el sarcasmo—: yo no estuve al pedo toda la tarde.

A continuación los informó en detalle sobre su larga aventura con la vieja secretaria de callos sensibles y de sus averiguaciones y hurtos menores en el edificio del Círculo de Becarios:

—Fíjense en esto —y depositó sobre el escritorio el libro de registro de entradas del edificio de la calle Uruguay.

—Pará —dijo el gallego cruzando el brazo—. ¿Cuál es la idea? ¿Ahora vamos por Müller? Porque ya te veo venir.

Etchenike por toda respuesta miró la hora y dijo:

—Van a ser las tres y tengo sueño para discutir eso ahora —se levantó y se asomó a la ventana. Había parado de llover—. Vayan a dormir un rato, porque mañana los quiero en movimiento desde temprano.

—¿Por qué no les cobrás primero, Julio? —insistió Sayago.

El veterano se volvió:

—¿Yo dije que no cobré? —metió la mano en un bolsillo, después en el otro—: Tomen, tomen...

Y fue poniendo desordenadamente sobre el escritorio toda la guita que encontraba. Hasta que la última moneda dejó de rodar nadie movió un dedo ni dijo una palabra.

—Ahora no me rompan más las pelotas —dijo Etchenike.

Los dos asintieron en silencio.

Entonces les explicó el laburo: Sayago debía ubicar a Los Paisanitos sueltos o empaquetados antes de mediodía; Tony, rastrear a la familia del pibe que habían encontrado con el arma de Saldívar. Al gallego le dio hasta media tarde.

Acabado el reparto de tareas para el hogar los dejó analizando el plan de trabajo y se fue a dormir tras la mampara.

Apagó la luz pero se quedó despierto. Al rato oyó el ruido de la puerta y después escuchó que Sayago y Tony discutían mientras bajaban la escalera. Los miró desde la ventana cuando salieron del edificio y caminaron por Avenida de Mayo hacia Congreso.

Entonces volvió a la oficina.

La plata seguía ahí.

Era muy temprano cuando lo despertó el teléfono, y esta vez no era Saldívar. El abogado Gómez Guiñazú le contestaba la llamada.

Tras un comienzo carrasposo, Etchenike recompuso la voz y mencionó la anterior visita frustrada para identificarse. El émulo de Frank Zappa lo interrumpió y le aseguró que lo recordaba perfectamente.

Más aún:

—Sé quién es usted —dijo—. Y con quién se junta.

—No entiendo.

—Macías —fue toda la respuesta—. ¿Es su novia? No deja de nombrarlo.

—Qué botonazo.

—Precisamente. ¿Qué quiere, Etchenike?

—Verlo. ¿Está en su oficina o atiende en El Notario?

—Estoy en el Sanatorio Güemes. Esta vez me atendieron a mí.

El veterano no supo si compadecerlo o festejar el humor negro. No hizo ninguna de las dos cosas.

—¿Se queda ahí?

—Hasta mañana.

—¿Y después?

—Me voy al carajo. ¿Para qué me quiere ver?

—Se imagina: lo de Peratta.

—No se gaste. Ya no dije todo lo que tenía que decir —ironizó—. Es caso cerrado. ¿No vio la tele, no leyó los diarios?

—¿Para qué me contestó el llamado entonces?

—Para que no me busque.

Etchenike sintió que eso no era chiste. Era la purísima verdad. Iba a proponerle algo pero el abogado no le dio tiempo:

—Y hay otra cosa. Una chica, una clienta lo va a ir a ver.

—¿Qué chica?

No contestó. Hubo una pausa.

—Suerte —dijo—. En serio.
Y cortó.

Etchenike se vistió y cuando llegó Dora, la mujer encargada de la limpieza, bajó a desayunar a Los 36 Billares. Leyó los diarios entre sorbos de amargo café cortado. En las policiales de *Clarín* se contaba el suicidio intramuros de la Central con la misma naturalidad sin interrogantes con que se daba cuenta de un choque de colectivos en Constitución. En las necrológicas de *La Nación* se confirmaba una vez más que el orden de aparición de los muertos o de desaparición de los vivos no coincidía necesariamente con el alfabético. Contiguos, sucesivos también en el papel, Peloso y Peratta, Peratta y Peloso ya habían pasado o pasarían por Chacarita y algunos pocos agradecían a los que habían ido o invitaban para que alguien fuera.

Eso era todo. Demasiado poco.

A las nueve y media volvió a la oficina y encontró la ventana abierta y el sol en su lugar, el piso barrido, los ceniceros vacíos, la cama hecha, el baño cristalino e inodoro —y seguramente también insípido— y, sobre el escritorio despejado, un claro mensaje de vacilante ortografía: “Senior Julio: yamó Diana y dijo que la yame, que es urjente, y otros que no dejieron quién eran y después le cuento. A acuérdesese que me debe la semana. Dora”.

Alguna vez había leído que Dora era “regalo” en griego y lo creía, al menos en el caso de esa mujer ejemplar. Así que salió a campearla por el edificio y cuando la encontró, fregando en el pasillo del séptimo, tras disculparse le pagó la semana y algún peso más.

—Los otros tipos que llamaron, ¿qué querían?

—Uno se oía muy mal, señor Julio. Con ruido.

—¿Como de larga distancia?

—Así.

—¿Y el otro?

—Un grosero, perdonando.

Dora no estaba dispuesta a repetir los insultos y las amenazas.

—Pero ése se oía clarito —aseguró.

—¿Qué decía?

—Como otras veces: que le van a romper el alma... Bah, en otras palabras.

—Entiendo. ¿No dijeron por qué?

Dora agitó la cabeza.

—¿Y qué más?

La mujer vaciló, no lo iba a decir pero lo dijo:

—Me trató de vieja puta.

—No... —y el veterano no supo cómo seguir—. Lo siento.

—Señor Julio: no le atiendo más el teléfono —decidió ella.

—Tiene razón.

En casa de Diana parecían haber tomado la misma decisión porque nadie atendió. Tuvo que dejar mensaje: estaría en la oficina hasta mediodía, que lo llamara.

Y a partir de ese momento el teléfono no paró de sonar.

Pero nunca era ella.

Saldívar le hizo saber secretaria mediante que lo esperaba el lunes, si le parecía bien, a mediodía, en Eternel. Le dijo que sí y pidió hablar con él. No iba a ser posible, dijo la secretaria, porque el señor Saldívar se había ido de viaje y volvía el domingo a la noche, precisamente le había dejado encargado a ella concertar la cita para verlo a su regreso. No, no sabía adónde había viajado. Le dijo que gracias.

El Negro Sayago le aseguró triunfalmente haber localizado a Los Paisanitos —que actuaban esa noche a partir de las 22 en la peña folklórica El Recodo, de Córdoba y Ecuador— en un hotel de Once de cuyo nombre aún no se había enterado pero lo haría. Le dijo que bueno.

El gallego le confirmó que en la Zona Norte del conurbano no llovía pero que había llovido mucho y embarrado más en estos últimos días, que tenía los zapatos hechos un asco y que estaba hablando de un teléfono público:

—¿Dónde estás?

—En la estación López Camelo.

—¿Dónde?

Le confirmó el nombre, le aseguró que no era joda y le dio las coordenadas.

—La casa del Toti Cabeza, el chorrillo al que le encontraron el arma, es una casilla a tres cuadras de acá. ¿Qué hago?

—Vigilá, averiguá sin hacer escombros. ¿Con quién vive?

—Con la madre y un hermano más chico. Hay una hermana también, más grande.

—Fijate el movimiento. Buscá a los pibes que fueron a jugar al fútbol con él el día que dice que encontró el veintidós entre los yuyos.

—Eso no se lo cree nadie acá.

—¿Cómo sabés?

—Estuve en la panadería: en un cuarto de hora de cola me enteré de todo.

—¿Qué compraste?

—Medialunas de grasa. Estoy comiendo del paquete.

El veterano tuvo una nueva evidencia de que Tony García sabía vivir bien.

—¿Me llamás en un par de horas?

—Alerta y vigilante.

El siguiente llamado lo agarró en el baño y tardó en atender. Ni bien levantó el tubo oyó un zumbido apagado y fue como si alguien sorbiera el sonido del otro lado, chupara la línea como un fideo interminable.

—¿Etchenike?

—Sí.

—Habla Ricardo Müller.

—¿Cómo está?

—¿Cómo cree? —y no era una pregunta—. No tengo mucho tiempo para hablar, ¿me oye?

—Sí, mal pero lo oigo.

—Sólo una cosa, entonces: no le diga a nadie lo nuestro. Es fundamental que no se sepa.

—¿Para eso me llama?

—Sí. Es muy importante, después de lo que pasó con Peratta —hizo una pausa, se puso enfático—: Necesito su promesa de que no va a hablar, no va a contar que lo siguió por...

—Prometido, prometido —lo interrumpió Etchenike bruscamente—. No hable ahora, que ya entendí. No sabemos si este teléfono está pinchado. Pero igual va a tener que venir a aclarar algunas cosas, Müller.

—¿A la policía?

—A mí, mejor. La policía tiene todo cerrado y el suicidio de Peloso les vino bárbaro.

—Seguro que fue él.

—No. No fue.

Se hizo un silencio algo más largo que el habitual. Precisamente en ese momento golpearon levemente a la puerta de la oficina. Etchenike tapó el auricular y dijo:

—Adelante.

Entró Diana.

—Estoy hablando con tu marido —le dijo sin destapar el auricular.

Ella agitó la cabeza, negando toda posibilidad. Etchenike retomó:

—¿Müller? ¿Me oye? Se cortó, recién...

—Sí —dijo el ingeniero—. ¿Por qué dice que no fue Peloso? Diana me dijo que usted le dijo que nos teníamos que cuidar nosotros, que seríamos los siguientes sospechosos...

—Sí. O más o menos eso.

—¿Pero eso es idea suya o de la policía?

—Cuando se lo dije, era algo que podía estar en la cabeza de la policía.

—Y ahora ya no.

—Ya no —le confirmó el veterano.

—¿Y en la suya?

Müller hizo la pregunta y se quedó como el que tira una piedra al pozo y espera el ruido. Etchenike dejó que la pausa se prolongara, no dijo nada. Miraba a Diana. Diana, de pie, había agarrado las *Memoires intimes* de Simenon de la punta del escritorio y las hojeaba.

—Yo no fui, Etchenike —dijo su marido desde el otro lado del Plata—. Pero le pido que no hable de lo nuestro.

—Tranquilo, ya le dije. ¿Quién más lo sabe?

—Diana. Y ella no va a hablar.

—Claro. Diana no va a hablar.

Ella al oírlo volvió por un momento la cabeza. Etchenike creyó ver que estaba llorando. Otra vez.

—¿Cuándo vuelve, Müller?

—Cuando me dejen levantarme y salir del hospital. En un par de días, supongo. Ahora estoy bien, pero me lastimaron mucho esos hijos de puta. Después tengo que hacer toda la papelería por el robo del auto, que no apareció.

—¿Quiénes fueron?

—No sé. No los conocía: los levanté en la ruta. Diana le contó, supongo...

—¿Conoce a Los Paisanitos?

—No. ¿Qué es? ¿Un restaurant?

—No precisamente.
—¿Por qué?
—Nada, déjelo. Pero trate de hacer memoria: Los Paisanitos.
—Me duele la cabeza, me cuesta pensar.
—Está bien, dése vuelta y duerma. Buen día.
—Buen día y gracias.
Etchenike colgó.

Diana se había sentado en la silla de enfrente, el lugar de los clientes, el mismo lugar que había ocupado Ricardo Müller otra mañana soleada, en febrero. También ella tenía una carpeta y un sobre en la mano. Y el libro de Simenon.

—¿Ahora me lo prestás, me lo puedo llevar?
—Sí. No lo terminé pero ya está. Hasta ahí llegó mi amor.
—Gracias.

La miró a los ojos:

—¿Cómo estás?
—Mal.
—Ya veo. ¿Por qué no quisiste hablar con tu marido?
—¿Él quería hablar conmigo?
—No sabía que estabas acá.
—¿Para qué te llamó?
—Lo obvio: para pedirme que no le diga a nadie que fue él quien me encargó vigilar a Peratta

el mes pasado.

—A nadie quiere decir la policía.
—Supongo.

Etchenike esperó que ella dijese algo más, pero no.

—¿Me llamaste temprano?
—Sí.

—¿Qué pasa?

Diana se tomó su tiempo:

—Hoy me llegó esto —dijo y puso el sobre de papel madera encima del escritorio—. Me lo pasaron por debajo de la puerta.

Etchenike lo observó sin tocarlo. Con una birome azul y letra de imprenta alguien había escrito en el dorso: *Sra. Diana S. de Müller. Personal.* Lo tomó y lo dio vuelta. No tenía remitente. El sobre estaba abierto y no había nada adentro.

—¿Te llegó así, vacío?
—Había un par de fotos.
—¿Qué fotos?

Diana vaciló. Se miró las manos que apretaban la cartera.

—Te podés imaginar... —dijo con los ojos bajos—. Me preguntaste si Mauro, si Peratta había sacado fotos de... digamos... de nosotros. Yo no sabía.

—Claro. ¿Y las fotos dónde están?

—Las tengo acá, pero no te las voy a mostrar.

Etchenike suspiró.

—Está bien, como quieras. ¿Había alguna nota, algún dato más?

Ella negó con la cabeza.

—¿Te llamaron por teléfono después?

Diana repitió el gesto. Aspiró corto y húmedo, un esbozo de sollozo.

—¿Quién puede ser? —dijo de pronto y levantó la mirada hacia Etchenike—. Sabías que había fotos...

—Sí. Hay un álbum que la policía encontró en el departamento de Peratta. Según ellos, según la versión de Macías, Peloso se ahorcó cuando le mostraron las de Mauro con Delia. Ésas las vi...

—¿Había más también?

—No lo sé. Pero Macías dijo que faltaban algunas, que había huecos.

—Alguno de ellos las sacó del álbum.

—¿De la policía? Puede ser. Pero es raro.

—¿Por qué?

—Porque si desde la policía te iban a extorsionar, lo hubieran hecho antes de cerrar el caso, cuando podían asustarte.

—¿Entonces?

—Hay que esperar a que den un paso más, saber qué quieren.

Eso no pareció tranquilizar a Diana. Se levantó, caminó unos pasos, volvió y se apoyó en el escritorio.

—Julio, decime la verdad: lo que pensás.

—No pienso nada. Creo, eso sí, que me tendrías que dejar revisar esas fotos. ¿Estaban sueltas o enfundadas?

—Seltas, así nomás.

—Si son como las de Delia, es un tipo de papel que se marca con facilidad. Y tiene que haber huellas dactilares ahí. Y no podemos dejar pasar eso.

—No.

Etchenike se impacientó:

—¿Para qué viniste, Diana? No entiendo.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De lo que pienses.

—Entonces no me mientas.

—No te miento, Julio.

El veterano dio vuelta al escritorio y la agarró de los hombros.

—Si es que las tenés ahí. ¿Dónde estaban esas fotos, nena?

—Te dije cómo me las...

Etchenike la sacudió como para despertarla:

—No te creo. ¿Qué es esa carpeta?

Ella no contestó.

Etchenike se apoderó de la carpeta que había quedado sobre el escritorio y la abrió. Diana fue

sobre él y forcejeó para quitársela. Los papeles se dispersaron sobre el escritorio. Ahí estaban, entre otras cosas, las transcripciones de puño y letra de Ricardo Müller del informe de Etchenike. Había facturas, papelitos, otras anotaciones...

El veterano no tocó nada. Sólo dijo:

—¿Las fotos estaban acá, con todo esto?

Ella juntaba, volvía a colocar todo desordenadamente dentro de la carpeta.

—No. Me las dejaron hoy en ese sobre que te mostré.

—¿Entonces por qué andás con esta carpeta de tu marido?

Ella no contestó.

—Esa carpeta la encontraste en tu casa o la trajiste de Uruguay —prosiguió él—. Cuando llamaste y viniste era para mostrármela. Pero en algún momento te arrepentiste. Sacaste las fotos, las metiste en un sobre...

Ella seguía sin contestar.

—Después, mientras yo hablaba con tu marido te volviste a arrepentir, sacaste las fotos del sobre... Si no, no se entiende por qué andás con esa carpeta encima.

Diana se había vuelto a sentar, aferraba la cartera y no decía nada.

—Dámelas —dijo Etchenike de pie junto a ella—. Dame las fotos.

—No.

El veterano le puso la mano en el hombro. Se sintió repentinamente muy cansado.

—¿Sabés qué? Andate, Diana. Hagamos de cuenta que no viniste, que no sé nada de esto. Estoy harto de ustedes. Acaso ni tengas esas fotos, ni existan siquiera. ¿Por qué lo hiciste?

—Sí que existen. Sentate —dijo ella después de un momento.

Etchenike volvió a su lugar.

Diana abrió la cartera, sacó los cigarrillos y encendió uno. Echó una bocanada y dejó el paquete y el encendedor sobre el escritorio.

—Es cierto: las encontré esta mañana —dijo al cabo de un momento—. Ricardo me llamó temprano para que le buscara los papeles del seguro del auto y se los lleve a Uruguay, y al revolver los cajones encontré la carpeta. La abrí y ahí estaban.

Etchenike no dijo nada. Entonces ella metió la mano en la cartera, sacó dos fotos en blanco y negro y se las mostró aferrándolas con las dos manos, estirando los brazos hacia adelante. Se las presentó, se las puso frente a la nariz durante unos segundos, primero una, después la otra. Y las retiró.

—Ahí las tenés. ¿Conforme?

—Dámelas —dijo Etchenike, que ni quiso mirarlas.

Por toda respuesta ella las rajó primero en dos, luego en cuatro, finalmente en ocho. Las retuvo entre el pulgar y el índice de la izquierda, las prendió fuego con el encendedor y sólo las soltó sobre el vidrio del escritorio cuando se chamuscaba los dedos.

—Se acabó —dijo mientras la brisa se llevaba las cenizas todavía encendidas, las repartía por el cuarto—. Ricardo no fue, Julio.

—Ojalá —dijo Etchenike y se levantó—. Voy a hacer un mate.

Ella no contestó.

El veterano fue hasta la mesita lateral, colocó la pava en el calentador y mientras se calentaba el agua hurgó entre la pila de los diarios de esos últimos días. Volvió con uno, buscó frente a ella

la noticia que le había mostrado el gallego y se la puso bajo los ojos.

—Mirá esto.

Volvió a la mesita a poner bombilla y yerba en la calabaza mientras la miraba leer sobre el allanamiento del Círculo de Becarios de la UBA.

—Ya hablamos de este lugar —dijo Diana después de un momento.

—¿Tu marido es homosexual? —dijo Etchenike con tono neutro.

Ella bajó bruscamente el diario.

—No. Por supuesto que no.

—¿Tiene amigos homosexuales?

—No sé. O sí, tal vez. Pero qué tiene que ver.

—¿Y Peratta?

—¿Peratta? Claro que no. ¿Qué te pasa?

Etchenike terminó de armar el mate, cebó el primero y lo tragó, amargo y todo.

—Hay cosas que no entiendo —se acercó con pava y mate, los puso sobre el escritorio, cebó para ella—. Podés enojarte si querés, pero se supone que necesitás mi ayuda y yo tengo que saber cómo ayudarte. Y lo que contás, lo que me decís no alcanza para entender. Tu relación con Ricardo, por ejemplo, no cierra... ¿Qué hay ahí que yo no sé?

—No entiendo.

—Sí que entendés. Fijate acá, ahora: me traés estas fotos, inventás una historia inverosímil para terminar admitiendo que las tenía él... Es decir: no lo ayudes tanto que lo vas a enterrar.

—No es así.

—Seamos groseros, una vez más: por las razones que fueran, vos te acostabas con Peratta, esta carpeta indica que tu marido lo sabía, aunque yo no se lo dije, y Peratta murió asesinado. En ese sentido, en teoría tenía tantas razones como Peloso. Por eso te pregunté si...

—Eso, en el fondo, no tiene importancia. Ricardo es como es y yo tampoco sirvo para cerrar la pareja perfecta. Es así.

—¿Cómo?

Diana Saldívar levantó la mirada:

—No puedo tener hijos, Julio. El aborto que me hice después de lo de Tito terminó mal. Nunca más.

Etchenike chupó de la bombilla dos veces más de las necesarias.

—¿Cómo fue?

—Yo quería tenerlo, no me dejaban, me escapé... Tuve un aborto espontáneo de tres meses, casi me muero desangrada. Me fueron a buscar y me operaron de urgencia...

—¿Quién te operó?

—No importa. Un abortero amigo de Picabea.

—¿Y?

—Me dijeron que había habido una infección y que se había dañado la pared del útero, que había habido que cortar mucho, así me dijeron, y que no iba a poder quedar más.

—Entiendo.

—Pero eso no es todo —Diana hablaba con una extraña serenidad—. Siempre creí que había sido así e incluso me resigné. Pero quedé llena de culpa porque sabía que, más allá de cualquier otra cosa, papá quería que le diera un nieto y cuando me fui a Europa, en el primer examen de

rutina me preguntaron por qué tenía ligadas las trompas... ¿Sabés lo que es eso?

—Creo que sí.

El veterano sintió que empezaba a moverse en terreno desconocido. Algo oscuro, excesivo y penoso que corroía el sentido de los hechos, la lógica de las relaciones.

—Fue intencional, entendés —dijo Diana más desafiante que dolida—. No fue un accidente. Me esterilizaron, me castigaron...

El rencor había ocupado el lugar de todos los otros sentimientos.

—¿Quién? ¿Quién te hizo eso?

Ella rompió a llorar, habló con la cabeza gacha, entre sollozos:

—Quién va a ser...

No quedaba otra:

—¿Vos decís que tu viejo...?

Los sollozos cada vez más fuertes le hacían agitar la cabeza en un gesto que Etchenike no se animó, no tuvo ganas de interpretar:

—¿Y Ricardo lo sabe?

Diana tardó en recuperarse, aspiró, él le alcanzó su pañuelo, se secó los ojos:

—¿Si sabe qué cosa?

—Todo esto.

—No, no sabe nada. Ni siquiera lo de la operación. Yo le dije que no quería ni pensaba tener hijos y a él le pareció bien.

—Y me imagino que no le importa...

—Al menos no le importaba hasta ahora.

—No entiendo.

—Ahora quiere complacer a mi viejo, entendés... —los restos de pena retrocedían desordenadamente de sus ojos ante el avance de la furia—. Supone, o él se lo ha hecho sentir, que lo que más quiere es un nieto.

—Pero es muy perverso eso.

Diana se puso de pie súbita, tristemente embravecida:

—¡No me digas...! ¿Te parece?

Y se fue llorando con el Simenon, la última ironía.

El Negro Sayago se la cruzó en la entrada del edificio y al entrar en la oficina después de subir cuatro pisos se plantó ante un Etchenike absorto:

—¿Qué le hiciste?

—Nada.

—¿Lloró delante tuyo?

El veterano dijo lentamente que sí, que tal vez actuó un poquito, no estaba seguro, pero sí.

—Porque recién sollozaba con ruido y todo —informó Sayago.

—¿Y?

—No sé... Ahí en la escalera no lloraba para nadie, digo. Por si te sirve el dato.

Etchenike vaciló, como si no entendiera eso tampoco:

—Claro, gracias —dijo de pronto y para zafar—. ¿Y a vos cómo te fue?

—Tengo el informe completo sobre la banda oriental.

—¿Sobre qué? No sé de qué me hablás.

—Estás lenteja, Julio... ¿Qué te pasa? —Sayago se sentó frente a él y movió aparatosamente la mano ante sus ojos, como para verificar si estaba despierto—. La *banda oriental*, los uruguayos, Los Paisanitos...

—Ah... Contame.

No pudo. Volvió a sonar el teléfono. Era el gallego desde Vicente López.

—¿Qué hacés ahí?

—Estoy en la comisaría y me prestaron el teléfono. Vine a averiguar por el pibe y me retuvieron a mí.

—¿Qué? ¿Estás preso?

—No, retenido. Vení a buscarme.

Era un chico en penitencia después de hora.

—¿Qué hiciste?

—Nada. Dije que era el tío y no me creyeron.

—Qué boludo.

—Vení. Después te explico mejor.

—Voy para allá.

Tres o cuatro mujeres

La comisaría de Vicente López a las cuatro de la tarde tenía el aire desolado de una peluquería de pueblo. Sonaba una radio, un agente leía *El Gráfico* apoyado en el mostrador de la mesa de entradas. Detrás, un hombre canoso prestaba declaración ante un policía con cara de niño que tecleaba una máquina antigua y tartamuda. En otro escritorio, el oficial de guardia con bigotes reglamentarios llenaba una planilla con birome negra. Había dos personas más esperando en un banco lateral, una mujer y un chico que seguro habían venido con el declarante. Tony García estaba sentado en una silla, entre el banco y la puerta entreabierta del baño. Se examinaba las uñas.

Etchenike entró y ni lo miró.

Se acodó al mostrador y preguntó con nombre y apellido por el comisario.

—Quién lo busca —dijo el de bigotes sin levantarse.

Por toda respuesta el veterano sacó la credencial de oficial retirado y la puso ahí.

—Acabo de hablar con él por teléfono —aclaró.

El cana se arrimó al mostrador, delectó con alguna dificultad y confrontó cara y foto.

—Un momento —dijo.

Y se fue para adentro.

Recién ahí Etchenike giró el torso y miró a Tony sin palabras, meneó torvamente la cabeza. El gallego también argumentó mudo, se excusó apenas con un golpecito de cejas hacia arriba.

—Pase —dijo el oficial.

Etchenike pasó.

Veinte minutos después, el veterano salía del despacho del comisario Anselmo Ferretti y se llevaba al gallego a la rastra, limpio de culpa y cargo:

—Vamos, antes de que se arrepientan.

Tony se resistió:

—La hermana está adentro, Julio.

—Vamos, ahora.

—Pará.

Siguieron discutiendo en la vereda de la comisaría. Era una mala película italiana, una comedia vieja de Sordi.

Acordaron esperar en el auto. Y ahí el gallego se explicó, le dio pormenores:

—Después de la vuelta por el barrio, por lo que averigüé, está claro que este pendejo miente, encubre a alguien. Como allá no iba a conseguir nada más y me junaban, me vine para acá, a ver si le podía sacar algo a él o a cazar a alguna visita. Al preguntar dije que era el tío. Como te he visto hacer a vos un par de veces.

—Pero no en la cana.

—Está bien. Pero el no ya lo tenía, no había nada que perder.

—Pero perdiste.

—Me dicen que sólo familiares directos, que no me pueden autorizar, todo bien. Estaba en eso cuando cae una petisa, gordita y seria y pregunta por Hernán Cabeza. No dijo Toti, como todos: dijo Hernán. Era la hermana mayor, Zulema. Porque hay otro hermano, más chico, Diego. Y ahí le dicen a Zulema que estoy yo, el tío: “¿Lo conoce?”. Ella dice que no, que no soy tío ni nada, que ella sepa. Y ahí cagué.

—Te retuvieron.

—Sí. Y no te rías...

—No, si tengo ganas de llorar. ¿Y ahora?

—Hay que esperar que salga.

—¿Y entonces?

—Fijate a ver qué se te ocurre. A mí mejor que no me vea.

Al menos coincidieron en eso.

—¿Qué sabemos de la hermana?

—Labura en Disco, en el centro. Creo que es cajera, repositora o algo así. Es la única.

—¿La única que labura?

—Me parece. Porque padre no hay y la vieja, por lo que dicen, vive en pedo.

Etchenike se quedó un momento mirando al frente, en silencio. En cualquier momento la mina iba a salir y ellos ahí, en la esquina, alevosamente a la espera.

—Me quedo yo —dijo de pronto—. Vos llevate el auto y aguántame hasta las seis en el café de enfrente de la estación. Llamalo al Negro para ver qué novedades hay.

Abrió la guantera, rebuscó y sacó papeles y recortes.

—¿Qué vas a hacer?

—Con la verdad no ofendo ni temo.

Se metió toda la papelería en el bolsillo y bajó.

La esperó veinte minutos apoyado en un árbol, como un novio de los de antes.

Cuando salió, la reconoció enseguida. Era la petisa gordita que había dicho el gallego pero además tenía una linda cara y ojos sinceros. Y no era seria; estaba endurecida. Llevaba el pelo negro recogido en una cola de caballo y aferraba el bolso en que le había traído algo de comer,

cigarrillos, acaso un pulóver al hermano preso. Etchenike le habló de frente pero sin cortarle el paso.

—Zulema Cabeza.

—Sí, soy yo.

—Tengo que hablar con usted por lo de su hermano.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Un amigo, sólo quiero hacerle unas preguntas.

—No lo conozco.

—Si quiere vamos adentro de la comisaría, para que se sienta más segura.

—¿Acá? —y se echó a reír sin ganas, como para que se diera cuenta de que no le hacía gracia

—. ¿Es policía?

—No. Pero el comisario Ferretti me conoce.

—Es un hijo de puta.

—Puede preguntarle: soy Julio Etchenike —siguió el veterano como si nada.

Sacó la tarjeta. Zulema la espió sin agarrarla.

—¿Usted conoce a mi hermano?

El veterano agitó la cabeza:

—Conozco el arma que usó.

—No la usó.

—Tiene razón: el veintidós que tenía en la mano el día del asalto.

—Que no era de él.

—No era de él. Pero no es cierto que lo encontró entre los yuyos de la Panamericana.

Ella vaciló y de pronto compuso una aparatosa inocencia:

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¿Y la policía le creyó?

—Sí. Pero yo no.

Zulema apretó los labios y dio un paso al frente:

—Y a mí qué carajo me importa. Salí...

Etchenike se hizo a un lado y ella caminó vigorosamente, se alejó cuatro o cinco pasos.

—Zulema...

Se volvió furiosa:

—No me jodás porque llamo a la policía, les digo que me estás molestando, viejo baboso...

—Zulema, tu hermano está ocultando algo o encubriendo a alguien. No sé. Los mismos pibes que estuvieron con él dicen que no encontró nada ese día.

—Qué saben.

—No saben nada. Pero con esa misma arma mataron a un tipo, un par de días antes.

La mujer volvió a vacilar. Quiso ser agresiva:

—No entiendo. ¿Qué querés decir?

Etchenike metió la mano en el bolsillo y sacó desordenadamente los papeles:

—Mirá. Este es el caso. Por ahí leíste algo o viste en la tele...

Ella ni se asomó.

—No quiero saber nada. Si vos sabés tanto, ¿por qué no vas a la policía? Para qué me jodés a

mí y a mi hermano.

—Zulema... —y el veterano se arrimó un par de pasos mientras ella retrocedía.

—Andate, rajá.

—Por lo menos miralos, tomá... —y se los alcanzaba. Ella había vuelto a caminar, le daba la espalda—. El caso Peratta, un asesinato, salió en todos los diarios.

Se volvió hecha una furia:

—Mi hermano no mató a nadie, hijo de puta.

—Claro que no. Pero esa arma sí. Y el asesino no es el que aparece acá. Por eso, lo de tu hermano...

—Pará.

Zulema lo miró un momento y después miró los papeles. Dio un suspiro casi de resignación y de un zarpazo de la mano derecha se los arrebató.

—Ahora andate. No me jodas más.

—Gracias.

El veterano la miró irse caminando rápido por el medio de la vereda. Luego, a medida que se acercaba a la esquina, vio que se arrimaba a la pared. Por un momento creyó que iba a revolver los papeles que llevaba apretados en la mano, casi empuñados. Después, antes de doblar y perderla de vista, le pareció que los guardaba en el bolso. Pero no estaba seguro. Ni fue hasta la esquina para ver si los había tirado.

Caminó hasta la estación, atardecía muy lentamente. Tony García lo esperaba en la mesa de la ventana, leyendo *La Razón* y con algunas novedades:

—El Negro no estaba. Te llamó René Favalaro.

—¿Quién?

—René Favalaro. Me dijo Dora, la señora de la limpieza.

—¿De la Fundación Favalaro?

—No sabe. Era una mujer. Y es la segunda vez, dijo.

Recién ahí se sentó:

—¿Algo más?

El gallego agitó la cabeza.

—Creo que no. Tengo hambre. ¿Cómo te fue a vos?

—No sé —y no mentía—. Ahora te cuento.

Etchenike pidió un café con leche y un sándwich de jamón y queso para el gallego y un fernet con hielo y soda y manés para él. Las circunstancias ameritaban.

Mientras miraban ir y venir los trenes por la izquierda le contó la conversación con Zulema. Adornó un poquito, argumentó sus muy cifradas esperanzas, de algún modo sintió que debía ser optimista para no defraudarlo.

—¿En qué Disco dijiste que labura?

—En el del centro —precisó Tony detrás del sándwich.

—En el centro debe haber diez sucursales, gallego.

—En una de éstas, entonces.

Tony García era invulnerable.

—Tarea para el hogar —dijo Etchenike.

—Ah, me olvidaba —pausa para masticar—. Llamó tu hija. Que no te olvides del cumpleaños de Marcelo.

—Es mañana.

—Creo que es hoy.

El veterano miró el reloj y echó una puteada.

—Era hoy.

Fue hasta el teléfono público. Discó el número de Susana. Atendió una voz infantil con fondo ruidoso.

—Feliz cumple, Marcelo —dijo el abuelo.

—Soy Damián —dijeron del otro lado.

—¿Y Marcelo?

—Se encerró en el baño.

—Dame con la mamá —dijo Etchenike.

—Ahí viene. Chau.

En el kiosco de Sarmiento y Junín, el abuelo tardío y culposo compró un disfraz de Batman de plástico berreta —máscara, pechera y capa montados sobre un cartón colorido en azul negro y amarillo— y diez paquetes de figuritas. Mientras esperaba el ascensor se cruzó con los invitados que bajaban ya del noveno A con su globo y su bolsita de sorpresas. Llegó cuando Susana despedía al penúltimo.

—¿Qué pasó?

—Me demoré. Vengo de Vicente López.

Marcelo recibió el beso y el regalo con la saturada indiferencia propia de un hijo de padres separados. Se detuvo algo más en las figuritas, objeto de rápida disputa con Damián, el telefonista rezagado.

Susana estaba sola y comieron torta con coca cola tibia en un rincón de la mesa.

—Estuvo lindo, vinieron muchos chicos.

—Cuando vos cumpliste diez, fue el récord: veinticinco pibes. Casi todas nenas. Pero en Flores jugaban en la calle, no era esto. ¿Te queda alguna?

—¿Qué cosa?

—Amigas de entonces.

—Tres o cuatro, las que seguimos en el secundario. Pero no las veo mucho, me las cruzo, a veces. Lucía, René, Diana... ¿Cómo va ese asunto de los Saldívar?

—Todo mal. Bah: todo bien pero todo mal.

—¿Agarraron al asesino?

—Sí. Pero no era. Y se suicidó.

—Ah, como siempre.

—Más o menos.

—¿Y Diana?

—Me parece que protege al marido.

—¿Cómo lo protege? De qué...

Etchenike buscó una respuesta y se dio cuenta de que no la tenía.

—No sé —admitió—. Pero dice que lo protege, se le nota. Es una manera rara de cuidarlo.

—Ah. No me extraña.

Se quedaron un momento en silencio. Del cuarto contigo llegaban los gritos de los chicos, la música de una canción que hablaba de Martín Karadagián.

—¿Te puedo preguntar una cosa un poco... complicada? —dijo Etchenike de pronto, siguiendo un alevoso libreto.

—¿Complicada?

—Personal.

—¿Personal? Esperá que me sirvo un vino.

—Servime a mí también —dijo el padre.

Susana tomó dos vasos de plástico y una botella apenas empezada y sin corcho.

—Es algo que me dijo Diana hace unos días, referido a una conversación que tuvieron ustedes, sobre algo que pasó hace muchos años entre Hilda y yo.

Susana ya estaba en guardia:

—¿Qué te dijo esa tarada?

Etchenike eludió el epíteto, cortó camino:

—¿Es cierto que Diana te dijo a vos que Hilda le había contado que yo —y ahí vaciló apenas — estaba, había estado, digamos, enamorado de ella?

—Sí.

Susana lo dijo así, pelado, y se quedó mirando unas miguitas.

—¿Y qué pensás?

—No sé. Decime vos, papá.

Pero él no dijo nada.

—¿Querés más torta? —dijo ella al cabo de un rato.

Entonces, sin preámbulos, como si leyera en un punto ubicado entre el borde del mantel y sus rodillas, el veterano comenzó a hablar:

—Fue en un verano que fuimos a las sierras, a la colonia de vacaciones de la policía en Córdoba. Nosotros habíamos ido solos un par de veces y los invitamos a ellos. Vos tendrías cuatro o cinco años y Diana no había nacido. Fuimos en el auto nuevo del Pájaro, para ablandarlo, como se decía antes. Ellos no estaban bien, se veía. El Pájaro siempre fue muy mujeriego, y tenía poco cuidado, ella se enteraba. Tené en cuenta que somos amigos de siempre, incluso yo la conocí a Hilda antes que el Pájaro, porque empecé a salir con mamá y ella era la amiga íntima. Recién un par de años después el Pájaro empezó a salir con ella. Así que teníamos una especie de complicidad, de confianza que a veces se da cuando no hay “riesgo” de ser malentendido: ella era la amiga de mi novia. Por lo menos así era antes.

—¿Ella te gustaba?

—Siempre fue muy linda.

—¿Más que mamá?

—No. Pero Teresa era otro tipo de mujer. Más sensata, menos alocada, menos frágil también. Fijate cómo terminó la pobre Hilda.

—¿Estaban bien ustedes? Con mamá, digo.

—Sí, más o menos. Con cierta frustración, supongo. Hacía unos meses acabábamos de perder

un embarazo, sabía que no iba a poder quedar más...

—¿Y qué pasó?

—Nada, ya vas a ver. Yo me torcí un tobillo y me quedé con el pie así en el hotel un día que salían de excursión de todo el día, creo que a Carlos Paz. Se fueron sin mí. Al rato volvió Hilda, sola, que había vomitado en el micro y se sentía mal. Lo que pasaba es que estaba embarazada de Diana y todavía no lo sabía. Habían intentado muchas veces y no quedaba, así que no pensó.

—Qué fuerte...

—Sí. Almorzamos juntos y nos quedamos charlando a la siesta. Horas. Y de pronto se quebró, me dijo lo mal que estaba con el Pájaro, que no se sentía querida ni respetada. En un momento dado me dice si yo la quería. Le dije que sí y ella me dijo que también, que yo era bueno, no como él. Esas cosas... —Etchenike se detuvo ahí, vaciló—. Estábamos en un sillón de un living inmenso, frente a un ventanal que daba a la sierra. Nos abrazamos, la consolé. Terminamos besándonos.

El veterano levantó la mirada.

—¿Eso fue todo? —preguntó Susana.

—Te dije.

—¿Y después, cómo siguió?

—Nada. A los dos días volvimos a Buenos Aires y acá tené en cuenta que nos veíamos todo el tiempo. Y había una tensión, algo que hacer con eso que pasaba. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada casi fue peor. Hablamos un par de veces por teléfono, hasta que un día me citó en Las Violetas y me dijo iba a dejarlo al Pájaro y que me quería a mí.

—¿Y vos?

—Yo estaba confundido. Halagado y confundido. Le dije que también la quería mucho, que tal vez en otras circunstancias, esas cosas... En esa época no era fácil separarse, Susana. No se podía mandar a mudar sola, tener su chico sola. Le dije la verdad, que la quería a Teresa, que las cosas se habían dado así, que no podía pensar en ningún tipo de trampa. Y ella me dijo algo que me sorprendió: que Teresa lo entendería.

—¿Eso te dijo?

—Sí. Después lloró un poco, yo supongo que me emocioné también, estuvimos agarrados de la mano un rato largo. Nos besamos en la esquina, nos separamos para no llegar juntos al barrio y nunca más.

Susana lo miraba con los ojos brillantes:

—Sos Bogart, papá.

—No me jodas.

En ese momento sonó el timbre. Era el padre de Damián. Susana fue y volvió. El veterano le pidió a su nieto que se probara el traje de Batman. Le quedaba espantoso.

—Te queda muy bien —dijo la mamá.

—Mostrame los otros regalos —dijo el abuelo.

Marcelo trajo una pelota de cuero, un disco de Titanes en el *Ring*, una plástica versión nacional del Mach 5 de Meteor, un par de audífonos de colección Tomica, algunas boludeces menores y finalmente la bicicleta Aurora, celeste, plegable, con timbre, regalo del padre.

—Sin rueditas —destacó.

—Obvio. Diez años...

Marcelo montó y partió por el pasillo.

—¿Cómo estás? —le dijo Etchenike a su hija.

—Me acuerdo perfectamente de esas vacaciones —dijo Susana, todavía en Córdoba—. Debe haber sido para el 49 o el 50.

—¿Las pasaste bien?

—Sí. Había un montón de nenas y una chica un poco más grande que era de ahí, del hotel, que tenía unas estampitas de Evita, de cuando ella había estado. Nos enseñó la letra de *Evita capitana*, que nosotras cantábamos todo el día y ustedes nos hacían callar.

—El Pájaro era muy contrera.

—¿Y vos?

—¿Yo? Policía.

Susana sonrió. Se levantó y le dio un beso.

—¿Tenés secretaria ahora? ¿Quién me atendió en la oficina?

—La señora de la limpieza, Dora.

—Es un desastre. Una amiga que te anda buscando dice que te deja mensajes y nunca le contestás.

—¿Quién?

—La hermana de Tito Famularo, la que te dije.

Etchenike se quedó mirándola, pero no miraba nada. Era como si mirase lo que pensaba:

—¿Cómo se llama la hermana?

—La conocés, alguna vez la viste: René, René Famularo.

—Ah... René Famularo. Qué boludo soy.

—¿Cómo?

—Nada. Pero no tiene que llamar más a la oficina. Contame para qué me busca.

Estaba escrito que era el día de las historias de mujeres.

La banda oriental

El ambiente de la peña folklórica El Recodo no era el de sus mejores momentos, ubicables según algunos —y Sayago entre ellos— a fines de los sesenta y según otros en el improbable próximo decenio. El Negro hablaba y Etchenike escuchaba. El veterano estaba sentado justo bajo un lazo de tiento y un par de espuelas de hierro pendientes de un clavo que, al estallar los aplausos de la concurrencia ante el despliegue de cantores disfrazados y payadores vacilantes, sospechó que se desprenderían de la blanca pared guarnecida de telarañas para caer sobre la mesa de pino, sobre el pingüino de tinto desconocido, sobre las empanadas apenas mordidas que lo habían dejado con ganas y la boca ardiente.

El informe del Negro respecto de las múltiples actividades de Los Paisanitos, tremendos zapateadores uruguayos, incluía lodo tipo de menesteres: desde animación de fiestas y festivales camperos en el interior de la Banda Oriental y del litoral argentino, hasta armado y promoción de fiestas a secas en Punta del Este, con servicio extra de acompañantes de damas o varones pudientes y solitarios en los grandes hoteles de La Mansa. En tales y otras ocasiones, los jóvenes bailarines eran un cuarteto capaz de segmentarse en funcionales pares dobles a pedido.

Los Paisanitos, pardos taxi boys, famosos buscas de cabotaje, iban y venían de la ratería al módico contrabando rioplatense como quien salta un charco de la calle a la vereda y viceversa.

—Sobre todo viceversa —concluyó Sayago.

—Claro —asintió Etchenike acaso sin entender—. ¿Estás seguro de que laburan hoy estos atorrantes?

En eso —para colmo o alivio— se apagaron las luces.

—Ahí están.

El repique de sus tacos casi flamencos, el retumbar de los bombos unísonos y el ominoso revoleo de boleadoras, duras esferas fosforescentes que azotaban rítmicamente el piso del escenario, anunciaron —sin que por algunos segundos no se vieran sino sombras estilizadas tras la cortina— la aparición del número especial de la noche. De pronto, un par de reflectores hicieron evidentes a los dueños del estruendo: Chelo, Nacho, Bicho y Tucho, Los Paisanitos, y su malambo

de fuego.

Durante el siguiente cuarto de hora, el cuarteto en escala decreciente vestido de negro con vinchas anchas, camisas a pecho abierto y bombachas que se derramaban como desinflados bandoneones sobre las sonoras botas hizo todo lo posible por desclavar las tablas del endeble escenario.

—Qué lo parió...

Y no lo dijo Etchenike sino un aficionado contiguo, desde mesa incluso más cercana que la de ellos al minúsculo tablado en que los zapateadores se prodigaban en repiques ya a esa altura polvorientos. Hubo un grito de ¡Aura! y los ocho pies embotados atacaron en un alargadísimo final que sólo terminó para dar paso a las boleadoras, que se encargaron de los últimos golpes rítmicos sobre el sufrido entarimado.

Con los aplausos se hizo la luz. Etchenike tosió y dijo:

—Estos tipos me hicieron acordar que tengo que ir al zapatero a cambiar los tacos.

—Poneles de goma.

—Claro.

El escenario quedó por un rato despoblado y la gente volvió a comer sin tener que sostener los conmovidos vasos.

—¿Vamos? —dijo Sayago.

—Vamos.

La peña El Recodo no tenía salida de artistas para esperarlos clásicamente a la salida. En consecuencia, Etchenike y Sayago se acodaron al ángulo del mostrador más cercano al cortinado tras el cual se urdían los sueños y las pesadillas que constituían la magia del espectáculo.

Dieron un par de tironcitos. Se asomó uno. No era un paisanito.

—¿Qué quieren?

El veterano mostró su libreta, la birome azul con capuchón blanco:

—Autógrafos.

El tipo lo miró raro, consultó un momento para adentro y volvió a sacar la cabeza:

—Esperen ahí sentados. Ya viene alguno.

—Déles esto —dijo Etchenike. Anotó algo, arrancó la primera hoja de la libreta y se la alcanzó—. Ellos saben.

Al ratito aparecieron dos, el alto y el petiso, los de las puntas de la escalera que formaban en el escenario. Sin vinchas ni botas. El resto de la pilcha, igual.

—¿Quién fue? —dijo el paisanito alto con la hoja en la mano.

Etchenike levantó la birome.

—Fui yo, Tucho.

—Nacho.

—Ah.

—Vamos afuera —dijo Nacho con un golpe de cabeza.

El veterano se movió. Sayago amagó seguirlo.

—Vos te quedás —dijo Nacho.

Y el petiso puso las boleadoras sobre la mesa.

—Esperame acá —dijo Etchenike como si decidiera—. Y con cuidado, Chelo.

—Tucho.

—Ah.

Salieron.

En la vereda el veterano comprobó dos cosas. Que la calle Ecuador estaba oscurísima a las once y media de la noche y que una vez más se había equivocado: la peña El Recodo tenía salida de artistas. Los otros dos paisanitos, los medianos, estaban ahí.

Uno de ellos tenía el papel:

—¿Qué quiere decir?

—Lo que dice: tengo información, Bicho.

—Chelo.

—Ah.

—¿Sos policía?

—Ni policía ni trolo. Porque ya fui y porque no sé si me gustaría ser.

Ahí fue cuando los paisanitos se miraron de reojo y a la voz de aura dieron un vigoroso paso al frente —muy coordinados como siempre— que lo hizo retroceder. Etchenike primero sintió la pared contra el culo, y después el triple aliento a empanadas muy cerca de la cara:

—Lo que vas a ser es boleta, viejo choto.

—Repito: tengo información —insistió el acosado.

—¿Qué tipo de información?

—Cara y barata, Bicho.

Esta vez acertó.

—¿Cuál es la barata? —dijo el acertado.

—Una pichincha: les puedo dar la precisa —y miró su reloj— sobre cuándo va a venir a buscarlos la cana argentina por el robo con lesiones en la ruta del aeropuerto de Punta del Este: dos minutos, dos horas o dos días. No más.

Los Paisanitos se miraron otra vez. No fue necesaria la voz de aura para que tres pares de manos se disputaran el cogote del veterano.

—Hablá.

—¿No quieren saber la información cara? —alcanzó a balbucir.

—Hablá.

—Aflojen.

Aflojaron.

—La información más cara es una primicia: los próximos contratos ya no los van a firmar como cuarteto sino como trío. Tucho se retira.

Un gruñido a sus espaldas los hizo volverse.

Sayago salía de la peña con el paisanito faltante a la rastra, tironeando de las boleadoras que daban un par de vueltas a su cuello mientras con un tramontina le punteaba las costillas.

—¿Qué hago con éste?

Chelo, Nacho y Bicho vacilaron. Etchenike dio dos rápidos pasos al costado.

—Subilo atrás al auto y arrancá —dijo con el 38 en la mano—. Y ustedes esperen quietos ahí.

Se movieron.

—Largalo —dijo Nacho.

—Quietos, les dije.

Pero se volvieron a mover.

—Soltalo —dijo Bicho.

—Vamos —dijo el Negro.

El veterano se trepó de apuro al estribo del Plymouth ya en movimiento y dijo:

—Sin zapatear, por favor —y les tiró un par de tiros a las patas.

Hubo un desparramo y varios gritos. Los Paisanitos —debutantes como trío— recularon en desorden hacia la puerta de la peña El Recodo donde ya se apiñaba selecto auditorio y se quedaron puteando mientras el boleado faltante, con un chumbo a centímetros de la cabeza, doblaba la esquina por Córdoba, en coche y con rumbo desconocido.

En seguida, a las pocas cuadras, los secuestradores comprendieron que Tucho no había sido la mejor elección. Iba a llevar tiempo.

Primero hubo que desenredarlo, desahogarlo para que hablara. Después tosió cinco minutos. Y cuando habló, el artista dijo poco. Apenas nombre, apellido y regimiento, como un prisionero de guerra. Nada del robo, del Volvo, del ingeniero, de salideras y de fiestas privadas. Él sólo zapateaba.

A la altura de Juan B. Justo, Etchenike oyó la sirena de los patrulleros y tocó el hombro de Sayago:

—Vamos a un lugar más tranquilo, Negro —dijo como quien busca acampar para un *picnic*—. Y vení vos atrás con él. Te conoce.

Doblaron al norte bajo el puente de la avenida, se detuvieron para hacer el cambiazo y siguieron. En silencio.

—¿Adónde vamos? —dijo Tucho a las tres cuadras.

—No te preocupes por eso.

Retomaron Juan B. Justo en paralelo a las vías y doblaron a la altura de las bodegas. Las sirenas no se oían más. Etchenike eligió una oscura cortada cortísima con cuatro galpones y ninguna flor, paró el coche, apagó el motor, se dio vuelta y dijo:

—Acá te quedás vos, enano.

—Vivo o muerto —completó Sayago.

—Olé.

Y Etchenike le puso el polvoroso agujero del caño del 38 en la nariz.

Durante los siguientes quince minutos, Hugo Timoteo (Tucho) Barboza, oriental de Tacuarembó, soltero, de veintiocho años, de profesión artista folklórico y de vocación ratero y taxi boy (o viceversa) declaró bajo presión y sin necesidad de juramento todo lo que sabía e incluso más respecto de lo que denominó “el laburo del aeropuerto”, en el que —aclaró— sólo había tenido una participación secundaria como chofer y campana.

Sostuvo, en principio, que se trató de un encargo anónimo con instrucciones muy precisas que incluían el desfigurado (sic) del sujeto y el secuestro del rodado y su entrega a un reductor de Maldonado. Según la información que había alcanzado a filtrarse, podía suponer que se trataba de una venganza o advertencia contundente que incluía —como beneficio secundario pero no menor— el cobro del seguro del automóvil, una suma considerable por las características del vehículo.

Al respecto, Tucho declaró que desconocía tanto el nombre del propietario del rodado como el de la víctima, aunque según el testimonio de dos de los integrantes de Los Paisanitos que habían tenido participación activa en el laburo del aeropuerto —Bicho y Chelo, precisamente— al conductor lo tenían visto del ambiente, le decían “El Alemancito”, y fue ese conocimiento previo lo que hizo que el conductor no sospechara de ellos y detuviera el vehículo ante el requerimiento de sus compañeros.

A esa altura del elocuente testimonio, Etchenike creyó necesario intervenir:

—Tucho, ¿quién es El Alemancito?

—Un cliente.

—¿Habitual?

—Más o menos.

—¿Cómo se llama?

—No sé. Nunca se preguntan esas cosas.

—¿Y no leíste el diario?

—No salió. El nombre, digo.

—Ah. ¿Y el que llamó? El del encargo, ¿era cliente?

—No sé.

—¿Vinieron a Buenos Aires a cobrar?

Tucho parpadeó.

—Contestá, sorete.

—Cobramos en el taller. Al dejar el auto.

Etchenike encendió un cigarrillo y se bajó del coche.

—Sacale el nombre del reductor y vamos, Negro.

Caminó hasta la esquina.

Hacía calor, estaba cansado y con el estómago revuelto. Las empanadas de El Recodo y el tinto del pingüino le avisaron inequívocamente que por un rato seguirían ahí, donde todavía estaban.

Se quedó un par de minutos fumando en la esquina. Cuando escuchó el ruido del motor tiró el cigarrillo y esperó.

—Ya está —dijo Sayago—. Tengo todo.

—Grande —Etchenike subió por la otra puerta, miró el asiento trasero—. ¿Y el paisanito?

—Se vuelve caminando. Cuando se despierte.

Sayago metió primera y arrancaron hacia la avenida. Pero sólo hasta ahí.

Un par de pares de focos salieron de la oscuridad y les cerraron el paso.

—Policía —dijo una voz acorde.

Como si hubiese sido necesario.

Eran dos patrulleros. El patrón de El Recodo había denunciado el secuestro al 101 mientras Nacho, el que reconoció a Sayago, salió a correrlos. Cuando apareció la cana dieron la alarma general, enfilaron por Córdoba y enseguida encontraron el Renault del paisanito, que se había

dado un palo en el semáforo de Scalabrini Ortiz. Aunque el embotado Nacho lo último que quería era encontrarse con un policía, lo subieron para que fuera con ellos y los orientara. En la Juan B. Justo se sumó el otro móvil, que había visto doblar al alevoso carronato de Etchenike. Después había sido fácil. Como el Plymouth no había llegado a Santa Fe, tenía que estar por ahí. Apagaron las sirenas y se vinieron con cuidado y sentido común.

—A veces trabajan bien estos hijos de puta —fue el comentario resignado de Sayago.

—Cuando quieren —concluyó el veterano mientras los bajaban con deferencia no habitual—. O cuando la tienen servida.

Los uniformados recogieron desde el fondo de la noche al recagado Tucho cuando intentaba rajarse, desarmaron a los fugaces secuestradores y requisaron una vez más el Plymouth. Todo sin un golpe ni un grito. Después pararon y se pusieron a esperar órdenes o algo así.

Durante los minutos de obligada y silenciosa amansadora en la oscuridad punteada de luces rojas y azules intermitentes, Etchenike y Sayago, las piernas abiertas, las manos contra la pared, debieron entretenerse con el sonido de la incomprensible jerga de los móviles policiales. No era pasatiempo fácil. Hasta que llegó otro móvil que dejó a alguien y se fue. Y ahí los repartieron. El Negro fue al patrullero donde estaban los de las boleadoras; Etchenike se encontró, en el asiento trasero del segundo Falcon, una vez más, con Macías:

—¿Por qué hacés las cosas solo? —dijo el Colorado.

Le ofreció un cigarrillo y le devolvió el arma.

—Paso y quiero —dijo Etchenike—. Y no ando solo.

—Ése, tu ayudante, no zafa.

—No hizo nada.

—No me refiero a él, vos me entendés. Empecemos de nuevo —y el Colorado lo hizo—: ¿Por qué te cortás solo?

—Vos ya cerraste el caso.

—Este es otro caso.

—Tal vez. Pero conectado.

Macías asintió, extrañamente amable:

—A eso voy. A la conexión —y le señaló el 38—. Disparaste.

—Unos tiros por las patas, a los disfrazados esos.

—Ya teníamos el dato de estos putos —aseguró, acaso inseguro, el inspector—. Pero vos siempre te apurás y eso no ayuda.

Etchenike suspiró con aparatoso desaliento:

—*Qué querés... No te esperaba, perdoname la franqueza* —entonó repentinamente tanguero.

—*Porque desde que te fuiste...* —intentó Macías—. No sé cómo sigue.

—La parte mejor es el final: *Y vos, estoy seguro, que habrás echado buena...* —propuso el veterano.

El agente que estaba al volante se volvió, espontáneo:

—... *con ese vestidito, que yo te regalé...*

—... *tu lujo, tus alhajas, me hubieran hecho daaaaño...* —ya a coro los tres—. *¡Qué bien que te has portado, volviendo como ayer!*

—Chan chán.

Un agente del otro patrullero vino al trote y se asomó por la ventanilla:

—¿Me llamó, señor?

—Vaya, Ramírez —Macías lo despidió con un gesto y retomó ante Etchenike—. No, en serio: a Los Paisanitos los teníamos vigilados. Vinieron a Buenos Aires a cobrar el laburo, porque es un encargo. Y vos nos cagás la inteligencia.

La réplica era demasiado fácil y el veterano se abstuvo casi por pudor. Dijo en cambio, y por lo bajo:

—Nuevo personal... —y señaló al cantor del volante.

—Bajemos —dijo Macías en el mismo tono.

Bajaron, se apartaron unos metros hacia la oscuridad, y ahora sí Etchenike aceptó el cigarrillo.

—Cómo me cagaste —dijo el Colorado.

—¿Ahora? Mejor, agradecé.

—En la Central, el otro día.

—Ah.

Fumaron en silencio. Los móviles sonaban como fondo de grillos.

—El pendejo de guardia —dijo Macías de pronto, echando a caminar—. Ese Barilari, el que se dejó madrugar por vos con el truco del humo. Para zafar me terminó botoneando.

—El léxico, te diría él.

—¿Cómo?

—“Botoneando”, inspector, no es precisamente jerga policial.

—No me rompas. Entre ese pendejo de mierda, que habló de quién eras vos y qué hacías ahí, encerrado en mi despacho, y el hijo de puta de tu amigo Saldívar, que me movió el piso con los de arriba desde el principio, me enterraron.

Etchenike sintió que se trataba de una declaración poco frecuente, que tendría su precio y que convenía subir la guardia:

—O sea que yo no fui —concluyó—. Te cagaron en cierto modo por mi culpa, si eso te conviene. Pero algo hiciste mal.

—Y lo que hice bien me lo quitaron —redondeó el Colorado—: me sacaron del caso Peratta ahora que lo había cerrado.

Se pararon debajo de un foco.

—Vos sabés que está mal cerrado —dijo Etchenike sin énfasis—. Lo del arma es una payasada.

—Pero el arma es ésa.

—Pero no ahí, Colorado. El veintidós no puede haber aparecido ahí.

—Es lo que declaró ese pibe Cabeza, que se ratificó, y me sirve: ya está —y ahí Macías hizo una pausa—. Y es útil también para tenerlo en la ganchera al hijo de puta principal.

—El Pájaro.

—El Pájaro, eso es.

—¿Cómo es la nueva teoría, a ver?

Volvieron a caminar, iban de foco a foco, de manchón a manchón de luz.

—Saldívar es el autor intelectual, el cerebro mágico, si querés: de lo de Peratta y de esto de Uruguay, que es más una amenaza, un mensaje mafioso, también. Saldívar es la conexión de las dos cosas. Ni bien hablen estos tipos, seguimos el hilo y llegamos a él. Y se le pudre todo.

—Suena bien.

—Es que es así. Lo de Peloso está cantado. Un tipo de su absoluta confianza que usa su auto y su arma para matar a un punto que les molesta a los dos por diferentes razones. Los motivos particulares de Peloso —que Peratta le cogía la mina— y los de Saldívar: tenía pruebas de que el socio lo quería puentear en la empresa, lo cagaba haciendo negocios para él.

—Está bien.

—Podemos suponer incluso que Saldívar no lo mandó a Peloso a hacerlo pero sí que le hizo la cabeza, le dio todas las facilidades para que hiciera el trabajo, le puso fichas y le dio la ocasión...

—¿Y esto de ahora?

Macías se detuvo bajo el último foco de la serie, se volvió, teatral:

—Vos sabrás.

—¿Y tus datos de inteligencia?

—El comisario Walt Whitman Gandolfo se comunicó ayer con la Central y nos dijo...

—¿Cómo dijiste?

—Walt Whitman Gandolfo, el responsable de Seguridad del aeropuerto allá, en Punta del Este. Etchenike largó la carcajada:

—Lo acabás de inventar... No tenés nada, Colorado. El dato de Los Paisanitos lo levantaste de mi teléfono pinchado, hijo de puta. A una mina, a un yiro se lo debés.

—El comisario Gandolfo nos informó —dijo Macías, imperturbable.

Etchenike dio media vuelta y comenzó a regresar.

—De ahí lo sacaste... —dijo el veterano con amargura—. ¿Por qué te hacés el boludo?

—Si no lo puedo usar, es como si no lo supiera.

—¿Qué necesitás?

—Sabés lo que necesito, Julio: que vos me ayudes... —y ahí Etchenike sintió que el loco Gómez Guiñazú tenía razón: el Colorado era como una novia, una vieja novia pedigüeña que se había echado.

—¿Qué querés que haga?

—Te lo dije. Necesito que aceptes que fue Saldívar el que te contrató para espiar a Peratta. No tenés que revelar los contenidos, sólo admitir que espíaste para él.

—Y yo te dije que no.

—¿Que no qué?

—Que no voy a declarar, y que no fue él. Y es suficiente, casi demasiado.

—Ella, la hija me lo dijo.

—Tal vez miente. Seguro que miente.

—¿Para qué iba a mentir?

—¿Diana Saldívar? —Etchenike se detuvo, harto o desconsolado, se volvió para contestar—. Ella puede mentir como cualquiera y por las razones que la gente miente, por lo que uno miente: por miedo, por rencor, para zafar, para acusar, para ocultar algo o a alguien, para encubrir.

—¿Y ella?

—Ella incluso puede mentir para que se note que miente.

—¿Cómo?

En ese momento hubo un alboroto en el callejón, carreras, gritos y un disparo. Más gritos, otro disparo.

Llegó corriendo el agente tanguero, enojado, con el arma en la mano:

—Se escaparon dos.

—Qué boludos.

—Ramírez bajó a uno, parece.

—La puta que lo parió.

Trotaron. Etchenike llegó antes y vio a Sayago parado y esposado junto a una de las cuatro puertas abiertas del patrullero. Suspiró.

—¿Estás bien?

El Negro asintió y le hizo un gesto, le señaló el bolsillo de su saco:

—Dame un cigarrillo.

Etchenike le metió la mano y encontró un papelito.

—Acá no están —dijo en voz alta.

Se volvió a pedirle uno a Macías. Lo encendió, le dio una pitada, lo puso en la boca de Sayago. El agente Ramírez hacía el informe oral:

—Estaban sentados los tres atrás y éste —señaló a Sayago, un gángster de película, esposado y con el cigarrillo en la comisura— que estaba en el medio, pidió permiso para mear. Hubo que bajar primero al de este lado, pero ni bien le abro la puerta se me raja para allá. Le di el alto, tiré al aire, siguió. Le tuve que tirar de nuevo —hizo una pausa—. Ahí está.

Y señaló un bulto inmóvil, en la oscuridad, veinte metros más lejos.

Fueron.

—¿Y el otro?

—Aprovechó el lío y se fue corriendo para el otro lado.

—¿Esposado también?

—No. Se nos acabaron. Teníamos dos pares.

—¿Quién lo siguió?

—El oficial Pereda, señor.

—Que no le tire.

Como si le respondieran, desde algún lugar de la noche llegaron nuevos disparos. Etchenike pensó en Tucho, la increíble noche de Tucho.

—La reputísima madre que los parió —dijo Macías.

Habían llegado junto al caído. Lo iluminaron. Tenía un agujero detrás de la oreja y los ojos abiertos. Al caer de boca, esposado, se había golpeado feo contra el piso.

—Este creo que es Nacho —dijo Etchenike y se apartó.

—Lo trajimos nosotros.

—Son unos burros, ustedes.

Macías ni siquiera contestó a eso. Volvió junto al patrullero, habló con el agente Ramírez un momento más y señaló a Sayago:

—Llévenselo.

Se lo llevaron. Y el Plymouth, con conducción uniformada, salió detrás.

Etchenike asistía al desfile, esperaba su turno. Miró de reojo el papelito que había sacado del bolsillo de Sayago. Decía una sola palabra: *Morosoli*. Lo guardó.

—No los vas a ver por un rato largo —dijo Macías.

—¿Con qué cargos?

—Tu ayudante, por complicidad en fuga. El coche, por portación reiterada de pelotudos.

Ésa era graciosa. Incluso en sus peores momentos, el Colorado conservaba un resto de humor.

—¿Y yo? —dijo Etchenike.

—Vos, a tu casa caminando. Te dejo el revólver porque está oscuro. No hables por teléfono de la oficina ni trates de salir del país. Vas a estar vigilado. Cuando quieras hablar, vení a la Central.
¿Alguna pregunta?

—Me duele acá. ¿Qué puede ser?

PAGARÍA POR NO VERTE

13

Consultorios

—Eso es estrés —dijo la recepcionista.

—Ah, la flauta...

—¿Usted qué tipo de actividad hace, señor Antuña?

—Estoy jubilado —dijo Etchenike—. Durante muchos años fui vendedor de libros casa por casa. Y nunca me dolió nada. Pero mire ahora. No sabe cómo estoy. No hago nada y me duele todo.

—Estrés.

—Mire usted. Yo pensé que eso agarraba por exceso de actividad, tensiones. Antes caminaba mucho; ahora sólo voy tres veces por semana hasta el banco.

—A cobrar la jubilación.

—No. Al banco de la plaza. Ojalá tuviera que ir tres veces por semana a cobrar. A veces demoran mes y medio, dos meses...

—¿Viene por PAMI?

—No, por mi sobrina.

La recepcionista sonrió, condescendiente con el gracioso viejo pelotudo:

—Digo si viene por la obra social, porque lamentablemente no están pagando y no atendemos...

—Particular. Mi sobrina me la recomendó: *Tengo una masajista bárbara*, me dijo... Vamos a ver.

—¿Ella es clienta?

—Diana Saldívar.

La recepcionista vaciló, estiró los dedos hacia un índice giratorio de fichitas amarillas, lo hizo correr.

—De la calle Las Heras —abundó el señor Antuña.

—Hay varias Dianas...

En ese momento se abrió la puerta a espaldas del escritorio y apareció una rubia de delantal

blanco, pintada como una puerta y de nariz operada.

—Hasta la próxima, Silvia —dijo con una sonrisa.

—Hasta la próxima, Analía —le contestaron con una mueca.

Y la licenciada Analía Martínez Sartorio se hizo a un lado para dejar salir a su última y amasada paciente.

—¿Alguien más?

No había nadie sino Etchenike sentado en el minúsculo recibidor saturado de diplomas en las paredes y revistas ajadas y hojeadas en la mesa ratona.

—A las dos tenía turno la señora de Harguindeguy —dijo la recepcionista— pero no vino ni avisó.

La licenciada reparó entonces en el veterano.

—¿El señor?

—Primera vez. Sin turno.

Lo semblateó. Miró su reloj.

—Esperemos diez. Mientras, tomale los datos al señor —se dirigió a Etchenike—. ¿Quiere volver otro día?

—Espero. Es una emergencia —y se llevó la mano a la nuca con sonrisa dolorosa.

La licenciada hizo un gesto de comprensión y volvió al consultorio.

El veterano se distrajo con las revistas y después fue hasta la ventana. Desde el sexto piso se veía, en perspectiva bacana, un primer plano del excesivo monumento a Alvear, el final de Pueyrredón y la bifurcación de Libertador y Figueroa Alcorta. Atrás, a la derecha, la Facultad de Derecho, el puentecito sobre la avenida y, más al frente, tapada por los árboles, la mole rosa del Museo de Bellas Artes con la confitería al pie.

Volvió hasta el escritorio y la recepcionista:

—Vine así porque no tenía el teléfono —agarró una tarjeta de la pilita—. Sólo la referencia de la calle. Suerte que Schiaffino es cortita.

—Se las arregló bien.

—Experiencia de vendedor. Años de tocar timbres...

La chica le extendió una planilla.

—Compléteme los datos.

Alfonso Antuña se sacó un par de años, puso la vieja dirección de Flores y dijo que teléfono no tenía. Firmó con letra de gallego.

—Podría haber venido antes pero me imaginé que en Semana Santa no atenderían.

—La licenciada se tomó desde el miércoles. Se fue a un simposio en Mar del Plata.

—Ah.

Etchenike pensó que ya no quedaba mucho lugar para colgar cuadritos de certificados de asistencia. Qué carajo tratarían en esas reuniones académicas: “Nuevas técnicas del uso de los pulgares en la región lumbar”, “La contractura, un enemigo necesario”, esas cosas.

Pasaron los diez minutos. Hubo varios llamados, confirmaciones y solicitudes de turno, pero ni la señora de Harguindeguy ni mucho menos su marido hablaron para decir algo o aparecieron por el consultorio de la calle Schiaffino.

Se abrió la puerta consabida.

—Pase, señor Antuña —dijo la licenciada Martínez Sartorio—. ¿Qué le anda pasando?

—Me duele acá, como a mi sobrina.
Ella meneó la cabeza con una sonrisa al rojo vivo:
—Será una cuestión de familia.
Y cerró la puerta tras las tensas espaldas del veterano.

—¿Dónde le duele?

El dedo índice de la mano izquierda de Etchenike señaló arriba del esternón, a su derecha, entre las primeras costillas, como quien va para la clavícula.

—Acá adentro.

—¿Siempre?

—Sólo cuando respiro.

El doctor Picabea sonrió:

—A ver... —y le apoyó la oreja fría en la espalda, sin mediaciones—. Respire hondo.

Etchenike respiró hondo un par de veces por la nariz y largando el aire por la boca.

—Ese olor repugnante es la crema que me puso la kinesióloga, no vaya a creer...

—Es día de consultas, parece. ¿De acá a dónde va?

—Según lo que me diga: al cardiólogo, al neumonólogo, al abogado o a la iglesia.

Picabea volvió a reírse:

—Otra vez...

Ahora hizo una serie de tres mientras sentía cómo la oreja le caminaba la espalda.

—Una vez más...

Lo hizo una vez más.

Estaba sentado con el torso desnudo en una camilla de un moderno consultorio de la Clínica Modelo de Colegiales, atendido sin turno por su director y propietario y se comportaba de acuerdo a las circunstancias: sereno y dócil.

—Acuéstese.

Quedó expuesto, boca arriba. Ya le había tomado la presión, el pulso, ahora le empujaba las tripas para arriba y para abajo. Gruñó un par de veces, apenas.

—¿Lo operaron de algo?

—No.

—¿Y éstos qué son?

—Un puntazo y un tiro —señaló con el dedo—. Pero hace mucho.

—Ah.

—Perdí mucha sangre, me sacaron un tanto así de intestino. Pero zafé.

—Ya veo.

Picabea se dio vuelta a buscar algo en un rincón del consultorio.

—¿Todo bien? —dijo Etchenike.

—Todo bien —le contestó de espaldas—. Ahora párese y bájese el pantalón y el calzoncillo.

—¿Del todo?

—Sí.

El pito mustio y los huevos canosos del veterano quedaron a la intemperie. Picabea se acercó con naturalidad y guantes blancos y lo tanteó como si se los pesara, como si fuera a comprarlos.

Quedó satisfecho.

—¿La próstata?

—Bien, gracias.

—Dése vuelta y relájese.

Se entregó.

Vestidos y sentados con el escritorio de por medio era otra cosa.

—Pulmones y coronarias —dijo Picabea como si pusiera un título.

—¿Grave?

—No para su edad. Lo bueno es que hace ejercicio.

—Corro y me corren. ¿Qué tengo?

—Medio pulmón arruinado y seguro que colesterol alto.

—Nos conocimos fumando frente a una parrilla —le recordó Etchenike.

—No lo divulgue —el clínico sonrió una vez más y comenzó a escribir la serie de análisis que se venían—. Cuando tengamos estos resultados sabremos algo más.

—No voy a hacer todo eso.

—Como quiera. Pero es mi obligación indicárselos y abrir una carpeta con su historia clínica y con todo eso, como dice usted.

—Está bien.

—Nombre completo y edad...

Y por segunda vez en la tarde dio sus datos para un fichero. Esta vez dijo casi toda la verdad.

Mientras Picabea escribía, Etchenike se levantó y se puso a curiosear entre los papeles acumulados sobre los muebles de metal, se asomó a un par de cajones entreabiertos, repletos de carpetas similares a la que el facultativo inauguraba con su nombre.

—Cada una de éstas es una historia —dijo como si mirara una biblioteca—. Debe ser emocionante confrontar los índices, los numeritos, verlos subir y bajar, semblantear a la gente.

—Tiene su morbo.

—¿Cómo anda el Pájaro?

—Bien. De salud mejor que de ánimo.

—Me di cuenta la otra noche.

Picabea levantó la mirada:

—¿Qué busca ahí?

El veterano no contestó directamente:

—Saa, Sagasti, Sánchez, Samuel... —siguió hurgando—. No está la del Pájaro.

—No está ahí. La saqué para agregar los análisis nuevos.

—Ah.

Se miraron. Por primera vez los ojos del clínico se endurecieron:

—Además, es información privada, Etchenike.

—Bueno, bueno... Tampoco sabría cómo leerla.

—¿Qué quiere saber?

—En realidad...

El doctor Picabea dejó caer la lapicera, se inclinó levemente hacia adelante, apoyó los diez

dedos sobre el borde de vidrio grueso y se puso de pie detrás del escritorio. Parecía dispuesto a iniciar un discurso, acaso a saltar sobre su interlocutor:

—¿A qué vino, Etchenike?

—No va a ser a que me metan un dedo en el culo.

—Supongo que no —pero esta vez Picabea no sonreía—. Pero le explico: la otra vez usted estuvo por lo menos grosero conmigo, cuando insinuó algo respecto de este sujeto Peloso, del viaje con él a mi consultorio el día del asesinato de Peratta, dejó caer cierta sospecha de complicidad.

—Yo no dije...

—Déjeme terminar —lo cortó el médico subiendo la voz—. También, la otra noche, deslizó alguna duda sobre la manipulación, en la familia, de la información respecto de la salud de Saldívar. Y eso es una infamia. No sé usted, pero yo soy una persona de bien... —hizo una pausa, buscó las palabras y las encontró—: ¿Qué carajo le pasa ahora?

El tipo estaba sacado en serio. Pero el veterano no perdió la calma:

—Tranquilo, Picabea —y volvió para sentarse—. Parece que yo no soy el único que hace repertorio: usted me hace acordar a Francisco Petrone haciendo de médico intachable. Y no es necesario: yo le creo, está bien —le guiñó un ojo, hizo una pausa, esperó que se aflojara un poquito—. Ahora muéstreme los análisis del Pájaro.

—No corresponde.

—Haga de cuenta que hay una póliza millonaria y soy el investigador de la compañía de seguros. Piense en una novela de James Cain.

—No hay seguro de vida acá.

—¿Seguro?

Picabea suspiró, se dejó caer en el asiento.

—Me irrita, Etchenike. Un poco más de respeto: mi amigo Manuel Saldívar, que supongo también es amigo suyo, está o estuvo, por ahora y nunca se sabe, muy enfermo, con diagnóstico terminal, de pocos meses de sobrevivida. Y ahora está bien. ¿Quiere detalles?

—No, no entendería. Quiero ver los informes.

—Le dije que no puedo. Sólo el paciente y los parientes cercanos autorizados por él. En este caso, sólo la hija tuvo acceso. Es confidencial.

—Llamémoslo al Pájaro, estoy seguro de que él no va a tener inconveniente. Lo llamo yo, si quiere.

—No está, no hay que molestarlo.

—Puedo puentearlo, tengo cómo meterme en la clínica buscar esos análisis. Hay copias.

Picabea metió la mano en el cajón y sin buscar demasiado sacó una carpeta como tantas que no era una cualquiera, la tiró sobre el escritorio:

—Ahí tiene.

—Gracias.

Etchenike pasó rápidamente las hojas y se detuvo en las finales. Ahí estaban los últimos estudios.

—Explíqueme —pidió—. Usted me explica y yo le creo.

Picabea dio vuelta al escritorio de mala gana y se paró tras él. Retrocedió en los papeles, le mostró los chequeos sistemáticos de los últimos años, la rutina del control, los informes fechados

ordenadamente arriba a la derecha, la normalidad hasta julio del 79, los resultados críticos de diciembre que habían dado la alarma, el milagroso regreso a los índices y estándares en el último chequeo de apenas días atrás.

—¿Entendió?

—Clarísimo, gracias. Pero déjeme ver... —Etchenike volvió hacia atrás, miró los informes anteriores, volvió al final—. Son más cortos, los últimos.

—No creo. Tienen la misma cantidad de información.

El doctor Picabea dio la vuelta y se sentó en su lugar.

—La hoja, digo: más apretado todo —insistió Etchenike—. Del oficio pasaron al A4.

—Puede ser, en plan de ahorro... —y el médico extendió la mano, pretendió recuperar la carpeta.

El veterano la retuvo un momento más, apenas el tiempo justo para volver las últimas hojas, ir y venir:

—Ah... Pobre Pájaro... —dijo cerrando la carpeta.

Levantó la mirada y se encontró con la de Picabea.

—¿Conforme?

Etchenike asintió. Se puso de pie, le extendió la mano:

—¿Cuándo vuelvo, doctor?

—Nunca.

En la oficina encontró el desorden habitual, la ausencia obligada de Sayago y al orgulloso gallego con información fresca respecto de Zulema Cabeza. Le contó, de corrido, cómo tras larga pesquiza matutina la había ubicado en el Disco de Paraná y Viamonte.

Etchenike interrumpió la crónica:

—¿Qué hace ahí?

—Cajera de caja rápida. Era el tercer Disco que recorría pasillo por pasillo y creí que ya no la iba a encontrar. Estaba cansado, así que me compré un yogur...

El veterano volvía del baño y se detuvo en seco:

—¿Un yogur?

—Sí, yo tomo yogur, a veces —aseguró Tony con reticencia y desafío, como si reconociera haber tenido una experiencia homosexual o una fugaz militancia juvenil en la Falange—. Y cuando fui a pagarlo a la última caja del fondo me topé con ella en la máquina.

—¿Te reconoció?

—No, qué va. Pagué y salí.

—¿Seguro que era ella?

—Tenía el cartelito sobre la teta: Zulema C.

—¿Y después?

—Como eran más de las once me quedé a ver qué hacía. Y en el permiso de mediodía salió. Se fue a comer un sánduche y una coca con el otro hermano, el más chico, Diego, en un banco de la plaza Rodríguez Peña. El pibe labura en un Laverap, a la vuelta.

—¿Qué hace ahí?

—Va y viene con la bici, lleva y trae la ropa a domicilio.

—¿A qué hora sale?

—¿El pibe?

—Zulema.

—A las seis, calculo yo.

Etchenike miró el reloj:

—Vamos a andar justos. ¿Algo más?

—Tu hija, que ya tiene todo.

—¿Se cuidaron de no decir nada por teléfono?

El gallego enmudeció sus labios con el índice y el pulgar derechos, como si corriera un cierre relámpago.

—Grande... ¿Y a Montevideo? ¿Llamaste?

—No me dejaste plata. Y si no se puede hablar de acá, hay que ir a Entel...

Etchenike asintió, no dijo nada y salió al pasillo. La señora Dora estaba acabando de limpiar la oficina del fondo. Quotamar S. A. eran unos tipos audaces capaces de lotear Saturno que vendían terrenos a plazos en lugares increíbles como Barrio El Tobiano, Costa Las Marsopas y Balneario Reta. Cada tanto desaparecían un par de meses para volver como si nada.

—¿Qué tal, Dora, llamó de nuevo Favalaro? —dijo Etchenike, jovial.

—No, señor Julio, hoy la señorita no llamó.

—Es raro. Pero es que el teléfono sonó poco y ahora no tengo tono. Permítame, que voy a llamar a Reparaciones.

—Dele nomás. Yo ya terminaba. Esta gente dijo que viene mañana.

—Gracias, Dora.

Mientras ella se prodigaba en el baño, Etchenike habló primero con su hija y después hizo el pedido de llamada de larga distancia por operadora. Había media hora de demora con Uruguay. Aceptó, indicó el número de Montevideo, dio como suyo el número de teléfono que estaba anotado en el aparato y escuchó la orden consabida:

—Cuelgue, le llamaremos.

Entonces le pidió a Dora que le prestase la llave de la oficina de Quotamar para atender cuando llamaran de Reparaciones, se la dejó al gallego con instrucciones precisas y partió.

Eran las seis menos veinticinco.

A las seis menos dos minutos, acalorado, esquivando carritos saturados de mercaderías varias y Ofertas Disco de la Semana, agarró un dentífrico y una pomada para zapatos negra y se encolumnó en la cola de pago rápido que estaba a punto de cerrar por cambio de turno. Quedó último.

Puso las dos cosas y no dijo nada.

Ella tecleó sin mirarlo. Le dijo cuánto era.

Y ahí sí. Puso el dinero y dijo:

—Buenas tardes, Zulema.

Ella se retrajo:

—¿Qué hace acá?

—Espero el vuelto.

Se lo dio.

—Váyase.

—Usted ya sale, ¿podemos hablar?

—Váyase o llamo a Seguridad.

—¿Leyó lo que le di?

Ella lo miró un momento, pareció vacilar y de pronto dijo, fuerte:

—¡Seguridad!

Un grandote de uniforme marrón y amarillo del ejército de Disco o fuerza disuasora equivalente se acercó presto y se apareó al veterano:

—¿Algún problema?

—Ninguno —dijo Etchenike.

—Me molesta, sacalo —dijo ella.

El tipo fue prolijo. Primero lo agarró del antebrazo y lo apartó de un tirón. Después de ponerlo a distancia recogió la bolsita con el pomo y la latita y dijo:

—¿Esto es suyo?

—Sí.

Y después, a ella:

—¿Lo pagó?

—Sí.

Se volvió a Etchenike y le dio la bolsa:

—Ahora vamos, vamos... Afuera. Salga.

Y lo ahuyentaba como a un perro. A distancia, indicándole la salida.

Etchenike retrocedió tratando de ver a la chica por encima del hombro del tipo.

—Zulema, escúcheme... Zulema...

Pero ella nada, miraba para abajo, contaba pilitas de guita ajena.

El ruido la hizo volver la cabeza. Había un par de carros caídos y Etchenike estaba en el suelo, tocándose la cara.

—Déjenlo —dijo.

No la oyeron. Ahora eran dos los de seguridad. Uno abrió la puerta y el otro levantó al veterano y lo empujó a la calle.

Cerraron y se quedaron ahí, del lado de adentro.

Zulema miró a través de los vidrios cómo el hombre se enderezaba, se acomodaba la ropa, cruzaba la calle, se apoyaba en un coche estacionado en la vereda de enfrente y —le pareció— encendía un cigarrillo.

Cuando ella salió quince minutos después, sin el uniforme que decía Zulema C. pero con la misma ropa de todos los días, Etchenike seguía ahí.

Cruzó la calle y se le acercó:

—Atiéndame ahora, Zulema, porque mañana voy a volver igual: tengo que hacer un cambio. Fíjese —y le mostraba— el dentífrico está todo aplastado. Y no fui yo.

Ella revoleó la cola de caballo al volverse, no sonreía pero casi:

—¿Lo lastimaron?

—Apenas, un diente flojo.

—Va a tener que ir al dentista.

—No —y Etchenike se tocó la boca—. Basta de consultorios por hoy.

Trapos sucios

Recién a las dos cuabras Etchenike recuperó algo de lo que había invertido en credibilidad poniendo la cara. Le explicó a Zulema que su trabajo no consistía exactamente en esperar chicas a la salida y en hacerse pegar, pero que si había que hacerlo, lo hacía. Ella reconoció que al menos eso lo hacía bien.

—Menos mal —dijo él.

Zulema tenía cara de que le habían pegado bastante, pero también de que al menos últimamente pegaba ella primero.

—¿Y qué más hacés?

—Pregunto y pregunto. Vuelvo a preguntar.

—Otra vez con eso.

Cruzaban Córdoba cuando Etchenike dijo al fin:

—¿Leyó lo que le pasé?

Se dio cuenta —acaso ambos se dieron cuenta— de que la trataba de usted como quien se pone guantes para tocar algo frágil. O para manipular ácido.

Pero ella no:

—Sí, lo leí todo.

Admitió que incluso había leído algo más, había seguido el caso.

—¿Y?

—No sé qué querés vos. El tipo que lo hizo confesó y está muerto —concluyó.

—No confesó, Zulema. Porque no fue él, no pudo ser.

—¿Y quién fue? Mi hermano no.

—Claro que no.

Etchenike ya se lo había dicho. Una vez más le dio su versión compendiada de los hechos o, mejor, su crítica a la versión oficial de los hechos. Pero no era fácil así, caminando por la calle, entre la gente y los ruidos.

Ella asentía pero le costaba seguirlo.

—¿Quiere que tomemos un café? —le propuso él, equívoco galán maduro.

—No tengo tiempo. Otro día.

—Para otro día no tengo tiempo yo, Zulema.

—Tengo que ir a buscar al Diego. Sale y media.

—¿No sabe volverse solo?

—Yo no lo quiero dejar solo. Mejor andate.

Estaban en la esquina de la lavandería.

—¿Por qué?

—Tenés olor a policía... —dijo como para echarlo—. No te ofendás, viejo, pero tenés. Si te ve conmigo se va a escapar y no quiero que pase de nuevo. Tiene que conservar el laburo.

—Si es por el olor, puedo decir que vengo a dejar ropa sucia —el veterano se señaló el traje—. Necesita una lavada después del último maltrato.

—No te sirve, ahí trabajan con hoteles, restaurantes... Y no jodás con mi hermano. Está un poco loquito pero es buen pibe el Diego.

Etchenike sabía por el gallego que el menor de los Cabeza, con quince apenas cumplidos, ya se había pasado un par de años en el correccional. Y la hermana no quería que volviera.

—No miente como el otro —supuso el veterano.

—Miente también, pero peor.

—¿Qué cosas dice?

—No te gastés —dijo ella casi de lástima—. No van a decir nada. Se protegen entre ellos. Antes era para salvarse de las palizas de mi viejo; ahora, para zafar.

—¿Y a quién cubre el Toti esta vez?

Ahí sí Zulema se fastidió:

—¡Pero vos sos boludo, que no entendés lo que te digo! —le gritó—. ¡Yo no lo sé y vos menos lo vas a saber! ¡Rajá de acá!

La chica se alejó mientras gritaba. La gente se daba vuelta, una dama con perrito meneó la cabeza ante el triste espectáculo público. Etchenike quedó unos pasos atrás y se acercó para hablar:

—Las armas no se encuentran, Zulema: se compran o se roban —argumentó por lo bajo y con lo último que le quedaba.

Ella se volvió, pareció por un momento dispuesta a terminar con todo eso:

—Está bien, ponete que sí —dijo en el mismo tono ahora contenido y muy cerca de su cara—. Alguien trajo el arma a casa y el Toti la usó. Listo. Si la versión del Toti es una pelotudez para tapar a alguno de los tipos de mierda con los que se junta, la del Diego es peor...

—¿Qué te dijo?

Ella miró para todos lados y habló de una vez para sacárselo de encima:

—Que la había encontrado él y que se la había dado él al Toti.

—¿Y por qué iba a decir eso?

—Para cubrirlo, porque el hermano es su ídolo. Por eso, boludo.

Etchenike sintió que hacía mucho que no lo insultaban tanto, tan sistemáticamente y con tanta razón.

—¿Y no puede ser al revés?

—¿Cómo?

—Que diga la verdad, y que el grande mintió para cubrir al chico...

—Toti también puede haber dicho lo que le dijeron que diga...

—¿Sabe algo de eso? ¿Quién le dio letra?

Pero Zulema no lo oía:

—Ahí viene. Andate ya.

Etchenike, literalmente, dio un paso al costado.

Se supone que Diego Cabeza venía, pero no se lo veía venir. La voluminosa bolsa de ropa que portaba en el canasto delantero de la bicicleta impedía ver algo más que el flequillo oscuro, y difícilmente le permitiría ver a él. Sin embargo subió la bici a la vereda con un hábil golpe de muñeca y frenó a un metro de la puerta.

Saltó, descubrió a su hermana y dijo:

—Hola, Zule. Entrego y salgo.

Y se mandó para adentro de la lavandería con la bolsa al hombro.

—Lindo pibe —dijo Etchenike. Y sobre el pucho—: ¿Dónde le dijo él que encontró el arma?

—Ahí.

—¿Ahí?

Zulema agitó la cabeza, casi se disculpó por lo que iba a decir:

—Entre la ropa para lavar. Dice que fue a retirar un pedido y ahí estaba, entre las sábanas o los manteles...

—¿Eso dijo?

—Cuando lo agarraron al Toti, yo decía: pero de dónde habrá sacado un arma ese pelotudo. Y entonces él inventó eso. No sé por qué...

—Y no se fijó en el cliente —el veterano espiaba a través de la vidriera, campaneaba canastos y máquinas, parvas de ropa—. ¿Qué más le dijo, Zulema?

Ahí ella reaccionó otra vez, le tironeó el saco, lo apartó:

—Andate, que no te vea —y lo dio vuelta, lo empujó—. Ni te acerques a mi hermano. Andate ya.

—Está bien, está bien... Gracias igual.

Y Etchenike se fue replegando estratégicamente hacia la esquina, se perdió entre la gente.

Cruzó la calle, entró a un café a hablar por teléfono y llamó a su hija. Susana le dijo con tono de conspiradora que René Famularo lo esperaba en la puerta del cine Lorca a las diez menos cuarto, que fuera muy puntual y que ella lo reconocería. Agradeció calurosamente la gestión. Después llamó a la oficina de Quotamar. Tony García estaba ahí todavía. Mientras el gallego le contaba las alternativas de sus tres comunicaciones con Montevideo a costa de los vendedores de ilusiones marinas, el veterano vio pasar por la vereda de enfrente y de izquierda a derecha a los hermanos Cabeza: iban muy juntos, el brazo de Zulema sobre el hombro flaquito y movedizo de Diego.

—En principio, Morosoli es un escritor —aseguraba Tony repentinamente erudito—. Juan José Morosoli.

—Muy bueno, ya sé: un cuentista del interior —corroboró Etchenike—. Pero seguro que no es ese Morosoli el que nos interesa.

—Fue el primero que tu amigo el periodista me nombró cuando llamé.

—Fue un chiste de Varlotta, una joda. A veces suele...

—Y un chiste mío también, Julio. Hay que amenizar el trabajo.

—No amenices: ¿qué más?

Etchenike sintió que su compañero resoplaba del otro lado de la línea.

—También hay un abogado criminalista y un taller mecánico en Maldonado: Morosoli, chapa y pintura.

—Ése.

—Eso fue en la tercera llamada, hace un momento nomás, después de que Varlotta consultó el archivo. Los del taller hace unos años quedaron salpicados en una serie de robos de autos. Afanaban coches caros de póliza muy alta, los escondían y negociaban con la aseguradora por menos cantidad. La banda estaba formada por piratas del asfalto, tipos de adentro de la compañía y empleados del taller.

—¿Te dio nombres?

—No.

—¿Hasta qué hora se queda Varlotta en el diario?

—Me dijo que hoy le toca cerrar: hasta bien tarde.

—Y de Sayago qué se sabe.

—Sigue adentro, pero te llamó Macías.

—Quiere decir que el Negro no habló, gallego. Un día más le va a aguantar, supongo. Hay que apurarse.

—¿Qué querés que haga?

Se hizo un breve silencio:

—Andate a Montevideo esta noche —dijo Etchenike.

—No tengo plata.

—Sacá todo lo que hay en la cajita del estante de abajo, al lado de mi cama.

El gallego no contestó.

—¿Me oíste?

—Sí.

—Te vas a Montevideo y te hospedás en el residencial Obdulio, en la ciudad vieja. Quedate ahí, que Varlotta te va a llamar o te va a ir a buscar mañana a mediodía. ¿Entendiste?

—Sí.

—Es probable que te sigan. No te calientes.

—Sí. ¿Qué hago con la oficina?

—Prendela fuego, ya no sirve. Suerte.

Cortó.

Entró cuando el Laverap estaba por cerrar, la cortina enrejada a media altura. Se agachó y pasó. Había dos empleados rezagados detrás del mostrador: una chica más lejos, que lidiaba con las máquinas enfiladas, cargaba y descargaba canastos de ropa blanca; y un flaco de granitos más cerca, que planchaba los billetes de la caja, cerraba las cuentas del día. Le dieron poca bola. Ninguna, en realidad.

Etchenike se entretuvo un momento con la lista de precios pegada con cinta scotch a una columna pero nadie le preguntó nada.

—Una consulta —dijo.

—Está cerrado —dijo el de la caja sin dejar de contar.

—Estoy inaugurando esta semana un hotel alojamiento en la zona y quiero contratar el servicio.

Ahí sí levantó la mirada el miserable.

—¿Cuántas habitaciones?

—Veinticinco.

—¿En dónde?

—Arenales y Ayacucho —creyó recordar el veterano—. El que era La Manzana... Ahora va a ser The Wild Dust, otra categoría. Nivel internacional, todo remodelado.

—Ah.

—¿Cómo es el servicio?

—Recogemos y entregamos todos los días, de lunes a sábados, al mediodía. Ropa de cama y de baño: sábanas, fundas, colchas, toallas, en fin, lo usual.

—Color y blanco.

—Color y blanco.

Etchenike pareció meditar, dio un paso lateral y se asomó por encima del escritorio a mirar una larga lista de clientes, con teléfonos y direcciones, clavada con chinchas sobre un bastidor de corcho adosado a la pared.

—Ah... Veo que trabajan con otros rubros: hoteles, restaurantes, confiterías... No es lo mismo lavar un mantel que una sábana. El tipo de manchas...

—Tenemos mucha experiencia y una buena cartera de clientes. En su rubro, señor...

—Cotín, Alberto Cotín.

—Tenemos cuatro hoteles alojamiento en la zona, señor Cotín.

—Yo creo que se está cogiendo mucho por acá —dijo el veterano mirando para otro lado.

—¿Eh?

—Hablemos de números.

—¿Qué volumen calcula? —dijo el de granitos.

—No soy bueno para los cálculos... A ver, présteme una birome... Permiso...

Etchenike agarró una boleta olvidada sobre el mostrador y empezó a hacer cuentas en el reverso:

—Digamos: veinticinco por... ¿cuántos turnos podemos meter al día por habitación? Cinco, seis... Viernes y sábado hay que calcularle un treinta por ciento más...

—Eso se va viendo... —acotó el otro.

—En fin. Hágame un estimado... Lo llamo mañana al mediodía. ¿Tiene una tarjeta?

El flaco no tenía a mano, se agachó bajo el mostrador, rebuscó un momento, encontró una y se la alcanzó.

—Gracias.

Etchenike la leyó, saludó y salió encorvado. El tipo lo acompañó y cerró detrás de él. Lo vio parar un taxi.

La chica que venía del fondo fue la primera en darse cuenta, descubrió el parche más clarito

sobre el corcho:

—Fíjate Rubén: se llevó la lista de clientes ese pelotudo... Reclamásela mañana.

Eran más de veinte. Mientras repasaba la columna de posibilidades hundido en el asiento de un ruidoso Di Tella, el veterano se dio cuenta de que había tomado un taxi sin tener a dónde ir —y había dado, como un caballo de lechero, la dirección de la oficina—, sólo para escapar cuanto antes y más lejos del flaco de granitos y del autoritario olor del apresto. Desalentado, se arrepintió por un momento de no haberse quedado a apretar al pequeño Cabeza fabulador. Algo hubiera sacado. O no: esa Zulema era una fiera.

Volvió a la lista anárquica y seguramente inútil, una serie de direcciones de Barrio Norte y de nombres que le decían poco —hotel Princesa, confitería Covadonga, restaurant La Tranquera— o no le decían nada, como *Rodríguez* o *Sindicato*, y se lamentó por su frágil, agujereada memoria. Zulema había dicho *entre las sábanas* o *entre los manteles*. O no había hablado de eso, o había abierto las dos posibilidades. No sabía, no se acordaba.

El taxi se asomó a la plaza Congreso por Paraná. Atardecía y dentro del Di Tella ya se veía poco. Él era el que veía poco, en realidad; cada vez menos. Y no iba a pedir que le encendieran la luz interior, como a una novia.

Doblaron por Hipólito Yrigoyen y entonces alcanzó a leer, sobre el final de la lista, un nombre que le había pasado inadvertido: El Cisne.

—El Cisne —dijo.

El tachero se dio vuelta, algo había oído:

—¿Acá, señor?

Etchenike lo miraba y no le decía nada.

—¿Lo dejo acá? —insistió el tipo.

—No, no, espere... —y ahora el veterano leía asomado a la poca luz de la ventanilla, confirmaba, recordaba, ahora sí—: Volvamos, por favor. A Marcelo T. de Alvear y Montevideo, El Cisne.

—¿Se olvidó algo?

—¿Algo? Casi todo.

A esa hora decadente la confitería El Cisne reunía entre su clientela —intercalado con las parejas de trampa o de rutina matrimonial para ir al cine con descuento— un seleccionado de viejas bacanas que tomaban té con masitas de a pares, tríos, sumaban fácil un promedio los dos siglos por mesa.

Etchenike, que no pertenecía a ninguna de esas especies clásicas del tiempo y el lugar, se sentó sin complejos en una mesa junto a la ventana de Montevideo, pidió un fernet con ingredientes y la dirección del baño:

—Al fondo, a la derecha —dijo el mozo de casaca borravino como quien devuelve una pared sin mirar.

Y allá fue el veterano, sin apuro aparente, entre las pobladas mesas de mantel y florerito. Desde la barra, el mozo lo vio pasar y estuvo a punto de corregirle la dirección cuando dobló al

revés al fondo del pasillo, se fue a la izquierda, enfiló para la cocina, rebotó después de algunos segundos, y se volvió confundido, absorto y sin mear.

—Se me pasó, no tengo ganas —se vio obligado a explicarle.

El mozo levantó las cejas, no dijo nada.

Tampoco dijo nada cuando le dejó el fernet con hielo y soda e ingredientes que ni tocó; ni cuando el veterano parroquiano permaneció en silencio más de una hora mirando por la ventana. Sólo fumó media docena de cigarrillos, hizo anotaciones en una libreta y volvió un par de veces más rumbo al baño, siempre con resultado negativo.

A las nueve y media pasadas, cuando ya estaba raleado el ambiente, Etchenike miró el reloj, se empinó el aguado fernet con dos saques de maníes, dejó propina generosa y se fue sin mear.

En el Lorca Uno daban una comedia francesa con Belmondo. Esa no. En el Dos, una de Costa Gavras en que —había oído— la gente discutía a la salida. Tampoco. Y en el otro, el *Conan* de John Milius. Ahí sí, tal vez. Si no le hubiese caído tan mal el forzudo del apellido impronunciable y no hubiera estado metido en el quilombo en el que estaba, por ahí entraba, porque justo era la hora del cambio de sesión.

Había mucha gente de ida y vuelta, entreverada. Supuso que no tenía que hacer nada, ser uno más. Lo hizo. Se quedó en el cordón de la vereda esperando sin saber a quién. Él era el que debía ser visto; René Famularo no tenía cara.

—Soy René —le dijeron al lado.

—Hola —dijo.

La chica no tenía cara pero tenía pelo, un pelo rubio que Etchenike ya había visto de perfil. ¿Dónde? De algo tenía que servir la atávica costumbre de mirar mujeres.

Pero ella no le dio tiempo:

—Tome —dijo.

Y se entreveró otra vez en el montón. Relojeó lo que le había dejado entre los dedos. Era una entrada, fila catorce, butaca ocho para la de Costa Gavras.

Faltaban cinco minutos. Pensaba en ella, la buscaba de memoria. Hizo la cola sin verla, entró sin verla, se sentó sin noticias. Pasaron los avances de la de Belmondo y de la de Conan. Etchenike tenía asientos libres a ambos lados y miraba a los costados como un puto a la expectativa.

Con los títulos se sentó a su izquierda un pelado. Nada. Recién al rato de empezada la película, con Ives Montand de anteojos negros y mal subtulado, sintió un toquecito en el pie, a la derecha. Era ella. El perfil de ella sentándose en la semioscuridad.

La sacó al momento:

—Estabas ese día en El Notario, con Gómez Guiñazú —le dijo bajito al oído.

Ella se volvió para mirarlo, asintió, le brillaron los ojos en la penumbra:

—Él iba a venir conmigo pero no apareció. Creo que se lo llevaron, Etchenike —susurró, aspiró, hizo un ruidito húmedo, le puso un sobre abultado o paquete pequeño en la mano—: me dejó esto para usted, úselo con cuidado. Y no se quede acá, es peligroso.

—Tranquila —dijo Etchenike y se metió el paquete dentro del pantalón, bien abajo.

Quedaron así. Ella se concentró en la pantalla y en los fluidos de su nariz; él, en los ominosos

alrededores. Por un par de minutos no pasó nada.

De pronto el pelado que estaba a la izquierda de Etchenike se levantó y caminó hacia la salida. El veterano metió la mano en su bolsillo, sacó algo y sujetó el brazo de ella:

—Quieta —la retuvo—. Quedate acá y usá esto, ya.

Le dejó su encendedor y salió tras el tipo.

No llegó muy lejos. Cerca de la puerta, alguien de punta de fila estiró el pie y lo hizo trastabillar. Etchenike rodó un par de metros con mucho ruido.

—¡Fuego! —gritó desde el piso—. ¡Se quema el cine!

—¡Fuego! —oyó que gritaba ella desde la catorce.

Antes de que lo pisaran veinte pares de pies alcanzó a ver, entre la gente en tropel, el humo incipiente, alguna llamita...

—¡Fuego! —volvió a gritar, se enderezó como pudo—. ¡Dejen salir!

Y ya no estaba solo en la histeria que saturaba los pasillos de gritos.

Cuando encendieron las luces prácticamente no quedaba nadie sentado. Ives Montand y Romy Schneider se desdibujaban en pantalla y René Famularo no figuraba en la escena ni como actriz de reparto.

En el *hall* había mucha gente y rumores de atentado. En la vereda, certezas de falsa alarma, versiones de amenaza de bomba. Los cantos de sirena de los bomberos llegaron tarde pero antes que un par de desgastados patrulleros. Los canas se bajaron y por las dudas se dedicaron a dispersar a la gente. El interés se trasladó a la discusión con ellos. Etchenike los miró de lejos, no volvió a ver al pelado. Optó por no acercarse a la polémica ventanilla a reclamar por su entrada mientras escuchaba que el espectáculo debía continuar. Estuvo de acuerdo. Tuvo, ahora sí, repentinas ganas de mear en diferido y se metió en el baño.

Había un par de comentaristas de mingitorio pero él siguió hasta el fondo. Eligió el privado más lejano a la puerta, colgó el saco, se bajó los pantalones, peló el paquete oculto y se sentó. El apretado sobre de papel madera —al fin veía lo que se había guardado a ciegas entre los huevos — contenía una carta y un cassette.

La carta, escrita a máquina y a doble espacio —sin duda en una Lettera portátil, según denunciaban las irregularidades, la desprolijidad del tipeo—, ocupaba una hoja tamaño oficio utilizada de ambos lados y tenía un tono y una formalidad documentales. Tras el lugar y fecha, *el abajo firmante*, Gustavo Gómez Guiñazú, argentino, soltero, L. E. 5.507.453, de profesión abogado (UBA), con domicilio personal y comercial en el departamento de la calle Maipú que Etchenike conocía, declaraba bajo juramento la veracidad y el valor testimonial del contenido del *documento fonomagnético adjunto*, donde *consignaba* todo lo que en su momento no había *referido* respecto del episodio que terminó con la muerte del Mauro Peratta. *A todos los efectos del caso*, designaba al *portador de la presente* —Julio Argentino Etchenique (A) *Etchenike*, de profesión investigador privado—, depositario de su testimonio, primero para que lo conociese, y luego para que lo hiciera llegar en el momento oportuno ante quien considerara útil y necesario para el esclarecimiento de la causa. Aclaraba a continuación el doctor Gómez Guiñazú que razones de fuerza mayor —*el riesgo cierto que corría su vida a manos de la represión ilegal de gobierno de facto, debido a su militancia profesional consecuyente en el defensa de los derechos*

humanos— hacían necesario que utilizara este medio inusual que esperaba, sin embargo, resultara eficaz para dar a conocer su testimonio.

Y a continuación, para cerrar y sin abandonar ese lenguaje florido y leguleyo que al veterano no dejaba de provocarle cierta equívoca ternura, Gómez Guiñazú manifestaba que el contenido de *la declaración grabada en el cassette adjunto* sustituía/anulaba toda otra declaración anterior, suponía su única versión legalmente válida de la experiencia que, como testigo indirecto de la muerte de Mauro Peratta, pudiera en un futuro serle requerida, *incluso “in absentia”*. Al final, sello y firma.

Golpearon a la puerta.

Etchenike se sobresaltó, estrujó la carta y se limpió el culo.

—Ocupado —dijo.

Apretó el botón.

Se quedó quieto y alerta un par de minutos y salió. El golpeador no era cana sino sólo un apurado más, sobreviviente del falso incendio, tardía diáspora del pánico, apenas un recagado ejemplar que ahora se lavaba las manos y miraba de reojo. Como él mismo, pensó Etchenike, sin ir más lejos del espejo común descascarado.

Dejó salir al otro, quedó sólo un momento juntando ánimo y después de despedirse del espejo, munido del cassette con el testimonio sin duda clave del malogradísimo Gómez Guiñazú ya sin carta explicativa, haciéndose el tonto, el veterano apretó dientes y esfínteres y salió al *hall* del cine, a la calle y a la noche porteña como quien se le anima a un campo minado.

Corrientes estaba toda abierta todavía. Mejor. Caminó sin apuro ni sobresaltos dos cuabras hacia Callao parando en todas. Nadie lo seguía, nadie se demoraba a sus espaldas o cruzaba de vereda a su paso. Entró en un par de librerías y en la disquería más grande estuvo un rato revolviendo los cassettes en oferta, una mesa en que se enfilaban las cajitas por género, por intérprete. Eligió los *Grandes éxitos de Tránsito Cocomarola*, *Boleros de siempre*, por Javier Solís y *Lo mejor de D'Agostino-Vargas* y se los hizo envolver para regalo.

Era casi medianoche cuando discó el número de Susana desde el público de La Academia. Se disculpó pero su hija alerta y vigilante le confirmó que René Famularo había llamado un rato antes para avisar que estaba bien.

—¿Qué más te dijo?

—Nada más. Acordamos eso, que cuanto menos sepa, mejor.

—Claro. Necesitaría hablar con ella.

—Ella también: me dejó un número para que la llames mañana.

Tomó nota.

—Ah, y que sos un capo —agregó Susana—. Eso me dijo.

—Mirá vos.

Etchenike sintió que estaba recuperando inesperado terreno en el campo de la estima familiar. Lo aprovechó:

—Y haceme un último favor, nena: te voy a dar un número de Montevideo; es un diario. Llamás ahora, que no hay demora, pedís por Mario Varlotta y le decís, de parte mía, que me busque a partir de medianoche en el hotel Mediterráneo. Él tiene el teléfono. ¿Entendiste?

—Sí, papá. ¿Te vas a quedar ahí?

—No sé, veremos. Pero de esto también olvidate.

Le mandó el beso de buenas noches y cortó.

El Mediterráneo

Filomena, la dueña del hotel Mediterráneo —una docena y media de piezas sin sol ni estrellas a cuadra y media de la plaza Lorea—, era una vieja amiga de Sayago. Viuda del *Martillo* Ferreyra, un entrenador de boxeo con el que había estado casada muchos años, lo conocía al Negro de la época en que todos eran jóvenes y la modesta pensión Congreso —tal el nombre por entonces— era uno de los aguantaderos habituales para los boxeadores del interior que llegaban, como él, a probar suerte en la Capital. Con el tiempo, aunque sobrevivían un par de fotos de hombres con guantes y pantalón corto y algún banderín descolorido en las paredes de la recepción, la fauna se había diversificado. Ni entre los contados pasajeros —parejas del interior en vacaciones de invierno, fugaces comisionistas— ni entre los pensionistas habituales figuraban pibes de nariz achatada. Había en cambio empleados de pizzería, un mozo de El Molino, chicas de una whiskería de la vuelta, estudiantes crónicos y hasta algún periodista.

Hacía unos meses nomás, después de un episodio en que terminó con media oficina destruida, Etchenike había recalado un par de semanas en el Mediterráneo por cercanía y por recomendación del Negro. Desde entonces, cada vez que necesitaba un domicilio alternativo se instalaba en el hotel. Nadie —empezando por Filomena— preguntaba nada.

Tampoco esa noche. En la radio encendida de la recepción sonaba el chamamé.

—Está libre la cuatro, que tiene baño —dijo el encargado nocturno bajando el volumen.

Martiniano era un morocho correntino de peinada ornamental que atendía el negocio y —se suponía— a la dueña por las noches.

—Está bien —dijo Etchenike y agarró la llave.

—Filomena no está. ¿Te vas a quedar mucho?

—Un par de días... —hizo una pausa—. Supongo que en un rato me van a hablar por teléfono.

—Te aviso.

Martiniano volvió a subir el volumen y el veterano se alejó unos pasos. Pero volvió:

—¿No me podrías prestar un grabador? —y puso los tres cassettes y algo de dinero sobre el mostrador—. Un rato nomás. Me los acaban de regalar y quería escuchar algo antes de dormir.

Sobre todo el de tango; el de chamamé te lo dejo, si querés, que a vos te gusta.

El encargado evaluó un momento los *Grandes éxitos de Tránsito Cocomarola*, se volvió hacia un pequeño mueble de dos puertas a sus espaldas y sacó un grabador negro del tamaño de una caja de zapatos, con manija.

—Es de Salazar, el estudiante de Medicina. No te lo quedés.

—No hay cuidado.

Estaba tirado de espaldas sobre la cretona de la cama sin abrir escuchando por segunda vez la cinta de Gómez Guiñazú cuando Martiniano le tocó la puerta:

—Etchenike, te llaman de Montevideo.

—Voy.

Salió y cerró con llave.

—¿Hablás solo o me pareció? —dijo el otro.

—No, me hablan a mí. Pero yo no les contesto.

—Ah.

El informe de Mario Varlotta, en caliente desde la redacción del diario y con los archivos en la mano, le confirmó que tres años atrás, entre los detenidos por la maniobra con los autos robados y las negociaciones con las aseguradoras, habían estado, además de otros nombres que desconocía, los hermanos Ignacio Tabaré y Hugo Timoteo Barboza, ambos con cargos menores.

—Nacho y Tucho —dijo Etchenike con satisfacción.

—Eso es: dos de Los Paisanitos, como vos querés —confirmó Varlotta—. Se supone que habrán cumplido condenas leves. Ahora estaban haciendo buena letra... Bah, laburando en lo suyo, así que me extraña. ¿De dónde sacaste que estos tipos y el taller de Morosoli están implicados en lo de Müller?

Etchenike le contó, sin detalles de las circunstancias, que el mismo Tucho le había pasado, acaso de mala gana, el dato. Y le mencionó a Armonía, su fuente exclusiva. Al recordarla no pudo dejar de pensar en Sayago, en el aguante del Negro. Y en cadena se acordó de otra cosa:

—¿Walt Whitman existe?

—¿El de *Leaves of Grass*? —Varlotta escribía policiales pero antes que nada escribía a secas, por eso sus primeras referencias eran siempre literarias.

—Walt Whitman Gandolfo, el comisario.

—Sí. Parece joda pero es. Esas cosas, esos nombres, sólo pasan acá.

—Bueno: ése está en la pista que te digo. Recurrí a él, si tenés contacto. Pero se están moviendo con mucha cautela, porque quieren saber quién está detrás. Se supone que fue un encargo.

—¿Alguien de ahí?

—Sí. De acá, de Buenos Aires. Pero yo sé que les pagaron allá, antes de venir.

Y le explicó —por si no había seguido en detalle— el desarrollo del caso Peratta y los vínculos posibles con el episodio de Müller.

—¿No está cerrado eso?

—No. Y sobre lo de Müller, habría que confirmar qué coches entraron al taller de Morosoli en estos días, a ver si alguno coincide con el del ingeniero. Él dice que hizo la denuncia, así que no puede ser muy difícil, si se quiere.

Se hizo un pequeño silencio en la línea:

—¿Sabés qué hora es en el río de la Plata?

—La una menos cuarto.

—Bueno. Soy periodista y ahora tengo que cerrar este pasquín, Julio. Mañana hablamos.

Etchenike no registró la ironía:

—Mañana no me hables a mí —precisó, imperturbable—. El gallego Tony García, que trabaja conmigo, va a estar ahí, en Montevideo, en el residencial Obdulio de la ciudad vieja. Le dije que te ibas a contactar con él a mediodía. Ayúdame.

—Veré qué se puede hacer —y ahora Varlotta era el que se hacía el distraído—. ¿Pero sabés qué?

—¿Qué?

—Ustedes se creen que esto es un pañuelo, que el Uruguay es un patio, que todo está cerca.

—¿Y no es así?

—No. ¿Sabés cuántos kilómetros hay de Montevideo a Maldonado?

Etchenike apartó preventivamente el tubo y dijo bajito:

—¿Tres mil?

—¡La puta madre que te parió!

—Hasta mañana.

Y cortó con un suspiro.

Martiniano, acodado, había estado oyendo la charla; incluso le habían llegado casi sin querer las duras réplicas orientales:

—¿Algún problema?

—Todo bien —aseguró el veterano—. Aguantame hasta mañana con el grabador. Me voy a dormir.

Volvió a la pieza y antes de apagar los miserables cuarenta kw de la lamparita se dedicó a completar su cassette artesanal, le puso su propia voz asordada al lado B de las declaraciones de Gómez Guiñazú. Estuvo un buen rato con eso. Cuando terminó supo que era tardísimo. Sacó el cassette, buscó primero en el ropero y después en el baño pero no encontró un lugar para esconderlo que lo conformara.

Entonces juntó agua caliente en el lavamanos, agarró el cassette de Javier Solís, lo sacó de la cajita, y después de pedirle mentalmente disculpas, lo metió en el agua, lo dejó ahí. Media hora después las etiquetas de ambos lados se habían desprendido. Las puso a secar entre las hojas de una *Crónica* sexta y se acostó.

Con el revólver bajo la almohada y la cinta en su escondrijo original pasó la peor de sus noches en mucho tiempo. Se despertó a las tres, miró el reloj otra vez a las cuatro menos veinte, se levantó a mear a las cinco y cinco. Ahí aprovechó para recoger las etiquetas, que estaban apenas húmedas. Las secó un poco más al calor de sucesivos fósforos y después se las pegó con jabón al cassette de Gómez Guiñazú. El lado A, que empezaba con *Escándalo*, para las declaraciones del abogado; y se reservó modestamente el B, el de *Sombras nada más*, para las suyas. Guardó el cassette en la cajita del viril cantor de boleros, dejó todo sobre la mesa de luz y recién ahí se durmió.

Soñó que estaba en un cuarto de hotel que no era el Mediterráneo sino uno mucho más grande pero igualmente incómodo. Había tres camas individuales puestas en forma de molino, como aspas de molino, con las cabezas en el centro y los pies para afuera. Amanecía, él se levantaba de

la cama, se asomaba a la ventana y veía montañas. Entonces comprendía que estaba en Córdoba con Teresa y Susana chiquita, que dormían en las otras camas. Sabía que tenían que salir de excursión pero le parecía que no valía la pena despertarlas tan temprano, que había tiempo. Entonces iba al baño a afeitarse y se veía en el espejo. Era muy joven. De pronto empezaba a escuchar un llanto. No venía de la pieza sino del otro lado de otra puerta que también daba al baño. Abría esa puerta y era un cuarto igual al de ellos, pero con cuchetas vacías. La que lloraba, de espaldas, mirando por la ventana hacia las montañas, era una mujer muy chiquita, no más alta que una silla. Él sabía que esa mujer chiquita era Diana, Diana de grande, pero no se animaba a acercarse a consolarla porque se iba a asustar mucho. Entonces le hablaba de lejos, pero bajito. Tenía miedo de que si gritaba más despertaría a Teresa y Susana y era muy temprano todavía. Ella seguía llorando y él le preguntaba por qué y ella le contestaba sin darse vuelta que lloraba porque su papá se iba a morir. Y él se sentía bien porque podía hablar con ella sin que se asustase. De pronto se oían ruidos a sus espaldas y él se daba cuenta de que se estaban despertando Teresa y Susana y él no iba a saber decirles qué hacía ahí. En ese momento la mujer chiquitita se daba vuelta y era Hilda vieja y con cara de loca, que le sonreía.

Ahí se despertó.

No tenía ni con qué lavarse los dientes. Se borroneó fuerte la cara con agua fría, volvió a ponerse ropa demasiado trajinada y salió a desayunar sin cruzarse con nadie. Ni Martiniano ni Filomena. Compró el diario y fue a leerlo a Los 36 Billares.

Tenía hambre y se comió las tres medialunas antes de terminar el café con leche. Tardó mucho más en llegar a la sección policiales. No quería llegar. Pero la noticia lo esperaba y lo alcanzó en la página 34, abajo. Había un error en el nombre, pero era él. El tono casi burocrático de los partes represivos y la redacción culposa que hilvanaba frases hechas no conseguía enmascarar el horror.

Fue al teléfono, puso una moneda y discó el número que le había dado Susana. Atendió ella, René Famularo:

—Sí, es él —le confirmó—. Sabía que le podía pasar. Era cuestión de días.

—¿Lo viste?

—La última vez estaba en el Güemes internado, y me echó. —René hablaba de Gustavo Gómez Guiñazú con una cansada, dolorida lejanía—. Después me mandó la cinta por correo y hablamos un par de veces por teléfono. Pero cuando no fue ayer al Lorca...

—Claro.

Hubo una pausa. De pronto ella dijo:

—Yo me enamoré de Gustavo, Etchenike. Estuvimos todos estos meses juntos.

—Claro.

Qué se podía decir después de eso.

—¿Escuchó la cinta? —dijo ella.

—Sí.

—¿Qué opina?

Ahora fue el veterano el que se demoró:

—Que no miente. Y a mí, al menos, me confirma que no fue Peloso...

René no dijo nada y él se sintió extraño, tramposo. En cualquier momento ella se echaría a llorar o lo putearía. Decidió seguir adelante:

—¿Por qué Gustavo no declaró antes lo que sabía?

—Porque para él era un crimen más, un delito común. Y no quería, por eso, involucrarse con la policía.

—Pero sabía quién era Peratta.

—Sí y no. Sólo lo que veía pasar: las minas, que tenía contactos con milicos y curas. Pensó en un ajuste de cuentas.

—¿Y no lo fue?

René Famularo no contestó a eso. Dijo, en cambio:

—Bien muerto está.

Etchenike pensó qué mal muerto estaba Gustavo Gómez Guiñazú.

—Yo no sé qué dice Gustavo en la cinta pero sé lo que oyó y lo que vio —continuó ella, y pareció quebrarse—. No estaba con él esa tarde en el departamento... de pura casualidad.

Etchenike no pudo evitarlo:

—Son demasiadas casualidades.

—Tal vez... —y ahí se recompuso—. Pero yo caí por la oficina de Gustavo porque él me podía ayudar en la investigación de lo de mi hermano. Me vine de México el año pasado sólo para eso, Etchenike. Que Peratta viviera en el departamento de al lado, y que fuera socio del tipo que lo hizo hacer desaparecer a Tito, lo supimos después, cuando lo mataron.

—¿Qué dijiste?

—Lo que oyó. Lo de Saldívar es así.

—¿Estás segura?

—Sí.

Algo se cruzó en la memoria del veterano:

—Y se lo dijiste a Diana.

Otra pausa. Él supo que ella no quería o no podía hablar de eso:

—No se lo dije así, exactamente. En febrero nos encontramos en la fiesta de ex alumnas del Normal de Flores. Hacía mucho que no nos veíamos y discutimos. Sólo le dije que lo de Tito no había sido un error, y que ni su padre ni su socio eran inocentes de lo que había pasado. Tampoco podía ensañarme con ella, Etchenike. Ella fue una víctima también.

—¿Lo sabe?

—Creo que sí.

El teléfono dio señales de que el tiempo se acababa.

—Esto se va a cortar —dijo Etchenike—. Te vuelvo a llamar en un momento, René.

—Ya está, no voy a hablar más.

—Te llamo.

—No. Y gracias por lo de ayer, en el cine.

La comunicación se cortó.

Etchenike fue a la caja y negoció un puñado de monedas. Volvió al público. Discó y nada. Intentó otra vez. Nada.

René Famularo no volvió a contestar. La imaginó junto al teléfono mirando hacia un costado. No podía hacerlo de otra manera: se dio cuenta de que nunca la había visto de frente. También —si cabía— que la había oído y conocido de soslayo, y que se había despedido de perfil.

Suele pasar con ciertas mujeres, pensó. Con las que se te hacen inolvidables.

Cuando dobló de regreso por la vereda del Mediterráneo lo primero que vio fue su Plymouth estacionado enfrente. No había nadie a bordo. Supuso que los indeseables estarían adentro y entró con alevosas ganas de pelear. No le duraron.

En la recepción, acodado, Sayago charlaba como si nada con Filomena. Pero no estaba solo. Un cana de civil ocupaba uno de los maltratados sillones.

—Se te ve bien, Negro —dijo Etchenike dándole un golpecito amistoso en el brazo—. ¿Te sacaron a pasear?

—Algo así —y Sayago cabeceó hacia el fondo—. Está adentro.

—¿Quién le dio la llave?

Filomena miró para otro lado. La seguridad del hotel Mediterráneo dejaba mucho que desear.

Desde la puerta abierta, Etchenike comprobó que el Colorado Macías había tomado activa posesión de la habitación número cuatro.

—Te levantaste temprano y dejaste todo desordenado. Acabo de tenderte la cama —le dijo mientras golpeaba la almohada, la acomodaba junto al respaldo.

—Gracias.

La voz de Angelito Vargas sonaba tan limpita como la mañana en el grabador apoyado sobre la mesa de luz:

Yo soy del barrio de tres esquinas / viejo baluarte del arrabal / donde florecen como glicinas / las lindas pibas de delantal.

—¿Desayunaste?

—Sí. ¿A qué viniste?

—Me trajeron. Sayago se portó tan bien que lo dejé salir, pero acompañado. Y él me trajo.

—¿Lo vas a soltar?

—Depende de vos —señaló el grabador en el que Varguitas tomaba mate *bajo la sombra que da el parral*—. ¿No tenés otra cosa para escuchar?

—Como qué.

—Algo, no sé. Más movido.

—Más movido no tengo, ¿unos boleros? —y le tiró para que abarajara el cassette de Javier Solís.

Macías lo cazó al vuelo, lo examinó:

—No, gracias: ya escuché demasiado de esto.

Dejó la cajita con el mexicano de bigotes sobre la mesita y se sentó en la cama. Etchenike se quedó apoyado en la puerta.

—Aguanta bien, tu amigo —dijo el Colorado cambiando de tema—. Se nota que está acostumbrado a hacer muchos *rounds*. Cuando soltó al fin lo de Morosoli, ya era viejo, lo teníamos. Aunque ahora, ya sabés, *todo* es viejo.

—¿Sí?

—Gandolfo me acaba de informar...

—¿Walt Whitman?

—Walt Whitman Gandolfo me acaba de informar que apareció el auto de Müller en Montevideo. Sin un rasguño, impecable.

—Mirá vos.

—Se ve que cuando nos sintieron tan cerca se asustaron —se agrandó el Colorado que sabía

parecer necio, si cabía—. Pero ya está, lo que necesitaba contra Saldívar lo tengo.

—¿Qué tenés?

El inspector Macías comenzó separando el pulgar, lo enarboló:

—Uno. Algo que no puedo usar pero me sirve en la interna: a Peloso lo hizo matar él.

—¿El cinturón era suyo? Es la tercera versión que me proponés.

—No, *la idea* es suya. Tengo escuchas internas.

—¿Y qué más?

Macías separó el índice en ángulo recto respecto del pulgar, hizo un revólver:

—Dos: encontramos, es decir... —el inspector intentó una versión adecuada, tuvo casi un ataque de pudor—. El amigo Walt Whitman, digo, encontró un cheque suyo, de Saldívar, digo... en las oficinas de Morosoli...

—¿Librado por él?

—No, pero es de una cuenta suya.

Etchenike escuchó con mucha atención y aprobó casi con una reverencia:

—Colorado —dijo—, debo reconocer que el Pájaro Saldívar ha perdido algunos puntos probablemente irrecuperables esta mañana. Y no sólo por estas novedades que no lo son, pero...

—Si me decís... —se cruzó Macías.

—¡No espíe para él, no espíe para él...! —recitó Etchenike como una letanía, casi un exorcismo—. Cuántas veces te lo voy a decir.

Macías se levantó, caminó por la pieza, dio vuelta a la cama, volvió. Tardaba en decir algo.

Angelito Vargas hablaba ahora del Yacaré, hacía el elogio irrestricto de un *jockey* ganador, cantaba con voz canyengue y boca torcida un extraño, excesivo poema sentimental a partir de la destreza de Antúnez:

¡Arriba, viejo Yacaré...!

Explota el grito atronador...

Etchenike apagó el grabador con un dedo pesado:

—Mirá qué tango boludo, qué letra pavota... Y lo bien que suena.

—Es la versión —propuso el Colorado.

—Eso. Cómo lo dice él.

—Claro. ¿En serio no tenés otra cosa para escuchar?

El veterano lo miró un momento y dijo repentinamente serio:

—No. Aunque en realidad tendría, te podría dar algo para que escuches, a cambio de que lo dejes a Sayago y que me dejes de joder a mí.

Macías se volvió a sentar y a asentir.

—¿Qué tenés?

—Evidencias, acaso al pedo pero evidencias al fin, de que no fue Peloso el que entró y salió esa tarde del departamento de Peratta... —Etchenike se sentó también él, quedaron enfrentados a ambos lados de la cama—. Tengo el testimonio de Gómez Guiñazú.

—Pero si ese boludo...

El veterano lo acalló con un gesto de impaciencia:

—A ese boludo que vos decís lo mataron ayer. Como a un perro. Así que no digas pelotudeces. Es posta.

El Colorado estiró la mano:

—Si lo tenés, dámelo.

—No. No es justo. Antes soltalo al Negro y dame vos dos días. Sin aprietes ni escuchas ni toda esa mierda. Un poco de respeto. A este tipo lo mataron y yo me rompí el culo durante una semana para conseguir todo eso. Dos días.

El inspector Macías pareció reflexionar: paseó la mirada por el cuarto, meneó la cabeza, suspiró finalmente como si la decisión le costara lo que no valía:

—Llamá testigos.

No fue necesario. Filomena, Sayago, Martiniano, una mucama y Salazar, el preocupado estudiante dueño del grabador, estaban ahí, pegados y pendientes, alrededor de la puerta desde hacía rato.

—En dos días —dijo Etchenike.

—Hecho.

No hubo énfasis ni ceremonias. Los policías —en la puerta habían aparecido un par más, fantasmas de patrullero silencioso— juntaron sus cosas y se fueron. Y poco faltó para que la improvisada platea de curiosos aplaudiera.

Hacia el mediodía, el ritmo del hotel Mediterráneo era el de siempre, las emociones fuertes habían decantado. Etchenike y Sayago tomaban mate en la pieza cuatro, intercambiaban figuritas:

—Los entretuve con la dirección del hotel del Once que les di; ahí pescaron al resto de Los Paisanitos —resumió el Negro—. A Macías sólo le interesa ir contra Saldívar.

—Le va a hacer o ya le debe estar haciendo marca personal. Eso puede ser bueno.

—Cuando descubrió que había sido el Pájaro el que pidió y pagó para que suicidaran a Peloso, se volvió loco. Y ahí adentro no puede hacer nada.

—Ingrata profesión —admitió el veterano.

—Vos sabés de eso.

—Ajá.

—Como en seguida te perdió de vista, al principio tuve miedo de que me boletearan. Ahora me soltó porque te necesita por lo de Saldívar. Y el Mediterráneo pagaba dos pesos. Disculpame.

—No hay mucho margen —admitió Etchenike—. Tenemos suerte de cobrar y pagar con un par de piñas. Todo podría ser peor.

Y le habló de lo que había andado, juntando evidencias entre la ropa sucia de Barrio Norte, y aunque se saltó de pura pena y pudor la referencia a la rubia René, le habló del viejo crimen de Tito Famularo, del nuevo cadáver acribillado en Liniers de Gómez Guiñazú, de su testimonio y de cómo lo había recibido y conservado con el truco de las etiquetas:

—Suerte que a Macías no le gusta el bolero.

—No había riesgo: no le gusta nada que yo le proponga.

—¿Y ahora?

—Tenemos dos días. Creo que va a cumplir en lo de no tocarnos. Pero esta vez no nos va a perder. Mejor así.

—¿Mejor?

—Mejor.

Etchenike se guardó los cassettes de Vargas y Javier Solís abandonados como al descuido dentro de sus cajitas sobre la mesita de luz y buscó el otro, el suelto y sin etiqueta. No estaba. Miró debajo de la cama, en el baño, volvió:

—Se llevó el mojado... —concluyó y se puso a reír—. Negro, no se puede creer: Macías se llevó el cassette mojado... Ya me pareció que aceptaba el trato demasiado rápido. Creyó que nos madrugaba, ¿entendés?

—Qué boludo.

Y se rieron los dos, se rieron un montón, como hacía mucho que no lo hacían.

En ese momento Filomena avisó desde el patio que llamaban de Montevideo. Era el gallego.

—Esto parece *The Thin Man* —dijo Etchenike camino de la recepción, de buen ánimo, casi divertido—. No hago otra cosa que ir de una habitación a otra y hablar por teléfono.

—¿Qué?

—La última novela de Hammett.

—Ah.

El Negro Sayago no era buen lector, no era lector. No leía, bah.

—Hammett tiene tres detectives: primero el gordo de la Continental, que es el de los cuentos y *Cosecha roja*; después Sam Spade, el de *El halcón maltés*, y el último es Nick Charles, el de *El hombre flaco*, "The thin man".

—Ah.

—Las historias del gordo empleado de la Continental son a los tiros, de pura acción y con cadáveres a patadas; Spade y la historia del halcón son perfectos, el detective privado como debe ser, me parece: hay tiros, hay acción, hay personajes complejos, sentimientos. La última, en cambio, parece joda: un investigador bacán retirado que escabía, vive en hoteles de lujo y habla y habla...

—Ah —creyó comprender el Negro—. Por eso te hizo acordar ahora, estando acá, en el hotel. Etchenike echó una mirada en torno.

—Precisamente —dijo.

Y levantó el tubo donde esperaba Tony García.

Llovía en Montevideo. La ciudad vieja en general y el residencial Obdulio en particular no necesitaban precisamente subrayar, adjetivar su natural melancolía. La voz del gallego sonaba acorde a tiempo y circunstancias. Su relato parecía deslizarse a duras penas por un cable telefónico que cabía imaginar atravesando el ancho río de sueñera y de barro.

—Eso ya lo sabemos —le dijo para colmo Etchenike a mitad de sus tardías novedades—. Contame algo nuevo. ¿El auto?

—Lo vi. No sé si es el de Müller.

—Parece que sí, gallego. Por el número de motor e incluso por la chapa, que no la cambiaron.

—Está bien, pero es otro color: era gris o verdecito claro. Ahora este Volvo es borravino. Mucho más lindo te diré.

—Lo pintaron.

—Lo habrán pintado.

El veterano miró a Sayago y le hizo un gesto de rara complicidad.

—¿Y Müller? ¿Lo vas a ir a ver a Müller?

—Esa es otra. Llamé recién y anoche abandonó el hospital. Sin que le dieran el alta, se fue.

—¿Adónde se fue?

—No saben. Y la policía lo necesita.

—Claro.

El veterano hizo una pausa larga y Tony se debe haber sentido solo y abandonado del otro lado de la línea y bajo la lluvia oriental porque dijo:

—¿Qué pasa, Julio?

—Nada, qué va a pasar —y Etchenike sonaba repentinamente enfático—. Que sos un grande, gallego. Un grande.

Volvieron a la oficina en el Plymouth como MacArthur a las memoriosas Filipinas. Se encontraron con Dora en el pasillo y Etchenike saludó al paso a los amigos de Quotamar, también de regreso y desde temprano con la trampera abierta.

—Resérvenme un terreno en ese balneario de nombre piantavotos —dijo.

—¿Playa Bonita?

—No, ahí ya estuve, fui a laburar y me llené los zapatos de arena. Otro.

—Reta.

—Ese. Arbolado y frente al mar.

—¿Cuántas cuotas?

—Quinientas.

—De acuerdo.

Encontraron todo en orden, limpio y ventilado. Etchenike despachó a Sayago a su casa con aviso de retorno a las cinco de la tarde, revisó algunos papeles y se dio el baño largamente diferido. Se estaba afeitando concienzudamente cuando sonó el teléfono. Se sobresaltó y casi se corta.

—Julio, soy Diana.

—Justo te iba a llamar.

—¿Dónde estuviste estos días? No contestaba nadie.

—Por ahí.

—Tenemos que vernos.

—Supongo que sí. ¿Hoy podés?

—¿A qué hora?

—A las seis.

—A las seis. ¿Dónde?

Etchenike se pasó la toalla por la cara, se sacó los últimos restos de crema de afeitar y dijo:

—En El Cisne.

—¿En El Cisne?

—Sí.

Miró la toalla. Tenía una pequeñísima mancha de sangre.

El canto de El Cisne

Cuando Etchenike empujó la puerta de El Cisne, Diana ya estaba ahí. Se quedó quieto y tuvo tiempo de observarla porque ella, aunque sentada de frente, no miró hacia la entrada. Tampoco consultó el reloj. Acodada en la misma mesa que él había ocupado el día anterior, fumaba abstraída, miraba por la ventana. La expresión de sus ojos perdidos pasaba de la furia al desamparo. Sola consigo, como si no esperara a nadie o nada pudiera esperar.

Por un momento el veterano consideró la posibilidad de dar media vuelta, borrarse como una rata. No le hubiera costado nada. En el fondo no tenía ganas de estar ahí. Pero justo ella lo vio, levantó la mano y él sintió al instante cómo ya era otra, una mujer sola y elegante con una sonrisa leve.

Etchenike caminó rápido, se inclinó torpemente hacia su mejilla y le dio un beso a una desconocida.

—Me llamaste —dijo al sentarse.

—Vos estabas por llamarme —dijo Diana.

—Supongo que es igual.

—Había que hablar.

—Claro.

Vino el mozo, que era el mismo de ayer o parecía. Etchenike pidió un cortado y ella otro té. Él sacó un cigarrillo y lo prendió con el encendedor que ella extrajo de la cartera. Echó el primer humo:

—¿Sabés dónde está?

Ella no dijo nada y volvió a la ventana.

—Sé que dejó el hospital —prosiguió él—. ¿Me llamaste para eso? ¿Vamos a hablar de eso?

Diana asintió. Etchenike estiró la mano y la posó sobre las de ella:

—No lo defiendas más.

Ella aspiró fuerte y no retiró las manos ni dijo nada. Sólo las apartó cuando llegó el mozo y dejó los pocillos.

—Nos podríamos ahorrar todo esto si yo pudiera hablar con tu marido. ¿Existe alguna posibilidad?

Ella se encogió de hombros. Etchenike fue al grano:

—No tengo pruebas en términos legales, Diana. Es decir: no hay cómo probarlo, pero hay evidencias fuertes de que tuvo que ver con el asesinato de Peratta.

—Fue Peloso —se cruzó Diana—. Y Peloso está muerto.

—Asesinado.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo.

—No me importa. Fue él.

—No.

Se tomaron un respiro. El veterano dio una nueva pitada y volvió, didáctico:

—No hubo nunca nada firme contra Peloso. Ya te lo dije. No sé qué versión de los hechos de ese día tendrás, pero nadie lo reconoció ni en el edificio ni en el estacionamiento. Todo giró siempre alrededor de Delia, de los papelitos, del tema de los celos. Es cierto que usó el auto, que pudo manotear el arma, que hubo un momento en que anduvo cerca y que tenía un motivo. Pero no se probó que estuvo con Peratta el jueves a la tarde. Y sí que fue hasta Entre Ríos *después* de haber supuestamente cometido el crimen, que es absurdo; tan absurdo como suponer que tiró el arma en la Panamericana...

—El arma...

—El arma nunca estuvo ahí.

Diana fue a decir algo pero se calló. Etchenike la miró a los ojos:

—¿Quién llegó primero el jueves, cuando se encontraron acá para ir al cine?

—Él.

—¿Te dijo de dónde venía o vos sabías qué tenía que hacer Ricardo esa tarde?

—No.

Etchenike suspiró con desaliento.

—Te lo voy a plantear de otra manera: ¿supiste en algún momento que Ricardo había ido a ver a Peratta ese jueves?

Ella no contestó.

—Todo indica que fue, Diana —dijo Etchenike en voz baja—. Me costó media tarde y la experiencia desagradable de apretar a una vieja, Irma, la secretaria, conseguir el dato de que era él, tu marido, quien había hablado con Peratta al mediodía. Arregló ir a verlo, era urgente. Por esa reunión postergó Peratta el viaje con Delia a Mar del Plata y se quedó.

—No hay pruebas de eso.

—Acaso alguien presionó a Irma para que no hablara. Y además, alguien se ocupó de borrar toda huella de esa cita, arrancó la hoja de la agenda de Peratta el lunes mismo que se supo del asesinato, a primera hora.

—Estás inventando.

—Estoy suponiendo con evidencias claras.

Etchenike había llegado a un punto en que no esperaba respuestas; sólo sumaba datos, diseminaba indicios y proponía certezas como quien argumenta con toda la razón y sin esperanzas.

—Hay quien lo vio entrar y salir del departamento de Peratta, Diana.

—¿Quién?

—No importa, pero lo vio. Y hay declaración grabada. Lo vio entrar sin anteojos, salir con anteojos puestos.

—¿Qué querés decir?

—Que Ricardo iba a esa reunión pero no necesariamente con la idea de matar a Peratta.

Diana pareció reaccionar recién entonces:

—Pero vos creés que Ricardo lo mató...

Etchenike levantó las cejas, no dijo nada. Como si todo lo dicho decantara hacia esa única conclusión. Entonces ella comenzó a llorar. Despacio, y pasándose el índice debajo del párpado, como para sacarse una basurita o una pena.

—Y si no lo mató —prosiguió Etchenike—, necesito que me ayudes. Es evidente que sabes mucho más de lo que decís. Desde el principio, y sin evidencia alguna, acusaste a Peloso, incluso a tu padre...

—Fue él.

—Eso fue exactamente lo que me dijiste hace un ratito y lo mismo el lunes a la mañana, ni bien regresaste de Uruguay, cuando pasaste primero por Eternel, a borrar las evidencias de la cita de tu marido y Peratta, arrancar la hoja... —ella suspiró, sacó un pañuelo de la cartera. Etchenike prosiguió— y sin saber nada más que lo elemental afirmaste “Fue él”. Y cuando te pregunté quién me dijiste “Peloso, quién va a ser” o algo así. Pero dejaste flotando una duda.

—En el fondo, vos sabés por tantas cosas que hemos hablado —y estaba tan serena ahora— que mi padre es el responsable de todo.

—Es lo que piensa Macías.

—¿Y vos?

—Yo prefiero ir por partes. O por capas, si querés. Cuando le dijiste a Macías que yo espiaba a Peratta para él, ¿pensabas en eso?

—Sí.

—¿Y qué papel juega tu marido entonces?

—Ricardo es muy débil, muy influenciado, muy vulnerable.

—¿Un instrumento de tu viejo?

—No digo tanto.

—Pero que está dispuesto a hacer algo o mucho por complacerlo.

—Ya te dije. Ricardo es... así.

—¿Por eso lo protegés?

—No sé. Tal vez.

Etchenike vio la oportunidad de entrarle:

—Diana: el veintidós de tu viejo apareció acá.

—¿Acá?

—Acá, en El Cisne. Más precisamente ahí... —y señaló con un golpe de cabeza el pasillo que llevaba a los baños y a la trastienda de la cocina.

—Estás loco.

—Puede ser. Pero si vas al baño vas a ver que al final del mostrador, junto a las puertas de los baños, en el recodo, hay un canasto grande donde se amontonan los manteles, las servilletas usadas, todo lo que se junta en el día para mandar a lavar. Los mozos hacen un bollo y los tiran

ahí, se acumulan de un día para otro. Suele estar lleno, sobre todo a esta hora. Es un lugar estúpido para abandonar un arma, pero...

—Es una idiotez.

—Sí. Hay que ser muy tonto o estar muy asustado para hacer algo así. No puede ser premeditado. Pero fue así, Diana, tengo sospechas fundadas. Dejaron el arma ahí y alguien después se la llevó.

Ella lo miraba incrédula:

—Pero la policía...

—La policía compró o vendió otra cosa, tu viejo compró o vendió también. Yo no.

—¿Por eso me citaste acá?

—Entre otras razones.

—¿Vos decís que Ricardo hizo eso?

—Digo que pudo haberlo hecho. Andá al baño y vas a ver que es perfectamente posible...

—No...

—Andá.

Ella se levantó vacilante y caminó entre las mesas. Etchenike la miró perderse en el pasillo. Tardó en regresar. Volvió como una sonámbula. Parecía apaleada, sobreviviente de un huracán. Se agarraba de los objetos para sostenerse.

—¿Viste?

Asintió con la cabeza. Se sentó.

—¿Querés otro té?

Volvió a asentir.

El veterano llamó al mozo y pidió un té para ella y un fernet para él.

—Igual me parece estúpido —dijo Diana como si completara una larga serie de razonamientos tácitos.

Etchenike no hizo caso:

—Es importante, nena: ¿cuándo supiste vos sola o te dijo Ricardo lo que había pasado? Porque es evidente que a partir de ahí o de otra cosa comenzaste a protegerlo.

Ella lo miró un instante, desvió la mirada durante largo rato al fondo y después volvió a la mesa, a los ojos de Etchenike:

—Acá mismo.

—¿Acá en El Cisne, ese mismo día?

—Sí.

—¿Cómo fue?

Diana estaba, de pronto, absolutamente serena:

—Te aclaro que todo lo que te diga ahora, si querés usarlo o estás grabando, lo voy a negar siempre. Porque yo le creo a él, contra todo lo que digas o supongas.

Etchenike asintió. Eran las reglas.

—Yo no sabía qué iba a hacer él ese día, que tenía esa cita con Mauro. Pero cuando llegué acá él estaba muy alterado, muy nervioso, Julio. Estábamos sentados ahí —y Diana señaló una mesa del fondo, pegada a la pared— y me empezó a hablar bajito y rápido, todo apurado, como un loco. Me dijo que me iba a contar una cosa terrible pero que yo tenía que creerle, que él no había hecho nada. Le dije que confiaba en él, que me contara. Entonces me dijo que había ido a ver a Mauro,

porque habían arreglado una cita, y que le abrió por el portero. Cuando subió le había extrañado encontrar todo abierto y que cuando entró al departamento Mauro estaba ahí, caído, muerto, lleno de sangre.

—¿Caído o muerto? ¿Cómo te dijo?

—Muerto, creo.

—¿Lo tocó para ver?

—No, creo que no. Me dijo que no supo qué hacer, que no tocó nada y que salió del mismo modo que había entrado. Que estaba seguro de que nadie lo vio.

Se calló de pronto, como consciente de la enormidad de lo que había dicho.

—¿Eso fue todo?

—Sí.

—¿No mencionó el arma?

—No.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que fuéramos ya a la policía. Pero él estaba muy asustado porque me dijo que todos sabían que él lo odiaba y que lo había estado haciendo seguir y si hablaba y contaba lo que había pasado sospecharían de él.

—¿Y vos le creíste?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Si lo hubiera hecho él, si lo hubiese matado él, ni me hubiese hablado de eso. Ni yo ni nadie sabía que él tenía esa cita con Mauro... Bah, sólo la vieja Irma.

Etchenike volvió sobre eso:

—Supongamos que no tenía previsto matarlo, pero que sea como fuere lo hizo. Que había ido a la cita con el veintidós para intimidarlo, que la usó sin querer o como sea, y que después vino a encontrarse con vos y en un ataque de pánico se deshizo del arma. Pero se dio cuenta, simultáneamente, de que te necesitaba desde ya, porque se iba a descubrir sobre todo que él había estado ahí, y que era fundamental que lo ayudaras. Y te inventó esa historia.

—No es muy creíble, Julio.

—Yo pienso que sí.

Diana pareció contemplar por primera vez esa posibilidad.

—¿Por qué lo fue a ver? —prosiguió Etchenike.

—Me dijo que por una cuestión de la empresa: fue a plantearle que se abriera porque tenía evidencias de que nos estaba cagando y si no se iba, papá se iba a enterar.

—¿Es cierto?

—No sé. Yo estuve pensando, después de lo que pasó, que papá sabía todo, que todo lo que investigaste lo sabía y que incluso a Ricardo ese día lo mandó él, para que lo apretase y Mauro se fuera solo, sin levantar polvareda.

Etchenike trató de no sacar todas las consecuencias de esa afirmación. Sobre todo en lo que le tocaba, su papel de forro, forro de papel.

—Sé que Peratta tenía pedida una reunión con tu padre el lunes después de Pascua por un asunto importante —dijo con tono neutro—. ¿Sabés qué podía ser?

—¿Algo contra Ricardo?

—Algo sobre Ricardo.

—No entiendo.

—Lo del Círculo de Becarios... Peratta también espió a tu marido.

—Es muy rebuscado eso.

Etchenike suspiró casi desalentado; había que explicarlo todo:

—Diana, no te hagas la gil: está claro que desde que tu viejo dio señales de que se moría a plazo fijo, Peratta y tu marido (o tu marido y vos) empezaron una guerra sorda por quedarse con todo. No me extrañaría que tu padre haya alentado secretamente a los dos para que revuelvan la basura del otro y se la traigan...

La respuesta sorprendió al veterano:

—Se lo vamos a preguntar a él.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, si querés.

—¿Dónde?

—En la casona del Tigre. La que conociste. La alquila por fines de semana, va a instalarse allá. Ayer me llamó para invitarme a cenar. Dijo que teníamos que hablar. Le dije que iba.

—¿Cómo está?

—No sé. Estoy muy enojada con él y hace bastante que no lo veo.

—¿Ricardo también va a estar?

Ella se fastidió:

—No sé dónde está Ricardo, Julio. Tanto como vos. Además, después de lo que hemos hablado no sé qué pasaría si lo veo. ¿Querés venir?

—¿Al Tigre? No traje repelente.

—Cenaremos adentro.

Etchenike se levantó, miró el reloj:

—¿A qué hora quedaste?

—Podemos ir ya.

—¿No deberías avisarle a tu viejo que voy?

—Le va a gustar. Le caés muy bien.

—¿Sí?

Ella puso unos ojos rarísimos.

—Hemos hablado muchos de vos.

—¿Con el Pájaro?

—No sólo con él.

—Ya me contarás. Voy a avisarles a los muchachos que no voy a cenar.

Fue al teléfono, habló durante un par de minutos y volvió a la mesa. Ella lo esperaba con una pregunta:

—¿Qué vas a hacer, Julio?

—¿Con qué?

—Con todo lo que hablamos.

Etchenike le indicó que se parara, que se iban:

—Nada —dijo sin mirarla—. ¿Qué podría hacer? Parece que a ustedes no les interesa o no les conviene, pero me gustaría saber la verdad.

—¿Vale la pena?

El veterano se encogió de hombros:

—No lo sé, pero es lo que me sale... ¿Vamos?

—Vamos.

Caminaron entre las mesas en silencio, él abrió la puerta y le dejó espacio para pasar, la tomó del codo, salieron mientras se venía la noche.

El viaje hasta el Tigre se hizo largo. Acaso por eso, el primer tramo transcurrió en calma, una tregua tácitamente negociada. Hubo un largo silencio y después Diana habló increíblemente del clima y de los atardeceres del fin del verano, Etchenike de los faros y de los riesgos de esa ruta. El Plymouth hacía su trabajo sin alardes ni claudicaciones. Sabía que iba a llegar; ellos —el veterano, al menos— no sabían realmente adónde iban.

—¿Con quién estuviste hablando mucho de mí? —dijo Etchenike de pronto, con aparente coquetería.

—¿Ahora? Con mi padre.

—Mirá vos.

—Es raro lo que le pasa. Te admira, dice que sos el tipo más derecho que conoció, pero es una admiración contaminada de bronca y de celos.

—Lo de la bronca creo que sé de dónde viene, pero lo de los celos...

Diana se volvió con una sonrisa apenas dibujada.

—No te hagas el tonto: siempre supo lo de mamá.

—¿Otra vez con eso? No jodas.

—Ella le contó.

Etchenike se turbó:

—Jamás hubo nada con Hilda, Diana. Te lo dije.

—Ella decía que sí.

Etchenike supo que no podía discutir eso. No porque no tuviera razón sino porque era inútil. Era el último en llegar a una reunión en la que ya, hacía rato, todos se habían puesto de acuerdo.

—Tu madre no estaba bien —dijo, y al momento se sintió miserable.

—Pero no siempre fue así.

—No.

—Cuando eran jóvenes, cuando iban a veranear juntos, antes de que yo naciera... Ahí estaba bien. Y estaba buena.

—Sí, claro que sí. Estaba hipersensible, embarazada de vos, confundida, no andaba bien con tu viejo... —se puso casi tontamente enfático—. Pero no hubo nada, Diana. Te lo dije y te lo juro.

Ella lo escuchaba con una leve, tristísima sonrisa.

—Qué lástima —dijo y se volvió al frente, parecía que nuevamente iba a echarse a llorar—. ¿Podés creer que durante mucho tiempo fantaseé con la idea de que era hija tuya?

El veterano negó con la cabeza sin decir nada y estiró la mano para tomarla de la nuca, la acarició apenas, la sostuvo.

—Estás terrible de contracturada —dijo suavemente sin dejar de frotarle la nuca—. Deberías ir más seguido a la masajista...

Ella no dijo nada, volvió la cabeza, se apoyó en su mano y quedó así; cerró los ojos.

Por un rato sólo se oyó el motor del Plymouth. En un momento dado Etchenike sintió las

lágrimas calientes de Diana entre los dedos y retiró la mano:

—Ya estamos llegando. Tomá, secate los ojos.

Y le dio su pañuelo.

—Gracias.

Ella lo tomó, se secó y se miró en el espejito retrovisor, trató de arreglar el desastre.

—Perdón —y aspiró—. Estoy horrible. Soy muy llorona para usar maquillaje.

Etchenike no dijo nada. Estaban a un par de cuadras de la quinta y se arrimó al cordón, detuvo el coche sin apagar el motor.

—¿Estás segura de que querés que vaya con vos?

Ella asintió con la cabeza.

—Puede ser muy duro, nena.

—No importa.

—Entonces contestame la última —dijo mientras arrancaba—. ¿Por qué creés que lo mató?

—No lo mató Ricardo.

—Supongamos que lo hubiese hecho, entonces.

—No sé. Fue a acusarlo de que tenía pruebas de que nos estaba robando y lo iba a denunciar...

—No, Diana, hay cosas que no cierran: cualquiera que ve la escena del crimen ve la motivación en los celos. Peloso llega, encuentra o trae él mismo evidencias —los papelitos— y lo mata. Esas D pueden ser de Diana, no de Delia. ¿Viste los papeles? Pueden ser tuyos también.

Ella no contestó.

Habían llegado. Etchenike detuvo el coche a metros de la entrada.

—Además, pese a toda la payasada del otro día, cuando las quemaste, la verdad es que encontraste las fotos de Peratta con vos entre las cosas de tu marido...

Ella no contestó.

—Por eso tengo mis dudas, nena. Cualquiera que no supiera para qué fue, podría creer que Ricardo lo mató porque descubrió que se encamaba con vos...

Recién entonces ella pareció reaccionar:

—Ricardo no... —y se quedó ahí.

Etchenike la tomó de los dos brazos:

—Vos estabas ahí, ¿no? —y la sacudió una, dos veces—. Estabas ahí. Es eso, ¿no?

Diana abrió los ojos muy grandes y desvió la mirada por encima de su hombro:

—¡No!

La voz y el golpe en la cabeza llegaron juntos:

—Soltala.

Etchenike cayó sobre el volante y Diana se apartó.

—Bajate vos, Diana.

Asomado a la ventanilla del Plymouth, el hombre parecía ominosamente sereno. Con un pesado revólver en la mano, con sombrero y la cara cubierta de vendas, bajo la escasa luz de la calle de tierra, Ricardo Müller tenía un aspecto siniestro.

Demasiado

Etchenike bajó del auto tomándose la cabeza pero el dolor del golpe le duró poco. Dos alevosos mosquitos lo picaron en la mano y la frente, lo distrajeron, le recordaron que estaba otra vez donde había estado.

Esta noche había amenaza de tormenta también, pero nada era igual. La casona de estiloseudocolonial no estaba iluminada como aquella otra noche, tampoco había custodios vigilando la puerta con una lista botona. No había música ni invitados en el parque ni mesas tendidas ni autos importados enfilados a un costado de la entrada. Sólo un Volvo gris estacionado adelante, un par de luces en la casa, al fondo, y un revólver que le apuntaba al pecho.

—¿En qué vino, ingeniero? Por un momento pensé que ése era el suyo...

Ricardo Müller no bajó el arma. La empuñaba con la mano derecha mientras agarraba el brazo de su mujer con la izquierda.

—Vine a pie.

—¿De Uruguay?

—En lancha, desde Carmelo. Es más discreto y me deja aquí nomás.

—Buena elección.

—Te dije que no vinieras —dijo Diana.

—Sólo por vos. Yo no tengo nada que hablar con ese hijo de puta —murmuró Müller moviendo el arma hacia la casa—. ¿Y usted?

—Me trajeron.

—No conversemos acá, nos pueden ver —dijo ella—. Y bajá el revólver, Ricardo.

Subieron a las sombras de la vereda de tierra pero el ingeniero no hizo caso. Encañonó a Etchenike:

—¿Habló?

—No.

—¿No le dijo a la policía que yo lo hice espiar a Peratta?

—No. Creen que fue Saldívar el que me contrató y además quieren que les diga eso: que fue

Saldívar, para acusarlo de autor intelectual del asesinato. Es la verdad.

—Qué bien.

Una leve sonrisa se dibujó en su cara maltratada. Bajó el arma, se volvió a su mujer:

—¿Por qué lo trajiste?

La derecha de Etchenike fue de abajo hacia arriba y se estrelló en una de las pocas zonas no vendadas de la cara del ingeniero, que quedó sentado en el suelo.

—A mano —dijo el veterano.

—¿Por qué carajo lo trajiste? —repitió Müller incorporándose.

—Quería hablar con vos —dijo ella rapidito.

Etchenike no podía ver bien la cara de Diana, en la penumbra. No veía claro nada, en realidad.

—Hay cosas que me tenés que explicar, Müller —dijo tuteándolo con el derecho que le daban las piñas idas y devueltas.

Ricardo Müller se volvió hacia su mujer:

—¿Qué sabe?

—Sé lo que le contaste a ella —se cruzó el veterano.

—Ricardo... —comenzó a explicar ella.

—Te vieron entrar y salir del departamento de Peratta el día y a la hora del crimen, Müller.

—¿Quién?

—Uno que ya está muerto: el abogado de la oficina de al lado. Te vio entrar sin anteojos y salir con los anteojos puestos.

Ricardo Müller se llevó instintivamente la mano a la cara.

—¿Cómo puede saber que era yo? No me conoce. Además, usted mismo dice que está muerto.

Etchenike suspiró, se mató un mosquito más y dijo con mal disimulado fastidio:

—Müller, tu grado de estupidez es insuperable —lo acalló con un gesto—. No conozco caso de un sospechoso que haya hecho más que vos para llamar la atención. Sólo un par de casualidades que apuntaron hacia Peloso y la imbecilidad, comodidad y corrupción de la policía explican que no te hayan ido a buscar.

—Yo no fui.

—¿Y por qué actuaste todo el tiempo como si?

—No entiendo.

—La cuestión del coche, por ejemplo. ¿Quién andaba ese jueves?

—¿Qué coche?

Etchenike contuvo apenas su derecha:

—El de ustedes, el Volvo de ustedes, carajo... —dijo entre dientes.

—Andaba Ricardo —dijo ella.

—Bien. Está claro que fuiste vos y no Peloso, el Volvo de ustedes y no el de tu padre, Diana, ese que está ahí —señaló Etchenike en la semioscuridad—, el que estuvo esa tarde en el estacionamiento de la vuelta de lo de Peratta.

Se miraron, lo miraron a él, se volvieron a mirar. Recién entonces ella atinó a argumentar, a balbucir, como si tirara de una sogá, levantara un peso interior:

—Bueno, pero eso no significa que...

—Claro que no. Pero es así —dijo Etchenike casi con vergüenza ajena, acaso a su pesar—.

Uno es gris acerado y el otro verde claro y metalizado, los dos muy parecidos, casi iguales si no estás muy atento. El gallego se los confundió una vez. El gordo del estacionamiento no registró la chapa pero recordaba muy bien el coche raro, inusual, y cuando le mostraron el de Saldívar se ensartó, no se dio cuenta del cambio de color. Pero aunque la policía lo apretó, no consiguieron que reconociera a Peloso. Sólo dijo que el conductor iba sin anteojos cuando llegó y que tenía anteojos negros al irse. Otro más.

—Tampoco a mí me reconocería —dijo Müller.

—Hiciste lo posible para que no te reconozca ni tu madre, supongo.

—No entiendo.

—Es increíble tu capacidad para hacerte el boludo.

—Yo me voy —dijo Diana.

—Quedate —dijo Müller.

—Quedate —dijo Etchenike.

La retuvieron.

La situación era ridícula, con los tres discutiendo en la calle oscura, bajo los árboles agitados por aires inquietos de tormenta, sin levantar la voz y a las puertas de la casa de Saldívar:

—Te lo explico yo, Müller —prosiguió el veterano—. Se fueron la noche del jueves a Uruguay sabiendo lo que sabían y supongo que habrás pasado una Semana Santa de mierda esperando la noticia. Cuando saltó, recién el domingo, y se sospechó de Peloso, eso no te tranquilizó. Al contrario. Porque además de las otras evidencias, la pista firme que llevaba hasta Peloso era el Volvo. Y ahí te volviste loco.

—¿Yo? —dijo el ingeniero como si en realidad se lo preguntase—. Seguro, era para volverme loco con lo que me pasó. Y fue este hijo de puta.

—No te pasó nada que no quisieras, Müller.

—¿Qué quiere decir?

Etchenike se desentendió del ingeniero y le habló a Diana:

—Este imbécil sabía que tarde o temprano, cuando las pruebas contra Peloso se cayeran, iban a ir por él... Entonces, cuando vos te viniste, no se le ocurrió nada mejor que inventar un asalto, hacerse golpear para después tener el rostro tapado como ahora y dejarse robar el coche, hacerlo desaparecer... Es todo tan elemental que parece un chiste, nena.

Se produjo un breve silencio.

—No es... —comenzó Müller.

Diana se cruzó con la frase de la noche:

—La idea fue mía.

Etchenike miró al ingeniero, que levantó las cejas.

—No entendés, Julio —prosiguió Diana—. Cuando vimos cómo venía todo, Ricardo se puso muy paranoico. No se animaba a volver. Tenía miedo de que lo identificaran y de que reconocieran el auto, así que decidimos que lo mejor era armar algo. Que lo golpearan un poco — y acarició la cara de su marido— y que se llevaran el auto.

—Los Paisanitos no son gente discreta, Diana.

Ella miró a Müller, él miró a Etchenike:

—¿Los agarraron?

El veterano asintió:

—Y hablarán, si no hablaron ya. Va a ser muy fácil seguir la ruta del Volvo y del dinero con que les pagaron, un cheque de Saldívar que habrá firmado alguno de ustedes, ya veremos... Supongo que por eso los del taller de Morosoli se apuraron y soltaron el coche ni bien le cambiaron el color. Era lo convenido, ¿no?

Nadie dijo una palabra. Etchenike encendió un cigarrillo y sopló el primer humo contra los mosquitos que los acosaban por todas partes.

—Esta es la situación. Dejemos de lado por un momento, sobre todo con estas mierdas que joden tanto y no dejan pensar, la cuestión de si mataste a Peratta o no. Lo que queda claro es tu terrible paranoia, Müller. Si sos inocente, no fuiste a la policía a contar lo que sabías...

—No podía —se defendió—. Y Diana coincidió en eso.

—Pero tampoco le contaste todo a ella.

—Sí.

—Yo creo que no.

Diana había tomado leve distancia de su marido, medio paso atrás, no más que eso. Parecieron kilómetros. Él la miró esperando algo que no llegó.

—O ella no me contó todo lo que le dijiste... —concluyó Etchenike.

—¿Cómo puedo saber eso?

—Contale lo del arma que me dijiste a mí —dijo Diana y por un momento no estuvo claro a quién se dirigía.

—Yo no vi ningún arma —dijo el ingeniero con el arma en la mano—. Ésta la compré ayer en el mercado negro, en Montevideo.

Parecía tonto o lo hacía muy bien.

—La del crimen, no esa mierda —dijo Etchenike.

Müller agitó la cabeza:

—Nunca.

Diana se echó a llorar.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—Me mentiste —dijo ella.

Ricardo Müller levantó el arma y la apoyó directamente en el pecho de Etchenike mientras el cielo tronaba, alevosa música incidental:

—¿Qué le dijo a Diana, hijo de puta? ¿Con qué le llenó la cabeza?

—¡Basta, Ricardo, no va a hacer nada, dejalo! ¡No lo mates a él también! —gritó ella sin dejar de llorar—. Estás loco.

—Pero qué decís.

—Me mentiste...

Diana retrocedía sin dejar de llorar, comenzaba a correr hacia la puerta de la quinta. Ricardo Müller vaciló:

—Diana...

Fue inmediato. El veterano aprovechó el momento en que la mano y el arma quedaron por un momento desguarnecidos de atención y sujetó a Müller por la muñeca, le retorció el brazo y se lo puso a la espalda.

—Dame eso, idiota —le dijo al oído.

El machucado ingeniero casi no se resistió. Mientras Etchenike lo obligaba a soltar el

revólver y lo empujaba contra la pared él sólo miró cómo Diana entraba a la quinta, casi corriendo, llorando y sin volverse ni una vez.

—Fue él —dijo como para sí—. Fue él y ella no me cree.

Etchenike lo dio vuelta. Cara a cara, le puso el caño de su revólver en el cuello:

—Pedazo de pelotudo: me vas a decir la verdad y toda la verdad.

—Ella no me cree.

—Me importa tres carajos. Hablá, contámelo a mí.

Ricardo Müller se dejó caer, se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo, apoyado en la pared:

—¿Qué le dijo a Diana?

Etchenike se agachó para ponerse a su altura:

—El arma, Müller: agarraste el arma del Pájaro...

—No.

—Fuiste a reunirte con Peratta, discutieron, te sacó con algo que te dijo o te amenazó, y lo mataste...

—¡No!

—Saliste asustado, te pusiste los anteojos, pasaste a retirar el Volvo y fuiste a la cita con Diana. Pero el arma te quemaba en el bolsillo, tenías miedo de que ella sospechara. Entonces fuiste al baño y en el camino viste el canasto de los manteles sucios y tiraste el arma ahí...

—¡No! —y Ricardo Müller se revolvió para escapar.

Etchenike le puso la mano en el hombro y lo empujó hacia atrás.

—Volviste y para cuando llegó Diana ya habías armado un argumento. Y ella, no sé cómo, pero te creyó, tal vez porque era todo cierto menos lo principal. ¿No?

—¡No, no y no!

—¿Seguro?

—¡Basta! —el ingeniero se fue poniendo de pie—. Yo no lo maté, nunca vi el arma... Soy un imbécil, hice todo mal después pero lo de ese día fue así. Fue Peloso, Etchenike, y este hijo de puta lo mandó. Pero además, como el otro está muerto, me quiere involucrar. ¿Quién inventó lo de El Cisne? No quiere a nadie, él. Fue Saldívar el que me dijo que investigara a Peratta...

—Eso me gustó. Esa declaración me gustó...

Los dos se volvieron a la vez hacia la oscuridad.

—Buenas noches —dijo el inspector Macías dando un paso al frente—. Hace un par de meses que esperaba escuchar algunas de las frases que acabo de oír.

El Colorado tenía las manos clásicamente enterradas en los bolsillos de su saco arrugado. Las armas las empuñaban los dos policías de civil que lo escoltaban. Etchenike no sabía cuánto habían oído pero tampoco estaba dispuesto a preguntar:

—Inspector Macías, Ricardo Müller —los presentó formalmente.

—Macías a secas, hoy —dijo el Colorado jovialmente—. Era hora de vernos las caras, ingeniero... Aunque ya veo cómo se la han dejado los esbirros de su suegro. Gente desprolija.

Müller no llegó a decir nada pues el veterano se le cruzó:

—Es más complicado que eso, Macías.

—¿Sí? —con gesto amplio, el Colorado invitó a Etchenike y Müller a seguirlo—. Vamos acá nomás.

Y los arreó con firmeza y sin violencia de las inmediaciones de la puerta, se los llevó media cuadra hasta la esquina más lejana, bajo el foco y junto al discreto coche particular que lo trasladaba esa noche especial, intencionalmente fuera de toda regla.

—Para mí está muy claro —dijo cuando los ubicó frente a sí, auditorio privilegiado—. Este hijo de puta, como bien lo califica, según oí, el amigo Müller —y señaló la lejana claridad de la quinta—, los usó bien a todos. O al menos a ustedes dos: el yerno y el forro.

Por estrategia o falta de argumentos, nadie lo contradijo.

—Quién sabe con qué promesas —prosiguió— le encargó al yerno la vigilancia de su socio; el yerno, a su vez, contrató al forro, un investigador diplomado y bastante torpe para que lo siguiera y le simplificara la tarea. El tipo lo hizo, mal, como siempre, pero lo hizo. Después, el hijo de puta armó todo para que su brazo derecho, que tenía su propia motivación, liquidara a Peratta. Antes de que hablara se deshizo de él con la ayuda de algunos de mis compañeros uniformados. Pero no paró ahí: la quiso hacer completa y buscó la manera de acallar al yerno, incluso involucrarlo —y Macías señaló al absorto ingeniero.

El señalado asintió sin demasiado entusiasmo; no sabía bien cómo seguía eso. No era el único:

—No entiendo —dijo Etchenike, que nunca se había imaginado decir algo así ante la cátedra de Macías.

El Colorado pasó a usar las manos, parecía un profesor de origami a la hora de explicar los plegados finales, las patitas de la grulla:

—Primero lo mantuvo alejado, con una típica advertencia mafiosa —y ahí puso el dedito en alto—. Lo hizo cagar a palos por Los Paisanitos y le quitó el coche.

El veterano y Müller cruzaron miradas que no se podrían calificar de inteligencia, pero acordaron callar.

—Después se cebó: una vez que apareció el arma, montó el operativo para terminar de enterrar a Peloso.

—Esa versión de la Panamericana... —se reivindicó Etchenike.

—¿Sabías que cuando se recuperó el arma lo llamaron a Saldívar, a espaldas mías, y estuvo él a solas con ese chorrillo...? El pendejo no había hablado hasta que este hijo de puta charló con él.

—Me extrañó que le devolvieran el arma como si nada. Pero bien que compraste esa versión —dijo el veterano resentido.

—Yo sabía que era falsa, pero me servía: nunca sabremos cuál es la verdadera, cómo llegó ese veintidós de Peloso al pibe. Saldívar les dio guita a los Cabeza para que el pendejo declarara eso... —Ahí Etchenike hizo un gesto: tenía algo que decir. Pero Macías no lo dejó—. Te vigilamos mientras hacías papelones con la hermana en la comisaría de Vicente López y en el supermercado... Seguro que a vos te habrán dado otra versión cualquiera.

Etchenike pensó en Zulema, en las reticencias de Zulema:

—Seguro —mintió sin asco.

—¿Te salió muy caro? Porque a este hijo de puta todo eso le va a salir carísimo.

Etchenike se encogió de hombros, alzó las manos. El Colorado pareció darse cuenta recién en ese momento de que el veterano tenía un arma en la mano.

—Dame eso.

Se la dio. Macías sopesó el pesado revólver, lo olió.

—Era de él —dijo Etchenike y marcó a Müller.

El Colorado señaló también al ingeniero:

—¿Es suyo?

Müller negó con la cabeza.

—No es mío. Lo compré en Uruguay, no lo usé.

—Porque no pudo.

—Todavía —completó el otro.

Macías lo miró un instante, como buscando qué hacer con Müller. No sabía o parecía que no. Se volvió a sus hombres:

—Llévenselo. Ténganlo ahí —y les pasó el revólver.

Como poner la comida en el congelador, pensó Etchenike divertido pese a todo.

—¿De qué te reís?

—De la situación. Estamos todos. Ni que hubiéramos programado un final a toda orquesta. Es demasiado.

Macías no le veía la gracia, ni siquiera estaba de acuerdo:

—No todos. ¿Dónde está ella? Cuando me llamaste de la confitería, que te lo agradezco, dijiste que venías con ella.

Etchenike suspiró, adoptó un tono acorde con los excesos de la situación:

—Ha vuelto al padre.

—¿Y sabe que estás acá, que el marido está acá...?

—Sabe todo, Colorado. Diana sabe todo —el veterano hizo el gesto de ponerse en camino—.

Me cansé de los mosquitos y de esta situación ridícula. Voy a entrar a buscarla.

—Déjeme a mí... —propuso de lejos, fuera de tono y lugar, el desplazado Müller.

—Vos quedate ahí, pelotudo —lo paró Etchenike sin volverse.

Ahora el que sonrió fue Macías.

—Me lo merezco —le explicó el veterano mientras el cielo refucilaba—: vos no hubieras llegado hasta acá si no era por mí. Además, yo estoy invitado y ustedes no. Mejor escóndanse, va a llover.

Se acomodó el 38 y encaró hacia la única luz, media cuadra más allá.

Nadie lo detuvo. Acaso esperaban eso de él. Y él de algún modo lo sabía.

Lo primero que vio tras el portón abierto fue que el Volvo del Pájaro ya no estaba solo. Había otro coche que acababa de llegar. Un relámpago iluminó la placa de libre estacionamiento con la cruz roja pegada en la parte interior del parabrisas. El doctor Picabea pagaba dos pesos.

Ladró un perro que ya había ladrado antes. Volvió a ladrar, lejos. Etchenike se encogió en el pique cuidadoso, a tientas sobre el césped, pero igual las primeras gotas y la segunda serie de truenos lo alcanzaron justo cuando buscaba refugio bajo la visera de tejas con el farol sobre la sólida puerta doble de madera. No había timbre aparente ni garantías de cordial recepción esa noche para los de afuera, así que decidió soslayar la entrada oficial. Se quedó ahí, haciendo escala mientras la tormenta se decidía de una vez y él no, todavía.

Pasaron un par de minutos. Llovía con ganas. Se asomó a ambos costados con las solapas levantadas. La galería que, según recordaba, circundaba la casa, se abría en puertas y ventanas mudas y oscuras a unos metros de la entrada. Dio un par de saltos bajo la lluvia y se largó a recorrerla. La claridad permitía ver lo mínimo para no irse de boca. Al andar reconocía el acceso

a los salones; repentinas claridades celestes iluminaban el interior ominoso de sombras a través de las ventanas de cortinas corridas. Llegó a un ángulo de la casa y dobló, fue probando puertas reticentes hasta que una cedió: supuso que no era la que habían usado todos, esos pocos que creía estaban adentro.

Abrió y se internó por un pasillo a oscuras. Al pasar vislumbró una arcada a su derecha y creyó reconocer, en el aire generoso y la frescura que sintió en la cara, el amplio ámbito donde había hecho el ridículo en compañía, comido torta y bailado la raspa el día de la fiesta. Dio unos pasos y un relámpago lo ayudó a confirmar, acaso recordar la distribución de las aberturas, las varias puertas. Eligió desde esas precarias certezas y tanteó hasta encontrar un picaporte.

Abrió apenas. Se asomó a la claridad de un pasillo. Una mujer joven de delantal celeste que venía con una bandeja redonda de aluminio vacía casi choca con él.

—No se asuste —y le sostuvo la bandeja vacilante—. No grite.

—¿Quién es?

—Un invitado a los postres.

La mujer no le creyó y abrió la boca.

Etchenike no le dio tiempo a decir algo; le puso una trompada terrible en la cara con la mano libre y la tiró contra la pared. Quedó ahí. La agarró de las axilas y la metió por la puerta abierta a sus espaldas en el cuarto oscuro del que venía. Lo cerró con llave.

Avanzó por el pasillo y con la bandeja en el sentido inverso del de la mujer, caminando hacia el lugar de donde ella venía. Dobló y había otra puerta. Apagó la luz y la abrió apenas, lo justo para espiar, filtrar el ojo que parpadeó ante la repentina claridad.

Era una habitación grande, un comedor antiguo con una mesa central. Y estaban ahí, el Pájaro y Diana sentados y enfrentados, Picabea de pie y de soslayo, los tres plantados como en un escenario, sólo para él.

—Es demasiado —decía en ese momento Saldívar, acaso al terminar un resumen que Etchenike se había perdido.

—Claro que es demasiado —acordó él por lo bajo y para sí, absolutamente convencido.

Flores

El Pájaro Saldívar había acabado de cenar o al menos había acabado con lo que había pensado o podido comer de lo que quedaba de la carne y las papas entre sus cubiertos, ya ostensiblemente abandonados. Tenía los codos apoyados en el borde de la mesa a ambos lados del plato y las manos juntas, con los dedos flacos y expresivos que se habían movido hasta hacía instantes, pausados, acompañando el reciente discurrir.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —dijo, como si resumiera.

—Sí, me lo dijiste —dijo ella.

Diana Saldívar no tenía manos. No las tenía a la vista. A diferencia de su padre, apoyado en la mesa, ella apenas si se asomaba. Había dejado caer los hombros, inclinada hacia adelante, y sujetaba la cartera en la falda. El plato frente a ella estaba presumiblemente intacto; no la bebida, un vino espeso y oscuro que las luces suspendidas sobre la mesa hacían brillar en las tres copas altas.

—Picabea es testigo de que te lo expliqué desde el principio. Y que estuviste de acuerdo. ¿No fue así?

Picabea corroboró. Estaba parado a un costado, rígido y atento como uno de esos criados o mayordomos de las películas inglesas que hacen guardia al pie de las sopas, meten la cuchara, tocan y se van.

—Cuando te lo propuse lo hice pensando en vos, en tu futuro, y te pareció bien.

—Estabas enfermo, no supe decirte que no. Nunca supe. Pero después...

—Eso no importa. Es un... detalle. Pero tenía razón: los dos demostraron ser una basura. ¿Estás de acuerdo?

Ella no levantaba la mirada del plato.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, papá.

—No sirve ni para espiar —dijo Saldívar—. Cómo se pudo mandar semejante cagada... Yo lo banqué hasta acá para que vos tuvieras la oportunidad de ver qué clase de tipo es este boludo.

Sacátelo de encima, Diana.

—Yo le creí. Hasta hoy le creí.

—Siempre les creés, a cualquier imbécil. Lo que yo diga no tiene valor para vos.

La referencia llegaba muy lejos.

—Hay dos posibilidades: o lo echás, te divorciás o lo que sea y lo sacás de circulación o me hago cargo yo. Me basta con un par de llamados.

—¿Lo vas a denunciar?

—No. Lo de Peratta está cerrado. Es ridículo, pero no vamos a volver atrás. Hay que tapar de algún modo todas las pelotudeces que hicieron ustedes en Uruguay, pero eso es fácil. Al putazo de tu marido le das salida vos y listo. Sabe que la saca barata. ¿Dónde está ahora?

Ella no dijo nada.

—¿No sabés dónde está?

Se hizo un profundo silencio.

En ese momento algo distrajo a Etchenike. Un movimiento casi imperceptible de las cortinas al otro lado de la habitación, en la entrada principal al comedor, de frente a Saldívar, hizo que supiera que algo se movía detrás y que —como era previsible— no estaba solo, no era el único que observaba, escuchaba solapado la conversación. Por un momento esperó ver aparecer una muchacha con una bandeja de frutas o los pocillos del café. Pero no, un silencioso relámpago le permitió reconocer la silueta de un revólver pesado que se asomaba clásicamente desde detrás de una cortina, apuntando al pecho del Pájaro.

Etchenike tosió.

Los tres que estaban en el cuarto se volvieron hacia el ruido, el revólver ominoso se retrajo a las sombras y Etchenike, mientras abría del todo y de golpe la puerta, creyó ver una leve sonrisa, probablemente la primera de la noche, en boca de Diana Saldívar.

—Perdón —dijo e irrumpió con dos pasos, bandeja en ristre—. Pasaba y me pareció oír que mencionaban a un boludo y me sentí aludido.

El Pájaro soltó la falsa carcajada:

—Hablábamos de otro, Julio. Pero qué manera de entrar es ésa.

—Las maneras de la servidumbre —dijo Etchenike haciendo sonar la bandeja como un gong—. Hay una chica descompuesta ahí atrás. Supongo que el servicio se va a demorar.

—De todos modos, es una pésima costumbre escuchar detrás de las puertas.

Etchenike se acercó a la mesa y se colocó exactamente frente a Saldívar, en medio de la hipotética línea de fuego del cazador oculto tras los cortinados. Apoyó el canto de la bandeja de aluminio sobre la mesa, la sostuvo con el brazo izquierdo y se apoyó, como hacía el gallego Tony García en sus tiempos de mozo del bar Ramos.

—No estaba escuchando, apenas oí algo, Pájaro —dijo pausadamente—. Es distinto oír que escuchar. Además, estaba invitado, no sé si sabías. Diana me dijo que viniera, que podías evacuar me un par de dudas.

Ella asintió con rápidos golpecitos de mentón.

—Sí, me contó que te habías demorado —dijo el Pájaro—. Pero evacuar te un par de dudas...

—Sí. No entré con ella porque me demoré evacuando yo —dijo el veterano con una sonrisa—. No hay como mear bajo la lluvia en el parque de una mansión solitaria. Pero tiene sus costos.

—¿Te resfriaste?

—Precisamente. Por eso... —y carraspeó—. Mirá cómo estoy.

—Los espías no tosen —dijo Diana.

Etchenike se inclinó sobre ella, la besó en la mejilla y volvió a su lugar:

—Eso es: pero los amigos sí.

—¿Venís como amigo? —dijo el Pájaro.

—Entre otras cosas.

—Ah, ya sé. Venís a cobrar.

—Sí, lo pensé bien —el veterano se hamacó apoyado en la bandeja—. Más que a cobrar, vine a hacer que alguno pague.

Por un momento nadie contestó a eso.

—Ese tono de superado me rompe profundamente las pelotas —dijo abruptamente Saldívar. Y después, sin transición—: ¿Cenaste?

—No tengo hambre, pero me tomaría un vino.

Estaban todos de pie alrededor de la mesa. Picabea agregó una copa y les sirvió a todos:

—Buenas noches, doctor —dijo Etchenike en diferido.

—¿Cómo anda mi paciente?

—Todavía dolorido. O tal vez sea el recuerdo lo que me duele.

El otro sonrió.

—¿Brindamos?

—Por los vivos.

—Por los muertos.

Bebieron.

Saldívar y Diana se sentaron; Etchenike y Picabea seguían de pie.

—Sentate.

—No, gracias.

—¿Qué querés saber? —dijo el Pájaro, solícito, y agregó—: fue Müller. Aunque por lo que me contó Diana ya lo sabés, llegaste solo... —esperó un gesto que no se produjo—. Y no vamos a hacer nada al respecto. ¿Entendiste?

Etchenike pareció darse por informado.

—¿Era eso lo que querías saber? —insistió Saldívar casi jovial—. ¿Qué más?

El veterano hizo una pausa teatral, los miró alternativamente a los tres:

—¿Qué hay de postre? —dijo con toda seriedad.

—No jodas, estamos hablando en serio...

—Necesito algo dulce, en serio. Vengo comiendo porquería, amargura, carne podrida desde hace un par de meses. Y no es un régimen que yo haya elegido.

El Pájaro suspiró con fastidio:

—No seas amargo, Julio.

—Es que lo básico ya lo sé y es repulsivo. Necesito algo mejor.

—¿A ver, qué sabés vos? Está todo dicho.

El veterano lo miró y aspiró hondo, como para una larga zambullida. Debería nadar sumergido un largo trecho, pero no en una pileta, ni siquiera en un río embravecido, sino en un inmenso tanque atmosférico, un auténtico mar de mierda:

—Lo que sé, lo que intuí, lo que oí hace un momento es que todo empezó con un perverso

juego tuyo para probar la lealtad de tus socios, tus posibles herederos. Para confirmar su deslealtad, en realidad. Su capacidad de traicionar.

Saldívar asintió sin mover un músculo de la cara.

—Te podés incluir —dijo como por boca de otro.

—Por supuesto. Hay que tener un concepto muy pobre de la gente, de la humanidad en general, para hacer algo así. El filósofo chino de vuelta de todo, el tipo sereno y descarnado que representabas en tu cumpleaños era demasiado elaborado para ser cierto. Nunca te creí, Pájaro. Pero por ahí vos sí te lo creías. Suele pasar.

—¿Qué querés decir?

—Poner a prueba a los otros podía ser un gesto de escepticismo elegante ante la muerte a plazo fijo. Pero más parecía resentimiento. Se lo escuché decir a Diana: “Mi padre se muere y los hijos de puta van a seguir vivos”.

Ella asintió en silencio.

—Pero tampoco era eso. En realidad era algo más vulgar y mezquino: una nueva forma de mostrarle a tu hija que los hombres que ella elegía o que le podían interesar eran una mierda... Una mierda porque eran capaces de ir contra vos, porque eran menos que vos. Siempre quisiste ser el único hombre en su vida.

—No digas boludeces...

—Incluso la convenciste a ella de que si fingía traicionarte, cualquier macho se plegaría en la traición. Así lograste un objetivo mayor: que ella no creyera en nada. Ni en ellos ni en vos.

—No soy culpable de eso.

—Sos responsable, que es casi peor. Responsable de sacar lo peor de cada uno...

—Cómo te gustan las frases, ese tono de mierda...

—Lo siento —dijo el veterano sin sentirlo mientras Diana se hundía cada vez más en su silla—. Tenías todo armado para la gran puesta en escena el lunes después de Semana Santa. Y se lo anunciaste a Diana: ése sería el Día D. Alentaste a Ricardo para que apretara a fondo a Peratta con las evidencias de que te puenteaba y citaste a Peratta el lunes para que te pasara el informe sobre las actividades de Ricardo Müller en el Círculo de Becarios y sus amistades gay —Diana se movió en su silla pero no dijo nada—. Y alevosamente, lo hiciste coincidir con el nuevo chequeo que daría los nuevos análisis... —Etchenike miró fijamente al doctor Picabea—. Que milagrosamente dieron bien.

—Claro que sí —dijo el doctor.

—Pero lo notable es que no era ninguna novedad, Pájaro —y ahora el veterano se volvió hacia él—. Porque los de diciembre también habían dado bien...

—¿Qué sabés vos, qué te metés vos...! —dijo Saldívar y él también miró a Picabea—. Decile a éste...

Pero el médico esta vez calló. Diana levantó la cabeza.

—¿Vos lo sabías? —dijo Etchenike—. ¿Vos sabías que lo de la enfermedad terminal de tu viejo era un fraude, una broma macabra?

—No... no sabía, al principio —dijo Diana a tropezones.

El veterano hizo un gesto asqueado y se encaró con los otros dos:

—Yo lo supe el otro día, sólo es cuestión de saber mirar... —y les apuntó con el dedo—. Ustedes se fueron al carajo: con eso no se juega, algo les tendría que indicar que con eso no se

juega... ¿Eh, doctor?

Picabea bajó la mirada. Saldívar, contra todo pronóstico, lanzó una carcajada:

—¿Pero de qué te las das? ¿Qué tiene de atroz? En serio te lo digo. Los que debían creérselo, y se lo creyeron, eran dos soberanos hijos de puta que no se merecían nada, ni la verdad. No seas hipócrita, Julio...

—No es cuestión de hipocresía sino casi de buen gusto.

—Sacale las pajarías morales sobre los medios y queda el hecho: conseguí desenmascarar a dos basuras.

—Conseguiste más que eso. Porque algo te salió mal o demasiado bien, nunca lo vamos a saber. Nunca podemos controlar todo. Ni siquiera vos. Porque Peratta apareció muerto después de la reunión que vos sabías que iba a tener con Ricardo.

—Tal cual: nada tuve que ver con eso, Julio.

—Eso estaba por verse. Se puede llegar a suponer y hay quien lo supuso —y miró de soslayo a Diana, que permanecía inmóvil, con la mirada fija en el mantel— que vos mismo lo alentaste o que le diste el arma para que lo asustara.

—Él niega todo, hasta hoy.

—Ya sabemos y ya veremos cómo cierra eso... Lo notable es que el mismo domingo a la noche que te llama la policía, te avisa del asesinato de Peratta y de la detención de Peloso.

—Y no entendí nada, Julio.

—Te creo. Es de lo poco que te creo. Ahí llamaste a Montevideo y el otro te dio su versión inverosímil. Negaba haber hecho nada, negaba haber tocado el arma... Vos tampoco estabas dispuesto a acusarlo, porque te salpicaba. Pero Diana le creía a Ricardo y vos no. Ahí me llamaste, por indicación de ella. Un montón de circunstancias hacían sospechoso a Peloso pero yo podía ayudarte a que al menos no te involucraran. Y lo hice. Te aseguro que después, en algún momento, pensé que podías haberlo mandado a Peloso a matar a Peratta antes de que llegara Müller, para dejarlo pegado. Con eso matabas dos pájaros de un tiro. Pero de pronto todos se subieron a la versión obvia del triángulo pasional de la policía. Cuando viste que podía resultarte más barato zafar por ahí, no dudaste...

—Reconozco que lo de la pistola en la Panamericana es burdo —admitió el Pájaro—. Pero ya Peloso estaba muerto y convenía cerrar eso así. Te lo dije.

—Aunque creías que había sido tu yerno...

—Y tenía razón.

Etchenike no se detuvo:

—Diana, mientras tanto, se movió todo el tiempo entre dos lealtades, supongo que incluso hasta hoy: le creía absolutamente a su marido y se aferraba a su versión o a su estrategia paranoica porque temía que vos hubieses hecho matar a Peratta vía Peloso y así me lo dijo: que vos estabas detrás de todo. ¿No es así, Diana?

Ella asintió.

—Mi hija es una sentimental.

—No es tu caso.

—No.

Etchenike resopló, tomó aliento como si estuviera llegando a algún tipo de conclusión final:

—Hablando de sentimientos, me gustaría hacerles escuchar algo bien romántico... ¿Te gustan

los boleros, Diana? Me parece que es el momento.

Ella sólo parpadeó.

—Javier Solís —dijo él y sacó el cassette del bolsillo.

Diana asintió:

—*Escándalo...*

—Seguro.

Etchenike se acercó al equipo ubicado en un ángulo del salón, entre dos sillones. Había un libro apoyado sobre la cobertura plástica del plato; eran las *Memoires intimes* de Simenon.

—No sé si funciona bien —avisó tarde Picabea.

El veterano pareció no escucharlo porque eligió el lado A de la cinta, la colocó y apretó play. Nada. Probó de nuevo del otro lado: nada.

—Le dije que creo que no anda, Etchenike. Si quiere oír música ponga un disco.

El veterano recuperó el cassette:

—No. Quería que oyeran éste...

—Prestámelo —dijo Diana.

Etchenike vaciló un momento y después se lo alcanzó.

—Me lo devolvés con el Simenon. Pero escuchalo...

Saldívar pareció perder la paciencia:

—Mejor escuchame a mí.

—¿Yo? —dijo Diana.

—Sí, hija. No le des bola a éste.

El Pájaro Saldívar asumía repentina y soberana autoridad. Hizo una pausa, primero la miró a ella:

—¿Sabés qué es éste, que se viene a florear acá, con nosotros, a darnos lecciones...? —y se volvió a Etchenike, lo midió con absoluto y al fin descontrolado desprecio—. ¿Sabés qué sos vos, Etchenike...? Sos un fracasado, un perdedor... Venís acá porque te invitamos, muerto de hambre... Y te metés en nuestras vidas. Lo único que sabés es hablar, decir cómo deberían ser las cosas, cómo debería ser yo, o ella... Y vos a quién le ganaste... Sos jubilado municipal, boludo. Un viejo patético; disfrazado, encima.

—Papá —dijo Diana.

—Dejalo —dijo Etchenike.

—Justo, ahí está: eso es lo único que sabés hacer... Quedarte en el molde. Sos un cagón: ni una mina te supiste ganar en tu vida. Arrugaste, siempre.

Etchenike no contestó.

—Sabés que tengo razón —siguió Saldívar—. Rajá: cobra tu laburo de alcahuete y tomátelas.

El veterano permanecía rígido, hamacándose apoyado en la bandeja que a esta altura parecía un escudo medieval en sus manos.

—Por un momento te supuse mejor de lo que sos, Pájaro —dijo sin poder evitar el tono algo solemne—. Pero hay que ser más que un simple escéptico para ganar guita pintándoles la cara y los bienes a curas y milicos. Es lo más parecido a un laburo de maquillaje...

—No me vengas con tus metáforas pelotudas. Todos hacen negocios con los milicos, vos mismo andás culo y calzoncillo con la policía, que no es mejor. Y sabés qué —se embolsó Saldívar, los ojos de furia—: vos nunca dejaste de ser un puto policía.

El veterano le sostuvo la mirada:

—Puede ser. Pero no mando a matar gente.

—¿De qué hablás?

—De Peloso, de...

—¡Basta! —gritó Diana.

Saldívar pareció darse cuenta recién ahí de la enormidad de lo que estaban hablando, de sus efectos:

—Mirá lo que hacés... —y se levantó, tiró la servilleta con gesto airado junto al plato—. ¿Ves que con todo tu discurso moral sos una mierda, Etchenike? No sé para qué Diana te metió de nuevo en nuestra vida.

—Eso —dijo Etchenike como si le interesara—. Me invitaste a la fiesta, me recomendaste a tu viejo...

Ella no tenía respuesta al menos inmediata a esa pregunta, retórica o no. Debía haber gastado toda su energía con el grito porque parecía derrumbada, en silencio, la cabeza apoyada en los brazos, volcada sobre la mesa.

—Hablá, Diana —dijo el veterano.

Ella no contestó, agitó apenas la cabeza, como si fuera inútil.

—Andate, no te queremos acá, Etchenike —dijo Saldívar—. Desaparecé. Llevate la guita, te doy lo que quieras pero no quiero verte más. Te pago para eso, para que desaparezcas —y metió la mano en el interior del saco.

—Eso es de Flores.

—¡Sí, claro que sí! —ratificó el Pájaro con énfasis inusual—. Todo esto viene de la época de Flores.

—No es eso, al menos para mí —lo corrigió el veterano—. Digo que es de Celedonio Flores: *Me revienta tu presencia, pagaría por no verte...* ¿No es así, Picabea?

—*Margot* —dijo el facultativo.

—Eso es: *Margot* —confirmó el veterano.

—Pedazo de hijo de puta —dijo Saldívar y sacó la mano empuñando la pistola.

Pero Etchenike fue más rápido. Apenas giró la bandeja y dijo:

—Quieto.

Le había estado apuntando todo el tiempo con el 38.

—Ponelo ahí —dijo y señaló con la cabeza.

Saldívar lo volvió a putear.

—Ponelo ahí —reiteró.

El Pájaro dejó el famoso 22 sobre la mesa como un cubierto más junto al plato. El veterano se inclinó y lo alejó un poco más, usando la punta de su revólver.

En ese momento sonó un disparo a espaldas de Etchenike y Saldívar cayó para atrás con un quejido.

El veterano giró.

Ricardo Müller estaba dentro del salón, con el arma en la mano.

—Baje eso, Etchenike... —dijo extrañamente sereno y dando dos pasos al frente y a la luz—. ¿Está muerto?

Diana gritaba, él la levantó de un brazo y la sujetó contra su pecho, la puso de frente a

Etchenike.

—Fíjese si está muerto, le digo...

El veterano obedeció. Se asomó detrás de la mesa y vio los ojos desesperados de Saldívar, que se agarraba el hombro.

—Creo que sí —dijo volviéndose.

Diana gritó otra vez y Müller la zamarreó. Se agachó apenas y volvió a disparar al cuerpo caído, que se conmovió.

—Se lo merecía, Diana. Vámonos, te venís conmigo —y le puso el revólver en la cabeza, comenzó a retroceder.

—Espere, Müller —dijo el veterano.

Él lo miró. Fue lo último que hizo.

Etchenike escuchó el disparo a su izquierda y vio cómo el balazo le sacudía la cabeza. Antes de tocar el suelo, llevándose consigo a Diana, el ingeniero estaba muerto.

—Buen tiro —dijo Macías apareciendo por el fondo, encendiendo todas las luces.

El doctor Picabea bajó el 22 modestamente y lo puso otra vez sobre la mesa. Después se volvió, se agachó junto a Saldívar.

Etchenike se acercó a donde Macías trataba de apartar a Diana del cadáver de Ricardo Müller. Caído de espaldas, la joven promesa de Harvard daba lástima. Las últimas semanas y los últimos minutos se habían ensañado con su rostro. Los ojos claros y abiertos no entendían nada entre vendas sucias y un agujero limpio y redondo apenas encima de la ceja izquierda. Diana sollozaba contra su pecho, era el único sonido, más la tormenta que volvía.

Macías dejó de intentar levantarla, se irguió ante el veterano:

—¿Y aquél? —y señaló a Saldívar, del otro lado de la mesa.

—Creo que zafa.

El inspector hizo un gesto de contrariedad:

—Qué lástima... —dijo muy bajito.

Etchenike meneó la cabeza:

—Le soltaste a éste para que lo liquidara.

—Afirmativo.

—Avisale a Diana también. Esperaba eso mismo.

—¿Y vos?

Etchenike meneó la cabeza y se alejó a ver cómo el Pájaro aleteaba todavía.

Picabea le había hecho un torniquete alto en el brazo izquierdo.

—Por favor, téngaselo así —dijo mientras se ocupaba de la otra herida.

El segundo balazo del ingenierito había sido en la cadera.

Etchenike puso rodilla en tierra y sostuvo el brazo de Saldívar. No se había desmayado, tenía los ojos entrecerrados. De pronto los abrió, hizo foco en la cara del veterano:

—Arrímate, te voy a decir algo... —dijo con extraña claridad. El veterano se arrimó—. Sabés cómo chupaba la pija Teresa, tu mujer...

Etchenike se apartó bruscamente y lo miró un instante con una furia, un asco infinitos. Después cerró los ojos y los mantuvo así segundos interminables. Cuando los abrió era otro.

—No te voy a matar —dijo devolviéndole el brazo lentamente al suelo—. Aunque quieras que te mate, no te voy a matar. Porque sé que ya estás muerto, Pájaro...

Se puso en cuclillas, les habló a los dos, Saldívar y Picabea, paciente y médico:

—Ví los análisis. Manipularon los informes, cortaron la parte de arriba de las hojas, donde estaban las fechas. Y las trucharon, invirtieron el orden: las fechas, no los resultados. Y dan mal... —meneó la cabeza—. No los anteriores: los nuevos dan mal, Pájaro. Porque donde dice edad del paciente está la posta: el de cincuenta y nueve zafaba, pero el de sesenta está listo. No sé si sabías, no sé si te lo dijo —Saldívar y Picabea se miraron—. Estás muerto, hijo de puta.

Etchenike se puso de pie y casi casi lo escupe.

—Flores —dijo en cambio—. Te voy a mandar flores.

FINAL

No somos nada

Se fue a buscar un café a la cocina y encontró a dos policías cancheros y tres empleadas aterrorizadas. Se disculpó con la de delantal celeste y labio partido y como vio que el clima general no daba para pedidos, se sirvió solo. El café estaba tibio y debió calentarlo, después lo cortó apenas con leche y salió a la galería con el pocillo.

Había parado de llover y estaba mucho más iluminado. Un par de ambulancias y un patrullero con los faros encendidos colaboraban, además, con el ruido. Vio de lejos cómo sacaban a Saldívar en una camilla, lo subían en una ambulancia, cerraban las puertas y partían. Picabea no iba con él.

Terminó el café y volvió al comedor. Había más policías y algo de olor a pólvora todavía. La mesa seguía tendida, la carne con papas cada vez más fría y el vino entibiándose en las copas. Había un charco de sangre en el suelo, junto a la silla derribada donde había estado sentado Saldívar, y del otro lado del salón el cadáver de Ricardo Müller tapado con diarios. Se acercó y se quedó ahí, mirando.

—¿Qué hace? —dijo el policía más cercano.

—Leo los titulares.

—Ah.

El cana leyó también.

—No somos nada —dijo.

—No.

En eso llegó Macías de afuera. Tenía un aire diligente y levemente acelerado, como si actuara, pese a la raleada platea:

—Apareciste... —dijo al verlo.

—No me fui, necesitaba un café.

—No te vayas más, hay que esperar un rato que vengan los de la científica. Sos testigo clave de todo esto.

Etchenike lo miró de frente y con el cadáver de por medio:

—Está bien. Pero las cosas no están cerradas, Colorado. No fue así como se dijo acá.

El otro no pareció escucharlo:

—¿Qué te dijo Saldívar?

—Nada, cosas viejas. Lo que te digo es que... —y de pronto notó el vacío—: ¿Dónde están los demás?

—El médico, Picabea... Esposado y en el patrullero.

—¿Y Diana? —todas sus cosas habían quedado ahí, tiradas sobre la mesa.

—Crisis de nervios. Sedada, en la ambulancia. ¿Querés verla?

Etchenike negó enfáticamente con la cabeza:

—No, ya no. Pero retenela, que no se te vaya.

—No te preocupes. Es testigo también...

—Pero no sólo por eso, hay algo más.

—Seguro, ya sé —dijo el Colorado con naturalidad—. A Peratta lo mató ella.

Etchenike se quedó quieto, aparatosamente sorprendido, como si se le hubieran adelantado en una cola, como un delantero que se vuelve hacia el árbitro pidiendo penal:

—¿Cómo sabés?

Macías le apoyó el índice en el pecho, empujó con una sonrisa.

Se miraron un momento y después Etchenike se dio vuelta, dio unos pasos como para irse, se detuvo, giró como si fuera a decir algo, se arrepintió.

—Parecés Columbo —dijo el Colorado.

—No me jodas. Es que no entiendo, es todo tan... —el veterano buscaba las palabras mientras Macías sonreía apenas— tan desprolijo; todo debería haber sido muy distinto.

—No salió como pensabas.

—No. Y esto —y tocó con el pie el cuerpo de Müller— lo podríamos haber evitado.

—Culpa tuya. Por canuto, por no compartir información.

—No digas boludeces.

—Como quieras.

Macías oscilaba entre la ironía y la condescendencia. Ensimismado, Etchenike había vuelto a la mesa y reconstruía gestos y palabras:

—Estaba todo armadito, Colorado: hubiera sido un final clásico. Todos los implicados juntos en un solo lugar, el mismo del principio de la historia, una noche de tormenta, la policía afuera y yo con la palabra, batiendo la justa.

—Y te salió como el culo.

Etchenike asintió:

—Con todo calculado, un detalle...

—Podría haber sido peor —lo consoló curiosamente Macías—. Yo te miraba de afuera. Reconocé que lo del tocadiscos fue patético.

Etchenike tomó el cassette abandonado sobre la mesa, junto al plato en que había comido —muy poco— Diana Saldívar:

—No funcionó. Pero era una gran escena, Colorado.

—En realidad, te ahorraste un papelón.

—¿Un papelón? —y levantó la cinta como quien alza un billete premiado, el número que acaba de salir—. ¡Qué sabés vos!

Por toda respuesta Macías fue hasta el equipo, apretó un botón, se encendió una lucecita verde.

—Hacelo ahora —dijo—. No es que esto no ande: es que estás viejo, no sabés manejar las funciones de estos aparatos, te confundís...

Etchenike fue al equipo y colocó el cassette en el lado A:

—Vas a ver —dijo de pronto reanimado—. Vas a oír, digo.

El sonido era pésimo, lleno de roces extraños, pero sin embargo el veterano esperó unos segundos más, paciente, mirando a Macías a los ojos, a que comenzaran las revelaciones de Gómez Guiñazú.

No sonó eso, sin embargo.

Muy por el contrario, arrancaron un poco distorsionadas las trompetas y luego de un floreo excesivo se escuchó, clara y afinada pese a todo, la voz del mexicano:

Porque tu amor es mi espina, / por las cuatro esquinas, / hablan de los dos... / Que es un escándalo, dicen, / y hasta me maldicen / por darte mi amor...

Etchenike se volvió extrañado.

Macías lo miraba serio, pero los ojos sonreían.

Otros dos policías se habían acercado a escuchar, juntaban los dedos hacia arriba, preguntaban. Sólo Ricardo Müller estaba en otra cosa.

—Me cambiaste el cassette... —dijo el veterano con rencor.

El Colorado no se ensañó:

—Sí, y mejor que no anduvo. Hubiera sido penoso.

—Me lo cambiaste en el hotel —repitió Etchenike mientras silenciaba el aparato.

—Vos lo cambiaste —y Macías extendió la mano como disculpa, como tregua, incluso como reconocimiento—. Yo sólo te lo *recambié*.

Dejó la cinta otra vez sobre la mesa y continuó:

—Cuando te fui a buscar al Mediterráneo tuve un rato para revolver. Hiciste la boludez de dejar todo en la pieza. Cintas, un grabador... Porque sos bueno, pero estabas cansado o quién sabe qué te pasó. Te conozco: había algo ahí. Y enseguida saltó.

—Qué hijo de puta.

—Hijo de puta vos, que quisiste pasarme. Había tres cintas: D'Agostino-Vargas, Javier Solís y una suelta, sin identificar. Puse ésa primero, y era ésta, la de los boleros... Así que en la de Javier Solís tenía que haber otra cosa. Tal cual: no tuve tiempo de escuchar toda la cinta porque podías volver en cualquier momento, pero fue fácil cambiar otra vez las etiquetas que habías pegado con jabón, ridículo. Todo por no compartir lo que tenías...

Etchenike se había sentado por primera vez a la mesa. Agarró la copa más cercana y probó apenas el vino; después se la empujó. La dejó otra vez sobre el mantel, en el mismo lugar pero vacía.

—No te podía dar esa cinta —dijo—. Viste lo que le pasó a Gómez Guiñazú... No te puedo decir ni cómo me llegó. Se hizo un silencio largo.

—¿La tenés ahí?

Macías se palmeó a la altura del bolsillo interior del saco.

—¿Y escuchaste todo? ¿Los dos lados?

—Sí. Buen laburo.

—Gracias.

—Habría sido un golpe de efecto bárbaro. Te hubiera aplaudido detrás de la cortina.

—La idea era que, al escuchar, ella saltara.

—Claro. Pero no sé si con eso...

—Alcanzaba y era el momento, Colorado —Etchenike no podía evitar decir su parte; la función suspendida o malograda lo había dejado caliente y acaso resentido—. Si vos soltaste a este pelotudo para que mate a Saldívar, yo tuve que aparecer justo para que no lo matara... antes de que se supiera la verdad, toda la verdad, si se puede decir.

—Sabés que ese hijo de puta de Saldívar tiene razón: sos un soberbio charlatán.

—Pero puedo ser efectivo —opinó modestamente el veterano—. Era una puesta brillante, si Müller no se metía, como el león sordo del cuento, y me cagaba el desarrollo. Incluso estaría vivo ahora. La primera vez pude evitar que tirara, pero la segunda ya no...

—¿Vos preferías que Müller le disparara a ella?

—No, claro que no... —dijo Etchenike muy rápido, casi demasiado—. Creo que quería que él supiera que ella mentía, que en lugar de ayudarlo le había armado una trampa.

—Ni se enteró.

Los dos miraron hacia al cadáver tapado por los diarios.

—Mejor, tal vez —dijo Macías.

Etchenike se empinó la otra copa. Quedó mirando al vacío, no dijo nada.

Entró un policía y se llevó al inspector a un costado. Hablaron un momento y el Colorado volvió.

—Quiere hablar conmigo —informó.

—¿Quién?

—Ella.

El veterano había tomado posesión definitiva de la botella. Se sirvió y tomó un trago largo:

—¿Confesará? —dijo.

Pero era más un deseo que una pregunta.

—No creo.

—Yo creo que Diana ya sabe que yo sé —dijo Etchenike y se empinó la copa.

Macías se sirvió también. Por un rato sólo se oyó la lluvia que volvía.

—Qué mina hija de puta —dijo el Colorado. Era la conclusión de una tácita serie de razonamientos que no necesitaba explicitar—. ¿Cómo armaste vos toda la historia?

—Es lo que te digo ahí, en la cinta.

—No alcanza. Quiero decir, no me alcanza legalmente.

—Entonces dámela. Si no la vas a usar, dámela, que te cuento lo que te falta.

Macías metió la mano en el bolsillo y sacó el cassette sin marcas ni etiquetas. Etchenike lo miró un momento y se lo guardó:

—¿No lo vas a probar? —dijo Macías.

—Ya me cagaste, así que no creo que tengas interés.

—Me interesa cerrar la historia. La use o no.

Etchenike suspiró.

Estaba muy cansado, y eso sumado a la absoluta certeza de que se había equivocado feo y desde el principio. Varias veces había estado a punto de borrarse, irse a casa. Y no lo había

hecho. No sabía por qué. O sí, pero no tenía ganas de averiguarlo.

—¿Vas a contar o no? —lo apuraba Macías—. Es que vos no estás convencido de que ella sea tan jodida...

—No sé cómo es, Colorado —se oyó decir finalmente Etchenike—. Pero es cierto que lo planeó bien y después improvisó mejor. Eso está en los hechos, en lo que hizo o fue haciendo. Ahora, las razones...

—A Peratta...

—No. En el fondo tiene que ver con el padre, no ha hecho otra cosa que pelearse con el padre. Y perdió, claro.

—No entiendo.

—Se convirtió en él.

—Ah... Pero mejor vamos a los hechos —dijo Macías, como si tuviera poco tiempo para esos desvíos.

—Los hechos: fue ella la que se llevó el arma de la casa de Saldívar después de almorzar, porque sabía de la reunión de Müller con Peratta y ya había armado todo.

—¿Por quién lo sabía?

—Ni por el marido ni por el padre. Por el mismo Peratta. Tené en cuenta que tenían una relación vulgar de trampa pero rara, complicidades que incluían el morbo. Cuando él se lo cuenta, ella le propone de encontrarse esa misma tarde, incluso ir a su casa, antes de que llegue Müller. Una despedida con todos los chiches por Semana Santa.

—Pero había estado Delia la noche anterior...

—No importa. Peratta calculaba que en el depto estaba todo en orden, que la mina de la limpieza ya había estado temprano. Además, ellos llegan juntos, él no tiene tiempo de arreglar nada. Como otras veces, se habían citado en la confitería Bellas Artes. Ella incluso se hizo dejar por Peloso ahí cerca, con el pretexto de ir a la masajista, que fue lo que me dijo. Pero averigüé que en Semana Santa la mina no atendió... Fue directamente a encontrarse con él y de ahí al depto, en el Fairlane. Lo vieron entrar pero nadie supo decir si solo o acompañado.

—¿Y qué pasó ahí?

Etchenike creyó necesario un desvío:

—Fijate que en algún momento, antes de lo de Gómez Guiñazú, llegué a suponer que se habían cruzado los tres, que Müller los había encontrado juntos por culpa de un alarde morboso de Peratta, que cayó con ella justo antes de que él llegara, y que este nabo, que iba armado, lo había matado de caliente nomás. Y que después habían acordado con Diana que lo mejor era ocultar todo. Eso explicaba el afán de ella por defenderlo tanto.

—Pero no cierra.

—Para nada.

Macías quería la otra explicación, la que cerrara del todo:

—Entonces, quedamos en que llegan y... —buscó cortar camino—. ¿Se encamaron o no?

—No. Pero evidentemente primero “se pusieron cómodos” porque él estaba en bata, habrán franeleado en el sillón, acaso ella le haya hecho una escena o no por el desorden de la pieza y entonces se quedaron ahí, eso no importa. Bebieron, fumaron —Diana, los mismos cigarrillos que fumó Müller en mi oficina el primer día— y escucharon a Fausto Papetti mientras rascaban. Estoy seguro de que él no se la esperaba. Cuando se acercaba la hora de que llegaba el marido, en

medio de la franela ella se habrá apartado, habrá dicho esperá un cachito o algo de eso, metió la mano en la cartera, le apuntó y ahí le habrá dicho, supongo, lo que quería decirle antes de matarlo, para que se enterara.

—¿Qué le dijo?

—“Sos un hijo de puta” o algo así, no sabemos.

—¿No “te creíste que iba a ayudarte a cagar a mi viejo”?

—No creo. Supongo que “mandaste matar a Tito Famularo” es más probable.

—Y ahí le metió los tres tiros.

—Desparejos, porque se le movió. Pero debe haber sido muy rápido. A Peratta ni se le habrá bajado la pija. Esos son los disparos que oyó Gómez Guiñazú, desde al lado, superpuestos con el saxo de Papetti. Y no hizo nada pero quedó atento. Después Diana montó contrarreloj la escena adecuada para justificar la motivación de los celos, contando con que yo entraría por ésa.

—¿Vos? —el Colorado juntó los dedos hacia arriba—. Si fui yo el que te metí en el caso...

Etchenike trató de no parecer suficiente, pero no pudo evitarlo:

—Yo sabía de antes del crimen, de cuando lo espí para Müller, que Diana era amante de Peratta. Y ella sabía que yo sabía, incluso se puede haber mostrado para que la viera, a propósito. Por eso, paradójicamente, le pidió a su padre que me llamara a mí a investigar...

El veterano alzó las cejas.

—Si quería cagar al marido —completó Macías— vos eras el único que le garantizaba que terminarían sospechando de Müller.

—Y más si ella se obstinaba después, todo el tiempo, en defenderlo aparatosamente...

—Y vos lo protegiste a éste —y Macías señaló al cadáver bajo las noticias— sabiendo que era sospechoso de salida...

—Ella me dejó atrapado, Colorado: éticamente atrapado, entendés. Me corría por derecha y por izquierda. Que mantuviera el secreto de su infidelidad y que le creyera en la defensa de un marido inocente pese a todas las evidencias en contra...

—Y esas evidencias...

—Eran alevosas: después de dispararle a Peratta puso por ahí los papelitos con firma D que había traído, dejó los cigarrillos que su marido fumaba e incluso se llevó las fotos del álbum en que aparecían ella y Peratta juntos.

—¿En cuánto hizo eso?

—Estuvo un rato largo sola con el cadáver. Tuvo mucha sangre fría. Y además supo calcular la reacción del marido. Se bancó la espera mientras Peratta se le enfriaba y cuando sonó el timbre del portero eléctrico abrió sin decir nada.

—Este desgraciado nunca supo quién lo había hecho subir.

—Claro. Diana le dejó la puerta del depto entreabierta y rajó por la de servicio con las llaves del auto de Peratta. Bajó por el otro ascensor, salió a la calle por la puerta del garaje y tiró las llaves. Mientras, Müller subió despreocupadamente por el ascensor principal, haciendo el ruido natural. Gómez Guiñazú, que estaba atento por los disparos anteriores, lo espío y lo vio salir del ascensor, empujar la puerta y entrar. Tuvo tiempo de identificarlo perfectamente. Y apenas dos o tres minutos después lo vio salir, tenso, cauteloso y con los anteojos puestos.

—Cagado de miedo, dispuesto a ir a encontrarse con su mujer y contarle lo que pasaba, pedirle consejo... Un nabo.

—No sé. Evidentemente Diana lo conocía muy bien si se animó a semejante estrategia. Sabía que lo único que se le iba a ocurrir a él era rajarse... La cuestión es que él sale del edificio, va a buscar el Volvo tratando de pasar inadvertido y se va inmediatamente para El Cisne. Llega temprano. Espera y espera, juntando ansiedad. Acaso haya ido al baño. Cuando llega Diana le cuenta a ella lo que le pasó: ya lo sabemos. Pide consejo y ella al principio le dice de ir a la policía pero rápidamente adhiere a su tesis paranoica. Lo deja pensando y va al baño, tira la pistola en el canasto y vuelve.

—No se entiende.

—Sí se entiende, si lo que querés es que te agarren —Etchenike se paró y dio unos pasos, se volvió—. Diana suponía que había dejado suficientes evidencias como para que lo inculparan a Müller ni bien descubrieran, esa misma noche o al día siguiente a más tardar, el arma en ese lugar. Qué iba a suponer...

—Que lo de Peloso enmascaró todo.

—Claro: como nadie, excepto Gómez Guiñazú, lo vio a Müller entrar y salir y se dieron las coincidencias de Diana y Peloso, más el Volvo, más el veintidós, todo se orientó contra el otro.

—Y compramos.

—Compraste vos.

El veterano había recuperado algo de la suficiencia inicial:

—Lo notable es la sangre fría de Diana —agregó casi con admiración—. Cómo improvisa, cuando la sospecha cae sobre Peloso, para inducir a su marido a que se fabrique coartadas como el asalto de Los Paisanitos y el cambio de color del Volvo, alimentándole la paranoia y dejando cada vez huellas más claras, con ese comportamiento sospechoso, de su aparente culpabilidad...

—Pero no pudo evitar que Müller pensara que todo era una trampa tendida contra él por... Saldívar.

—Claro. Y Diana no podía refutarlo sin descubrir su juego. Entonces ella fingió que le creía a él todo el tiempo hasta que alguien, en este caso yo, le diera motivos de sospecha al descubrir, por fin, dónde había aparecido el arma... Entonces actuó frente a él la decepción, le dijo que él le había mentado y se refugió con su padre —Etchenike meneó la cabeza, se volvió a sentar—. Lo demás lo viste y lo conocés...

Macías asintió. Ahora lo miraba con una leve sonrisa:

—Te cagó el género...

—¿Cómo?

—Claro. Vos pensás en términos literarios... Un cierre a lo Agatha Christie, un final tipo *El halcón maltés* en este caso.

—No vas a comparar.

—No, claro.

Y quedó la cuestión en el aire. Ni siquiera se aclararon qué era lo que no se podía comparar.

En eso llegaron por fin los de la policía científica y Macías se apartó con ellos, Etchenike aprovechó para recuperar su libro de Simenon de arriba del equipo de música y salir sin permiso otra vez a la galería. Ahora, y quién sabe por cuánto tiempo, ya no llovía. Evitó acercarse a los patrulleros y a la ambulancia. Supo que no quería verlos más, a ninguno de ellos. Se había regodeado hacía un rato nomás con la posibilidad de un final soberbio, ganador ante un público culpable y estupefacto. Ahora estaba vacío, no hubiera podido abrir la puerta de la ambulancia o

meterse en el patrullero para encarar a Diana o a Picabea.

Volvió al rato para la declaración; fue prolijo y obediente. Macías se encargaría de maquillar los motivos de su presencia allí, ya que incluso debía explicar la suya propia, fuera de cualquier forma orgánica de procedimiento.

—Gracias —dijo el Colorado—. Con esto me reacomodo.

—¿Vas a poder usar lo que te conté? —quiso saber Etchenike.

—¿Lo otro? No creo.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—¿Con Diana Saldívar? —el Colorado meneó la cabeza—. Por lo de Peratta, no sé: ya tuvimos tres culpables al hilo para un solo crimen. Es lo más parecido a no tener a nadie. Además, está cerrado con Peloso muerto y me sacaron del caso... Esto, en cambio, es algo nuevo. Si consigo empalmar esta muerte con la otra, por ahí... Le voy a buscar la vuelta. Al que quiero cagar es a ese hijo de puta de Saldívar.

Etchenike sintió que debía algo:

—Yo ahora puedo declarar sobre cómo espíe a Peratta para Müller, mandado por el Pájaro, si querés.

—¿Ahora? No me hagas calentar —Macías lo miró como para pegarle—. Te lo pregunté, te lo pedí hace dos meses... Sos un forro, vos. ¿Ves lo que te digo del género? Protegés a un tipo porque es tu cliente, pero terminás con el tipo muerto y pensando lo peor de vos. Algo estás haciendo mal, Julio. Y qué amigos que te echaste...

—Si lo decís por vos...

—Bastante te banqué. Y en el fondo, de todo lo que juntaste, casi nada sirve.

—Lo de Gómez Guiñazú es contundente.

—Sí, pero ya no está para corroborarlo. Está bien: no fue Müller, porque los disparos fueron antes de que entrara. Más allá de que vos tenés indicios, que son sólo eso, como lo de la masajista, lo más difícil de probar es que era ella la que estaba ese día en el departamento de Peratta. Podía ser cualquiera, Peloso incluso...

—Eso yo lo tenía previsto —dijo Etchenike con cierta melancolía, con el orgullo en retirada—. Tenía preparado el golpe de efecto, después de la cinta, que la iba a hacer saltar.

—¿Qué cosa?

—Las llaves del auto —dijo el veterano.

—¿Qué llaves?

—Las de Peratta. Con la que usó Diana para salir por el garaje después de meterle los tres tiros.

—¿Dónde están? Nunca aparecieron.

—Las tiene ahí, en la cartera —y la señaló, sobre el mantel.

—¿Seguro?

—Seguro: se las puse yo esta tarde en El Cisne, cuando fue al baño.

Subió al Plymouth y arrancó sin que nadie preguntara o se interpusiera. Cuando salía de la casona se cruzó con un Falcon sin chapa que entraba y le pareció reconocer a Mendoza y Garay entre la tripulación. Agradeció no haberse quedado ni un minuto más. La función, para Macías, iba a ser bastante más larga que para él.

Paró en una YPF de Libertador a la altura de Olivos y descubrió que apenas tenía plata para la

nafta. Cargó lo justo para llegar a casa ante miradas curiosas; le observaban el auto como si pasara un perro de raza infrecuente. Algo así.

Era casi la una de la mañana cuando llegó a la oficina.

El gallego dormía en el sillón y se sobresaltó al oír la puerta.

—Julio...

El veterano prendió la luz:

—¿Qué hacés acá? Pensé que estarías todavía en Montevideo.

—Se me acabó la guita —dijo Tony García enceguecido, parpadeando.

—Entonces somos dos.

Apagó la luz y fue al baño.

—Voy a vender el auto, gallego.

—Ah.

—Tengo problemas de género.

—¿Con las mujeres?

Se estaba lavando las manos, se miró al espejo:

—No... Sí, bah. Con las mujeres también.

Salió del baño y cerró la puerta. El gallego lo miraba sentado en el sillón, algo más despierto:

—¿Cómo terminó todo?

—Más o menos. Más mal que bien.

—¿Por eso vas a vender el auto?

—Mañana te explico.

Se acostó y trató de dormirse de prepo. No pudo. Entre su propia máquina mental y los ronquidos del gallego terminó desvelado, prendiendo el velador, buscando qué leer. Y ahí estaban las recuperadas *Memoires intimes* de Simenon.

Cuando fue a liquidar las páginas finales algo se movió entre las hojas, un papel doblado en cuatro cayó sobre la cama.

Era una carta. De Diana y para él. Escrita con birome en los dos lados de una hoja de cuaderno arrancada, estaba fechada dos días atrás.

Querido Julio:

Supongo que cuando leas esto todo habrá terminado y ya no importe. No es fácil lidiar con un padre como el mío y yo nunca pude. Te aseguro que todos —Mauro, Ricardo y mi viejo— se merecen lo que les pasó y lo que les pase. No voy a entrar en detalles, esto no es una confesión ni una disculpa. Igual, estoy segura de que de un modo u otro vas a llegar a saber lo que ocurrió. Sólo quería decirte que, aunque yo te defraude, vos no me defraudaste.

Si zafó, me voy a ir lejos y no creo que nos volvamos a ver.

Perdoname. Mi vieja tenía razón.

Un beso.

Diana

Estrujó la carta y la tiró en un rincón. Ya prácticamente se había limpiado el culo con la de Gómez Guiñazú, así que bien podía también condenar a la humedad y a la pelusa una tramposa

declaración de lealtad y agradecimiento.

Eso sí: le quedaron unas ganas de llorar que le duraban todavía cuando lo despertó la llamada del embalado Macías a la mañana siguiente:

—Venite ya, Julio.

—¿Qué?

—Anoche arreglé con Mendoza y Garay —dijo sin pudor alguno—. Como saben que soy el que más conoce de este quilombo, me devolvieron el caso Peratta siempre que no toque a Saldívar. Lo de anoche cierra solo, como está. Me conviene, ¿entendés?

Etchenike no entendía demasiado bien los avatares de la interna policial pero creyó adecuado no contradecir al Colorado:

—Supongo que sí —dijo—. ¿Y para qué tengo que ir yo?

—Ahora vamos contra ella... —dijo el Colorado con cierta euforia excesiva para esa hora de la mañana—. Aprovecho que la tengo adentro y con la guardia baja, y le tiro el camión encima. No creo que aguante. Pero para eso necesito tu declaración, que reconstruyamos prolijo todo el asunto. Ahí sí podemos usar la cinta, y después me tenés que ayudar a armar lo de las llaves. Yo le secuestré las cosas y están ahí, así que si la apuramos...

El veterano lo interrumpió:

—No va a andar. Olvidate de lo de las llaves. No voy a usar eso.

—Pero me dijiste.

—Sí, pero no —iba a decir “no me da la cara” pero no, tampoco dijo eso—. Mejor, ya que vas a reflotar el caso, quedate con la versión de que fue Müller, es más simple y cierra con lo de anoche. A ella la guardás un rato largo por complicidad y encubrimiento y quedás como un duque. Hasta ahí te ayudo.

Macías pareció meditar la propuesta.

—Sos un viejo pajero —dijo como conclusión.

—Pajero viejo —corrigió Etchenike antes de cortar.

De perfil

Una semana después, con la ventana abierta, el mejor sol matinal del otoño porteño, Etchenike leía *Clarín* con las piernas cruzadas y los pies clásicamente apoyados en el borde del escritorio mientras el gallego repasaba el rubro de la compraventa de automotores en el suplemento de clasificados y Sayago cebaba mate. No había facturas ni laburo en vista; hacía un par de días que no sonaba el teléfono.

—Te conviene venderlo como coche de colección —dijo el gallego tras el minucioso examen—. Ponés unos mangos en la pintura y en mejorarle los cromados, tapizás de nuevo con una buena imitación, le metés tazas nuevas, gomas con esa banda blanca...

—Eso es muy grasa, como los zapatos combinados —acotó el veterano.

—Yo tengo de éstos —dijo Sayago.

—No te digo...

Y mientras sus compañeros se extendían en consideraciones acerca de los valores relativos y la conveniencia de autos viejos y nuevos y de las modas que de algún modo acompañaban su uso, Etchenike volvió a la lectura.

Estaba leyendo el diario de atrás para adelante y al volver la página, de Deportes pasó a Policiales. La noticia ocupaba tres columnas en el cuarto inferior, sin foto: *Muerte dudosa en un sanatorio porteño*.

“El deceso del conocido industrial Juan Manuel Saldívar (60), que se hallaba internado desde la semana pasada en el Sanatorio Anchorena, se produjo ayer por la tarde en circunstancias aún poco claras pero sin duda novelescas. Según informaron fuentes policiales, Saldívar —reconocido empresario del rubro de la pintura— se recuperaba con normalidad de las heridas de bala recibidas pocos días atrás en un suceso de sangre en el que murió también su yerno Ricardo Müller, y acababa de ser trasladado de la unidad de terapia intensiva a su habitación.

”Fue en esas circunstancias cuando —según testimonios coincidentes de parientes y amigos— irrumpió una uniformada que, tras desalojar amablemente la habitación con el pretexto de tener que administrarle la habitual medicación por vía endovenosa, quedó a solas con el paciente por no

más de dos o tres minutos y se retiró rápidamente. Cuál no sería la sorpresa de los visitantes cuando al regresar encontraron el cuerpo de Saldívar sin vida y sin rastros de violencia aparente. La inyección letal de una sustancia aún no determinada había hecho efecto inmediato.

”En un comunicado dado a conocer a última hora de ayer, las autoridades del Sanatorio Anchorena deslindaron responsabilidades, sosteniendo que la persona sospechosa —una mujer rubia, delgada y de estatura mediana a alta, de treinta años o algo menos— no pertenecería a la dotación de enfermería del citado nosocomio. Tanto el delantal como la cofia utilizados para mimetizarse entre el personal habían sido robados minutos antes de la zona de vestuarios de los empleados y finalmente abandonados en el baño de mujeres de la planta baja. Trascendió que la policía sospecha que se trataría de una secuela de los sucesos de la semana pasada en el Tigre”.

Etchenike terminó la lectura y dijo levantando apenas la mirada del diario:

—Escuchen esto.

Y sin prólogo alguno, sin ofrecer pausas ni permitir comentarios, comenzó a leerles en voz alta la noticia que acababa de leer.

Mientras lo hacía casi llegó a imaginarse perfectamente a la falsa enfermera, ángel justiciero de la muerte. La veía acercándose a la cama, presentándose con nombre y apellido —triste, precisa y memoriosa— a ese paciente entregado a ella como a una vieja tormenta demorada e inevitable. La imaginó diciendo unas pocas, necesarias y suficientes palabras mientras agarraba la sonda, jeringa en mano. Pudo verla cuando clavaba la aguja y sumaba al torrente del suero, mirando los ojos de Saldívar, la dosis suficiente para sacarlo de la vida. La vio cómo lo hacía.

Sin embargo, le costaba pensarla de frente. Esa mujer sólo existía de perfil.

Cuando terminó menudearon las preguntas pero Etchenike no supo o no quiso contestar. Sólo dejó el diario, bajó las piernas del escritorio y se levantó con una extraña energía:

—Gallego, largá eso —dijo poniéndose en movimiento—. No lo vamos a vender un carajo al Plymouth. Además, anda todavía, no es de colección.

Justo en ese momento sonó el teléfono:

—Alerta y vigilante —dijo el Negro Sayago.



JUAN SASTURAIN RONCO (Buenos Aires 1945) periodista y escritor. Como periodista colaboró en diversos diarios y revistas como *Clarín*, *La Opinión*, *Humor* y *Super Humor*. Creó las revistas *Feriado Nacional* y *Fierro*. Es autor de las novelas *Manual de perdedores* (1985), *Arena en los zapatos* (1988) y *Los sentidos del agua* (1992). También ha tocado el género de aventuras con *Los dedos de Walt Disney* (1991) y *Parecido S. A.* (1990), y los volúmenes de relatos *Zenitram* (1996) y *La mujer ducha* (2001). Es guionista de los volúmenes de la historieta *Perramus* (1985), dibujada por Alberto Breccia. En 1990 recibió el Premio Internacional Semana Negra de Gijón por su relato *Con tinta sangre*.